



DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO E INVESTIGACIÓN

MAESTRÍA EN DESARROLLO HUMANO

Con Énfasis en Orientación
Familiar y Educativa

**PSICOLOGÍA
DE LA FAMILIA**



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TAMAULIPAS
UNIDAD ACADÉMICA MULTIDISCIPLINARIA DE CIENCIAS
EDUCACIÓN Y HUMANIDADES

MAESTRÍA EN DESARROLLO HUMANO
CON ÉNFASIS EN ORIENTACIÓN FAMILIAR Y EDUCATIVA

Isaura María Rodríguez Limón

PSICOLOGÍA DE LA FAMILIA

TAMAULIPAS

13 Enero

PSICOLOGÍA DE LA FAMILIA

PRESENTACIÓN.

La familia es el primer lazo afectivo que establece el ser humano desde que nace y constituye un elemento primordial para el desarrollo psicológico afectivo y social de todo individuo.

En nuestra sociedad tan diversa encontramos composiciones familiares monoparentales, nucleares o extensas y su funcionamiento es característico de cada composición.

El estudio de la familia desde un enfoque de la Teoría General de los Sistemas y el conocimiento del ciclo vital de la familia permitirá al alumno identificar, y discriminar las principales características del funcionamiento familiar en cada una de sus etapas. En el presente curso de Psicología de la Familia se espera que los asistentes adquieran los conocimientos teóricos que les permitan explicarse el por qué del comportamiento de los alumnos y sus familias y a partir de este análisis podrán, obtener algunos elementos para su orientación pertinente a las características del contexto de las familias con las que labora.

El trabajo con familias es arduo requiere de mucha paciencia, creatividad y disposición de quienes estamos dispuestos a enfrentar este reto. ...¡Adelante vale la pena!.

BIENVENIDOS

Luis Humberto Garza Vásquez
Marcia Leticia Ruiz Cansino
Gabriela Solís Segovia
Compiladores

III

UN MODELO FAMILIAR

El hombre sobrevive en grupos; esto es inherente a la condición humana. Una de las necesidades más básicas del niño es la figura de una madre que lo alimente, proteja e instruya. Además, el hombre ha sobrevivido en todas las sociedades a través de su pertenencia a diferentes agrupamientos sociales. En las sociedades primitivas, observamos amplios agrupamientos con una distribución estable de las funciones. En la medida en que las sociedades se hacen más complejas y se requieren nuevas habilidades, se diferencian estructuras sociales. La civilización urbana y no urbana industrial moderna le plantea al hombre dos requerimientos conflictivos: la capacidad para desarrollar habilidades altamente especializadas y la capacidad para una rápida adaptación a un escenario socio-económico que se modifica constantemente. La familia siempre ha sufrido cambios paralelos a los cambios de la sociedad. Se ha hecho cargo y ha abandonado las funciones de proteger y socializar a sus miembros como respuesta a las necesidades de la cultura. En ese sentido, las funciones de la familia sirven a dos objetivos distintos. Uno es interno —la protección psico-social de sus miembros; el otro es externo —la acomodación a una cultura y la transmisión de esa cultura.

La sociedad industrial urbana ha entrado por la fuerza en la familia, haciéndose cargo de múltiples funciones que en algún momento fueron consideradas como deberes familiares. En la actualidad los ancianos viven apartados, en hogares para ancianos o en conglomerados edilicios hechos especialmente para los ciudadanos de mayor edad. El sostén económico es previsto por la sociedad a través de la seguridad social o de beneficencia. Los jóvenes son educados por las escuelas, los medios de difusión y por sus compañeros. La importancia del trabajo que solían realizar las mujeres ha sido reducida en forma drástica por la tecnología moderna, gracias a la cual las tareas necesarias para la vida de la unidad familiar son realizadas por las máquinas con una mayor eficiencia. Las condiciones que permiten o que requieren que ambos cónyuges trabajen fuera de la familia crean situaciones en las que el sistema extrafamiliar puede avivar y exacerbar los conflictos entre los esposos.

Junto a todos estos cambios, el hombre moderno sigue adheriendo a una serie de valores que pertenecen a una sociedad diferente, una sociedad en la que los límites entre la familia y lo extrafamiliar están delineados con claridad. La adherencia a un modelo pasado de moda conduce a clasificar a muchas situaciones que son claramente transicionales como patológicas y patogénicas. El criterio para la vida familiar sigue siendo el legendario "entonces se casaron y vivieron felices por siempre jamás". No es sorprendente, entonces, que todas las familias queden muy lejos de este ideal.

El mundo occidental se encuentra en un estado de transición, y la familia que siempre debe acomodarse a la sociedad, se modifica juntamente con él. Pero, debido a las dificultades transicionales, la tarea psicosocial fundamental de la familia —apoyar a sus miembros— ha alcanzado más importancia que nunca. Sólo la familia, la más pequeña unidad social, puede cambiar y al mismo tiempo mantener una continuidad suficiente para la educación de niños que no serán

"extraños en una tierra extraña", que tendrán raíces suficientemente firmes para crecer y adaptarse.

LA MATRIZ DE LA IDENTIDAD

La familia es la matriz de la identidad

En todas las culturas, la familia imprime a sus miembros un sentimiento de identidad independiente. La experiencia humana de identidad posee dos elementos; un sentimiento de identidad y un sentido de separación. El laboratorio en el que estos ingredientes se mezclan y se proveen, es la familia, la matriz de la identidad.

En los procesos precoces de socialización, las familias moldean y programan la conducta del niño y el sentido de la identidad. El sentido de pertenencia se acompaña con una acomodación por parte del niño a los grupos familiares y con su asunción de pautas transaccionales en la estructura familiar que se mantienen a través de los diferentes acontecimientos de la vida. Tommy Wagner es un Wagner, y a través de toda su vida será el hijo de Emily y Mark. Este será un importante factor de su existencia. El hecho de que Mark es el padre de Tommy constituye un importante factor en la vida de Mark, al igual que el hecho de ser el esposo de Emily. El sentido de la identidad de cada miembro se encuentra influido por su sentido de pertenencia a una familia específica.

El sentido de separación y de individuación se logra a través de la participación en diferentes subsistemas familiares en diferentes contextos familiares, al igual que a través de la participación en grupos extrafamiliares. El niño y la familia crecen en conjunto, y la acomodación de la familia a las necesidades del niño delimita áreas de autonomía que él experimenta como separación. Para ese niño particular se crea un territorio psicológico y transaccional. Ser Tom es diferente a ser un Wagner.

El sentido de separación se logra a través de la participación en diferentes contextos familiares y participación en grupos extrafamiliares.

La familia moldea y programa la conducta del niño y la identidad

El sentido de identidad de cada miembro es el de pertenecer a una familia específica (los Sabehes)

El sentido de separación se logra a través de la participación en diferentes contextos familiares y participación en grupos extrafamiliares.

El sentido de identidad de cada individuo es influido por su sentido de pertenencia a diferentes grupos. Parte de la identidad de Mark Wagner se origina en el hecho de que es el padre de Tommy y el esposo de Emily, así como también el hijo de sus padres. Los componentes del sentido de identidad de un individuo se modifican y permanecen constantes. Como lo señaló Roger Barker, "la persona psicológica que escribe ensayos, marca puntos en un juego y cruza calles, permanece como una entidad identificable entre partes interiores inestables y contextos exteriores a los que se encuentra ligado, y, al mismo tiempo, profundamente separado." La persona psicológica, que es una entidad separada, se encuentra vinculada con contextos exteriores.

Aunque la familia es la matriz del desarrollo psicosocial de sus miembros, también debe acomodarse a la sociedad y garantizar alguna continuidad a su cultura. Esta función social es actualmente la fuente de ataques contra la familia en los Estados Unidos. La sociedad norteamericana está cambiando, y en su interior muchos grupos quieren acelerar el cambio. Esos grupos consideran a la familia, lo que es bastante cierto, por otra parte, como un elemento de conservadurismo y una fuente de estancamiento. Los ataques contra la familia son típicos de los períodos revolucionarios. Cristo les dijo a sus discípulos que abandonasen a sus padres y familias y lo siguiesen. Las Revoluciones Francesa, Rusa, China, carcomieron la estructura familiar tradicional en esos países, en un intento para acelerar el progreso hacia un nuevo orden social. El kibbutz israelí constituye otro ejemplo del mismo proceso social.

Las leyes rusas referentes a la familia en el transcurso y después de su Revolución ilustran este proceso. En los años de la década de 1920 a 1930, las leyes que regulaban el matrimonio, el divorcio y el aborto tendieron hacia la disolución de la familia. Pero en la década de 1930 a 1940, cuando Rusia se orientaba hacia la cristalización de sus nuevas normas so-

81

ciales, las leyes se modificaron para consolidar la continuidad familiar. En forma similar, los kibbutzim israelíes tienden en la actualidad a incrementar las funciones de la familia nuclear en el interior del kibbutz. En muchos de ellos, en la actualidad los bebés permanecen en la habitación de sus padres y los niños viven con ellos durante un período más prolongado, antes de instalarse en el hogar de los niños.

Todo estudio de la familia debe incluir su complementariedad con la sociedad. La familia nuclear, que en teoría, al menos, constituye la norma de la clase media norteamericana, es un desarrollo histórico reciente. Aún en la actualidad, se encuentra confinada en gran medida a las sociedades urbanas industrializadas. Los conceptos de las funciones familiares también cambian a medida que se modifica la sociedad. Hasta hace cuatrocientos años, no se consideraba a la familia como una unidad de educación del niño, y recién mucho tiempo después se reconoció a los niños como individuos con sus propios derechos.

En la actualidad, la familia norteamericana, al igual que la sociedad norteamericana, se encuentra en un período de transición. Y al igual que la sociedad de la que forma parte, la familia es atacada. Por ejemplo, un programa de televisión educativo de doce horas, "una familia norteamericana", siguió a la familia Loud a través de las rutinas de su vida y sus relaciones con sus trabajos, escuela, parientes políticos y amigos. Algunas personas consideraron a esta presentación como una revolución de los medios de comunicación masivos; con un valor antropológico significativo. Otros criticaron el carácter prosaico de la presentación de la vida familiar. Un grupo crítico significativo fue la propia familia Loud. En programas de televisión independiente trataron de comunicar a una audiencia de millones que no les agradaba verse a sí mismos tal como los habían retratado. Señalaron que en su vida había mucho más de lo que había sido mostrado. Lo que la audiencia norteamericana vio fue, en realidad, el

punto de vista del productor. Influido por las concepciones corrientes de la familia, seleccionó y subrayó extractos que ejemplificaban estas opiniones. El cameraman y el resto del personal que realizó el programa produjeron distorsiones similares, escogieron y subrayaron lo que consideraron como aspectos relevantes de la familia. Los norteamericanos vieron una familia norteamericana presentada de acuerdo con las concepciones culturales de las familias convencionales.

Los ataques contra la familia provienen de muchas fuentes. Confluyen en ellos los líderes intelectuales del movimiento de contra-cultura y los grupos de jóvenes que han realizado experiencias de formas comunitarias de organización familiar y de educación de niños comunitaria. En el campo de la salud mental, R. D. Laing y sus discípulos han influido en gran medida sobre estas concepciones al describir a la familia como un productor malevolente de psicosis y, lo que es aun peor, de los adultos "normales" que pueblan nuestro mundo. El nuevo movimiento feminista también ha atacado a la familia, describiéndola como una trinchera del chauvinismo masculino. Consideran a la familia nuclear como una organización que inevitablemente produce niñas educadas para ser esposas en la casa de muñecas, y niños que también se verán atrapados por pautas superadas.

La familia cambiará a medida que cambie la sociedad. Probablemente en forma complementaria, la sociedad desarrollará estructuras extrafamiliares para adaptarse a las nuevas corrientes de pensamiento y a las nuevas realidades sociales y económicas. La década de 1970 es al parecer un período intermedio de lucha, en cuyo transcurso los cambios crean una necesidad de estructuras que aún no han surgido. Por ejemplo, el gran número de familias en la que ambos padres trabajan fuera del hogar ha creado una necesidad para ser vicios de cuidado de los niños durante el día, que no existen aún.

La brecha generacional constituye otro ejemplo de necesi-

dades no satisfechas. La familia renuncia a la socialización de los niños a una edad cada vez más temprana. La escuela, los medios de difusión y los grupos infantiles se ocupan cada vez en mayor medida de la guía y educación de los niños mayores. Pero la sociedad no ha desarrollado aún fuentes extrafamiliares adecuadas de socialización y apoyo.

La sociedad Masai poseía una cultura de los grupos adolescentes que era en gran medida independiente pero a la que se le asignaban algunas tareas específicas que el grupo debía realizar bajo una supervisión permisiva de los guerreros de la tribu. De ese modo, los jóvenes podían realizar los procesos adecuados a su edad de separación de la familia y de adquisición de su independencia sin alienarse de la sociedad en su conjunto. Los grupos de jóvenes de los kibbutzim israelíes desempeñan una función similar. La sociedad occidental no posee funciones claramente diferenciadas para los adolescentes. Cuando la familia deja de ocuparse de sus hijos, los deja a cargo de sistemas de apoyo inadecuados. No es sorprendente que las crisis de identidad de los adolescentes hayan dado lugar a un cierto número de fenómenos sociales antinómicos.

Los cambios siempre se orientan desde la sociedad hacia la familia, nunca desde la unidad más pequeña a la mayor. La familia cambiará, pero también persistirá debido a que constituye la mejor unidad humana para sociedades rápidamente cambiantes. Cuanto mayor flexibilidad y adaptabilidad requiera la sociedad de sus miembros, más significativa será la familia como matriz del desarrollo psicosocial.

Del mismo modo en que en un sentido genérico la familia cambia y se adapta a las circunstancias históricas, también la familia individual se adapta constantemente. La familia es un sistema abierto en transformación, es decir que constantemente recibe y envía descargas de y desde el medio extrafamiliar, y se adapta a las diferentes demandas de las etapas de desarrollo que enfrenta.

84

comentarios presentaban aspectos más genéricos del desarrollo de la familia. La estructura de la familia y su adaptación requieren una discusión más profunda.

ESTRUCTURA FAMILIAR

La estructura familiar es el conjunto invisible de demandas funcionales que organizan los modos en que interactúan los miembros de una familia. Una familia es un sistema que opera a través de pautas transaccionales. Las transacciones repetidas establecen pautas acerca de qué manera, cuándo y con quién relacionarse, y estas pautas apuntalan el sistema. Cuando una madre le dice a su hijo que beba su jugo y éste obedece, esta interacción define quién es ella en relación con él y quién es él en relación con ella, en ese contexto y en ese momento. Las operaciones repetidas en esos términos constituyen una pauta transaccional.

En su entrevista los Wagner describieron muchas pautas de este tipo. Emily planca por lo general las actividades sabatinas de la familia, pero sólo un hecho de importancia fundamental la llevaría a interferir con las actividades de pesca de su marido del domingo. En su familia de origen, Emily se encontraba implicada en una coalición junto con su madre en contra de su padre. La madre estimulaba a la hija a desobedecer al padre, quien complementaba la situación atacando a la hija cuando se encontraba enojado con la madre.

Las pautas transaccionales regulan la conducta de los miembros de la familia. Son mantenidas por dos sistemas de coacción. El primero es genérico e implica las reglas universales que gobiernan la organización familiar. Por ejemplo, debe existir una jerarquía de poder en la que los padres y los hijos poseen niveles de autoridad diferentes. También debe existir una complementariedad de las funciones, en la que el marido

Sus tareas no son fáciles; los Wagner, con todas las dificultades que describen en la formación de la familia y el nacimiento de su hijo, ejemplifican las tensiones que enfrenta toda familia normal. Pero en cierto modo la concepción habitual idealizada acerca de la familia normal es la de que no produce stress. Pese a los estudios sociológicos y antropológicos de la familia, el mito de la plácida normalidad persiste, apoyado por horas de programas televisivos en los que se observan personajes bidimensionales. Esta imagen de personas que viven en armonía, enfrentando las descargas sociales sin irritarse y cooperando siempre mutuamente se derrumba tan pronto como se observa a cualquier familia con sus problemas corrientes. Sin embargo, es alarmante que en algunos casos este standard sea mantenido por terapeutas que confrontan el funcionamiento de las familias-pacientes con la imagen idealizada. Freud señaló que la terapia modifica las pautas neuróticas convirtiéndolas en las miserias normales de la vida. Su comentario es igualmente cierto para la terapia familiar.

La familia normal no puede ser distinguida de la familia anormal por la ausencia de problemas; por lo tanto, el terapeuta debe disponer de un esquema conceptual del funcionamiento familiar que lo ayude a analizar a una familia. Un esquema basado en la concepción de la familia como un sistema que opera dentro de contextos sociales específicos, tiene tres componentes. En primer lugar, la estructura de una familia es la de un sistema sociocultural abierto en proceso de transformación. En segundo lugar, la familia muestra un desarrollo desplazándose a través de un cierto número de etapas que exigen una reestructuración. En tercer lugar, la familia se adapta a las circunstancias cambiantes de modo tal que mantiene una continuidad y fomenta el crecimiento psicosocial de cada miembro. La entrevista con los Wagner fue orientada de un modo que permitiese descubrir el segundo componente de este esquema, sus etapas de desarrollo, y los

85

y la esposa acepten la interdependencia y operen como un equipo.

El segundo sistema de coacción es idiosincrásico, e implica las expectativas mutuas de los diversos miembros de la familia. El origen de estas expectativas se encuentra sepultado por años de negociaciones explícitas e implícitas entre los miembros de la familia, relacionadas a menudo con los pequeños acontecimientos diarios. A menudo, la naturaleza de los contratos originales ha sido olvidada, y es posible que nunca hayan sido explícitos. Pero las pautas permanecen —como un piloto automático— en relación con una acomodación mutua y con una eficacia funcional.

De ese modo, el sistema se mantiene a sí mismo. Ofrece resistencias al cambio más allá de cierto nivel y conserva las pautas preferidas durante tanto tiempo como puede hacerlo. En el interior del sistema existen pautas alternativas. Pero toda desviación que va más allá del umbral de tolerancia del sistema excita mecanismos que restablecen el nivel habitual. Cuando existen situaciones de desequilibrio del sistema, es habitual que los miembros de la familia consideren que los otros miembros no cumplen con sus obligaciones. Aparecen entonces requerimientos de lealtad familiar y maniobras de inducción de culpabilidad.

Sin embargo, la estructura familiar debe ser capaz de adaptarse cuando las circunstancias cambian. La existencia continua de la familia como sistema depende de una gama suficiente de pautas, la disponibilidad de pautas transaccionales alternativas, y la flexibilidad para movilizarlas cuando es necesario hacerlo. La familia debe responder a cambios internos y externos y, por lo tanto, debe ser capaz de transformarse de modo tal que le permita encarar nuevas circunstancias sin perder la continuidad que proporciona un marco de referencia a sus miembros.

El sistema familiar se diferencia y desempeña sus funciones a través de sus subsistemas. Los individuos son subsis-

86

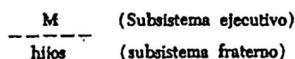
87

temas en el interior de una familia. Las diadas, como la de marido-mujer o madre-hijo, pueden ser subsistemas. Los subsistemas pueden ser formados por generación, sexo, interés o función.

Cada individuo pertenece a diferentes subsistemas en los que posee diferentes niveles de poder y en los que aprende habilidades diferenciadas. Un hombre puede ser un hijo, sobrino, hermano mayor, hermano menor, esposo, padre, y así sucesivamente. En diferentes subsistemas se incorpora a diferentes relaciones complementarias. Las personas se acomodan en forma de caleidoscopio para lograr la reciprocidad que posibilita las relaciones humanas. El niño debe actuar como un hijo como su padre actúa como un padre; y cuando el niño lo hace es posible que deba ceder el poder del que disfruta cuando interactúa con su hermano menor. La organización en subsistema de una familia proporciona un entrenamiento adecuado en el proceso de mantenimiento del diferenciado "yo soy", al mismo tiempo que ejerce sus habilidades interpersonales en diferentes niveles.

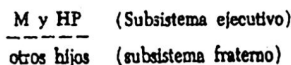
Límites: Los límites de un subsistema están constituidos por las reglas que definen quiénes participan, y de qué manera. Por ejemplo, el límite de un subsistema parental se encuentra definido cuando una madre (M) le dice a su hijo mayor: "No eres el padre de tu hermano. Si anda en bicicleta por la calle, dímelo, y lo haré volver" (Fig. 2).

Fig. 2



Si el subsistema parental incluye un hijo parental (HP) el límite es definido por la madre que le dice al niño: "Hasta que vuelva del almacén, Annie se ocupa de todo" (Fig. 3).

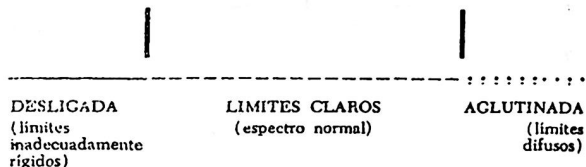
Fig. 3



de su estructura. Un subsistema parental que incluye a una abuela o a un hijo parental puede funcionar perfectamente bien, siempre que las líneas de responsabilidad y de autoridad se encuentren definidas con nitidez.

La claridad de los límites en el interior de una familia constituye un parámetro útil para la evaluación de su funcionamiento. Algunas familias se vuelcan hacia sí mismas para desarrollar su propio microcosmos, con un incremento consecuente de comunicación y de preocupación entre los miembros de la familia. Como producto de ello, la distancia disminuye y los límites se esfuman. La diferenciación del sistema familiar se hace difusa. Un sistema de ese tipo puede sobrecargarse y carecer de los recursos necesarios para adaptarse y cambiar bajo circunstancias de stress. Otras familias se desarrollan con límites muy rígidos. La comunicación entre los subsistemas es difícil, y las funciones protectoras de la familia se ven así perjudicadas. Estos dos extremos del funcionamiento de los límites son designados como aglutinamiento y desligamiento. Es posible considerar a todas las familias como pertenecientes a algún punto situado entre un continuum cuyos polos son los dos extremos de límites difusos, por un lado, y de límites sumamente rígidos, por el otro (Fig. 4). La mayor parte de las familias se incluyen dentro del amplio espectro normal.

Fig. 4



En términos humanos, aglutinamiento y desligamiento se refieren a un estilo transaccional, o de preferencia por un

Para el funcionamiento de los límites debe ser claro

límites (reglas) que son definidos por la madre.

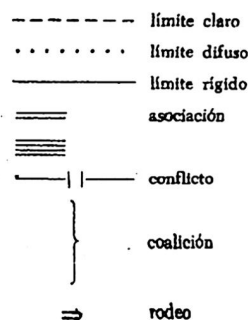
(H.P.) hijo parental

Agglutinados (límites difusos)

La función de los límites reside en proteger la diferenciación del sistema. Todo subsistema familiar posee funciones específicas y plantea demandas específicas a sus miembros; y el desarrollo de las habilidades interpersonales que se logra en ese subsistema, es afirmado en la libertad de los subsistemas de la interferencia por parte de otros subsistemas. Por ejemplo, la capacidad para acomodación complementaria entre los esposos requiere la libertad de la interferencia por parte de los parientes políticos y de los hijos y, en algunos casos, por parte del medio extrafamiliar. El desarrollo de habilidades para negociar con los padres, que se aprende entre los hermanos, requiere la no interferencia de los padres.

Para que el funcionamiento familiar sea adecuado, los límites de los subsistemas deben ser claros. Deben definirse con suficiente precisión como para permitir a los miembros de los subsistemas el desarrollo de sus funciones sin interferencias indebidas, pero también deben permitir el contacto entre los miembros del subsistema y los otros. La composición de subsistemas organizados alrededor de las funciones familiares no es tan significativa como la claridad de los límites

clave para las figuras 2-48



tipo de interacción, no a una diferencia cualitativa entre lo funcional y lo disfuncional. La mayor parte de las familias poseen subsistemas aglutinados y desligados. Es posible que el subsistema madre-hijo tienda hacia el aglutinamiento frente a los niños. La madre y los niños más pequeños pueden aglutinarse hasta un punto tal como para determinar que el padre sea periférico, mientras el padre asume una posición más comprometida con los hijos mayores. Un subsistema padre-hijo puede tender hacia el desligamiento a medida que los niños crecen y, finalmente, comienzan a separarse de la familia.

Las operaciones en los extremos, sin embargo, señalan áreas de posible patología. Un subsistema de madre e hijo sumamente aglutinado, por ejemplo, puede excluir al padre que se convierte en excesivamente desligado. El consecuente debilitamiento de la independencia de los niños puede constituir un importante factor en el desarrollo de síntomas.

Los miembros de subsistemas o familias aglutinados pueden verse perjudicados en el sentido de que el exaltado sentido de pertenencia requiere un importante abandono de la autonomía. La carencia de una diferenciación en subsistemas desalienta la exploración y el dominio autónomos de los problemas. En los niños, en particular, el desarrollo cognitivo afectivo se ve así inhibido. Los miembros de subsistemas o familias desligados pueden funcionar en forma autónoma, pero poseen desproporcionado sentido de independencia y carecen de sentimientos de lealtad y pertenencia y de la capacidad de interdependencia y de requerir ayuda cuando la necesitan.

En otras palabras, un sistema próximo al extremo desligado del continuum tolera una amplia gama de variaciones individuales entre sus miembros. Pero los stress que afectan a uno de los miembros de la familia no atraviesan sus límites inadecuadamente rígidos. Sólo un alto nivel de stress individual puede repercutir con la suficiente intensidad como para activar los sistemas de apoyo de la familia. En el extremo aglutinado del continuum, se observa lo contrario. La conducta de

un miembro afecta de inmediato a los otros y el estrés de un miembro individual repercute intensamente a través de los límites y produce un rápido eco en otros subsistemas.

Ambos tipos de relación provocan problemas familiares cuando se ponen en marcha mecanismos adaptativos. La familia aglutinada responde a toda variación en relación con lo habitual con una excesiva rapidez e intensidad. La familia desligada tiende a no responder cuando es necesario hacerlo. En una familia aglutinada los padres pueden verse sumamente afectados porque un hijo no come el postre. Los padres de una familia desligada, por su parte, pueden permanecer inmutables ante los problemas escolares de un hijo. A menudo, un terapeuta opera como un delineador de límites, que clarifica los límites difusos y abre los límites excesivamente rígidos. Su evaluación de los subsistemas familiares y del funcionamiento de los límites proporciona un rápido cuadro diagnóstico de la familia en función del cual orienta sus intervenciones terapéuticas.

La Fam. Aglutinada se puede afectar por q su hijo no come y su hijo no le importa los problemas de su hijo

El subsistema conyugal. El subsistema conyugal se constituye cuando dos adultos de sexo diferente se unen con la intención expresa de constituir una familia. Posee tareas o funciones específicas, vitales para el funcionamiento de la familia. Las principales cualidades requeridas para la implementación de sus tareas son la complementariedad y la acomodación mutua. Es decir que la pareja debe desarrollar pautas en las que cada esposo apuntala la acción del otro en muchas áreas. Deben desarrollar pautas de complementariedad que permitan a cada esposo ceder sin sentir que se ha dado por vencido. Tanto el esposo como la esposa deben ceder parte de su individualidad para lograr un sentido de pertenencia. La aceptación de la mutua interdependencia en una relación simétrica puede encontrar obstáculos originados en la insistencia de los cónyuges en sus derechos a la independencia.

Apri

El subsistema conyugal puede convertirse en un refugio ante los stress externos y en la matriz para el contacto con

En términos humanos simples, marido y mujer se necesitan mutuamente como refugio ante los múltiples requerimientos de la vida. En terapia, esta necesidad obliga a que el terapeuta proteja los límites que rodean al subsistema conyugal. Si en una sesión familiar los hijos interfieren en las relaciones del subsistema conyugal, se debe anular esta interferencia. Es posible realizar entonces sesiones entre marido y mujer excluyendo a los otros miembros. Si en esas sesiones éstos siguen discutiendo acerca de los problemas de sus hijos en lugar de referirse a las relaciones marido-mujer, es conveniente que el terapeuta señale entonces que están franqueando un límite.

El subsistema parental. Cuando nace el primer hijo se alcanza un nuevo nivel de formación familiar. En una familia intacta el subsistema conyugal debe diferenciarse entonces para desempeñar las tareas de socializar un hijo sin renunciar al mutuo apoyo que caracterizará al subsistema conyugal. Se debe trazar un límite que permita el acceso del niño a ambos padres y, al mismo tiempo, que lo excluya de las relaciones conyugales. Algunas parejas que se manejan correctamente como grupo de dos nunca logran realizar una transición satisfactoria a las interacciones de un grupo de tres. En algunas familias es posible que se incorpore al niño al marco de los problemas del subsistema conyugal, tal como le ocurrió a Emily Wagner.

A medida que el niño crece, sus requerimientos para el desarrollo, tanto de la autonomía como de la orientación, imponen demandas al subsistema parental que debe modificarse para satisfacerlas. El niño comienza a tener contacto con compañeros extrafamiliares, la escuela, y otras fuerzas socializantes exteriores a la familia. El subsistema parental debe adaptarse a los nuevos factores que actúan en el marco de la socialización. Si el niño es severamente afectado por su medio extrafamiliar, ello puede afectar no sólo su relación

otros sistemas sociales. Puede fomentar el aprendizaje, la creatividad y el crecimiento. En el proceso de acomodación mutua, los cónyuges pueden actualizar aspectos creativos de sus pautas que permanecían latentes y apuntalar los mejores rasgos de cada uno. Pero las parejas también pueden estimularse mutuamente los rasgos negativos. Los cónyuges pueden insistir en mejorar o preservar a su pareja y, a través de ese proceso, descalificarla. En lugar de aceptarla como es, imponen nuevos standards que deben lograrse. Pueden establecer pautas transaccionales del tipo dependiente-protector, en cuyo marco el miembro dependiente se mantiene como tal para proteger la impresión de su cónyuge de ser el protector.

Esas pautas negativas pueden existir en las parejas corrientes sin que ello implique una patología grave o motivaciones malevolentes en ninguno de sus miembros. Si un terapeuta debe enfrentar una pauta que funcione en forma negativa, debe tener en cuenta la necesidad de enfrentar el proceso sin atacar las motivaciones de los participantes. El terapeuta debe realizar interpretaciones que subrayen la reciprocidad, tales como: "usted protege a su mujer de un modo que la inhibe, y usted suscita una protección innecesaria de su esposo con gran habilidad". Una interpretación consecutiva de este tipo subraya la complementariedad de los sistemas, los aspectos positivos y negativos de cada cónyuge, y elimina implicancias valorativas de motivación.

El subsistema conyugal debe llegar a un límite que lo proteja de la interferencia de las demandas y necesidades de otros sistemas; en particular, cuando la familia tiene hijos. Los adultos deben poseer un territorio psicosocial propio —un refugio que pueden proporcionarse mutuamente, un sostén emocional. Si el límite alrededor de los esposos es excesivamente rígido, el sistema puede verse stressado por su aislamiento. Pero si los esposos mantienen límites flexibles, otros subgrupos, incluyendo a los hijos y a los parientes políticos, pueden interferir en el funcionamiento de su subsistema.

con sus padre sino, incluso, las transacciones internas del subsistema conyugal.

La autoridad incuestionada que caracterizó en algún momento al modelo patriarcal del subsistema parental ha desaparecido y fue reemplazada por el concepto de una autoridad flexible, racional. Se espera de los padres que comprendan las necesidades del desarrollo de sus hijos y que expliquen las reglas que imponen. El ser padre es un proceso extremadamente difícil. Nadie lo desempeña a su entera satisfacción, y nadie atraviesa el proceso incólume. Es probable que, ello haya sido imposible en todas las épocas, en mayor o menor grado. En la sociedad actual, compleja, de rápido desarrollo, en la que las brechas generacionales corresponden a intervalos cada vez más pequeños, las dificultades de ser padre se han incrementado.

Los procesos que corresponden a ello difieren según la edad de los niños. Cuando éstos son muy pequeños, predominan las funciones de alimentación. El control y la orientación asumen una mayor importancia luego. A medida que el niño madura, especialmente en el transcurso de la adolescencia, los requerimientos planteados por los padres comienzan a entrar en conflicto con los requerimientos de los hijos para lograr una autonomía adecuada a su edad. La relación de paternidad se convierte en un proceso difícil de acomodación mutua. Los padres imponen reglas que no pueden explicar en el momento o que explican en forma incorrecta, o consideran que los fundamentos de las reglas son evidentes, mientras que para los niños no es así. A medida que los niños crecen, es posible que no acepten las reglas. Los niños comunican sus necesidades con distintos grados de claridad, y realizan nuevos requerimientos a los padres, como los de que se les dedique un mayor tiempo o un mayor compromiso emocional.

Para juzgar en forma adecuada a sus participantes, es esencial comprender la complejidad del proceso de educación del niño. Es imposible que los padres protejan y guíen sin, al

mismo tiempo, controlar y retringir. Los niños no pueden crecer e individualizarse sin rechazar y atacar. El proceso de socialización es inevitablemente conflictivo. Toda intervención del terapeuta que enfrenta un proceso disfuncional entre los padres y los hijos debe, al mismo tiempo, apoyar a sus participantes.

La relación de paternidad requiere la capacidad de alimentación, guía y control. Las proporciones de estos elementos dependen de las necesidades de desarrollo del niño y de las capacidades de los padres. Pero la relación requiere el uso de la autoridad. Los padres no pueden desempeñar sus funciones ejecutivas a menos que dispongan del poder necesario para hacerlo.

Los hijos y los padres, y en algunos casos los terapeutas, describen frecuentemente al ideal familiar como una democracia. Pero consideran en forma errónea que una sociedad democrática es una sociedad sin líderes o que una familia es una sociedad de iguales. El funcionamiento eficaz requiere que los padres y los hijos acepten el hecho de que el uso diferenciado de autoridad constituye un ingrediente necesario del subsistema parental. Ello se convierte en un laboratorio de formación social para los niños, que necesitan saber cómo negociar en situaciones de poder desigual.

El apoyo del terapeuta al subsistema parental puede entrar en conflicto con el objetivo terapéutico de apoyar la autonomía de los hijos. En esas situaciones el terapeuta debe recordar que sólo un subsistema parental débil instaura un control restrictivo, y que ese control excesivo se presenta por lo general cuando el control es ineficaz. El apoyo a la responsabilidad y a la obligación de los padres para determinar las reglas de la familia estimula el derecho y la obligación del niño de crecer y desarrollarse en forma autónoma. La tarea del terapeuta consiste en asistir a los subsistemas para que negocien y se acomoden mutuamente.

El subsistema fraterno. El subsistema fraterno es el pri-

El mundo de los niños aprende a negociar amigos y aliados

mer laboratorio social en el que los niños pueden experimentar relaciones con sus iguales. En el marco de este contexto, los niños se apoyan, aíslan, descargan sus culpas y aprenden mutuamente. En el mundo fraterno, los niños aprenden a negociar, cooperar, competir. Aprenden a lograr amigos y aliados, a salvar la apariencia cuando ceden, y a lograr reconocimiento por sus habilidades. Pueden asumir posiciones diferentes en sus relaciones mutuas, y estas posiciones, asumidas tempranamente en el subgrupo fraterno, pueden ser significativas en el desarrollo posterior de sus vidas. En las familias amplias, el subsistema fraterno posee otras divisiones, ya que los hijos más pequeños, que se mueven aún en las áreas de seguridad, alimentación y guía en el seno de la familia, se diferencian de los niños mayores que realizan contactos y contratos con el mundo extrafamiliar.

Cuando los niños se ponen en contacto con el mundo de sus iguales extrafamiliares, intentan actuar de acuerdo con las pautas del mundo fraterno. Cuando aprenden formas alternativas de relación, incorporan las nuevas experiencias al mundo fraterno. Si la familia del niño posee modalidades muy particulares, los límites entre la familia y el mundo extrafamiliar pueden convertirse en excesivamente rígidos. Es posible, entonces, que el niño enfrente dificultades para incorporarse a otros sistemas sociales.

La significación del subsistema fraterno se observa con mayor claridad en caso de su ausencia. Los niños sin hermanos desarrollan pautas precoces de acomodación al mundo adulto, que pueden manifestarse en un desarrollo precoz. Al mismo tiempo, pueden mostrar dificultades para el desarrollo de la autonomía y la capacidad de compartir, cooperar y competir con otros.

Un terapeuta debe conocer las necesidades del desarrollo de los niños y debe ser capaz de apoyar el derecho del niño a la autonomía sin minimizar los derechos de los padres. Los límites del subsistema fraterno deben proteger a los ni-

ños de la interferencia adulta, para que puedan ejercer su derecho a la privacidad, tener sus propias áreas de interés y disponer de la libertad de cometer errores en su exploración. En diferentes etapas de su desarrollo los niños poseen diferentes necesidades, capacidades cognitivas particulares, y sistemas de valores propios. En algunos momentos, el terapeuta debe actuar como traductor, interpretando el mundo de los niños para los padres o viceversa. También es posible que deba ayudar al subsistema a negociar límites claros aunque no rígidos con el mundo extrafamiliar. Si el niño se ve atrapado en una red de excesiva lealtad familiar, por ejemplo, el terapeuta debe actuar como puente entre el niño y el mundo extrafamiliar.

ADAPTACION DE LA FAMILIA

Una familia se encuentra sometida a presión interna originada en la evolución de sus propios miembros y subsistemas y a la presión exterior originada en los requerimientos para acomodarse a las instituciones sociales significativas que influyen sobre los miembros familiares. La respuesta a estos requerimientos, tanto internos como externos, exige una transformación constante de la posición de los miembros de la familia en sus relaciones mutuas, para que puedan crecer mientras el sistema familiar conserva su continuidad.

En este proceso de cambio y de continuidad las dificultades para acomodarse a las nuevas situaciones son inevitables. Es posible que al concentrarse en la dinámica familiar, los terapeutas familiares minimicen este proceso, del mismo modo en que el terapeuta dinámico puede minimizar el contexto del individuo. El peligro de esta actitud es el excesivo énfasis en la patología. Los procesos transicionales de adaptación a nuevas situaciones, en los que la falta de diferenciación y la angustia que caracteriza a todos los nuevos procesos, pueden

ser considerados así erróneamente como patológicos. Sin embargo, el enfoque de la familia como un sistema social en transformación esclarece la naturaleza transicional de determinados procesos familiares. Requiere una exploración de la situación cambiante de la familia y sus miembros y de sus dificultades de acomodación. De acuerdo con esta orientación, un número mucho mayor de familias que se incorporan a la terapia deberían ser consideradas y tratadas como familias corrientes en situaciones transicionales, que enfrentan las dificultades de acomodación a nuevas circunstancias. La etiqueta de patológica debe reservarse a las familias que frente a esas tensiones incrementan la rigidez de sus pautas y límites transaccionales y evitan o resisten toda exploración de variantes. En las familias corrientes, el terapeuta confía en la motivación de la familia como el camino para la transformación. En las familias patológicas, el terapeuta debe convertirse en actor del drama familiar, incorporándose a las coaliciones existentes para modificar el sistema y desarrollar un nivel diferente de homeostasis.

El stress sobre un sistema familiar puede originarse en cuatro fuentes. En primer lugar puede originarse en el contacto de un miembro o de toda la familia con fuerzas extrafamiliares. Los momentos transicionales en la evolución de la familia también pueden ser una fuente de tensión, al igual que los problemas de idiosincrasia.

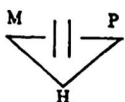
Contacto stressante de un miembro con fuerzas extrafamiliares. Una de las principales funciones de la familia consiste en brindar apoyo a sus miembros. Cuando uno de éstos se encuentra afectado por un stress, los otros miembros de la familia sienten la necesidad de acomodarse a sus nuevas circunstancias. Esta acomodación puede limitarse a un subsistema o, por lo contrario, difundirse en el seno de toda la familia. Por ejemplo, un esposo que enfrenta problemas de trabajo critica a su mujer cuando ambos regresan a su casa. Esa transacción puede limitarse al sistema conyugal. Es posi-

ble que la mujer dispute con el marido pero que lo apoye unos minutos después. O, si no, que contraataque. Surge así una pelea, pero ésta concluye y el apoyo mutuo renace. Estas pautas transaccionales son funcionales. El stress que afectó al marido ha sido atenuado a través de las relaciones con su mujer.

Sin embargo, la pelea puede proseguir indefinidamente, hasta que uno de los cónyuges abandona el campo. En esa situación, ambos se ven afectados por la no resolución de la situación. De ese modo, el contacto stressante de un miembro de la familia con fuerzas externas ha generado un stress no resuelto en el subsistema conyugal intrafamiliar.

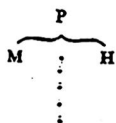
La misma fuente de stress que afecta a un miembro individual puede actuar a través de los límites de los subsistemas. Por ejemplo, un padre (P) y una madre (M), stressados por problemas de trabajo, pueden regresar al hogar y criticarse mutuamente, pero luego desviar su conflicto a través de un ataque contra un hijo. Ello reduce el peligro del subsistema conyugal pero afecta al hijo (H) (Fig. 5). O, si no,

Fig. 5



el marido puede criticar a la mujer, que busca entonces una coalición con el niño contra el padre (Fig. 6). De ese modo,

Fig. 6

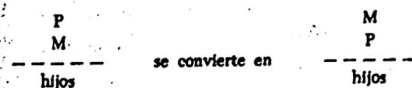


el límite alrededor del subsistema conyugal se hace difuso. Aparece así un subsistema transgeneracional excesivamente

rígido de madre e hijo contra el padre. Y el límite alrededor de esta coalición de madre e hijo excluye al padre. Se ha desarrollado así una pauta transaccional transgeneracional disfuncional.

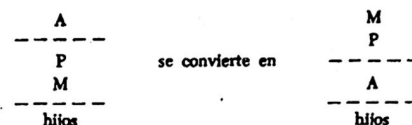
También es posible que una familia en su totalidad se vea stressada por el contacto extrafamiliar de uno de sus miembros. Por ejemplo, si el marido pierde su trabajo, la familia debe modificarse para garantizar su supervivencia. Es posible que la esposa deba asumir una mayor responsabilidad para el sostén financiero de la familia y, así, modifique la naturaleza del subsistema ejecutivo. Este cambio puede obligar a otros cambios en el subsistema parental. El padre puede ocuparse así de las tareas de alimentación que anteriormente correspondían a la madre (Fig. 7). O, si no, puede recurrirse

Fig. 7



a una abuela (A) para que se ocupe de las funciones de los padres. Si la familia responde a la pérdida del trabajo del padre con rigidez, pueden aparecer entonces pautas transac-

Fig. 8



cionales disfuncionales. Por ejemplo, se recurre a la abuela para ocuparse de los hijos, pero los padres se niegan a concederle la autoridad necesaria para que desempeñe su responsabilidad.

Los Wagner relataron algunas de las dificultades originadas en el contacto con el mundo extrafamiliar. Las dificultades de Mark como estudiante que al mismo tiempo debía

trabajar interferían con su capacidad para relacionarse con su esposa. Asumió así una actitud crítica o alejada, y Emily incorporó a Tommy como apoyo en sus interminables peleas.

Cuando una familia comienza una terapia debido a las dificultades de contacto de uno de sus miembros con el mundo extrafamiliar, los objetivos e intervenciones del terapeuta familiar se orientan en función de su evaluación de la situación y de la flexibilidad de la estructura familiar. Si la familia ha realizado cambios adaptativos para apoyar al miembro afectado pero el problema persiste, es posible que las intervenciones del terapeuta se dirijan fundamentalmente a la interacción de ese miembro con el agente que lo afectó. Si la familia no ha realizado cambios adaptativos, su intervención principal puede dirigirse hacia la familia.

Por ejemplo, si un niño enfrenta dificultades en la escuela, el problema puede relacionarse fundamentalmente con la escuela. Si la evaluación del terapeuta señala que la familia apoya al niño en forma adecuada, sus intervenciones principales pueden orientarse hacia el niño en el contexto escolar. Puede actuar como abogado del niño, disponer un cambio de escuela, o sugerir que se recurra a una enseñanza particular. Pero si los problemas del niño en la escuela aparecen como una expresión de los problemas de la familia, las intervenciones del terapeuta se dirigirán fundamentalmente a la familia.

Contacto stressante de la familia en su totalidad con fuerzas extrafamiliares. Un sistema familiar puede verse sobrecargado por los efectos de una depresión económica. O, si no, el stress puede generarse en un cambio de domicilio motivado en una mudanza o en un traslado a otra ciudad. Los recursos de la familia para hacer frente a esas situaciones se encuentran amenazados en forma particular por la pobreza y por la discriminación. Por ejemplo, una familia pobre puede encontrarse en contacto con un número tan elevado de agencias sociales como para que sus recursos sean superados.

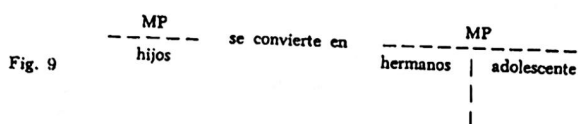
O una familia portorriqueña puede enfrentar problemas para adaptarse a la cultura de la metrópoli.

También en este caso la intervención del terapeuta debe orientarse en su evaluación de la familia. Si analiza la organización de la familia y determina que es básicamente viable pero que se encuentra sobrecargada por los contactos con tantas instancias incoordinadas, debe actuar como el consejero de la familia. Puede enseñar a la familia la manera de manipular las instituciones en beneficio propio. O puede trabajar para coordinar las acciones de las instancias, referente a la familia. Por ejemplo, con una familia portorriqueña abrumada por los problemas de reubicación, el terapeuta familiar puede informarse acerca de los recursos portorriqueños en la comunidad —la iglesia, escuelas con gran número de alumnos portorriqueños, padres portorriqueños militantes activos en la PTA, o en organizaciones sociales y cívicas destinadas a ayudar a este grupo étnico. Sus funciones como terapeuta familiar se complementarán con estas acciones como "casamentero" social.

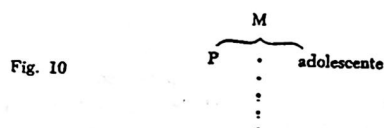
Stress en los momentos transicionales de la familia. Existen muchas fases en la evolución natural de una familia que requieren la negociación de nuevas reglas familiares. Deben aparecer nuevos subsistemas y deben trazarse nuevas líneas de diferenciación. En este proceso, se plantean inevitablemente conflictos. Idealmente, los conflictos serán resueltos por negociaciones de transición y la familia se adaptará con éxito. Estos conflictos ofrecen una oportunidad de crecimiento a todos los miembros de la familia. Sin embargo, si no se los resuelve, los problemas transicionales pueden plantear dificultades aun mayores.

Los problemas de transición se plantean en muchas situaciones. Pueden producirse por cambios originados en la evolución de los miembros de la familia y por cambios de la composición de la familia. Uno de los desencadenantes más habituales es el comienzo de la adolescencia de los hijos.

En esa época, la participación del niño en el mundo extra-familiar y su status en ese mundo se incrementan. La relación entre los hijos y los padres se ve perturbada. En esa situación, se lo debe apartar ligeramente del subsistema fraterno y se le debe otorgar una mayor autonomía y una mayor responsabilidad adecuada a su edad. Las transacciones del subsistema parental con él deben modificarse y dejar de ser relaciones del tipo padre-hijo para convertirse en relaciones de tipo padres-joven adulto. De ese modo, se logrará una adaptación exitosa (Fig. 9).



Sin embargo, es posible que la madre resista a todo cambio en su relación con el adolescente debido a que ello requeriría un cambio de relación con su marido. Puede atacar al adolescente y socavar su autonomía, en lugar de cambiar su propia actitud. Si luego el padre se incorpora al conflicto apoyando al hijo, se constituye una coalición transgeneracional inadecuada (Fig. 10). La situación puede generalizarse hasta



que toda la familia se vea implicada en el conflicto. Si no se produce ningún cambio familiar, aparecerán elementos disfuncionales, que se repetirán en todas las circunstancias en las que se manifiesten conflictos.

Cuando una familia incorpora un nuevo miembro, ese nuevo

miembro debe adaptarse a las reglas, y el antiguo sistema debe modificarse para incluir al nuevo miembro. Existe una tendencia a mantener las antiguas pautas, lo que determina que el nuevo miembro sufra un stress que puede llevarlo a incrementar sus demandas. Las formas de incorporación de nuevos miembros que pueden producir un stress en el transcurso del período de adaptación son: el nacimiento de un hijo, el matrimonio de un miembro de una familia extensa, la unión de dos familias a través del matrimonio de padres separados o viudos, o la inclusión de un pariente, amigo o hijo adoptivo.

Los stress son producidos también por la adaptación a una disminución del número de miembros de la familia, causada por circunstancias tales como muerte de un miembro de la familia, separación o divorcio, encarcelamiento, internación en una institución o partida de un niño para proseguir sus estudios. Por ejemplo, cuando una pareja se separa deben desarrollarse nuevos subsistemas y líneas de diferenciación. La unidad de dos padres e hijos debe convertirse ahora en una unidad de un padre e hijos, con el otro padre excluido.

A menudo, las familias emprenden una terapia debido a que las negociaciones que conducen a una transición exitosa se han visto bloqueadas. Es más fácil ayudar a una familia que enfrenta problemas relacionados con una transición reciente que a una familia que ha bloqueado negociaciones de adaptación a lo largo de un período prolongado.

Stress referentes a problemas de idiosincrasia. Un terapeuta de familia debe tomar en cuenta todas las circunstancias y tener presente la posibilidad de que áreas determinadas de la familia den lugar a pautas transaccionales disfuncionales. Por ejemplo, una familia con un hijo retardado puede haberse adaptado al problema planteado mientras el niño era pequeño. Pero la realidad del retraso, que los padres podían evitar cuando el niño era pequeño, debe ser enfrentada a medida que crece y que la disparidad de desarrollo entre él y los niños de su edad se hace más evidente.

El mismo tipo de stress puede producirse cuando un niño con una deformidad física, por ejemplo un labio leporino, crece. Es posible que la familia se haya adaptado correctamente a las necesidades del niño cuando éste era pequeño, pero a medida que crece y experimenta dificultades en su interacción con grupos extrafamiliares de niños de su edad que no lo aceptan, este stress puede sobrecargar al sistema familiar.

También es posible que problemas de idiosincrasia transitorios superen los mecanismos que permiten hacerles frente. Si un miembro de una familia se enferma seriamente, algunas de sus funciones y su poder deben ser asumidos por otros miembros de la familia. Esta redistribución requiere una adaptación de la familia. Cuando el miembro enfermo se recupera, se requiere una readaptación para incluirlo en su antigua posición o para ayudarlo a asumir una nueva posición en el sistema.

En resumen, el esquema conceptual de una familia normal presenta tres facetas. En primer lugar, una familia se transforma a lo largo del tiempo, adaptándose y reestructurándose de tal modo que pueda seguir funcionando. Sin embargo, es posible que una familia que ha funcionado eficazmente responda a stress del desarrollo apegándose en forma inadecuada a esquemas estructurales previos.

En segundo lugar, la familia posee una estructura que sólo puede observarse en movimiento. Se prefieren algunas pautas, suficientes para responder a los requerimientos habituales. Pero la fortaleza del sistema depende de su capacidad para movilizar pautas transaccionales alternativas cuando las condiciones internas o externas de la familia le exigen una reestructuración. Los límites de los subsistemas deben ser firmes, pero, sin embargo, lo suficientemente flexibles como para permitir una modificación cuando las circunstancias cambian.

Finalmente, una familia se adapta al stress de un modo tal que mantiene la continuidad de la familia al mismo tiempo que permite reestructuraciones. Si una familia responde al stress con rigidez, se manifiestan pautas disfuncionales. Eventualmente, ello puede llevar a la familia a una terapia.

Veinte minutos habían pasado de la sesión; el terapeuta y la familia estaban en contacto y trabajaban juntos en la terapia. Durante el resto de la sesión, el terapeuta decidió tomar como centro al padre. Le declaró estar preocupado por la madre: era una persona demasiado dispuesta a servir a los demás, y eso no podía ser bueno para ella. Estaba demasiado conectada a los demás. Le dijo que él tenía que aportar las pinzas que cortaran esos cables de conexión, protegiéndola así. La familia terminó la sesión con la sensación de haber recibido una guía; y el terapeuta, con el sentimiento de haber sido realmente útil a personas que le inspiraban simpatía.

Hacerse copartícipe no es una técnica que verdaderamente se pueda separar de la inducción de cambios en una familia. El terapeuta produce cambios cuando se hace copartícipe. Por otra parte, el proceso no se circunscribe a una parte de la terapia. Hacerse copartícipe es una operación que resuena de contrapunto en toda intervención terapéutica. El terapeuta una y otra vez se hace copartícipe durante una sesión y en el curso de la terapia entera.

No obstante, el carácter deliberado de la coparticipación disminuye a medida que la terapia avanza. Al comienzo, el terapeuta y la familia no pueden menos que concentrarse en acomodarse entre sí y al papel de líder del terapeuta. Pero a medida que pasa el tiempo, estos acomodamientos se vuelven más automáticos. El terapeuta ya no tiene que reflexionar sobre el modo de entrar en coparticipación. Puede confiar en que las pautas del sistema terapéutico lo pondrán sobre aviso en caso de que sea preciso atender a los acomodamientos en el interior del sistema.

El empleo de técnicas para establecer coparticipación, lo mismo que otros recursos terapéuticos, puede determinar que el terapeuta se sienta como aquel ciempiés inmovilizado porque tenía que decidir qué pata movería. Pero la eficacia del terapeuta depende de su capacidad de coparticipar al tiempo que cuestiona. El aumento de su repertorio hará de él, en definitiva, un mejor terapeuta. Y una vez que se haya convertido en hábil intérprete de la reelimentación de la familia, recordará la capacidad de mostrarse espontáneo, con la confianza de que su conducta no rebasará los márgenes aceptados por el sistema terapéutico.

A partir de la más simple información recogida en la llamada telefónica en que se convino la primera entrevista, o registrada en la hoja de admisión en una clínica, puede desarrollarse algunos supuestos sobre la familia. Por ejemplo, ¿cuántos son sus miembros y dónde viven? ¿Qué edad tienen? ¿Influyen en este caso alguno de los puntos normales de transición que crean dificultades a toda familia? El problema que motiva la demanda puede ser otra pista que indique sectores de fortaleza o debilidad posibles en la familia cliente. Con estos elementos simples, el terapeuta elaborará algunas conjeturas que le permitirán orientar sus primeros sondeos en la organización familiar.

La señal más inmediata es la composición de la familia. Ciertas combinaciones son indicativas de ámbitos definidos de investigación. Las configuraciones más comunes en la práctica son las de *pas de deux*, de tres generaciones, del soporte, del acordeón, de la familia cambiante y de la familia huésped.

Familias de pas de deux

Supongamos que la familia se componga de dos personas solamente. El terapeuta puede conjeturar que con probabilidad están muy apagadas. Si se trata de madre e hijo, es posible que éste pase mucho tiempo en compañía de adultos. Acaso esté adelantado en su capacidad verbal; y como en un elevado porcentaje sus interacciones son con adultos, se interesará por los temas de éstos antes que sus coetáneos y parecerá más maduro. Quizá pase menos tiempo de lo corriente con los niños de su edad; entonces tendrá con ellos menos cosas en común y quizás esté en desventaja en los juegos físicos. La madre, si así lo decide, tiene la posibilidad de dar al hijo más atención individual de la que podría si debiera ocuparse de un marido u otros hijos. En consecuencia, podrá ser muy sagaz para interpretar el talante de su hijo, satisfacer sus necesidades y responder sus preguntas. Y aun puede tender a interpretarlo con exceso, puesto que no tiene otra persona en quien concentrarse. Es posible que no haya nadie cerca con quien pudiera cotejar sus observaciones. Y el resultado de todo esto puede ser un estilo de vinculación intensa que alimente al mismo tiempo la mutua dependencia y el resentimiento recíproco.

Otro ejemplo de familia de *pas de deux* es la pareja anciana cuyos hijos ya han dejado el hogar. Se suele decir que padecen del síndrome del nido vacío. Un ejemplo más lo constituyen un progenitor y su hijo único adulto, que han vivido juntos toda la infancia de éste.

Cualquier estructura familiar, no importa cuán viable pueda ser en ciertos casos, tiene sectores de dificultades posibles o eslabones débiles en la cadena. La estructura de dos personas es proclive a una formación de liquen, en que los individuos contraen una recíproca dependencia casi simbiótica. Es una posibilidad que el terapeuta sondeará. Si sus observaciones indican que la unión excesiva cercena las potencialidades

Si sobrevolaras una bandada de pingüinos, creerías que se trataba de una asamblea de *maitres* de restaurante: semejante exactitud en la distribución del blanco y el negro y el aire majestuoso de los movimientos no podrían corresponder a otro grupo. Pero tan pronto como pudieras contemplar realmente a estos individuos, te verías obligado a desechar esa hipótesis. Los *maitres* tienen brazos, no alones; son humanos, y a todas luces no lo son estas criaturas. Pero entonces, ¿qué son? Verías a uno de ellos zambullirse y nadar con toda facilidad, y acaso decidirías que eran peces. Sólo un conocimiento más directo te llevaría a desechar esta segunda hipótesis y te haría avanzar hacia la solución correcta.

Es siempre una equivocación, advirtió Sherlock Holmes, teorizar más allá de lo que permiten los datos. El tratamiento por planificación sólo se debe emprender con la conciencia de las limitaciones que tiene, como nos lo advierte la fábula de los pingüinos. En efecto, los terapeutas de familia aprenden a teorizar más allá de los datos que poseen acerca de una familia, pero siempre conscientes de que la estructura de ésta nunca se les manifiesta en seguida. Sólo en el proceso de coparticipar con una familia, sondear sus interacciones y vivenciar la estructura que la gobierna alcanzarán a conocer su modalidad de interacción. Las hipótesis iniciales que se pudieran hacer tendrán que someterse a prueba en la coparticipación y acaso muy pronto se las deba desechar a todas.

No obstante, una hipótesis inicial puede ser invaluable instrumento para el terapeuta. Las familias que acuden tienen configuraciones y estructuras diferentes, y como la forma no puede menos que influir sobre la función, reaccionarán frente a los obstáculos según modalidades que les vienen impuestas por su configuración. Esta indicará posibles cambios funcionales posibles eslabones débiles de

de los miembros, planeará intervenciones para deslindar la frontera entre los componentes de la diada al tiempo que cancelará las que mantienen a cada uno de estos individuos desvinculados de otras personas. El terapeuta puede investigar las fuentes extrafamiliares de apoyo o de interés a fin de cuestionar la concepción «Somos una isla» de la realidad familiar.

Familias de tres generaciones

La familia extensa con varias generaciones que viven en íntima relación es probablemente la configuración familiar más típica en todo el mundo. Diversos terapeutas han destacado la importancia de trabajar con tres generaciones, sin tener en cuenta el posible distanciamiento geográfico. Pero en el contexto urbano de los países de Occidente, la familia de varias generaciones tiende a ser más característica de la clase media baja y de los grupos socioeconómicos inferiores. En consecuencia, es posible que el terapeuta se incline a considerar en esta configuración familiar sus deficiencias, en lugar de pesquisar las fuentes de fortaleza adaptativa que esta forma contiene.

La configuración de la familia extensa aloja en la multiplicidad de sus generaciones la posibilidad de una especialización funcional. La organización del apoyo y la cooperación en las tareas familiares se puede llevar a cabo con una flexibilidad inherente a esta forma de familia, y a menudo con una genuina pericia. Este tipo de organización requiere de un contexto en que la familia y el medio extrafamiliar se encuentren en armoniosa continuidad. Lo mismo que las demás configuraciones, la familia extensa necesita de un contexto social que complementa sus operaciones.

Cuando trabajan con familias de tres generaciones, los terapeutas de familia se deben guardar de su tendencia a obrar una separación. Es que se inclinan a deslindar las fronteras de la familia nuclear. En una familia compuesta por la madre, la abuela y un hijo, la primera pregunta del terapeuta de familia suele ser: ¿Quién se encarga de criar al niño? Si las funciones parentales se delegan en la abuela, el cartógrafo que todo terapeuta lleva dentro empieza a idear estrategias destinadas a reorganizar la configuración familiar de manera que la «madre real» asuma la principal responsabilidad por la crianza del hijo, y la abuela retroceda a un segundo plano. Esta adhesión del terapeuta de familia a las normas culturales no debiera ser tan firme, puesto que muy bien podría ocurrir que en el caso de la familia de tres generaciones lo indicado desde el punto de vista terapéutico fuera trabajar dentro del sistema cooperativo hacia una diferenciación de funciones, y no promover la formación de una estructura acorde a la norma cultural.

Para el terapeuta es importante descubrir el peculiar ordenamiento de la familia con que trata. Es probable que la abuela viva con su hija

y su nieto. Pero lo es también que ella sea la cabeza de la casa, y madre e hijo estén a su cuidado. ¿Hay aquí una estructura deslindada con claridad en que ambos adultos viven como iguales y uno actúa como el progenitor primario del niño? ¿Cooperan los adultos en una organización que contempla funciones y pericias diferenciadas, o los dos adultos están empeñados en una lucha por la primacía? Y si este último es el caso, ¿está el niño coligado con una de las mujeres en contra de la otra?

Son muchas las formas de familia de tres generaciones, desde la combinación de progenitor soltero, abuelo y niño, hasta la compleja red de vastos sistemas de parentesco que no necesitan estar alojados en un mismo domicilio para ejercer notable influjo. Puede ser indispensable para el terapeuta descubrir cuál es realmente «la familia», cuántos miembros tiene y qué nivel de contacto sostienen éstos con la red extensa. En ningún caso se debe subestimar el influjo de la familia extensa sobre las funciones de la familia nuclear.¹

Un posible eslabón débil en la familia multigeneracional es la organización jerárquica. Cuando una familia extensa de tres generaciones acude a la terapia señalando a uno de sus miembros como el portador de síntoma, el terapeuta investigará eventuales coaliciones intergeneracionales que acaso tomen a uno de los miembros de la familia como chivo emisario o vuelvan disfuncionales determinados holones.

En ciertas familias extensas desorganizadas, es posible que los adultos funcionen de un modo desapegado, centrífugo. En esos casos determinadas funciones ejecutivas, incluida la crianza de los niños, pueden quedar mal definidas y caer en los huecos de la estructura. Se suele encontrar este problema en familias pobres que soportan excesivas cargas de trabajo y viven en villas misérrimas carentes de sistemas de asistencia social. En estos casos, esclarecer las fronteras entre los holones puede ayudar a diferenciar las funciones y facilitar la cooperación.²

Familias con soporte

La familia grande no es tan común como lo fue antaño en la cultura occidental. En cierta época, lo normal era tener muchos hijos. Se los consideraba un bien de la familia. Han cambiado los tiempos, pero no lo ha hecho el nexo estructural que se descubre en la mayoría de las familias grandes. Cuando las instituciones aumentan de tamaño, es preciso delegar autoridad. Cuando son muchos los niños en un hogar, por lo común uno de ellos, y a veces varios de los mayores, reciben responsabilidades parentales. Estos niños parentales toman sobre sí funciones de crianza de los demás niños, como representantes de los padres.

breve un desplazamiento en el modo que la familia tiene de organizar sus funciones; en efecto, el programa antiguo estorba la elaboración de funciones nuevas que incluyan al cónyuge ausente. El progenitor periférico debe ser reinsertado en una posición provista de sentido.

Como en otras situaciones de transición, la terapia incluirá en ésta maniobras no sólo reestructuradoras, sino educativas. La familia tiene que comprender que, en efecto, forma una familia «nueva». Esta concepción es de aceptación bastante difícil porque las «partes» de la familia han permanecido juntas durante largo tiempo; sólo la configuración de la familia es nueva.

Las familias cambiantes

Ciertas familias cambian constantemente de domicilio. Por ejemplo, en los guetos, las familias que lo abandonan cuando deben demasiadas mensualidades de alquiler. Es también el caso de los gerentes de grandes empresas que son transferidos con frecuencia de una sucursal a otra. En otras circunstancias, es la composición misma de la familia la que varía. El ejemplo más frecuente es el progenitor soltero que cambia de pareja una y otra vez. Un padre puede trocar muchas amantes, cada una de las cuales será esposa y madre en potencia. Esta configuración puede permanecer oculta al terapeuta en el contacto inicial, pero se irá poniendo de manifiesto a medida que trabaje con la familia.

Si el cambio de contexto interesa a adultos que desempeñan un papel significativo, es importante para el terapeuta reconstruir un historial que le permita determinar si lo que parece una organización estable no es, en realidad, transitoria. En tal caso parte de la función del terapeuta será ayudar a la familia para que defina con claridad su estructura organizativa. Si el cambio del contexto atañe al domicilio, hay pérdida de sistemas de apoyo, tanto familiares como de la comunidad. La familia queda aislada. Los niños que han perdido su red de compañeros y deben ingresar en un contexto escolar nuevo pueden desarrollar disfuncionalidad. Si la familia se convierte en el único contexto de apoyo en un mundo cambiante, es posible que sufra menoscabo su capacidad para entrar en contacto con el medio extrafamiliar.

El terapeuta tiene que tener presente que si la familia pierde su contexto por cambio de domicilio, sus miembros entrarán en crisis y tenderán a funcionar en un nivel más bajo de capacidad que en circunstancias en que se recibe el apoyo del contexto extrafamiliar. En consecuencia, se vuelve importantísimo evaluar el nivel de competencia tanto de la familia en su condición de organismo, cuanto de sus miembros individuales. Es esencial no dar por supuesto que la crisis es producto de una patología existente en la familia. El holón de la familia es siempre parte de un contexto más vasto. Distorsionado el contexto más vasto, la familia manifestará distorsiones.

Este ordenamiento funciona sin tropiezos mientras las responsabilidades del niño parental están definidas con claridad por los padres no sobrepasan su capacidad, considerado su nivel de madurez. El niño parental es puesto en una situación que lo excluye del subsistema de los hermanos y lo eleva hasta el subsistema parental. Esa situación tiene aspectos atractivos, puesto que el niño tiene acceso directo a los progenitores; además, puede promover sus habilidades ejecutivas. Este modo de relación ha dado buenos resultados durante milenios. No pocos terapeutas son ex niños parentales. Pero la estructura de una familia grande se puede quebrar en este punto y los terapeutas deben tener presente esa posibilidad.

Existe el peligro potencial de que los niños parentales contraigan síntomas cuando se descargan sobre sus hombros responsabilidades superiores a sus fuerzas o no se les confiere la autoridad que les permitiera ponerlas en práctica. Los niños parentales, por definición, quedan tomados entre dos fuegos. Se sienten excluidos del contexto de los hermanos, pero no aceptados de manera genuina por el holón parental. Tienen dificultades para participar en el importante contexto de socialización que es el subsistema de los hermanos. Además, el niño parental puede bloquear el ejercicio de los cuidados tiernos que los más pequeños necesitan de sus padres.

En la terapia puede ser eficaz emplear técnicas de fijación de fronteras que reorganicen el subsistema parental sin el niño parental, y realizar sesiones con los hermanitos solos, en que la posición de aquél sea reorganizada. O bien, si el subsistema parental ya está recargado, la responsabilidad de brindar apoyo se puede distribuir de manera más equitativa entre los hermanos.

Familias acordeón

En ciertas familias uno de los progenitores permanece alejado por lapsos prolongados. El ejemplo clásico son las familias de militares. Cuando uno de los cónyuges se ausenta, el que permanece en el lugar tiene que asumir funciones adicionales de cuidado de los niños, ejecutivas y de guía, pues de otro modo quedarían privados. Las funciones parentales se concentran en una sola persona durante una parte de cada ciclo. En estos casos es una cristalización posible la familia de un solo progenitor. El cónyuge que permanece en el hogar asume funciones adicionales a expensas de la colaboración entre los miembros de la pareja. Los niños pueden obrar en el sentido de promover la separación de los padres, y aun de cristalizarlos en los papeles de «padre bueno y madre mala, abandonadora» en una organización que tiende a expul-

Familias huéspedes

Un niño huésped es por definición miembro de una familia temporal. Los asistentes sociales de los institutos de colocación dejan en claro que la familia huésped no debe apegarse al niño; es preciso evitar una relación padre-hijo. No obstante, estos lazos padre-hijo se crean a menudo, sólo para quebrarse cuando el niño debe mudarse a un nuevo hogar huésped o es devuelto a su familia de origen.

Un problema potencial en esta configuración familiar es que en ocasiones la familia se organiza como si no fuera huésped. El niño es incorporado al sistema familiar. Si después desarrolla síntomas, pueden ser el resultado de tensiones dentro del organismo familiar. No obstante, el terapeuta y la familia pueden suponer que los síntomas del niño son producto de su experiencia previa al ingreso en esta familia, o bien de una patología internalizada, puesto que es un niño huésped y técnicamente no es miembro de la familia.

Es preciso evaluar el nexo del síntoma con la organización familiar. Si la sintomatología es el producto del ingreso del niño en un sistema nuevo, éste funciona como si atravesara una crisis de transición. Por el contrario, si el niño ya está integrado plenamente a la familia, sus síntomas obedecen a la organización de ésta y se relacionan con las tensiones que otros miembros de la familia manifiestan de diverso modo.

En la situación mencionada en último término, una complejidad adicional de la familia huésped es la introducida por la presencia del instituto de colocación. Estos institutos de colocación en familias huéspedes invierten mucho tiempo y esfuerzos en formar buenos padres huéspedes, y por ello mismo tienden a cuidarlos particularmente. Pueden entonces obrar de un modo que estorbe la posibilidad de acomodamiento entre el niño y la familia huésped. En estos casos el terapeuta tiene que contemplar la posibilidad de introducir a la asistente social del instituto en el contexto terapéutico y utilizarla como coterapeuta a fin de prestar asistencia al organismo familiar total, incluido el niño.

El formulario de admisión en la terapia no sólo suele contener información sobre estas diversas configuraciones, sino además sobre el estadio de desarrollo en que se encuentra la familia. El desarrollo de ésta supone transiciones. Las familias cambian para adaptarse a diversas circunstancias. En consecuencia, sucesos que obedecen a estos estadios de desarrollo pueden amenazar el equilibrio familiar. No pocas familias demandan terapia justamente porque se encuentran en un período de transición en que la vida familiar tropieza con las demandas de cambio, por un lado, y, por el otro, con los mecanismos que contrarrestan la desviación, activados por esas demandas. Estos problemas de discontinuidad se presentan en familias con padrastro o madrastra, y en familias con un fantasma.

Familias con padrastro o madrastra

Cuando un padre adoptivo se agrega a la unidad familiar, tiene que pasar por un proceso de integración que puede ser más o menos logrado. El nuevo padre puede no entregarse a la nueva familia con un compromiso pleno, o la unidad originaria puede mantenerlo en una posición periférica. Es posible que los hijos redoblen sus demandas dirigidas al padre natural, exacerbando así el problema que a éste le plantea la división de lealtades. En los casos en que los niños vivieron alejados de su padre natural hasta el nuevo casamiento de éste, tendrán que acomodarse tanto a su padre natural como al postizo.

En esta configuración familiar, las crisis son comparables a los problemas que surgen en un organismo familiar reciente; se las debe considerar normales. La cultura occidental impone la formación instantánea de la familia. Tras el ritual, legal o paralegal, los miembros de una familia «mixta» se precipitan para constituir holones familiares. Pero el tiempo no les ha conferido aún su legitimidad funcional. Es posible que un terapeuta tenga que asistir a la familia introduciendo esquemas para una evolución gradual. En ciertos casos puede ser conveniente para los miembros de las dos familias originales mantener al comienzo sus fronteras funcionales y relacionarse como dos mitades que cooperan para resolver problemas en la vía que la familia sigue hacia la configuración de un solo organismo.

Familias con un fantasma

La familia que ha sufrido muerte o deserción puede tropezar con problemas para reasignar las tareas del miembro que falta. A veces la familia se colocará en la postura de decir que, si la madre viviera, sabría qué hacer. Apropiarse de las funciones de la madre se convierte entonces en un acto de deslealtad a su memoria. Es posible que se respeten las antiguas coaliciones como si la madre siguiera con vida.

Los miembros de estas familias pueden vivir sus problemas como la consecuencia de un duelo incompleto. Pero si el terapeuta obra con este supuesto, puede cristalizar a la familia en lugar de ayudarla para que avance hacia una organización nueva. Desde el punto de vista terapéutico, se trata de una familia en transición. Las configuraciones anteriores estorban el desarrollo de nuevas estructuras.

En el proceso de reflexionar el terapeuta sobre toda la información familiar

elaborado aún alternativas nuevas para el estadio de vida en que ellos mismos se encuentran.

Puede ocurrir que entre un adolescente y un padre sobreprotector exista una relación de apego tan excesivo que ninguna acción del hijo pase inadvertida. En estas situaciones, el bloqueo de la interacción de unión excesiva puede aumentar los choques entre el holón parental y el hijo, lo que promoverá la búsqueda de alternativas.

En general, en el trato con familias en que hay adolescentes en conflicto, lo mejor es que el terapeuta siga un camino intermedio. Sustentará el derecho de los padres a formular determinadas demandas y a pedir que se los respete como tales. Y también apoyará las demandas de cambio que haga el adolescente.

En familias con hijos delincuentes, el control de los progenitores depende de su presencia. Las reglas existen sólo mientras ellos están ahí para imponer su vigencia. El hijo aprende que en un contexto hay determinadas reglas, que sin embargo no rigen en otros contextos. En esta organización, los padres tienden a producir una alta proporción de respuestas controladoras, a menudo ineficaces. El progenitor hace una demanda controladora, el hijo no obedece; hace otra demanda, aquél, y así. Hay mutuo acuerdo de que tras cierto número de demandas parentales, el hijo responderá.

Las pautas de comunicación tienden a ser caóticas en estas familias. Los participantes no cuentan con ser escuchados, y los mensajes sobre la modalidad del vínculo son más importantes que el contenido. Las comunicaciones parecen organizadas en torno de secuencias o interacciones nimias, inconexas, provistas de un valor afectivo.

Cuando estas familias tienen varios hijos, el subsistema de los hermanos puede llegar a ser un contexto importante que permita iniciar la organización de una nueva configuración familiar y crear fronteras significativas. En un trabajo de Minuchin y colaboradores³ se exponen otras técnicas terapéuticas para estas familias.

En familias en que los niños son maltratados, el sistema no puede controlar las respuestas destructivas de los padres hacia los hijos. Por lo común, esos progenitores carecen de sistemas de apoyo. Responden a los hijos como si sólo fueran una continuación de ellos mismos. Cada acción del hijo es vivenciada por el padre como una respuesta personal. Los progenitores que se encuentran en esta situación carecen de un contexto adulto en que se pudieran desenvolver competentemente. La familia se convierte en el único campo en que el progenitor puede desplegar poder y capacidad, y esta restricción excesiva ahora como agresión. Así como las personas sólo se pueden golpear si se entreveran, sólo los subsistemas unidos en demasía tienden a producir padres que infligen maltrato.

En ciertos casos, la familia que maltrata a sus hijos se organiza en torno de una diada demasiado unida, uno de los progenitores y un

étnico, se incluirán estos datos. Por último, el cuadro de situación contendrá el problema que motivó la demanda. Si un bebé no prospera, el terapeuta sondeará eventuales disfunciones en la interacción madre-hijo. Si un niño «no entiende razones», el terapeuta pesquisaré alguna alianza dentro de la jerarquía familiar que le esté procurando apoyo adulto para su desobediencia.

Ciertos síntomas son claro indicio de determinados ordenamientos estructurales de la familia. Por ello el «problema que motiva la demanda» pone en marcha la imaginación de todo terapeuta experimentado. En seguida evocará la página de cierto libro de psicología, el rostro de un niño a quien atendió antes o la configuración de una familia que presentaba problemas semejantes. Estas imágenes son útiles para formar el conjunto inicial de hipótesis con que el terapeuta abordará a la familia.

Familias descontroladas

En familias en que uno de sus miembros presenta síntomas en el área del control, el terapeuta supone la existencia de problemas en uno o varios entre determinados campos: la organización jerárquica de la familia, la puesta en práctica de las funciones ejecutivas dentro del subsistema parental y la proximidad entre miembros de la familia.

El tipo de problemas de control varía según el estadio de desarrollo de los miembros de la familia. En familias con hijos pequeños, uno de los problemas más comunes que se presentan en una clínica pediátrica es el niño en edad preescolar a quien sus padres definen como un «monstruo» que no quiere admitir regla alguna. Cuando un tirano de veinticinco kilos aterroriza a una familia entera, se debe suponer que tiene un cómplice. Para que un tirano que no se eleva un metro del suelo sea más alto que el resto de los miembros de la familia, es preciso que esté subido sobre los hombros de uno de los adultos. En todos los casos, el terapeuta puede suponer con certeza que los cónyuges se descalifican uno al otro, lo que confiere al tirano triangulado una posición de poder que es aterrizante para él y para la familia.

En esta situación la meta terapéutica consiste en reorganizar la familia de modo que los padres cooperen entre sí y el niño sea rebajado hasta su lugar. La elaboración de una jerarquía clara en que los progenitores tengan el control del subsistema ejecutivo requiere de un aporte terapéutico que influya sobre el holón parental en su totalidad.

En familias con adolescentes, es posible que los problemas de control se ligen con la incapacidad de los progenitores para pasar del solícito de niños pequeños al de padres respetuosos útiles

hijo. Por lo común, la forman la madre y su hijo, a quienes el padre ataca de manera indiscriminada, como si se tratara de una alianza enemiga. En estas familias, los malos tratos entre los padres desbordan sobre el hijo.

La familia del bebé que no prospera se suele clasificar en la misma categoría que la familia en que se maltrata a los hijos; esto se debe que en ambos casos el efecto es poner en peligro al niño. No obstante, una y otra familia ofrecen características diferentes. El desmedro del bebé no obedece a una situación de proximidad, sino, por el contrario, a la incapacidad de los padres para dar respuestas a las necesidades de su hijo. En efecto, se trata de una organización de miembros desaparecidos. La madre no alimenta al bebé en la medida en que sería necesario. Se distrae cuando tiene el niño al pecho o le da el biberón. En estas situaciones, las técnicas terapéuticas procuran interesar a los padres, a diferencia de las técnicas de deslinde de fronteras, que son las indicadas en caso de maltrato a niños.

En dos tipos de familia los niños sufren de fobias escolares. En uno de ellos, la fobia a la escuela manifiesta una organización delictual. En el otro, la situación es semejante a la de familias con hijos psicóticos. La unión excesiva entre el niño y uno de los miembros de la familia ata al niño y lo hace permanecer en la casa como compañero.

Familias psicodómicas

Cuando la queja que motiva la demanda es un problema psicodómico de alguno de los miembros de la familia, la estructura de ésta incluye una excesiva insistencia en los cuidados tiernos. La familia parece funcionar óptimamente cuando alguien está enfermo. Entre las características de estas familias se descubre sobreprotección, fusión o unión excesiva entre los miembros de la familia; la incapacidad para resolver conflictos, enorme preocupación por mantener la paz o evitar los conflictos y una rigidez extrema. Pero no la rigidez del cuestionamiento, sino la del agua, que si se puede recoger con la mano es sólo para volver a su forma originaria. Estas familias parecen enteramente normales, la familia típica. Sus miembros son buenos vecinos. No se querellan con nadie. Este tipo de familia se destaca por las relaciones de lealtad y de protección que en ella imperan; en suma, es la familia ideal.

Uno de los problemas con que el terapeuta tropieza en estas familias es justamente su carácter agradable. Sus miembros parecen ansiosos por responder. El terapeuta puede creer que cooperan con él, sólo para sentirse una y otra vez decepcionado por los problemas que le oponen, así como por la facilidad con que lo absorben en las melodiosas de su política de paz a cualquier precio.

1. Augustus Y. Napier con Carl A. Whitaker: *The Family Crucible*, Nueva York, Harper & Row, 1978; Cloe Madanes y Jay Haley: "Dimensions of Family Therapy", en *Journal of Mental and Nervous Diseases* 165, n.º 2 de 1977, págs. 83-98.

LAURO ESTRADA INDA EL CICLO VITAL DE *la familia*

grijalbo

Índice

<i>Primera parte. El sistema familia</i>	9
La familia	11
Introduciendo el ciclo vital	17
La aplicación del psicoanálisis al sistema familia ..	19
Características internas de la familia	25
Las fases de la pareja	33
<i>Segunda parte. Fases del ciclo vital de la familia</i>	39
Primera fase: el desprendimiento	41
Segunda fase: el encuentro	69
Tercera fase: los hijos	95
Cuarta fase: la adolescencia	111
Quinta fase: el reencuentro	133
Sexta fase: la vejez	143
<i>Epílogo</i>	153
<i>Bibliografía</i>	157

CICLO VITAL DE LA FAMILIA

1997, Lauro Estrada Inda

© 1997 por EDITORIAL GRIJALBO, S.A. de C.V.
Calz. San Bartolo Naucalpan núm. 282
Argentina Poniente 11230
Miguel Hidalgo, México, D.F.

*libro no puede ser reproducido,
parcialmente,
autorización escrita del editor:*

970-05-0771-8

IMPRESO EN MÉXICO

Primera parte

El sistema familia

La familia

El progreso alcanzado en los campos de estudio de la psicología profunda y el análisis de los fenómenos psicodinámicos que ocurren en los pequeños grupos, ha dado lugar al entendimiento y comprensión del núcleo original y primario en que se desenvuelve el hombre: la familia.

Tal adquisición, lograda en los últimos 20 o 25 años, permite en la actualidad manejar una de las técnicas más efectivas y poderosas en la psicoterapia.

La familia, también desde un punto de vista útil a nuestros fines, puede ser considerada como una célula social cuya membrana protege en el interior a sus individuos y los relaciona al exterior con otros organismos semejantes.

La familia es justamente la sustancia viva que conecta al adolescente con el mundo y transforma al niño en adulto.

Conocer, pues, las estructuras de la familia y conceptualizar sus funciones, no sólo ayuda a integrar mejor un diagnóstico, sino que ofrece nuevas luces en el tratamiento, prevención e investigación de los problemas emocionales. La familia puede ser en sí, un elemento de salud o de origen y causa del problema.

Tomando esto en cuenta, es posible utilizar dentro de un ambiente de terapia, las ventajas que ofrece la familia como

instrumento de cura, para lo cual es requisito hacer una disección que nos permita su estudio.

En forma muy escueta, puede decirse que la familia, como todo organismo vivo, tiene una historia, un nacimiento y un desarrollo. Se reproduce, declina y también muere. Confronta diferentes tareas en cada uno de estos pasos: la unión de dos seres con una meta común; el advenimiento de los hijos, el educarlos en sus funciones sexuales y sociales, el soltarlos a tiempo para la formación de nuevas unidades y el quedar la pareja sola nuevamente. Si la familia cumple con estas funciones, será una familia sana, y si en alguna de ellas fracasa o se detiene, será un sistema enfermo.

A través de dos mecanismos principales regula su funcionamiento: a) el primero es un control homeostático y b) el segundo, una red de comunicaciones.

La homeostasis utiliza fuerzas directrices y la comunicación, mensajes.

Ambos mecanismos dan lugar a la formación de funciones, la del padre, de la madre, de los hermanos, etc., y son estos elementos precisamente los que nos ayudarán a entender y manejar al sistema de manera tal que nos permita la extracción de sus ingredientes curativos.

a) Para entender el proceso homeostático es conveniente pensar en él como en un sistema de fuerzas organizadas entre sí, de tal manera que le confieren al "organismo familiar" una estructura temporoespacial *sui generis*, es decir que cada uno de sus miembros estará colocado en una posición especial respecto a los otros, la cual nadie puede abandonar, puesto que de hacerlo, entrarán en juego reacciones de todos los miembros de la familia de tal forma que obligarán necesariamente a la conservación de dichas posiciones, tendiendo siempre a conservar la misma estructura geométrica del sistema.

cias. Pareciera ser que son necesarios tres subsistemas: el marital, el de padres-hijos y el de los hermanos, y que cada quien esté ubicado en su propio nivel y cumpla con las funciones que su sexo y edad determinan. Pueden además existir funciones idiosincráticas, como por ejemplo: el actuar como el "tonto" de la familia o el ser "chivo expiatorio".

En esta forma nos damos cuenta que todos los conflictos necesariamente son interdependientes e interpenetrantes, que un individuo necesita a su familia y que cada familia necesita a todos y cada uno de sus miembros. No se puede pensar en un adolescente aislado de su matriz familiar, sea cual fuere el caso. Es indispensable desde luego, considerar, por otra parte, las características propias de un determinado individuo, como son su edad, sexo y etapa del desarrollo psicosexual en que se encuentre, para aquilatar propiamente la naturaleza de su trastorno; del mismo modo, la fuerza de su yo se mostrará a través de sus capacidades de adaptación y cambio.

Es diferente, por ejemplo, la oposición de un púber, asediado por los cambios físicos y confrontado con la tarea de resolver una situación edípica que lo adapte a las expectativas de su función social, a la de un joven que trabaja ya en los primeros intentos de separación, o a la de un adolescente que francamente se encuentra ya en búsqueda de un compañero fuera del seno familiar para iniciar la formación de un nuevo sistema. No es lo mismo, igualmente, la situación de un adolescente que, aunque esté trastornado, cuenta con la matriz de contención y de modelo que le ofrece su familia, que la de otro que ha perdido toda liga con ella y por lo tanto no tiene un punto de referencia ni un parámetro importante, o bien, que el caso del adolescente cuya familia haya perdido toda fuerza o cohesión y se encuentra desintegrada.

Debido a esto es difícil obtener una respuesta terapéutica que implique un cambio de estas posiciones. Asimismo, se entiende también por qué algún miembro del sistema que ha sido seleccionado para actuar ciertas funciones, no pueda salvarse fácilmente, puesto que caerá presa de este mecanismo. Por sus características especiales, el adolescente suele muchas veces ser dicho miembro.

b) En cuanto a la red de comunicación, sabemos actualmente que tiene un papel preponderante en la salud o enfermedad del individuo. Una familia formula su propio código de mensajes y, so pena de sufrir las consecuencias de rechazo o abandono, será necesario que cada miembro siga fielmente dicho código para ser aceptado plenamente en el seno del sistema. La comunicación a todos sus niveles, ya sea verbal o no, activa o ausente en apariencia, tendrá siempre un efecto de fenómeno generalizado donde no importando cómo ni a quién sea dirigido el mensaje, producirá en todos una respuesta y retroalimentará respectivamente a quien lo manda. La comunicación también es de gran importancia en la producción o reforzamiento de procesos psicóticos, donde los mensajes oscuros, confusos e indirectos, tendrán que ser validados como formas de entender la vida, ya que de ser aclarados y confrontados podrían producir una ruptura con las fuentes de amor y seguridad que representan los miembros del sistema familiar; los dobles mensajes y los dobles vínculos son ejemplos de ello.

Finalmente tenemos como resultado de la homeostasis y la comunicación, la aparición de roles en la familia, lo cual determina igualmente que marchen bien las cosas o que el sistema se enferme. La ausencia de una función clásica como la del padre o la madre, o bien el que un miembro tome el papel del otro, determinará que todos sufran las consecuen-

La familia, a manera de pequeña sociedad, es la arena donde se permite toda suerte de ensayos y fracasos en un ambiente de protección, de tolerancia, de firmeza y de cariño. Es un medio flexible y atenuante, que limita y que contiene, y al mismo tiempo que sirve de traducción de los impulsos de un mundo interno caótico, a uno más claro y significativo y de los estímulos masivos de una sociedad incomprensible a un mundo más organizado. Es la línea de continuidad entre niño y adulto y el mejor medio de comunicación entre dos o más generaciones. También es el organismo liberador que se encarga de soltar al adolescente maduro que se encuentra listo ya para la formación de otra unidad.

Introduciendo el ciclo vital

El propósito fundamental de este libro es enfocar a la *familia* desde el punto de vista del ciclo vital, proceso por el que todas, de alguna manera, tendrán que cruzar.

Ante todo, ¿qué es el ciclo vital de la *familia*?

La *familia* es en esencia un sistema vivo de tipo "abierto", tal como lo describió Bertalanffy en 1968. Al conceptualizarlo así, veremos que dicho sistema se encuentra ligado e intercomunicado con otros sistemas, como el biológico, el psicológico, el social y el ecológico. Además, la familia pasa por un ciclo donde despliega sus funciones: nacer, crecer, reproducirse y morir, las cuales pueden encontrarse dentro de un marco de salud y normalidad o bien adquirir ciertas características de enfermedad o patología.

Al enfocar el "sistema familia" atravesando por un ciclo vital, podemos hacer algunas consideraciones, ya sea de tipo práctico, teórico o clínico, para su mejor comprensión y entendimiento. De tal suerte que, dado el caso, tengamos la posibilidad y la oportunidad de tomar medidas —ya sean preventivas o de tratamiento— que contribuyan a salvaguardar este "sistema" tanto de la enfermedad como de su destrucción total.

Las ventajas que ofrece trabajar con esta herramienta del "ciclo vital" son primordialmente dos:

17

1. El concepto de ciclo vital ofrece un instrumento de organización y sistematización invaluable para el pensamiento clínico que permite llegar con menos tropiezos al diagnóstico.
2. Brinda, además, la oportunidad de revisar casos clínicos que suelen dar la pauta para reconocer fenómenos similares en otras familias y que indican también las vías que conducen a la intervención terapéutica oportuna.

La aplicación del psicoanálisis al sistema familia

A lo largo de su genial obra, Freud dejó prácticamente apuntados todos los caminos que llevan al estudio del hombre, tanto en su estructura psíquica interior como en sus relaciones con el mundo exterior. Hizo, sin embargo, mayor hincapié en el mundo de los objetos internos que en el de los objetos reales aparentemente más visibles, aunque no por ello menos complicados.

El psicoanálisis centró su estudio en el funcionamiento psíquico del adulto a lo largo de varios años. Pero no fue sino hasta hace aproximadamente dos décadas que se desarrolló una de sus aplicaciones, tal vez la más importante desde Freud: aquella que apunta hacia la comprensión del misterio que encierra el psiquismo infantil. Al hablar de infancia me refiero aquí a una etapa que abarca posiblemente desde que los padres conciben la idea de procrear, hasta la aparición de la pubertad y con ella de la adolescencia.

Al ver esto, nos es fácil deducir que un enfoque de investigación meramente individual, por lo general utilizado en el psicoanálisis clásico para registrar el movimiento psíquico del adulto, debe ampliarse para valorar y medir los elemen-

19

tos que se encierran en fenómenos tales como la relación de la pareja madre-bebé. De aquí que el enfoque individual tuviera que modificarse al de pareja, incluyendo forzosamente a la madre en la órbita simbiótica dentro de la que transcurren los primeros años del niño.

No pasó mucho tiempo para que fuese evidente que igualmente el padre se encontraba inmerso desde el principio en una multiplicidad de interrelaciones que también deberían ser tomadas en cuenta; y así, sucesivamente, se fue aceptando dentro del terreno clínico, la influencia de otras personas (hermanos, tíos, abuelos, sirvientes, vecinos, etc.) sobre la formación de este complejo sistema que llamamos familia. Entonces, de ser un estudio con enfoque individual al principio, se tuvo que pasar a un enfoque global, de sistema.

El psicoanálisis acudió a pedir ayuda de otras disciplinas, como la sociología, la cual, entre sus postulados, sostenía la tesis de que tanto la sociedad entera como su célula fundamental, la familia, tenían una influencia decisiva en la producción de elementos que determinaban en el individuo estados de salud y fuerza o bien de enfermedad psíquica y emocional.

Después de varios años de experiencia también se llegó a la reflexión de que el enfoque psicoanalítico individual, que en su forma clásica presta atención a un solo individuo de la familia, no siempre lograba el beneficio para los demás.

Por otra parte, cuando se hablaba de una pareja se descubrió que no se podía, desde el punto de vista clínico, responsabilizar de la discordancia marital a uno solo de sus miembros.

Era, por tanto, necesario pensar en términos de un problema que se producía en un sistema social en miniatura, donde además era indispensable no perder de vista el enfoque individual de cada uno de sus elementos. En esta forma

20

El compromiso emocional de una persona en uno u otro tipo de relaciones humanas moviliza predominantemente las tendencias enfermas o sanas. La forma en que estas tendencias actúan en las relaciones personales determina considerablemente cómo reaccionan los otros.

El sistema social y el grupo

En cuanto al sistema social y al grupo no debe olvidarse que en todo momento el individuo es el depositario de una experiencia de grupo. Su identidad es al mismo tiempo individual y social. Es una imagen en espejo, un microcosmos de su grupo familiar. En un momento dado de la vida, se compendia toda una escala de configuraciones familiares, cada una de las cuales corresponde a su personalidad individual en un estadio particular del desarrollo. Sólo puede lograrse una concepción significativa de la salud mental cuando relacionamos el funcionamiento del individuo con las pautas de relación humana de su grupo primario.

No puede considerarse al individuo, a la familia, a la estructura social—ni siquiera a las mismas pautas culturales—como sistemas cerrados o como entidades separadas e independientes, sino que son partes interrelacionadas e interactivas de un todo que cambian y se transforman a lo largo del tiempo. Vemos pues que el individuo y el grupo actúan recíproca e interdependientemente. Ambos se influyen selectivamente en el proceso de cambio. El hombre es un sistema abierto a un continuo intercambio de energía entre su organismo y el ambiente exterior.

Cualquiera de nosotros, si nos lo proponemos, podemos observar cómo la fresca espontaneidad de un niño de cinco

22

los dos sistemas psicológicos de la pareja habrían de recibir igual atención diagnóstica.

A partir de esto, se buscó un marco teórico que enlazara tanto al individuo como al sistema al que pertenecía. Para ello, los sociólogos trabajaron intensamente tratando de solucionar el problema siempre presente de confundir el fondo con la figura, es decir, resolver las dicotomías entre el individuo y el medio ambiente, entre el hombre y su familia. A partir de esto se idearon los siguientes conceptos fundamentales, los cuales nos permiten examinar, además de lo que pasa psíquicamente dentro de la persona, lo que sucede entre esa persona y su ambiente humano y lo que está perturbando el proceso social del ambiente mismo.

La interacción

Este concepto nos indica la necesidad de tomar en cuenta las relaciones psíquicas de una persona con su ambiente, aunque es muy difícil determinar dónde termina la persona y dónde comienza el ambiente. Los orificios del cuerpo, la piel, la actividad de los órganos internos y sistemas musculares pueden ser considerados no sólo como zonas de experiencia de placer y de dolor, sino, como dice Ackerman, como agencias somáticas para el intercambio de energía entre el ambiente interno y externo, o como medios no verbales de comunicación interpersonal.

El ser humano es un animal social. Busca a los de su misma especie. Desde el nacimiento, el impulso primario va hacia el mantenimiento del contacto y comunicación interpersonal, y por tanto se encuentra en constante interacción consigo mismo y con los otros.

21

o seis años de edad que entrevistamos a solas, cambia de inmediato si su madre se hace presente y cambia aún más si el padre lo hace también. No somos los mismos cuando estamos solos que cuando nos encontramos bajo alguna influencia. Así pues, los males del individuo, de la familia y de la sociedad forman un continuo.

Por su parte, la teoría psicoanalítica aportaba sus experimentados conocimientos sobre:

- *la ambivalencia*: es decir, la coexistencia de dos impulsos, deseos o sentimientos o emociones opuestas hacia la misma persona, objeto o meta. Pueden ser conscientes o inconscientes ya sea total o parcialmente según el caso.
- *el conflicto intrapsíquico*: el choque determinado principalmente por factores inconscientes entre dos fuerzas emocionales opuestas. El conflicto es básico para explicar la vida psíquica y fundamental para explicar la etiología de los trastornos psicológicos.
- *la motivación inconsciente*: la cual se refiere a los impulsos psíquicos, que dan origen a diferentes actividades mentales, por ejemplo, a los componentes eróticos o destructivos.

Todos éstos son conceptos operacionales que ayudan a entender y a sistematizar el trabajo de la mente en sus diferentes funciones.

Cuando estos estudios se iniciaron, la combinación de ambos esquemas significó indudablemente una verdadera osadía para la ortodoxia del psicoanálisis; sin embargo, fueron los mismos psicoanalistas quienes dieron el primer paso.

Al fin se logró la armonización de conceptos gracias a estos esfuerzos. El resultado fue la visualización de "la familia

23

nuclear" —es decir, los seres que viven bajo un mismo techo y que tienen un peso emotivo significativo entre ellos— como un sistema que incluye en su órbita a tres subsistemas principales:

1. El subsistema marital (la pareja).
2. El subsistema padres-hijos.
3. El subsistema hermanos.

Sin ignorar la existencia de otros miembros que pudiesen en un momento determinado formar parte de alguno de estos subsistemas. Por ejemplo, abuelos, nietos, tíos, parientes políticos, sirvientes, vecinos, e incluso algunos animales domésticos capaces de responder intensamente a la relación humana con toda su complejidad.

Esta pequeña organización social llamada familia se puede describir, esencialmente, como una unidad de personalidades interactuantes que forman un sistema de emociones y necesidades engarzadas entre sí, de la más profunda naturaleza. Por ello se supone que tanto niños como adultos en algún momento buscan dentro de su seno la satisfacción casi total de sus necesidades emocionales. Viéndolo así se puede encontrar que la mayor parte de los esposos se casan debido a necesidades recíprocas o complementarias de primer orden, situación que rara vez llega a ser armónica en forma total y mucho menos perfecta. De aquí se puede deducir que necesariamente aparecerán conflictos que irán de menos a más, según el caso, debido a las luchas o esfuerzos por obtener el poder o la supremacía. Aparte de que las dependencias mutuas se entorpecerán en los diferentes subsistemas y aparecerán las demandas y los consecutivos rechazos. Desde luego, todo esto determina la duración, el éxito o el fracaso de una pareja.

Las luchas y las tensiones dentro de la familia pueden llegar a ser intolerables o bien persistir a través de toda una vida llegando, en este caso, a afectar, si no son solucionadas, a todos sus miembros.

El problema podría ser más fácil si la pareja, en el momento que se encuentra, pudiera buscar y trabajar su propio ajuste, sin presiones ni demandas del exterior, sin sufrir las tremendas exigencias provenientes tanto de las familias paternas como de las circunvecinas, cosa por demás difícil de pedir puesto que la familia es un sistema, por definición, íntimamente ligado a otros sistemas.

Por lo general las demandas provenientes de la comunidad, de la sociedad y de la cultura, son factores determinantes que interceptan y dificultan el ajuste de la pareja. No es fácil reunir a dos familias que, aunque tengan historias

Características internas de la familia

Una vez lograda esta primera integración, y sin olvidar que estamos conceptualizando al sistema familiar como si se tratase de una célula o tal vez de un "cromosoma social", no nos queda más remedio que atribuirle características que le son propias a dichas entidades, como nacer, crecer, tener problemas, reproducirse y morir, además de cruzar por ciclos o periodos vitales donde se presentan alternadamente épocas de salud o de enfermedad con características especiales según la etapa de su existencia.

La familia, en este nuevo enfoque, puede verse como la unidad fundamental de la sociedad, recorriendo su "ciclo vital" entre penas y alegrías, donde puede seguir armónicamente su camino o bien pretender dar zancadas, avanzar a grandes saltos, brincarse etapas, regresar a pautas emocionales anteriores o detenerse para siempre en alguna parte del camino.

A estas alturas es imposible negar que el concepto de "ciclo vital" es bondadoso puesto que nos permite utilizar los postulados psicoanalíticos enriquecidos y apoyados en otras disciplinas, además de abrir nuevos derroteros en la clínica e importantes avenidas en el campo de la investigación.

25

semejantes, siempre tendrán su propio código de mensajes y señales ya establecidos, de tal suerte que los defenderán e implantarán como la misma esencia de su vida. De aquí que muchos investigadores describan tal situación como una constante crisis: un sociólogo canadiense definió a la familia como una forma colectiva de encarar una crisis tras otra.

A tal efecto, podemos observar que cualquier grupo de personas que pretendan vivir juntos, necesitan, para obtener la cooperación de todos, ser capaces de anticipar las respuestas de cada uno de los que forman el grupo y de predecir razonablemente el comportamiento de sus miembros. Para que esto suceda, es necesario que se produzcan determinadas rutinas dentro de cierta estabilidad. De alguna forma, podría afirmarse que todas las familias, por el simple hecho de serlo, poseen ya una cierta estabilidad.

Sin embargo, la familia es un sistema que sólo a través de largos años ha podido manifestarse como una institución sofisticada que ofrece un sinnúmero de ventajas y servicios; entre otros, la posibilidad de que se desarrollen el amor y la ternura, cosa que —aunque parezca inaudito— en algún tiempo fue muy difícil de lograr.

A este respecto, Rousseau (1712-1778) nos da luz en la segunda parte de su obra *Discurso sobre los orígenes de la desigualdad*; que a continuación parafraseamos:

Al principio el hombre se preocupó por sobrevivir; el hambre y otros apetitos modularon sus formas de existencia. Se vio urgido a propagar la especie, una ciega propensión que no tenía nada que ver con el corazón sino que meramente reproducía un acto animal. Una vez gratificado el acto no se conocían más los dos sexos y aún la descendencia no significaba nada para su madre, tan pronto se bastaba a sí misma...

...Aprendió el hombre a exprimir de la naturaleza sus frutos y a competir en agilidad y destreza con los otros hombres y animales. Hasta que finalmente apareció la necesidad de relacionarse entre ellos y de obtener una superioridad sobre los animales...

...Las primeras expresiones del corazón unieron hombre, mujer y niños bajo el mismo techo y esto dio lugar a sentimientos más finos. La mujer se volvió más sedentaria para cuidar la casa y el hombre más móvil para buscar el alimento.

Apareció la familia, y con ella una estupenda *arena* para dar vida a los sentimientos.

En la Edad Media se desarrolló una constante inconformidad porque los "sistemas familiares" eran instituciones que se hacían con propósitos de poder y supervivencia y que no permitían la espontaneidad que es posible lograr en nuestros días. Sin embargo, no podemos descartar que estas primeras y primitivas motivaciones aún son vigentes.

De hecho, no es tarea fácil la función que el "sistema familia" debe cumplir para ser efectivo. Por ejemplo, deberá ser capaz de dar cabida a todos los impulsos de sus integrantes y permitir la expresión y satisfacción de todas sus necesidades. Además, la capacidad de una familia para permitir a sus miembros el desarrollo y expresión del amplio espectro de las emociones humanas es lo que, en última instancia, podemos utilizar como medida más o menos confiable acerca del éxito o el fracaso del sistema.

Por ejemplo, si la familia es capaz de permitir y contener la expresión de emociones tales como el miedo, la rabia, la tristeza, el amor, los celos, etc., el individuo se verá más tranquilo y capacitado para su desempeño social, puesto que sus errores y fracasos ya fueron ensayados en un grupo social

Cuando la organización familiar es tal que puede enfrentar las diferentes presiones y demandas, el ambiente que privará en la familia será, por lo general, firme y estable. Pero es necesario aclarar que una fachada de armonía y firmeza mantenida a través de mecanismos de simulación y control no asegura en forma alguna la presencia de la satisfacción y la felicidad.

En realidad, muchas veces la familia permanece junta en momentos en que la separación puede ser necesaria debido a que sus miembros están demasiado enfermos, debilitados o asustados para hacer algo acerca de sus problemas y relaciones de dependencia malsana con los otros.

No es fácil describir la estructura emocional de la vida familiar. Sería como tratar de atrapar una serie de luces y sombras en constante movimiento. Lo podemos entender mejor si pensamos solamente en la complejidad que implica describir lo que son los roles emocionales. En la textura de las relaciones finas que se suscitan entre sus miembros, en la capacidad para resolver sus problemas y en las formas infinitamente diferentes de hacerlo; en el clima de sus estados anímicos, en sus comunicaciones y en su capacidad de ejercer funciones tan intangibles como la libertad, la autonomía, la individualidad y la independencia.

Todas estas facetas y otras más, para las cuales no existen palabras, son parte de la estructura y textura de la fibra emocional que forma una familia.

Sin embargo, existen algunas categorías útiles para investigar una familia:

- a) La capacidad para reconocer y resolver problemas emocionales.
- b) La intensidad y calidad de la comunicación.

pequeño —la familia— que es más predecible y manejable que la amplia sociedad.

Desde luego, existe la posibilidad de algunas familias que no puedan, por ejemplo, permitir la expresión de ciertos afectos, como podría ser la rabia, haciendo difícil el aprendizaje de estos aspectos a sus miembros, siendo en detrimento de toda la familia en su crecimiento de grupo. Otro ejemplo sería la familia que no está capacitada para permitir la expresión libre de la ternura; y así podríamos enumerar el amplio espectro de las emociones.

Sabemos, gracias a la experiencia de la clínica, que cuando se expresa sólo una parte de la vida emocional, hay que ser especialmente cautos en el diagnóstico, puesto que las emociones son complementarias. Por pensar en alguna de ellas, mencionemos el afecto que, sin hostilidad, no sería realmente afecto sino algo blando que lo remeda, que pretende ser, pero que resulta chato y vacío, o en el mejor de los casos solamente una forma de esconder lo que se niega. Por ello, las familias que niegan cualquier matiz del espectro emocional se encontrarán asimétricas y desbalanceadas, pudiendo llegar a producir niños con zonas emocionales ciegas o apagadas.

Ahora bien, si tomamos estos ejemplos sólo como una muestra, podremos ver que la unión familiar es una especie de respuesta a las diferentes presiones que un ambiente dado ejerce sobre el individuo. Podemos pensar inclusive que se trata de algo semejante a una lucha por encontrar un equilibrio, o bien un intento de alcanzar alguna forma de organización capaz de proveer satisfacciones —al menos mínimas— a las necesidades individuales. Esto dará lugar a un ajuste psicodinámico adecuado, al mismo tiempo que el sistema alcanza un funcionamiento eficiente al permitir un ejercicio comunitario saludable.

- c) La clase y graduación de la expresión afectiva.
- d) El nivel de autonomía que se permite a sus miembros.
- e) La presencia o ausencia de problemas psicopatológicos en tres o más miembros de una familia.

Se busca, además, desde el punto de vista clínico, el grado de ternura y afecto entre sus miembros, el balance existente entre el dominio de los padres y la clase y grado de proyección de roles, principalmente el de éstos hacia los hijos.

Si tomamos estos conceptos y visualizamos al "sistema" recorriendo un ciclo vital encargado de una misión, tendremos que cuestionarnos cuáles son sus objetivos principales en cada una de las etapas del ciclo; objetivos que podríamos dividir en dos grandes grupos:

1. Resolver las tareas o crisis que van confrontando a la familia en las subsecuentes etapas del desarrollo.
2. Aportar los complementos a las necesidades de sus miembros con objeto de que puedan lograr una satisfacción en el presente y una preparación segura y adecuada para el futuro.

Las fases de la pareja

Pollak (1965) describe cuatro fases por las que atraviesa una pareja:

1. Antes de la llegada de los hijos.
2. La crianza de los hijos.
3. Cuando los hijos se van del hogar.
4. Después de que los hijos se van.

He encontrado de gran utilidad apoyarme en este concepto y ampliarlo de tal manera que me permita, como terapeuta, hacer diagnósticos más finos e intervenciones más cercanas a lo que está sucediendo en ese preciso momento en que la familia transita por su ciclo vital. Debido a esto, delimito fases críticas que encierran momentos especiales de dificultad para toda la familia:

- a) El desprendimiento.
- b) El encuentro.
- c) Los hijos.
- d) La adolescencia.
- e) El reencuentro.
- f) La vejez.

33

Precisamente sobre estos conceptos baso el como más adelante se irá describiendo, puesto que en cada una de estas fases encontramos tareas específicas con las que la familia se encuentra y que debe resolver para continuar su crecimiento saludable.

Dentro de cada una de estas fases existen incesantes interacciones entre los miembros de la familia, que para fines prácticos dividiremos en cuatro grandes áreas:

Área de identidad

Ésta se refiere a la constante reorientación interpersonal que ofrece el medio familiar, mediante la cual se fortalece el desarrollo de la personalidad, en especial de ciertos aspectos del superyo.

El sentimiento de ser uno mismo durante toda la vida requiere de una alimentación continua que rectifique a cada paso la edad y circunstancias apropiadas. Por ejemplo, el proveer al compañero de un anclaje capaz de sustituir al anterior de los padres, facilita la resolución de los restos del problema edípico y favorece la relación saludable con los hijos. Igualmente, ayuda a elaborar los duelos cuando esto sea necesario, sin sufrir menoscabo alguno en la importancia del *self*.

Área de sexualidad

Aquí, es importante observar que la interacción proceda hacia la búsqueda de una armonía que busque completar las áreas psíquica y biológica. Además, deberá prometer la maduración del *self* a través de la reproducción y brindar un

apoyo conflictos edípicos frente a los hijos adolescentes. También deberá ayudar a soportar los efectos del declinar en las funciones sexuales al llegar al ocaso de la vida.

Área de la economía

Resulta importante que exista en esta área la posibilidad de dividir las labores entre el proveedor y el que cuida del hogar, y que la pareja sea lo suficientemente capaz de adaptarse a los cambios sociales, así como a los de la propia familia. Por ejemplo, cuando los niños nacen, y con ellos arrecian las demandas económicas, en ocasiones resulta necesario que ambos miembros de la pareja trabajen.

Deben saber prepararse para la hora de la jubilación y poder apoyarse mutuamente en aquellos casos en que sea necesario y difícil encontrar trabajo, cuando ya se es de avanzada edad.

Área de fortalecimiento del yo

Se requiere de una ayuda mutua para aprender el papel de esposo o esposa, además de la libertad para expresar la propia personalidad y mantener así el sentimiento de identidad. Es necesario reforzar mutuamente las defensas sociales adaptativas, es decir, la interacción entre la familia y la sociedad.

En esta área, la pareja debe aprender el papel de padre y madre así como la manera de protegerse mutuamente para no usar a los hijos con fines de satisfacer las propias necesidades o de llenar sus vacíos de identidad.

Es necesario saber intercambiar los papeles de padre y madre cuando esto sea necesario, y apoyarse en las horas finales, cuando aparezcan los deseos de la propia muerte. Es importante, también, lograr la suficiente libertad y capacidad de expresión propia para soportar la soledad cuando se ha ido para siempre el compañero.

Todas estas áreas difieren en peso y contenido de acuerdo con la fase del ciclo vital por el que atraviesa la constelación familiar. La relación saludable se basa en el suficiente intercambio de satisfactores materiales y emocionales que permitan solucionar los problemas y tareas que se presentan a lo largo del ciclo vital.

Sin embargo, en una pareja, como en cualquier otra relación humana, esto puede infringirse de varias formas. Se puede llegar, por ejemplo, a un estado de inanición cuando existe una falla en la capacidad de proveer mutuamente los satisfactores necesarios para lograr un estado saludable. Se puede fallar, también, en proveer un anclaje lo suficientemente fuerte para soltar el anclaje paterno de la etapa anterior, o también pueden no darse mutuamente las gratificaciones sexuales o no aceptarse la división de labores entre el que cuida el hogar y el que sale a buscar los medios económicos. Asimismo, pueden también destrozarse mutuamente las defensas sociales adaptativas.

Desde luego, todas estas fallas producirán síntomas, según el caso. Por ejemplo, los problemas de separación de la familia paterna, al enmar al matrimonio se manifestarán al no haber los anclajes apropiados que los sustituyan.

En el caso de fallas en el área sexual, podrá presentarse la masturbación, las aventuras amorosas y segundas familias.

Si no existe la capacidad de confrontación, puede darse una negación mutua de la edad psíquica y fisiológica.

Por ejemplo, un esposo que no permite en un cierto tiempo y lugar que la esposa comparta la carga económica de la familia produce de inmediato un mal funcionamiento en el área de economía, o por lo menos es ahí donde se manifiesta el problema, aun cuando en forma encubierta él esté peleando por conservar su propia imagen de hombre, pues si acepta las demandas de la vida real de que uno solo ya no puede con la carga económica del hogar, se verá privado de la gratificación de ser "todo un hombre" ante sus propios ojos.

O bien, una mujer que rehúsa tener hijos y por lo tanto rechaza las relaciones sexuales con su esposo, puede estar explotando a su pareja en el área sexo. Sin embargo, si él lo acepta, muchas veces se estará amparando ante la responsabilidad de ser padre y de tener que procurar un ingreso mayor, así como de tener que compartir los cuidados y atenciones de su esposa con el hijo.

Cuando esto sucede, la familia detiene su maduración y progreso en un ciclo vital saludable.

Con este marco, pasemos, pues, a revisar cada una de las fases propuestas por las que atraviesa la pareja, que nos permitirán acudir a algunos ejemplos de la experiencia clínica.

Todo estos problemas impiden que se desarrolle apropiada y congruentemente la fase del ciclo por el que se transcurre.

Existen otras situaciones que pueden desplazar la falla de un área a otra, entorpeciendo la labor diagnóstica.

Además podrían producir una destrucción de las defensas sociales adaptativas, tal como si una célula perdiese las propiedades defensivas de su membrana.

Hay tres tipos principales de fallas que suelen identificarse:

- a) El no darse mutuamente (no proveer).
- b) La desarmonía de la relación.
- c) Las llamadas "trampas" de la relación.

El no darse mutuamente (no proveer) de acuerdo con la fase apropiada del ciclo vital produce fijaciones o regresiones que pueden expresarse tanto a nivel grupal como individual.

La desarmonía en la relación marital generalmente se produce entre los ideales de cada uno (fantasías) y las verdaderas demandas del rol social que se mueve de acuerdo con los cambios sociales y culturales del momento.

A este respecto podemos ver por ejemplo cómo, en ciertas medidas, la exigencia social y cultural cada vez presiona más para que el intercambio entre roles masculinos y femeninos sea mayor y se lleve a cabo en terrenos más amplios. Se diría que el comercializado unisex va tendiendo precisamente a eso, a obtener un solo sexo. Sin hablar aquí de los daños que esto pueda producir en el área Identidad, por mencionar sólo una.

En algunos grupos, la identidad e identificación sexual se ha reducido cada vez más al aspecto biológico. La mujer hace lo mismo que el hombre. Resulta difícil para ambos conservar sus propias imágenes y darles un sentido en el hogar. El conflicto es serio y la solución no es sencilla.

37

Segunda parte

Fases del ciclo vital de la familia

Primera fase: el desprendimiento

A sabiendas de que la familia es una unidad con características propias y pasa por un ciclo vital cuyas fases son:

- a) Desprendimiento.
- b) Encuentro.
- c) Los hijos.
- d) La adolescencia.
- e) El reencuentro.
- f) Soltería y muerte.

Sabemos bien que, en el humano, todo desprendimiento es doloroso, sobre todo si se trata de relaciones emocionales significativas que se extinguen o que cambian su carga y su representación psíquica.

De no ser por la fuerza vital extraordinaria con que el niño viene dotado, tal vez nunca tendería a desprenderse de su madre para lanzarse solo a la aventura de la vida. De hecho hay algunos que se quedan adheridos a ella para siempre.

Pues bien, lo mismo sucede en la adolescencia cuando el joven tiene que abandonar el hogar paterno y salir en busca

41

de un compañero fuera de su familia. Si el proceso resulta doloroso para el joven, no lo es menos para los padres.

De este simple hecho podemos deducir que constantemente se encuentran dos corrientes en pugna, la una que va en favor del desprendimiento y de la vida; y la otra que tiende a fijar, a detener o a regresar el proceso creativo a etapas anteriores.

La meta del clínico, por lo tanto, no es lograr una homeostasis estática en la familia sino un sistema con la capacidad de moverse progresivamente de una etapa a la siguiente, por más doloroso que esto pueda resultar.

Tomemos por ejemplo la situación de algún adolescente que se encuentra en la encrucijada de tener que depender de sus padres por una parte, y por la otra con una gran necesidad de independencia que va de la mano con su crecimiento normal.

Supongamos que sus padres no estén listos para dejarlo ir paulatinamente y que, por medio del control y la dominación, intenten que el joven haga lo que ellos quieren tanto en su trabajo o elección de carrera como en la selección de un compañero marital.

Tendremos como resultado una pugna que detendrá el proceso del desprendimiento. Los padres jalarán al joven para que no se suelte de los lazos paternos, y él tenderá a liberarse de mil formas, las más de las veces infructuosas. Aunque claro, dependerá de cada caso en particular.

Se necesita, pues, la concurrencia de este primer paso del desprendimiento para que el ciclo vital familiar vaya por buen camino.

Existen otras complicaciones. Sabemos por ejemplo que cada cónyuge de preferencia deberá llegar a la unión marital con una identidad personal ya formada, aun cuando todavía

sea incompleta. A decir verdad, una ^{que} la atracción mutua es la de completarse mediante la unión íntima y profunda con el compañero.

Aquí resulta pertinente hacer un comentario acerca de que en la búsqueda de un compañero pueden intervenir dos factores:

- a) Una búsqueda de cercanía y compañía.
- b) Una búsqueda de fusión.

Cuando hablo de fusión, me estoy refiriendo a ese estado inmaduro en donde no se ha logrado adquirir una individualidad. Pueden existir parejas en búsqueda de este tipo de relación; parejas de jóvenes que fallaron en resolver su relación con los padres, la cual debió cumplir con su cometido de prepararlos para formar una nueva relación, basada en la libertad de llegar a ser un individuo en sí mismo con la capacidad de apreciar al otro en todo lo que es.

Cuando dicha relación funciona mal, entonces se trata de resolver buscando realizar la propia imagen: mecanismo que se basa en negar las diferencias del otro, lo que produce distorsiones severas en la comunicación.

Hay parejas que mediante esto, logran mantener por largo tiempo el mito del "siempre estar de acuerdo en todo", sin saber que lo que va moldeando la identidad de la nueva familia es la interacción, fusión, defusión y rediferenciación de las individualidades que forman las partes de la nueva pareja.

Así al formar su personalidad el niño internaliza algo de cada progenitor a la vez que produce algo nuevo, igualmente la identidad de la nueva familia incorpora parte de la propia imagen, así como parte de la de sus respectivos familiares

43

con lo que une algo de sí misma a la vez que desarrolla sustancia nueva y única.

El matrimonio además cambia la relación que hasta entonces ha sido entre dos seres, a una más panorámica y compleja al reunir oficialmente a dos familias, situación que indudablemente agrega una dificultad más a la joven pareja.

Al llegar el momento de la separación, de las familias de origen puede sobrevenir otro tipo de conflictos, por ejemplo aquel que se presenta cuando alguno de los cónyuges tiene la firme esperanza de que es el otro quien le solucionará sus problemas personales; o bien cuando alguno se siente a veces lo suficientemente prepotente para solucionarle los problemas al otro y en ocasiones hasta piensa que podrá cambiarlo o reformarlo.

No se trata aquí de juzgar lo bueno o malo de las intenciones, sino de valorar la problemática existente.

Vemos frecuentemente cómo, conforme progresa un joven matrimonio, se pueden ir adjudicando al compañero ya no sólo cualidades e idealizaciones, sino también se le responsabiliza de muchos problemas personales que se encuentran ya ahí, aun antes de conocer al otro. Esto lo podemos observar en algunos casos de depresiones individuales donde, claro está, no puedo responsabilizar de "mi depresión" a alguien a quien apenas acabo de conocer. Pero cuántas veces sucede que con el tiempo suele llegar a pensarse que o bien mi compañero es el culpable de que yo esté deprimido o que yo soy el autor de la depresión del otro, y, claro está, con la consabida culpa que acompaña a dichas situaciones. En esta forma una relación puede empezar a presentar dificultades, por ejemplo, al favorecer la progresiva necesidad de evitar la cercanía emocional, ya sea para no recibir la culpa o bien para no sentirse responsable. Desde luego, esto le quita

44

salir ya casado a una provincia para cumplir con un contrato de trabajo.

Ella, de 19 años, era aún más joven desde el punto de vista psicológico, pues, entre otras cosas, una relación demasiado estrecha con su madre le había impedido desarrollarse adecuadamente en algunas áreas de su personalidad.

Fue un placer trabajar con ellos puesto que ambos eran inteligentes, agradables y sobre todo porque gran parte de su atractivo residía en el hecho de que se habían lanzado a la aventura de formar una nueva familia, con tal ímpetu y decisión que a primera vista daba la impresión de que no habría poder humano que lograra detenerlos... sin embargo, ahí estaba ya presente la inevitable "idealización", sólo que en este caso se había ido acumulando hasta hacer las veces de una importante sobredosis letal.

La idealización indudablemente en un principio los impulsó e inclusive les funcionó bien durante los primeros nueve meses de matrimonio, al cabo de los cuales se rompió bruscamente.

En ella se produjo una tremenda desilusión, que manifestó como una gran necesidad de mantenerse aislada. Olvidó las amistades que apenas empezaba a cultivar y, lo más grave, perdió todo deseo de agradar a su esposo, tanto física como espiritualmente.

Él, por su parte, se sintió triste y sin ánimo para sacar adelante su trabajo y encontró un falso alivio en los amigos y en los paseos.

Ya que los dos eran de inteligencia despierta, pronto se percataron del problema; decidieron hacer algo por ellos mismos y acudieron a una consulta profesional.

Cuando los vi por primera vez me enteré de algunas cosas que indiscutiblemente habían contribuido a formar la sobre-

46

flexibilidad y movimiento a la relación, a la vez que reduce grandemente la comunicación.

Citemos otro de los factores que amenaza a esta primera fase del desprendimiento: la idealización. Es bien sabido que en los primeros años del matrimonio persiste gran parte de la idealización hacia la persona con quien se formará pareja, que aparece en el noviazgo. Esta idealización se rompe bruscamente como a veces suele suceder, ya sea por ligas emocionales de gran intensidad hacia los padres o bien por dudas y temores hacia el compañero que no han podido ser detectadas y manejadas. Entonces la ruptura brusca de esta idealización, que no es otra cosa que la señal de alarma que invita a abandonar el proyecto de una nueva relación, da paso a la desilusión y al desengaño produciendo muchas veces que se disuelva el joven intento de formar una familia.

A continuación presentamos una serie de viñetas que de alguna forma ilustran estos problemas.

Las tres van dirigidas propositivamente a mostrar algunas de las causas que dificultan dar este primer paso de la "separación". Antes de pasar a dar esos ejemplos clínicos, debo insistir en el hecho fundamental de que las fibras vitales que forman el corazón de la familia se encuentran situadas en la "alianza de la pareja". Sin esto, es muy difícil que la familia persista a través del tiempo.

PRIMERA VIÑETA CLÍNICA

Consiste en una joven pareja. Él, de 23 años de edad, hijo de un famoso y acaudalado contratista, recién acababa de recibir su título de ingeniero. Había decidido casarse con la joven que era su novia desde ocho meses atrás. Tenía planeado

45

el paso a la siguiente etapa de su ciclo vital: "el encuentro".

Ella había sido desde pequeña la preferida de mamá. De hecho se había establecido entre ambas una de esas relaciones que de tan íntimas llegan a ser sofocantes: una especie de simbiosis. Esto había desarrollado en la joven fuertes sentimientos de ambivalencia hacia su madre, y sin duda alguna a la mamá le ocurría algo semejante con respecto a su hija. Ambas estaban atadas por fuertes lazos afectivos, lo cual le impedía a la joven entregarse por completo a la tarea de formar una pareja.

La madre, por su parte (una mujer frustrada, dominante y controladora), tampoco había sido capaz de entregarse a su esposo. Sobre todo, controlaba a su esposo y le impedía que tuviese una buena relación con su hija. Cada vez que esto sucedía, se ponía extremadamente celosa volviéndose furiosa y punitiva con ambos. La muchacha, por lo tanto, no había tenido la oportunidad de desarrollar emocionalmente una imagen masculina del padre, buena, cercana, confiable y fuerte. Como resultado, la joven esposa de nuestra viñeta había quedado presa en las necesidades patológicas de su familia paterna que no le permitían aflojar las ligas emocionales y "separarse". No podía funcionar como un ser libre, completo e individual; sentía intuitivamente que algo le faltaba, y no podía entregarse a un extraño.

El joven esposo, por su parte, había sido y era aún el favorito del padre, quien a su vez era un hombre enérgico, ególatra, acostumbrado a que todo el mundo le rindiera pleitesía; adicto a que todas las cosas y las personas giraran a su alrededor. Había consentido en el casamiento de su hijo, pero con la silenciosa certeza de que todo funcionaría al final de cuentas como él pensaba que debería de ser. Unos

47

cuantos meses de trabajar fuera y después, de vuelta al seno paterno con todo y esposa e hijos, si acaso los hubiera. Además demandaba esto a través de cartas, telefonemas y mil otras formas cuyo mensaje indicaba su necesidad de que ellos permanecieran girando en torno a la familia paterna, anclados a su voluntad y obedeciendo sus decisiones, como todos los otros miembros de la gran familia.

Bástenos con esto para comprender que este joven profesionalista no había logrado tampoco adquirir una autonomía y una libertad que le hubiesen permitido afirmarse en su movimiento de separación y hasta tal vez en un momento dado ofrecer un punto sólido de rescate para su esposa.

La crisis llegó a ser para estos jóvenes esposos lo suficientemente fuerte como para que ambos pensaran que el único camino abierto para ellos era el divorcio y acudieron como última esperanza a esta consulta.

Antes de hablar acerca de las maniobras que estructuraron el tratamiento, aclaremos algunos de los puntos clave que sirvieron como guía para diagnosticar el mal que les aquejaba.

Recordemos que son cuatro las áreas propuestas de reorientación:

1. Identidad.
2. Sexualidad.
3. Economía (instrumental).
4. Funciones del yo.

Área de identidad

Dentro de esta área vemos que resulta necesario e indispensable que los jóvenes que forman una nueva pareja se en-

48

Área de la economía

- a) Capacidad para lograr dividir y en ocasiones intercambiar las labores del trabajo y de la casa.
- b) La promesa de lograr alguna seguridad, mediante la adquisición de bienes que pueden ir desde los más sencillos (cama, muebles, estufa, etc.) hasta los más sofisticados.

Área de fortalecimiento del yo

- a) La presencia de una ayuda mutua para aprender los roles de cónyuge, lo cual irá completando y madurando el aprendizaje de los roles de hombre y de mujer al mismo tiempo.
- b) Será conveniente buscar la libertad suficiente para expresar la individualidad, sin que en ningún momento esto sea percibido como en detrimento del otro.
- c) Será necesario el apoyo mutuo y decidido para mantener y fortalecer las defensas sociales adaptativas. Cada vez que aparece una nueva pareja para formar una nueva familia, entra de inmediato en el gran y complejo mundo de la sociedad adulta, por lo que recibe desde un principio los embates de la cultura y de la sociedad. No es lo mismo un joven soltero que vive en casa de sus padres o en un apartamento, que una pareja que requiere de un lugar apropiado, donde se tendrá que relacionar bien o mal con sus vecinos, donde tarde o temprano tendrá tanto que visitar, como recibir en su casa, al mismo tiempo que cumplir con todos los requisitos de protocolo y legales que impone una sociedad a sus miembros adultos.

cuentren preparados y sean capaces de proveer un punto de anclaje en la relación emocional que remplace al de los padres. Es necesario que cada uno por su parte haya resuelto en forma satisfactoria, y ayudado por sus padres, la conflictiva edípica con objeto de que puedan ser cumplidos los siguientes requisitos:

- a) Adquirir la capacidad de aceptar y tolerar las regresiones no patológicas del compañero (por ejemplo, los acontecimientos de ciertos momentos de nostalgia y de tristeza).
- b) Que esté presente la seguridad de ofrecer y obtener consideración y cuidados del compañero.
- c) Que exista la seguridad de poder compartir un amplio espectro de intereses comunes.

Área de sexualidad

- a) Es conveniente que exista como meta lograr la armonía al encontrar en el compañero un complemento biológico.
- b) Lograr establecer un clima de permisibilidad en las experiencias sexuales de tal forma que cada quien se pueda expresar según sus necesidades sin que sea coartado por el otro, hasta encontrar una armonía.
- c) Encontrar en la relación la promesa de continuarse a través de la reproducción. Sabemos que los hijos complementan a los padres al permitirles realizar sus funciones de paternidad, lo cual completa la identidad consigo mismos.

49

El cambio a un mundo diferente muchas veces puede destruir al joven organismo si no ha logrado fortalecerse eficazmente.

Volviendo a la joven pareja, ejemplificaremos lo anteriormente expuesto, con objeto de estudiar la estrategia terapéutica que se siguió en este caso:

Primero se trabajó en un punto que yo considero fue el que abrió la puerta del cambio. Se les hizo ver que no era un divorcio realmente lo que ambos querían. Que las primeras motivaciones de formar una nueva familia se encontraban aún presentes tan fuertes como en un principio, sólo que el miedo y el temor de sentirse imposibilitados para la entrega completa del uno con el otro, las habían oscurecido momentáneamente. Rompiendo bruscamente la idealización del uno con el otro.

Después lograron entender que aún no habían logrado desprenderse por completo de las familias paternas y que la consecuencia de esto era precisamente el no encontrarse libres e independientes para ofrecer al compañero un anclaje emocional fuerte en sustitución del previo paterno. Se encontraban detenidos en la primera parte de su ciclo vital y lógicamente se sentían incapacitados para avanzar a la siguiente fase: el "encuentro", llegando a suponer que sólo una separación resolvería sus conflictos.

Debido a esto, fue necesario recurrir a un segundo paso terapéutico. A ella se le ayudó a resolver la problemática con su familia de origen. Sabemos que los lazos emocionales que unen al niño con sus padres durante los primeros años de la vida son sumamente fuertes y poderosos puesto que así lo exige la supervivencia. La madre es la encargada de proporcionar una fase simbiótica que dura desde las primeras semanas de nacido el bebé hasta los 2 años aproximadamen-

te, en que ya el niño se empieza a soltar de la madre y a individuar. Sólo que cuando en la madre falta el mecanismo liberador encargado de impulsar hacia la independencia y la búsqueda de nuevas situaciones madurativas, con gran frecuencia el niño queda aprisionado en mayor o menor grado entre los fuertes lazos simbiotizantes de la madre. De esta forma se alarga indefinidamente la estructuración de un rol de niño frente a otro de madre, que no permite la mutación de niño a joven y de joven a adulto capaz de convertirse asimismo en padre o madre.

Ésta era la situación de nuestra joven esposa por lo que fue necesario ayudarla en lo personal a que disolviera las ataduras emocionales con la madre. Se le apoyó fuertemente para que hiciera una alianza con sus motivaciones genuinas y fuerza vital de crecimiento y abandonara la órbita simbiótica materna afirmando su posición de mujer y de esposa a cambio de sus roles anteriores de niña e hija. Una vez que se hubo logrado esto, pudo acercarse a su padre como nunca antes lo había hecho, puesto que la misma situación de estar simbiotizada con una madre le impedía cualquier otro movimiento de emociones y afectos. En otras palabras, todo estaba detenido por la simbiosis. Al acercarse a su padre pudo obtener de él una fuerza adicional que anteriormente no había sido posible utilizar; éste le otorgó no sólo su consentimiento y aprobación, sino que la estimuló decididamente para que continuara defendiendo su matrimonio y su crecimiento.

Por otra parte, hubo que intervenir con la madre para ayudarla también a que cumpliera adecuadamente con su parte y que lograra aflojar sus propias ligas emocionales con la hija sin que esto se sintiera como una destructiva derrota para ella misma. Al final de cuentas se logró que diese su

aprobación y consentimiento para que la muchacha pudiese tomar un rol de mujer y de madre dentro de un marco emocional de amistad, donde la relación no solamente no se terminaba sino que se enriquecía grandemente.

Como tercer paso, se trabajó intensamente con el joven esposo para que lograra vencer la ambivalencia que sentía frente a aceptar el papel de hijo consentido, situación que aún le ofrecía las mil y una maravillas, a cambio solamente de renunciar a sí mismo y obedecer las demandas de su padre.

Como se trataba de un joven valiente y decidido, no tardó mucho tiempo en lanzarse a recorrer el doloroso proceso de desprenderse de su familia paterna.

Finalmente, se pudo proceder a la búsqueda de aquellas normas y reglas que pudieran favorecer la aparición de un fuerte anclaje emocional entre los dos esposos y que sirviese de protección al incipiente sistema matrimonial, para de ahí, al convertirse en una unidad con vida propia e independiente, pudiese avanzar hacia la siguiente etapa de su ciclo vital.

Debemos aclarar que no todos los casos resultan como éste, donde en un tiempo relativamente breve de tratamiento se obtuvieron cambios muy importantes.

SEGUNDA VIÑETA CLÍNICA

Se trata también de dos jóvenes esposos. Él, de 27 años de edad, hijo último de una familia de tres hermanos y dos hermanas; con un padre inmigrante, proveniente de familias sumamente tradicionalistas y estrictamente religiosas de un carácter paternalista absoluto. Una madre abnegada y subyugada que ejerce su poder mediante maniobras indirectas culpígenas o bien de tipo histriónico.

la encrucijada edípica y los jóvenes esposos no pueden proveer mutuamente del anclaje emocional necesario para prescindir de los demás familiares.

Presento este caso para hacer énfasis sobre una maniobra que fue necesario utilizar, una especie de artificio al que hubo que recurrir, después de haber trabajado horas enteras en un problema de comunicación que no les permitía percatarse de cuál era el obstáculo con que ambos se topaban una y otra vez sin poder evitarlo.

Una vez superado el impedimento que representa la comunicación deficiente, los tres pudimos ponernos de acuerdo en la necesidad de que ellos "se aislaran" totalmente en forma premeditada y desde luego artificial, por el tiempo que fuese necesario, de los familiares de ambos. Mientras tanto, con esto podíamos trabajar en algunos aspectos básicos que permitieran establecer normas y reglas para cimentar su matrimonio y permitirles pasar —digámoslo así— iclandestinemente a la siguiente etapa del ciclo vital: el "encuentro".

A decir verdad, la labor más difícil en este caso ha sido mantener a raya y alejados a los familiares, sobre todo a los del esposo, que a través de cartas, mensajes, telefonemas, recados y demás... continúan fomentando la culpa y la dependencia, cosa que en la actualidad ya sólo logran momentáneamente, puesto que el anclaje con su pareja se ha ido estableciendo paso a paso, e inclusive algunas de las áreas afectadas —como la sexual— empiezan a recuperarse y a madurar.

TERCERA VIÑETA CLÍNICA

José y Carmen son dos jóvenes que tratan de formar una nueva familia, en un entorno socioeconómico muy alto, que

La joven esposa es la mayor de tres hijos. En la actualidad tiene 23 años y estudia decoración. Proviene de una familia en la que la madre casi siempre ha sido quien lleva las riendas del hogar. Ciertamente, menos tradicionalistas y conservadores, han permitido que exista entre sus miembros una mayor individuación e independencia; por lo tanto ella es un poco más libre y más adaptable que él. Sin embargo, la influencia materna ha sido muy fuerte y demandante y exige, entre otras cosas, que en este nuevo matrimonio se cumplan también las pautas matrimoniales que han venido desde varias generaciones atrás.

Estos jóvenes esposos llevan aproximadamente cuatro años de matrimonio y un año de estar asistiendo a tratamiento conyugal.

Aquí nuevamente el esquema de ciclo vital de la familia nos es muy útil para referirnos de inmediato a la fase de este ciclo a que se está refiriendo la problemática.

En este caso vemos que también la patología se centra en la primera etapa del "desprendimiento", puesto que ninguno de los dos esposos ha sido capaz de liberarse de sus sistemas familiares originales, que les permita iniciar la formación de una nueva familia.

Aquí, los aspectos culturales y religiosos tienen un papel primordial. Por ejemplo, tener que cumplir con ciertos preceptos religiosos semanalmente, es motivo de reuniones frecuentes con toda la familia. Esta situación se aprovecha efectivamente para impedirles el despegue infundiéndoles, entre otros, sentimientos de culpa, que resultan ser uno de los pegamentos más efectivos para continuar y, muchas veces, perpetuar la dependencia.

Por lo tanto, aquí volvemos a ver claramente cómo no se ha logrado la disolución de las ligas emocionales que forman

si bien tiene elementos que le son comunes a los ambientes familiares universales tiene también aquellos que le son únicos a este caso en particular.

José proviene de una familia española conservadora, donde son cuatro hijos, y él es el menor, tiene 26 años de edad. Su padre, a su vez, proviene de una familia donde el padre fue una persona débil en el sentido estricto de la palabra, y muere joven, a los 40 años (abuelo paterno) y la madre (abuela paterna) fue dominante y estricta pero supersticiosa y llena de miedos y temores religiosos; ella fue quien se hizo cargo de los hijos.

Atendiendo a algunos aspectos trigeracionales vemos que el padre de José, a quien llamaremos don Juan, de 65 años de edad, resulta ser un individuo temeroso, apegado a su religión y costumbres con lo que logra afirmarse un poco, en una identidad sexual tambaleante que lo inclina a estudiar una carrera humanista, donde con base en una entrega obsesiva y de sometimiento logra un lugar y una posición, con lo que consigue ligarse a una mujer enormemente rica, a quien llamaremos doña Elvira, de 58 años de edad, heredera e hija única. Dicha mujer lleva junto con su fortuna la consigna inalterable de protegerla y defenderla a toda costa; su padre-magnate (ya muerto) se encargó de imbuirle profundamente en su mente. Sabemos que existen mecanismos en la mente humana que son de tal fuerza y efectividad, que sólo así se logra cumplir con tales consignas, como ésta de defender fortuna, tradición, patrimonio y poder de una familia; me refiero a los mecanismos simbiotizantes que actúan entre hombre y mujer y entre madre e hijo de tal forma que una persona, una mujer, doña Elvira en este caso, logra que su esposo don Juan, piense, actúe y decida en casi todos los aspectos de su vida a través de ella y sólo con base

en lo que ella quiere, piensa y decide como deseable y bueno para toda su familia. Así pues, doña Elvira, poseedora de una fuerza simbiotizante extraordinaria, logró que su esposo don Juan, padre de José, se convirtiera en un verdadero esclavo de sus más íntimos deseos; leso sí sin restarle a una fachada de bonhomía y respetabilidad que su esposo proyectaba exitosamente a sus cuatro hijos y al círculo social donde se relacionaban.

Los cuatro hijos, de los cuales José era el menor, también se encontraban en una posición semejante a la del padre, o sea, acatando fervientemente los deseos maternos, y desde luego, siendo a su vez los guardianes de tal sistema familiar de valores. Para lograr esto, la madre infundió en ellos desde pequeños la necesidad de pensar como ella, sentir como ella y actuar como ella. Por ejemplo, respetaban en la superficie al padre, aun cuando profundamente sentían una gran rabia hacia él y aún más, lo despreciaban sabiendo que como ellos, no era más que un títere de la poderosa doña Elvira, que cumplía con sus designios de controlar a los hijos, limitarlos tremendamente sin dejarlos crecer ni desarrollar sus potencialidades. En alguna ocasión don Juan, ya indoctrinado por doña Elvira, le decía a su hijo José, de 26 años de edad: "Necesitarás toda una vida para poder administrar lo que te toque de nuestra fortuna y tal vez nunca lo logres; sólo yo que me he pasado la vida estudiando, he podido hacerlo". (Aquí podemos observar cómo el amor y la aceptación del hijo están condicionados al sometimiento).

Don Juan, el padre, actuaba como director general de una gran cadena de tiendas, donde ninguno de sus hijos tenía un puesto de importancia. A todos les había dado trabajo, empezando siempre desde abajo, diciéndoles que sólo con muchos años de experiencia lograrían ser como él, y que

entonces, tal vez, en un lejano futuro podrían escalar puestos de importancia. (Esto nos permite ver como existe una colusión en la diada marital, para someter a los hijos, puesto que el padre es instrumento de los deseos maternos.)

Los dos mayores habían logrado casarse y ambas esposas eran también esclavas incondicionales de doña Elvira, la madre poderosa, por lo cual habían logrado conservar sus lugares en esta familia. El tercero, soltero, tenía fuertes componentes homosexuales y sufría severas depresiones que rayaban en intensos pensamientos suicidas, y tal vez en alguna ocasión hasta había llegado a intentarlo (vemos en él la depositación de las partes escindidas del *self* paterno).

Finalmente, José se había casado con Carmen, una chica de 22 años de edad. Carmen y José llevaban aproximadamente dos años y medio de difícil matrimonio, él sufría de intensas jaquecas que lo obligaban a tomar constantemente analgésicos de todos tipos, y desde luego, era impotente, tanto física como emocionalmente; no podía aproximarse cariñosamente a su esposa ni mucho menos expresarle amor y ternura (no es difícil entender aquí la agresión hacia la mujer).

José, que era el menos limitado de los cuatro hermanos, se rebelaba hasta cierto punto al padre, reclamándole en forma organizada y con suficiente lógica el derecho que él tenía de tomar un puesto de importancia en el negocio, igualmente le demandaba que fuese más generoso con el dinero que le daba o bien que le adelantara algo de su patrimonio (podemos ver las demandas orales de núcleos maternos, escindidos y depositados). José había estudiado la carrera de administración de empresas, que no ejercía, pero que le daba suficiente estima como para considerarse capaz de salir adelante por sí solo. No obstante, José nunca había

hecho intentos verdaderos para lograrlo, más bien su actitud era de permanecer al acecho, esperando pacientemente a que el padre flaqueara, tuviera un descuido, enfermase o muriese, para que pudiese tomar lo que tanto anhelaba, el dinero, el poder, la posición, la riqueza.

A doña Elvira, madre poderosa, nunca osaba enfrentársele, puesto que sabía en lo profundo de su ser que era ella quien controlaba el sistema familiar y por ello, se sentía identificado con ella, soñando en ser fuerte algún día. No obstante, la madre poderosa ordenaba a su esposo en forma imperceptible que tratara a José como a un niño, que lo minimizara y que lo infantilizara, impidiéndole crecer, madurar y enfrentarse así a las responsabilidades del gran negocio y de la vida. (Nuevamente vemos la colusión parental.) En una ocasión, por ejemplo, eligieron a una persona de confianza para que ocupara el lugar del negocio destinado a José, explicándole a éste que aún no estaba apto y maduro para semejante puesto. En otras ocasiones, José se atrevió a expresar odio y desprecio por su madre considerándola como un ser extraordinariamente egoísta y excéntrico, quien llegaba a despilfarrar verdaderas fortunas en viajes y fiestas extravagantes (lo cual muestra la ambivalencia de éste hacia la madre).

José acudió al psicoanálisis con la esperanza de liberarse de su condición sometida y de adquirir el poder fálico de que carecía su padre, don Juan.

Su analista me lo refirió para tratamiento familiar, diciéndome que encontraba en él una personalidad narcisista, con una hipercatexia del *self* grandioso en respuesta a la desiliación en sus objetos parentales idealizados, con manifestaciones de frialdad y distancia en su trato, una tendencia a hacer disertaciones pseudofilosóficas de cualquier tópico y actitudes de superioridad, con una marcada tendencia a la hipersensi-

bilidad, vergüenza e hipocondria. (Defensas maniacas típicas de una estructura depresiva y devaluada subyacente.)

Había en José una tendencia a buscar amistad con grupos de homosexuales y de vez en cuando aparecía una rabia infinita aunque expresada en un tinte azul y frío. (Rechazo a la figura femenina e identificación con los aspectos castrados del self paterno).

En seguida vemos cómo se repite transgeneracionalmente la elección de una hija única como pareja: en efecto, su esposa Carmen, la cual tenía 22 años, era hija única y sus padres eran divorciados. Carmen había tenido poco contacto con su padre, el cual contaba con 50 años de edad, y que por razones de su trabajo, se pasaba la mayor parte del tiempo viajando. Era una persona de buen talante y asequible al trato, aun cuando poco capaz de responsabilizarse por sus familiares, como lo probaba el hecho de haberse divorciado de su esposa enferma y haberse ocupado poco o casi nada de Carmen, su única hija. La madre de Carmen tenía 44 años de edad y aun cuando era todavía una mujer joven, se encontraba seriamente enferma, en fases avanzadas de una esclerosis cerebral múltiple; por lo cual y dado que se trata de una enfermedad crónica que reclama varios años de la vida de una persona, le había impedido desarrollar adecuadamente sus funciones maternas con Carmen. Razón por la cual su joven hija había estructurado un self endeble y falso; situación que ocurre frecuentemente en el niño que no recibe adecuadamente y a tiempo los estímulos y cuidados por parte de los padres que le ayuden a estructurar un self maduro y sano durante las etapas críticas de su desarrollo. Carmen había pasado superficialmente por una psicoterapia que no consiguió ni levemente tocar su estructura intrapsíquica; era ella un ser que pretendía, al igual que su esposo,

60

En estas condiciones inicié lo que fue un breve tratamiento de esta joven pareja.

Tratamiento

Con lo primero que me enfrenté, desde que los vi juntos por primera vez, fue ese mecanismo defensivo que una pareja y una familia entera erige alrededor de sí misma para protegerse de las interferencias externas, y al mismo tiempo para evitar que sus miembros salgan del sistema y sean absorbidos por el ambiente, sea el que fuere: pretendientes, comunidad, escuela, amigos, maestros, terapeutas, religiones, sociedades, etcétera.

A dicho mecanismo defensivo del sistema familiar, algunos autores (Lyman Wyne) le han llamado la "banda de hule", forma parte de otros tantos que no alcanzamos a describir aquí, pero que son los coadyuvantes para perpetuar el mecanismo homeostático y hermético de un sistema familiar rígido.

Enfrenté, pues, un poderoso mecanismo de "banda de hule", rígido como pocos y prácticamente impenetrable que no sólo me expulsaba cada vez que pretendía colarme a través de dicha barrera, sino que constantemente y con tenacidad me mantenía afuera y a buena distancia.

Opté entonces por esgrimir una actitud mimetizadora con la pareja que fuese menos amenazante, por ejemplo, el no atacar su red defensiva de colusiones, escisiones, proyecciones, mecanismos de negación y demás...

Dicha estrategia me funcionó por un tiempo, lo que permitió establecer un vínculo de alianza terapéutica.

Después intenté enfrentar la severa problemática con sesiones separadas con cada uno de ellos; en las que obtuve un

62

53

desde una posición grandiosa que cubría sus inseguridades, ser una mujer madura segura de sí misma y conocedora del entorno en que se movía y capaz de manejarlo. Carmen había pasado la mayor parte de su vida cuidando de su madre enferma y prácticamente no había tenido la oportunidad de vivir su infancia, cosa que anhelaba intensamente, puesto que aquello que no se ha tenido se continúa deseando el resto de la vida. Ante la imposibilidad de lograrlo, sentía una rabia enorme que ocultaba ante los ojos de los demás, frustración, enojo y celos que la obligaban a defenderse con un fuerte control interno, omnipotente y la hacían aparecer como una joven reposada y dulce. Todo esto le ayudaba a esperar pacientemente a que doña Elvira, la madre poderosa de José, abdicase al trono y fuese precisamente José, a quien Carmen imaginaba poder controlar, quien asumiera la ansiada posición del trono y con ello fuese un ser supremo y máximo que a ella le diese estima, valer y un verdadero self. Solía ser raro que Carmen desobedeciera sus controles internos. Sin embargo, en ocasiones explotaba en rabietas infantiles y episodios de furia contra su esposo, inclusive llegó en una ocasión a hacer las maletas e irse de su casa por algunas semanas, frente a las amenazas de abandono. Para esto Carmen lloraba sin sentirlo y proyectaba su estudiada imagen de mujer madura, ultrajada y segura de sí misma. Desde luego regresó; justo a tiempo de que su omnipotencia no sufriese un descabro, enfrentando el hecho de que José no le pertenecía a ella, tanto como a doña Elvira, la poderosa madre. (Aquí vemos la rivalidad entre ambas mujeres: Carmen y doña Elvira. Otra conflictiva de la que Carmen se quejaba constantemente era el abandono sexual por parte de su esposo y de la fuerte competencia que representaban las amistades homosexuales de José.

61

mayor éxito con Carmen, conceptualizar su gran rabia y rivalidad hacia doña Elvira, la madre-poderosa de José su esposo y hacer al mismo tiempo conciencia clara de que era ella, doña Elvira, la que en realidad ejercía el dominio y control sobre la constelación familiar. Por su parte, don Juan, su esposo, padre de José, el pretendido rey absoluto, no era más que una marioneta de la gran reina que siguiendo sus designios desdeñaba y pretendía que los demás se comportasen como niños.

Al cabo de varias sesiones de difícil manejo terapéutico, se logró encontrar un punto de alianza que les ayudó a conceptualizar la necesidad de separarse de las familias paternas, e iniciar una relación independiente y madura que les permitiera pasar a la siguiente etapa del desarrollo familiar: el encuentro.

Intentaron iniciar maniobras de separación, que resultaron superficiales y débiles; por ejemplo, José preparó un par de arengas o discursos dirigidos a sus padres, los cuales se encontraban cuidadosamente preparados y neutralizados para no causar demasiada alarma en el sistema coludido de los padres (no aflojar el anclaje emocional simbiótico con ellos).

(En este momento vemos la entrada del terapeuta al sistema marital, y cómo José intenta incorporar elementos del self del terapeuta para poder enfrentarse a la colusión paterna.)

Dadas las circunstancias, era de esperarse que no sucediera nada; como en efecto así fue, y todo el enojo, la rabia y la frustración acumulada en esta joven pareja, se revirtió en el encuadre terapéutico..., ambos decían: "Esto no sirve, no pasa nada, no nos explica lo que está ocurriendo, no es científico, el tratamiento no tiene bases sólidas en qué sustentarse".

63

En realidad, el propósito era desalentar mis intervenciones; sin embargo, intenté nuevamente acercarme a ellos y que ellos lo hicieran entre sí, con objeto de propiciar un encuentro. Intenté en lo instrumental sintonizar o armonizar las discusiones acerca de los días o semanas que planeaban pasar en Europa o en Nueva York, traté de echar a andar un contrato acerca de cuánto tiempo y cuándo debería prenderse la televisión o el tocacintas, cuándo y a cuántos restaurantes y centros nocturnos deberían acudir o cuántos y cuáles amigos debían frecuentar. (El ingreso del terapeuta al sistema marital es sentido como intensivo y amenazante para su precaria homeostasis.)

Pero todo fue en vano, mis intentos de formar parte del sistema no fructificaban; para ellos era más importante "escupirme" de nuevo fuera del sistema y consecuentemente cada uno se afirmó en su estilo defensivo, ahuyentando toda posibilidad de establecer un contrato que les permitiera el intercambio útil de sus deseos y necesidades.

Como esto no fue posible, el desplazamiento de rabia y enojo hacia mí no se hizo esperar, lo cual es indicador del mecanismo de transferencia colusiva, empleado por este tipo de parejas y descrito claramente por Salinas.

Pasemos al área emocional, donde la expresión de sentimiento es fundamental para lograr un contacto profundo con la pareja: ahí encontré también una férrea actitud resistencial compartida entre ambos esposos, la cual era sólo un ramal de la que existía con la familia de José. En otras palabras, ellos no mostraban emoción alguna para aquel que no perteneciese al clan familiar. José y Carmen no podían comunicarse conmigo, y en verdad, ni entre ellos mismos, excepto dentro del vínculo simbiótico, de supervivencia, el cual se caracterizaba por su rigidez.

64

de ella logró varios espasmos orgásmicos. Sin embargo, él no eyaculó y esto les impactó como una nube negra que indicaba lo mal que estaban como pareja y el error que yo había cometido al movilizar tales impulsos. Lo que yo consideré como un gran logro, produjo en ellos una respuesta de asombro y sorpresa desagradable, una mezcla de confusión, rabia, miedo y enojo. Yo sigo pensando que dicha reacción, en parte fue debida a la forma sorpresiva como traspasé el área prohibida: la "banda de hule". Ellos lo sintieron como una penetración del sistema, que los obligó a enfrentar una grave situación. Situación que proyectaron sobre la ausencia de eyaculación, arguyendo que esto ponía en evidencia el problema emocional de José y, por lo tanto, el futuro incierto de su vida como pareja.

Al unísono apareció nuevamente el enojo, la rabia y el reclamo intenso hacia el terapeuta. Ambos declararon que hubiese sido mejor que no hubiera ocurrido nada, que no se hubiera tocado el área sexual, que hubiese continuado su vida de fraternal negación sin alteración alguna; que yo había provocado una severa alteración en la pareja y que se encontraban ofendidos y desconcertados.

(La sorpresa, el miedo y el enojo se debió a que sintieron el sistema penetrado por el terapeuta.)

Resultaba fácil reconocer que nos movíamos en terrenos muy delicados y peligrosos para la pareja y que su ansioso mensaje decía a las claras que una verdadera relación marital era imposible, que no estaban preparados para el pasaje de la separación y que era mejor "pretender" (*as if*) que formaban una simpática pareja que nunca se atrevería a amenazar a papá y a mamá con movimientos maduros de desprendimiento. Sabían coludidamente que había que esperar con paciencia hasta ser recompensados con dinero y permiso

Ejemplo de ello son las palabras que él le dirigía a ella: "Carmen, eres muy superficial e inculta, no tienes noción alguna de lo que es la conversación y el diálogo, me resultas vana y aburrida y prefiero gastar mis energías platicando con personas que valgan la pena".

Ella a su vez le respondía: "Lo que pasa es que tu rudeza y grosería no te permiten tratarme como merezco. Daría cualquier cosa por no hablar contigo. De hoy en adelante, me niego a escucharte nuevamente".

Aquí se presenta otra área de *impasse* que revierte nuevamente la culpa y el ataque sobre el terapeuta.

Por lo tanto, decidí modificar un poco la estrategia terapéutica e incidir en el área sexual; la trabajé intensamente y es aquí donde obtengo la respuesta más fuerte al impacto de la terapia.

Carmen y José eran una pareja impotente y prácticamente sin vida sexual, lo que era esperado, dada su historia clínica. Según su relato, sólo en los primeros días de su luna de miel, les fue posible disfrutar de algunas relaciones sexuales, que su descripción hacía ver como plenas y satisfactorias. Al breve tiempo se transformaron en un receso absoluto y una relación de fraternal abstinencia, hasta el momento de la terapia, donde logré pasar a través del denso tejido de la "banda de hule" que tenazmente me rechazaba.

Yo pienso que la sexual era una área poco defendida que nunca pensaron que pudiese ser atravesada. No obstante, me colé y una vez del otro lado me permitió trabajar en un acercamiento sexual, aun cuando desprovisto de emociones, que se manifestó en una sola noche de amor donde se dio un coito. En el frío y técnico relato que de él hacían, aparecían las reacciones biológicas de humedecimiento vaginal, erección y penetración que duró minutos, y que él registró cuidadosamente y consideró como una proeza, don-

65

para ser grandes. Sabían que el tratamiento era una amenaza para sus secretas ilusiones. Por lo que ambos rehusaron continuar con la terapia.

Finalmente reconocí la gran dificultad para llegar a la etapa del desprendimiento y decidí trabajar para neutralizar la rabia y la agresión proyectadas en el tratamiento. ¡Tal vez en algún futuro se volverían a abrir las puertas para el cambio!

Decidí respetar los límites de su "banda de hule", con lo que dejé de ser peligroso para ellos y se logró una amistosa despedida.

(Al ser expulsado del sistema nuevamente, mi decisión es no volver a penetrarlo sorpresivamente y dejarlo en posesión de las imágenes parentales.)

Observaciones

Existe una inmovilidad severa en todos los subsistemas, el individual, el marital y el familiar.

Los fuertes mecanismos de homeostasis, ambigüedad y simbiosis indican que la amenaza sobre este sistema marital-familiar es muy grave.

Es en las familias paternas donde se genera la amenaza, principalmente en la vida de José, donde su madre, doña Elvira, por identificación y herencia, en el amplio sentido de la palabra, a través de su padre-magnate, controla y ejerce un sometimiento general en los demás.

El mecanismo defensivo de supervivencia trata de evitar varias situaciones al sistema familiar:

- La separación o divorcio de los objetos primarios (don Juan y doña Elvira, padres-jerarcas).

66

55

67

- Depresión, enfermedad física y muerte del padre.
- Soledad de la madre.
- Depresión y divorcio de los dos hijos mayores.
- Actuación de la homosexualidad y suicidio del tercero.
- Divorcio, depresión y tal vez suicidio de José.
- Soledad y fragmentación de Carmen.

La combinación de parálisis interna e inmovilidad del sistema familiar impide la activación de los mecanismos del desprendimiento, eliminándose así uno de los factores esenciales que podrían haber estimulado el crecimiento, la individuación y la maduración del sistema para continuar su paso a través del ciclo vital familiar.

De este modo se hace evidente el triunfo maniaco de la resistencia en la transferencia colusiva.

Segunda fase: el encuentro

Aprender el rol del cónyuge no es de ninguna manera tarea sencilla. Presupone, entre otras cosas, haber renunciado ya a las ganancias emocionales que proporcionan las etapas anteriores de pretendiente e hijo, y tener la disponibilidad física y emocional para seguir aventurándose en el quehacer del vivir y de formar una nueva familia.

Partamos del punto de vista que, aunque sea obvio, no resulta fácil admitirse: en verdad ser esposo o esposa por primera vez es una situación desconocida de la cual no sabemos nada (sólo lo que vimos en los padres). La verdad es que el sintonizarse emocionalmente con un desconocido (para tales efectos) requiere de un gran valor y de una gran capacidad para limitar las propias necesidades en beneficio de una relación que empieza.

En esta nueva etapa se trata principalmente de lograr dos puntos: primero, cambiar todos aquellos mecanismos que hasta entonces proveyeron seguridad emocional. Y, segundo, integrar un sistema de seguridad emocional interno que incluya a uno mismo y al nuevo compañero.

Desde luego, lo primero que sucede en una relación de dos, es que cada uno intenta echar a andar los mecanismos

68

ya conocidos y aprendidos en su sistema familiar de origen, los cuales difícilmente funcionarán con su nueva pareja.

Obviamente, esto no es muy fácil de admitir y por regla general todos llegamos al matrimonio convencidos de que si no somos unos expertos en la materia, en cuestión de segundos lo seremos. Se piensa, además, que el otro fácilmente captará y aceptará los viejos sistemas de funcionamiento emocional que cada quien consideraba infalibles y únicos.

Es conveniente insistir en que el encuentro con "una persona nueva" nos depara grandes sorpresas y que en el establecimiento y estructuración de un nuevo sistema estriba tanto la cualidad de la relación marital, como el bienestar familiar futuros.

Por lo tanto, resulta lógico asumir de acuerdo con el grupo de estudios de Sager (1972) que el análisis de esta etapa crucial del encuentro, donde se lleva a cabo el "contrato matrimonial" que va a regir la vida psíquica, emocional e instrumental de la nueva pareja, nos aclarará lo que de otro modo aparecería como una serie de comportamientos inexplicables e irracionales. Igualmente nos proveerá de una guía alrededor de la cual podemos organizar mejor nuestra intervención terapéutica cuando el matrimonio o la familia esté en peligro de enfermarse o destruirse.

Para esto tomaremos prestado el término "contrato matrimonial" de Sager (1972), para referirnos a todos aquellos conceptos individuales de naturaleza consciente o inconsciente que pueden ser expresados verbalmente o en alguna otra forma. Dichos conceptos tienen como tema principal lo que cada uno piensa acerca de sus obligaciones y deberes dentro del matrimonio, así como de los bienes y beneficios que espera recibir del mismo.

69

Es necesario

dicho contrato está basado en aspectos recíprocos, acerca de lo que cada uno piensa dar y lo que espera recibir del otro.

El contrato abarca cualquier aspecto imaginable de la vida conyugal, ya sea que se trate de sexo, metas, relaciones con los demás, paseos, poder, dinero, los niños, los familiares, etcétera.

En verdad, la calidad del matrimonio depende en gran parte del grado de satisfacción y complementariedad que se le pueda dar a las expectativas de cada uno de los cónyuges, en las cuales intervienen todas las profundas necesidades y deseos del psiquismo individual.

En realidad, las expectativas de una persona están basadas en su historia, en las experiencias que ha compartido durante varios años dentro del seno de su familia con sus padres y hermanos. Todo esto pasa a formar parte de su equipo psicológico y se traduce en una serie de ideas, intercambios y necesidades que en un momento determinado se proyectan en la persona que va a ser su cónyuge.

Como tales, dichas necesidades pueden ser: a) saludables y realistas, o b) neuróticas y conflictivas.

Cada cónyuge percibe sus propias necesidades y deseos en grado diferente según su capacidad introspectiva y por lo general ninguno se percata de que sus esfuerzos por satisfacer al compañero están basados en la creencia inconsciente de que el otro es, siente y percibe las cosas tal como uno lo hace.

Cada uno en lo individual podría estar parcialmente consciente de los propios términos de su contrato y de sus necesidades, pero sólo en forma muy remota y vaga, si no es que del todo oscura, lo estará acerca de los términos en que funciona el contrato del compañero.

De hecho —y esto es una creencia generalizada— se asume que cuando se llega al matrimonio ya existe un conocimiento

70

71

y, aún más, un acuerdo mutuo acerca de los términos en que dicho contrato va a sentar las bases para asegurar una paz y bienestar futuros. Y así, confiándose en que ya es materia conocida, se aventura cada quien en un viaje donde se espera que el otro cumpla con lo prometido.

Por lo tanto, tan pronto sucede lo inevitable como es que algunos términos del contrato individual no sean cumplidos, aparecen poco a poco la desilusión, el resentimiento, la sensación de haber sido timado o engañado y el enojo. Esto, de hecho, puede provocar problemas serios, como depresiones y discordancias maritales severas, que se basan en el falso presupuesto de que las reglas matrimoniales con que se iba a funcionar han sido violadas.

Dicha situación se vuelve aún más peligrosa para el matrimonio, cuando uno de los dos sienta que él (o ella) sí ha cumplido con la parte que le corresponde de su propio contrato individual imaginario.

La razón por la cual resulta tan difícil ponerse de acuerdo con las diferentes pautas de los contratos, obedece a diferentes circunstancias.

La primera, simplemente, es por ignorarlo. A nadie se le ocurre pensar que algo tan sublime y romántico como el matrimonio o la unión de una pareja donde sólo el amor y la pasión deben existir como elementos principales requieran de algo tan materializado y prosaico como un contrato. Eso se deja para los negocios o cuando menos para otro tipo de asociaciones donde no intervengan los sentimientos. Y sin embargo, como veremos más adelante, sin contrato no hay matrimonio que dure.

La segunda circunstancia se presenta cuando los dos socios del matrimonio operan bajo dos contratos totalmente diferentes e incongruentes, tal como puede suceder entre dos

personas con antecedentes culturales distintos. Nada más baste para comprenderlo, imaginar lo que sucedería si acaso se llevase a cabo un matrimonio entre un nativo de Oaxaca y una sueca.

La tercera causa es aquella donde las expectativas (lo que supuestamente se espera del otro) son imposibles de obtener, debido a situaciones irremediables, como por ejemplo poseer un bajo coeficiente intelectual o bien por algún problema emocional severo de tipo individual que no permita obtener lo esperado ni para el sujeto mismo ni para su pareja.

La cuarta y última causa sería aquella donde la fantasía sobrepasa por mucho a una realidad. Por ejemplo, los deseos de alcanzar riquezas desmesuradas o de encontrarse con un príncipe azul o con una reina por compañero.

Sager y Kaplan (1972) describen tres niveles en el contrato matrimonial:

I. Un nivel consciente que se verbaliza y que incluye todo aquello que se comunica al compañero acerca de sus expectativas tanto en lo que se refiere a dar como al recibir; dicho además en forma clara y comprensible.

II. Un nivel, que aun cuando es consciente, no se verbaliza.

Existen un sinnúmero de creencias, planes, deseos, fantasías y demás que por temor o vergüenza no se comunican ni se verbalizan. Esto casi siempre ocurre debido a los temores inconscientes de ser víctima de un rechazo doloroso.

III. Existen otro nivel que va más allá de la percepción consciente y que se refiere a todos aquellos deseos y necesidades de naturaleza irracional y, por lo tanto, son contradictorios. Éstos, por ser desconocidos (inconscientes), pasan desapercibidos para ambos. Este punto se refiere a la problemática personal, que muchas veces es de naturaleza neurótica o psicótica. Inevitablemente se deposita en la relación

con el otro y aparecen las necesidades no resueltas de competencia, dominio, destrucción, etc. Asimismo, muchas veces se utiliza al compañero como un medio para lograr una victoria irracional recurriendo a maniobras patológicas, como el rechazo emocional, el sadismo o el masoquismo.

La génesis de esta problemática es desde luego desconocida para quien la sufre y amerita las más de las veces de un tratamiento especializado, según sea el caso (psicoterapia, psicoanálisis), además del tratamiento matrimonial.

Cuando existe congruencia en el primer nivel, por lo general se formaliza una relación.

La falta de acoplamiento en el segundo nivel puede llevar la relación en forma latente hasta aproximadamente un año de duración (tiempo más, tiempo menos), después de lo cual aparece abiertamente la problemática en la relación marital.

Cuando hay problemas en el tercer nivel, debemos pensar en la posibilidad de que la selección del compañero se pudo haber hecho con base en necesidades neuróticas y que aunque la relación pueda durar varios años, puesto que se ignora lo que está pasando, tarde o temprano puede desembocar en una fuerte problemática que ponga en serios peligros al matrimonio.

Esta conflictiva muchas veces encuentra su expresión en situaciones conscientes absurdas del tipo de: "ya no te quiero porque no me gusta cómo vistes", "porque roncas" o "porque no tienes los pechos grandes...", etcétera.

La fase del encuentro presupone el manejo adecuado de dos movimientos intrapsíquicos que desde luego tienen su proyección en el mundo real de las personas.

El primer movimiento implica el haber logrado una conciliación interna en el mundo de los objetos (y aquí deploramos el calificativo de objetos a situaciones que realmente se

refieren a personas)

ambos padres deja de ser ambivalente y por lo tanto amenazante, para convertirse en el parámetro fundamental que le permita al individuo establecer una identidad consigo mismo, que a su vez le facilite el paso al segundo movimiento que requiere de la posibilidad de incorporar o introyectar un objeto ajeno a los objetos familiares incestuosos, con el cual pueda establecer una relación íntima con características de una genitalidad madura.

Lograr la incorporación o introyección de un objeto extraño a los familiares paternos y elegirlo como la base fundamental para formar una nueva familia tal vez sea sin temor a equivocarme una de las situaciones del crecimiento emocional que más problemas le causan al humano.

Resultaría algo así como si de pronto un adolescente ya maduro dijese a sus padres con los cuales todavía comparte el techo: "He encontrado una chica linda de la cual estoy enamorado, y he decidido traerla a vivir a la casa, por lo tanto, necesitamos una cama extra, un lugar en el comedor, otro baño, un nuevo clóset, otro espacio para su automóvil y lugar cómodo y amplio donde pueda sentarse plácidamente a leer y a tejer; además es necesario que tanto papá, como mamá y hermanos cambiemos varios de nuestros hábitos y costumbres para que no choquen con los de ella y desde luego habrá que deshacernos del perro puesto que no le gustan los animales". Si ustedes ya pensaron en la reacción de los familiares de dicho adolescente, se podrán imaginar lo que ocurre en el interior de la mente en el mundo privado de los objetos donde existen desde el principio de la vida las imágenes de mamá y papá con todas las características de amor y odio, de prohibiciones y permisos, elecciones y exclusiones que, como decía en líneas anteriores, le dan al

individuo el sentido de ser quien es, y de pronto se requiera de hacerle un espacio a un objeto nuevo quien a su vez trae un mundo interno con las mismas características del que estamos describiendo, nos podemos imaginar que no resulta fácil compaginar y armonizar lo que fundamentalmente tiene que ser contradictorio por más amor que se le tenga a dicho nuevo objeto, y por más que (como ya podemos suponer) dicho objeto tenga aquellas características que precisamente sean las que permitan que sea introyectado, de otra manera sería rechazado de inmediato, de aquí que la elección de pareja a la vez que es un asunto muy complejo, no permite al mismo tiempo que sean muchos los que puedan llenar las características personales del mundo interno de objetos de determinada persona. Por eso, uno no se casa o forma pareja con cualquiera, tiene que ser aquel que cumple con las características suficientes que le permitan ser introyectado e introyectar a otro sincrónicamente. Sin que esto quiera decir que una vez introyectado se pasee tranquila y plácidamente en medio del ya de por sí conflictivo mundo de objetos familiares que todos llevamos dentro. Sino que es aquí donde da comienzo un proceso de aceptaciones y rechazos, dádvas y ataques, luchas y batallas, concesiones y amenazas que lentamente van dando paso al segundo movimiento interno de formar un espacio para un objeto nuevo que va a entrar en choque con los ya existentes. Todo esto tiene un concomitante externo desde luego, que nos permite ver, por ejemplo, la agresión y envidia entre nuera y suegra o entre padre y yerno a la vez que las alianzas y partidos y coaliciones que se forman en los sistemas familiares.

La fase del encuentro presupone así una disponibilidad interna para aceptar al cónyuge como un objeto nuevo y extraño que, quierase o no, va a producir una fuerte reso-

Desde luego que la madurez emocional en un individuo no le garantiza la estabilidad y duración de su pareja, pero sí le permite con libertad y plenitud examinar las bases sobre las cuales ha funcionado y sigue funcionando su relación.

También es de importancia, durante la fase del encuentro en una pareja, considerar que así como existe el fenómeno regresivo de fusión entre ambos que puede alcanzar varios planos de profundidad (véase Vives y Tubert), también existe un paso hacia el proceso de la identificación que va más allá del propio self. Este paso tiene como objetivos principales la formación de un significado, de una razón de ser, de un orden subjetivo del mundo externo que refuerce la experiencia individual tanto biológica como interpersonal y de sistema de valores. Dicho en otras palabras, éstas serían las bases de la experiencia subjetiva de trascender.

Es necesario tener en mente que cuando se establece una relación amorosa intensa, libera necesariamente la agresión reprimida o disociada en los objetos infantiles de ambos compañeros. Por lo que es necesario que exista una madurez e integración del superyo que proteja la relación con el objeto amado y estimule el amor y la entrega. Cuando no se ha logrado una suficiente madurez del superyo, entonces aquellos elementos rezagados de agresión producen culpa que en ocasiones pueden ser tan intensos que obligan a la pareja a transgredir las barreras limitantes convencionales que la pareja ha creado para sí misma con el objeto de proteger la exclusividad de su amorosa relación.

Aquí resulta de mucha importancia introducir los conceptos que Bion y posteriormente Kernberg estudiaron acerca del grupo social y de cómo los intereses de este último están en una secreta oposición a los de la pareja.

nancia conflictiva que va a repercutir en el mundo interno de los objetos y se va a manifestar en las diferentes conflictivas que observamos en la interacción de las familias tratadas.

Otto Kernberg propone y sintetiza cuatro requisitos que yo considero útiles para la comprensión de la fase del encuentro, ya que junto con algunos conceptos acerca de la modalidad que toma el erotismo tanto en hombres como en mujeres, nos ayudan grandemente a manejar el punto crucial del contrato que describiremos más adelante con todas sus características.

Los cuatro puntos que sintetiza Kernberg se enlistan a continuación:

1. La capacidad de ensanchar y profundizar la experiencia orgásmica durante el acto sexual a través de integrar el erotismo sexual que se expande mediante la integración de la agresión de la bisexualidad (identificación homosexual sublimada) hacia la relación erótica heterosexual.
2. El desarrollo profundo de la relación con el objeto, que incluye la transmutación general de los impulsos pregenitales y sus conflictos, hacia la ternura, el cuidado y la gratitud.
3. La capacidad de identificación genital mutua que no trastorne la estabilidad de la identificación sublimada predominante con la figura parental del mismo sexo.
4. El desarrollo de la despersonificación, abstracción e individualización en el super-yo de tal forma que exista un cambio de la moral infantil a los valores éticos del adulto. Esto último proveyendo un sentido de responsabilidad y entrega moral que refuerzan los compromisos emocionales de cada miembro de la pareja hacia el otro.

La pareja brota del grupo como un quiere vida propia, pero que siempre está en peligro de ser nuevamente reabsorbida por las reglas inflexibles del gran sistema grupal.

El grupo utiliza diversos mecanismos para mantener su homeostasis funcionando; a la pareja le pueden afectar de diferentes maneras. Por ejemplo, el triangular la relación, con la aparición de un amante estable o, más grave, lo que ocurre en el matrimonio abierto, o el sexo grupal donde la destrucción de la pareja es prácticamente ya un hecho.

Es precisamente el amor romántico lo que da lugar al amor sexual y al erotismo; a este punto en especial me referiré más adelante.

La capacidad de enamorarse y de llevar a cabo con una pareja relaciones estables y duraderas habla en favor de una estructura emocional fuerte y sana. Al mismo tiempo, el estar enamorado enriquece el self.

Stoller enfatiza la importancia del misterio para explicar la excitación sexual y menciona varios factores anatómicos y fisiológicos que entran en interacción con los deseos y peligros de la encrucijada edípica, los cuales contribuyen a acentuar lo excitante y a veces frustrante del misterio de los sexos.

Igualmente Money ha descrito (14) puntos importantes mediante los cuales el individuo define su sexo y su género; sin embargo, no es motivo de esta presentación. Por lo que prefiero abordar otro tema sumamente difícil y lleno de elementos sutiles, que muchas veces son los que nos explican por qué algunas parejas llegan al encuentro y establecen relaciones profundas, maduras y satisfactorias, mientras que otras fracasan en su empeño.

Para el clínico resulta indispensable comprender por lo menos algunos elementos de ese misterioso estadio que

llamamos intimidad. Cuando se comparten secretos y misterios con una pareja, se aumenta y fortalece la separación del mundo social que les rodea; y tanto los secretos como los misterios de cada uno mantienen y forman nuevos vínculos y barreras protectoras en la relación de la pareja. Mediante la comunicación y transmisión de uno al otro de dichos elementos de misterio y secreto, la vida y la existencia misma encuentran una forma de redefinirse constantemente y así los retos, las ambiciones, las frustraciones, los sueños, los conflictos y las soluciones establecen un puente entre presente, pasado y futuro que es precisamente la conjugación necesaria para darle significado a la vida.

Otro de los factores importantes que contribuye a la formación y permanencia, tanto del amor como de la pasión sexual, es la maduración del superyo, ya que esto provee la capacidad para el compromiso, la lealtad y el interés por el objeto amado, además se pasa de la inmadurez de la idealización de etapas anteriores a la idealización madura actualizada.

Estas importantes funciones del superyo protegen al mismo tiempo la relación de la pareja en momentos difíciles de problemática, de estrés o de la demanda que implica el cumplir con las diferentes tareas del ciclo vital.

Hernberg cita el libro de Henry de Motherlant *Les Jeunes Filles* (1936), donde a través de su protagonista Pierre Costals habla del deseo que une a un hombre y una mujer y con amargura describe:

Para la mujer, el amor empieza con la gratificación sexual, mientras que para el hombre, el amor termina con el sexo; las mujeres enloquecen por un hombre, el hombre está hecho para la vida y para todas las mujeres. La vanidad es la pasión domi-

nante del hombre, mientras que la intensidad de sentimientos respecto al amor por el hombre es la mayor fuente de felicidad para una mujer. La felicidad de la mujer proviene del hombre, mientras que la del hombre proviene de sí mismo. El acto sexual se encuentra rodeado de peligros, prohibiciones, frustraciones y nauseabunda fisiología.

Me parece útil el ejemplo para discriminar entre ideologías paternalistas culturales y problemáticas más profundas de tipo narcisista que impiden llegar a la encrucijada edípica saludablemente y que obligan a la mujer a adoptar posiciones masoquistas que la atan a hombres incapaces de satisfacerlas, al igual que puede sucederle al hombre atado a una mujer incapacitada.

Todo esto resulta de gran importancia para la segunda fase del ciclo vital, el encuentro, puesto que aprender el rol de cónyuge no es de ninguna manera tarea sencilla. Requiere de cambios importantes, como el de aquellos mecanismos que hasta entonces han dado seguridad emocional e integran un sistema nuevo que incluya al nuevo compañero, para lo cual junto con el grupo de estudios de Sager (1972) revisaremos algunos puntos del "contrato matrimonial" que nos ayuden a entender lo que sucede en esta etapa y por qué tantas parejas fracasan en su intento de armonizar su relación.

Los contratos han existido desde siempre y sólo cambian un poco de acuerdo con la época y con la cultura. La parte instrumental o práctica del contrato resulta menos difícil de comunicarse y ser entendida por ambos, siendo la emocional aquella que presenta más dificultades. Debido a que el humano funciona en su mayor parte movido por motivaciones inconscientes es de entenderse que la mayor parte del tiempo uno no sepa qué desea y qué puede ofrecer a su

pareja e igualmente qué desea y espera de ella. Dichos contratos funcionan como lo describimos al principio bajo ciertas normas y reglas al igual que bajo el principio homeostático que impide que la interacción de la pareja rompa el contrato, no importa si es sano o enfermo.

El grupo de Sager ha hecho un listado de las expectativas más comunes que las parejas piensan ofrecer al matrimonio. Debido a que coinciden con nuestros hallazgos, enseguida los enumero:

1. Un compañero leal, devoto, amoroso y exclusivo.
2. Un apoyo constante contra el resto del mundo.
3. Compañía y seguro en contra de la soledad.
4. Casarse y vivir felices el resto de la vida.
5. Obtener calma y orden en el caos de la vida.
6. El matrimonio visto como un compromiso de por vida.
7. Que garantice sexo rápido y a la mano.
8. Que garantice la formación de una familia y la participación en crecimiento y desarrollo de los niños.
9. Que la relación enfatice más el aspecto familia que el de compañero.
10. Que los otros sean incluidos o excluidos según sea el caso; padres, niños, amigos, sirvientes, animales, etcétera.
11. Una casa, un refugio.
12. Una posición respetable y un status social.
13. Seguridad económica.
14. Una unidad social. Un propósito en la vida.
15. Una justificación para trabajar, acumular riqueza, poder y posición.
16. Una fachada respetable para los impulsos agresivos.

Ignorar que existe un contrato, operar bajo dos contratos totalmente diferentes o incongruentes, tener expectativas imposibles de obtener o donde la fantasía sobrepasa por mucho a la realidad, son situaciones de gran peligro para el matrimonio.

Algunas de estas necesidades irracionales y contradictorias se deben también a la ignorancia de ciertas áreas del funcionamiento humano que son diferentes entre hombres y mujeres y que desde luego son parte fundamental del contrato matrimonial, por ejemplo, el componente erótico de la sexualidad. Francisco Alberoni (1986) estudia las características del relato erótico masculino y ve que en la pornografía se señalan una sucesión de actos sexuales, sin que haya una historia; el protagonista masculino no debe hacer nada, sólo pasea por la calle y una mujer predispuesta lo arrastra a la cama. No es necesario seducir para conseguir, ni hay necesidad de ningún preámbulo; la mujer desea al hombre aun antes de que éste piense en tomar la iniciativa. La pornografía masculina imagina a las mujeres como seres poseídos por el sexo, empujadas por un impulso irresistible a arrojarse sobre el pene masculino, es decir, tal como los hombres, en su fantasía, se comportan frente a ellas. Pienso que las mujeres están dotadas de los mismos impulsos que los hombres y les atribuye los mismos deseos y las mismas fantasías. En los hombres, en general, después del acto sexual decae el interés por la mujer. La mujer interpreta esta conducta como rechazo, como desinterés y piensa que el hombre en realidad sólo quería descargar su tensión, que el interés por ella como mujer, en su integridad, no existió tampoco antes. Porque si él la hubiese deseado de verdad como persona, hubiera seguido deseándola. El deseo de la mujer de permanecer junto al hombre después de sus orgasmos, siempre existe, porque

siente la necesidad de ser deseada, de gustar de manera continuada, duradera. El alejamiento del hombre interrumpe esa continuidad. Dice Alberoni que hay una preferencia profunda de lo femenino por lo continuo y una preferencia profunda de lo masculino por lo discontinuo; y el contraste entre esto es el eje alrededor del cual gira la diferencia femenino-masculino. El hombre, cuando piensa en la conquista, tiene *in mente* la relación sexual. La mujer, la emoción erótica que haga que se la recuerde y se la desee para siempre.

Para comprender mejor lo anteriormente expuesto, pasemos a revisar brevemente dos viñetas clínicas.

PRIMERA VIÑETA CLÍNICA

Se trata de una pareja de clase media. Ella es una mujer delgada y de buena presencia. Tiene 32 años de edad, y éste es su tercer matrimonio, no tuvo hijos en los dos anteriores; el primero fracasó porque él era alcohólico, perdió su trabajo y no pudo sostener ni económica ni emocionalmente la relación con ella; en el segundo matrimonio, ella decidió dejar al esposo a pesar de estar profundamente enamorada de él, porque no se sintió cuidada, apreciada ni comprendida; inclusive abortó voluntariamente un embarazo de 3 meses. Finalmente hizo pareja y se casó con su actual esposo desde hace cuatro años y medio. Él tiene 42 años de edad, es fuerte, buen tipo, deportista y con algunos comportamientos que recuerdan su adolescencia. Él estuvo casado anteriormente con una mujer a la cual quiso intensamente y tuvieron tres hijos (en la actualidad son ya adolescentes dos de ellos, y la más chica tiene ocho años de edad); todos viven con esta pareja, la cual a su vez tiene dos hijos, de tres y medio y dos años.

84

que

pasar solamente con él, eran también de la otra. Dicha situación producía en ella constantes crisis de rabietas, demandas, quejas, lágrimas, súplicas, depresiones y prohibiciones que él sentía lo limitaban mucho y le empezaban a hacer la vida imposible. Sin embargo, ella estaba segura de que cumplía con su parte del contrato y de que él no lo estaba haciendo.

Él por su parte también estaba convencido de estar cumpliendo con el contrato, puesto que le daba a ella seguridad, status social, sexo, casa y comida y no sentía que ella correspondía en lo que eran sus verdaderas e inconscientes necesidades, ser admirado, como un chico quisiera ser admirado por su madre quien se siente orgullosa de que sea fuerte, guapo, atractivo y conquistador con las mujeres. Él sentía, por el contrario, que todas estas cualidades no eran aprobadas ni reconocidas por ella.

Cuando pudimos hacer consciente esta tercera fase fue posible reorientarlos en:

1. Área de identidad: para que mutuamente se ofreciesen un anclaje emocional que sustituyera al de los anteriores compañeros y con ello la sensación de fracaso que había dejado en sus vidas, y se trabajaron los problemas edípicos que dificultaban la relación con los hijos.
2. En el área de la sexualidad se buscó la armonía entre las necesidades femeninas y masculinas de ambos, lográndose que fueran capaces de darse mutuamente placer, sin el resentimiento que produce el pensar que el otro no está cumpliendo su parte del contrato.
3. En el área de la economía, lograron entender que una pareja es una unidad y como tal, todo estaba bajo el cuidado y la responsabilidad de ambos por igual.

86

65

Hace ocho meses acudieron a la consulta porque sentían que su matrimonio naufragaba y como ambos tienen experiencias previas de fracaso, se sentían atemorizados por ello.

Después de varias sesiones conjuntas e individuales de trabajo logramos visualizar lo siguiente:

En la primera fase del contrato, ambos habían logrado verbalizar y entender lo que querían y esperaban uno del otro: compañía, lealtad, seguridad económica, apoyo para lograr una familia y una posición respetable.

En la segunda fase del contrato existían deseos y necesidades, que aunque conscientes no habían sido expresados; por ejemplo, ella deseaba que él estuviese junto a ella un largo tiempo después del acto amoroso, que la abrazara con ternura y que le dijese que era y sería siempre la única mujer amada y que después la admirara honestamente por sus cualidades creativas en la música y la literatura, las cuales ella en realidad poseía.

Él a su vez deseaba fuertemente que ella se sintiese arrebatada por su potencia sexual y que con admiración le permitiese entrar y salir del acto amoroso con entera libertad, lo cual significaba que no le obligara a abrazarla tiernamente ni a dirigirle palabras amorosas que a él tanto trabajo le costaban. Además quería que ella le permitiese el intercambio de actitudes seductoras con algunas de sus amigas, sin reclamo alguno y aún más, pensando que esto ameritaba también cierta admiración de parte de ella.

Finalmente, en la tercera fase del contrato, había otro nivel más allá de su percepción consciente que logramos aclarar: ella sentía que cumplía con su parte del contrato, puesto que le cuidaba su casa y sus hijos, lo que le producía enojo, resentimiento y protesta, puesto que esa casa donde vivían, él la había planeado con su anterior mujer, y esos hijos adolescentes que

85

comprendieran que para aprender el papel de esposa y esposo era necesario una cierta libertad para expresar su propia personalidad sin que esto fuera sentido como una agresión. Además, están trabajando juntos para no utilizar a los hijos como vehículos de su conflictiva.

SEGUNDA VIÑETA CLÍNICA

Hace diez años inicié el tratamiento de una pareja, donde él, un joven bien parecido, hombre de negocios de 28 años de edad, aceptó venir a sesiones matrimoniales a instancias de ella, una mujer joven y hermosa de más o menos 24 años de edad que se sentía infeliz y desgraciada, al ver que su matrimonio de tres años no le ofrecía las satisfacciones y felicidad que ella había imaginado y deseado.

El caso es que ella lo acusaba a él de ser frío, distante, poco cariñoso y centrado en sus negocios y ocupaciones la mayor parte del tiempo.

Él sentía que las cosas no andaban tan mal y que si no fuera por algunos exabruptos de su mujer, los cuales tendían a volverse más frecuentes, no habría en realidad ninguna razón para preocuparse. A decir verdad si asistía a las sesiones era solamente para darle gusto a ella con objeto de que no flotara en el ambiente el que él no había hecho todo lo posible por que marcharan bien las cosas.

Existía en esta pareja congruencia y acoplamiento en lo que se refería al *primer nivel*, puesto que ambos provenían de familias donde la cultura, la educación y los medios económicos encontraban varios puntos en común.

87

Ambos aceptaban abiertamente que tenían los mismos derechos y obligaciones, el uno para con el otro. Los dos estaban de acuerdo en que él sería el encargado de ver por la economía para que ella recibiese seguridad y protección, dando a cambio de ello los mejores cuidados para sus tres hijos y el hogar en general.

Él pedía que ella lo apoyara y ayudara a sentirse importante, ya que una de sus grandes necesidades era sentir que ocupaba un lugar y un puesto de primera.

Ella solicitaba cariño, amor y comprensión, ya que pensaba que a través de ello lograría alcanzar sus más caros anhelos.

Se trabajó un buen tiempo con los dos, tratando de encontrar cuáles serían las partes del contrato que no se habían realizado y comunicado, o bien estaban fuera de su capacidad para verlas conscientemente.

En este caso sucedió algo que con frecuencia se presenta en algunas parejas: después de algunas sesiones, los dos, de común acuerdo, pidieron una suspensión del tratamiento, argumentando que ya habían logrado comprender la situación. Entraron entonces realmente en una ligera *folie à deux* donde nuevamente idealizaron su relación, tal como sucede en el noviazgo, y se retiraron del tratamiento por un periodo de dos años. Al cabo de este lapso regresaron; otra vez ella se sentía infeliz y él había empezado a presentar dolores de cabeza frecuentes y una úlcera duodenal. Aparecieron problemas y fricciones que se convirtieron en verdaderas peleas campales donde se utilizaba cualquier tipo de lenguaje insultante; habían llegado a arrojar objetos a la cabeza y hasta se habían golpeado.

Esta vez, sin embargo, venían convencidos de que algo grave les impedía progresar en su matrimonio, condición que los motivó para entender y verbalizar clara y concisamente

88

que ella buscó en un amigo ese calor y esa ternura que no brotaba de él, convirtiéndose el asunto en una especie de aventura amorosa de tales consecuencias, que él tuvo que abandonar su hogar por una temporada. Él, por su parte, también se encontraba alterado, aun cuando sus síntomas se manifestaban más a un nivel somático: úlcera, colitis, hipertensión y manchas en la piel.

Transcurrieron así algunos meses más de tratamiento, durante los cuales hubo ocasiones en que el matrimonio estuvo a punto de morir. En las mentes de ambos se había sembrado ya la semilla de la destrucción.

Al no encontrarse forma alguna de llegar hasta aquellos profundos niveles que sin duda eran los responsables de tan seria problemática, fue necesario indicar tratamiento psicoanalítico individual para cada uno, además de sus sesiones de pareja, situación que, aunque ya había sido propuesta anteriormente, no fue aceptada sino hasta este momento crucial.

Pasó el tiempo y después de celebrar juntas clínicas con sus analistas y tras el trabajo continuado de pareja, logramos finalmente aclarar y comunicar los siguientes conceptos:

De niño, él había desarrollado un fuerte sentimiento de obligación y de dependencia emocional hacia sus padres, especialmente hacia su papá, quien valiéndose de mecanismos de sobreprotección, lo había controlado desde pequeño en sus juegos, en sus decisiones, en sus intentos de ser él, de ser más libre y, finalmente, en su trabajo. Aunque los dos trabajaban en cosas diferentes, el padre aún seguía ejerciendo un fuerte control. Todo esto, como consecuencia, había dejado un hueco en su vida, un área seca que le impedía alcanzar una verdadera individuación, un sentido de ser y una valoración de sí mismo.

te a través del tratamiento algunas de las pautas del segundo nivel que habían quedado escondidas o reprimidas por temor, vergüenza u orgullo.

Se logró que él expresara su temor de perder una cierta superioridad sobre ella, alimentada de su éxito en los negocios, así como también el poder hablar de la envidia e inseguridad que le producía saber que ella era hermosa y sumamente exitosa en sociedad. Tenía, además, muchas amigas y había logrado una buena comunicación con sus hijos: cosas todas que a él se le dificultaban.

Él estaba dispuesto a compartir con ella su dinero, a regalarle cosas, a llevarla de viajes, etc., esperando que con ello fuese feliz y sintiendo a la vez que él cumplía bien con su parte del contrato. Por lo tanto, pudimos entender que estaba sumamente resentido, pensando que ella (sobre todo a últimas fechas) no cumplía con la parte que él esperaba recibir de ella: no cumplía con alabarlo y hacerlo sentir seguro e importante.

Ella, a su vez, logró expresar su buena disposición para dar ternura y ser cariñosa. Sin embargo, hizo ver claramente que también existía un fuerte resentimiento y un enojo: pues, al igual que él, pensaba que habiendo cumplido con su parte del contrato, las cosas que él le ofrecía, como viajes y regalos, no eran suficientes para hacerla feliz y no daban esa seguridad emocional que carecía. Pudo expresar además que había dejado pasar varios años en espera de ver un cambio, que él desistiera de su forma fría y despegada de tratarla, con el pensamiento oculto de que de no ser así tal vez pronto lo abandonaría.

Trabajamos un buen tiempo sobre estas pautas, y aun cuando en un principio se observó alguna mejoría, las peleas, sin embargo, no cejaban, sino que tendían a volverse más ásperas y violentas. De tal suerte que llegó el momento en

89

Por tal motivo, durante sus últimos años se había devanado los sesos buscando la manera de encontrar eso que le faltaba. Pensaba que siendo fuerte, poderoso e importante obtendría la respuesta y pensaba también que haciendo con su esposa lo mismo que su padre había hecho con él, tal vez lograría llenar ese vacío y ser libre. Por lo tanto, era constante el enojo y la frustración con ella al advertir que no lograba sus deseos y propósitos. Ella no le daba lo que necesitaba y esperaba con tanto fervor: sentía rabia y enojo y al mismo tiempo miedo de perderla y con ello perder para siempre la oportunidad de obtener lo que le faltaba para sentirse completo, libre y feliz. Había aparecido en él inconscientemente la necesidad de controlar a su esposa y de limitarla, por consiguiente, en su individualidad y autonomía. La trataba como si fuese una parte de él mismo. La proveía en los aspectos materiales y casi nunca la abandonaba. Sin embargo, se había cerrado y estrechado un círculo que a ambos los estaba asfixiando.

Ella por su parte había temido ejercitar su libertad y autonomía. El aspecto sexual le preocupaba y sentía el temor de que si daba completa expresión a sus pulsiones y necesidades, tal vez acabaría por abandonarlo buscando otros hombres. Se sentía débil e indefensa puesto que de niña no había contactado con una figura paterna constante, fuerte y cariñosa. Su madre había sido una mujer débil y también abandonada emocionalmente por su esposo. Percibía las limitaciones de su cónyuge como los mismos rechazos y abandonos que sufrió de su padre y se sentía limitada y controlada por él, al igual que lo había sido por su propia madre. Debido a esto, había ido larvando un gran resentimiento y fácilmente entraba en estados depresivos que la aislaban emocionalmente, incapacitándola para ofrecer a su esposo sexo y ternura.

Además pensaba que ella había sacrificado su libertad sexual con objeto de no abandonarlo y que aún así, no se estaban cumpliendo las pautas del contrato esperado.

Ambos estaban confundidos y frustrados; se sentían engañados en las expectativas más profundas de los aspectos intercambiables del contrato matrimonial. Lo que es peor: estaban decepcionados porque no entendían cómo a pesar de ser inteligentes y capaces de estar fuertemente motivados deseosos de mejorar su relación y de estar totalmente dispuestos a arriesgarse en una confrontación frontal, su relación no mejoraba en forma ostensible y duradera como ambos lo deseaban.

Podemos ver desde el punto de vista clínico, cómo él a pesar de estar seguro que ofrecía protección, comodidad y constancia, no obtenía en cambio su parte de valoración e importancia. Y cómo ella a pesar de su fidelidad y sacrificio no obtenía más que limitaciones y control.

Finalmente podemos decir que hasta que el *tercer nivel* fue comprensible para ambos, se pudo empezar a trabajar en el establecimiento y renegociación de contratos emocionales más realistas y viables. A decir verdad, la sola comunicación de dichos aspectos inconscientes de la relación les ayudó mucho a sentir confianza nuevamente en su matrimonio. Pudieron empezar a aceptar que las partes positivas de cada uno las podían compartir complementando así sus necesidades. Lograron detectar las partes negativas y peligrosas y comprender que no las habían ejercitado voluntariamente contra el compañero con afán de destruirlo. Comprendieron que desde chicos habían adquirido estos problemas con sus padres.

Hay un beneficio importante que no debemos olvidar: tan pronto se inició la terapia, los hijos quedaron fuera del conflicto paterno; estaban protegidos y no intervinieron en forma reac-

tiva para agravar las situaciones, como ocurre con frecuencia cuando no se da tratamiento oportuno y efectivamente.

El esposo ha comprendido lo irracional de sus expectativas y está trabajando intensamente en sus problemas como algo que le pertenece, sin cargarlo injustamente a su pareja, sin atribuir la culpa al matrimonio. Se ha llegado a sentir menos dependiente de ella y menos enojado; no tiene ya por lo tanto la necesidad de limitarla en la expresión más completa de su personalidad.

Ella por su parte se ha percatado de su propia rabia y enojo, de sus necesidades de protección irracionales y de cómo todo esto no le había permitido producir su ternura hacia él; también empieza a despreocuparse por la expresión más espontánea de su sexualidad a sabiendas de que no necesariamente esto significa que un día va a abandonar a su esposo y su hogar, empujada por sus impulsos.

Por lo general, desde un enfoque clínico, cuando se trabajan estos puntos acertadamente, producen una mejoría de inmediato y hacen el tratamiento viable.

No obstante, debemos tener en mente que algunas otras veces, el desnudar los términos que han servido de base para el "contrato" puede dar como resultado la aparición de serias desilusiones e incompatibilidades que terminan por disolverlo.

Por ejemplo:

El llegar a percatarse en un matrimonio de que no importa cuánto se ofrezca nunca se obtendrá nada a cambio, o bien, el que la relación sólo pueda continuar con base en la limitación severa o a la destrucción de uno de ellos.

En estos casos, la disolución de una relación imposible tendría que ser vista sin fatalismos, sino más bien como la posibilidad de interrumpir algo que a la larga podría dañar a varios miembros de una familia.

Tercera fase: los hijos

Es un hecho que la más imprescindible y elemental de todas las relaciones es aquella entre hombre, mujer y niño. No puede existir ninguna filosofía de la vida (Lin Yutang, 1938) que pueda llamarse adecuada o que siquiera pueda ser llamada filosofía, que no maneje esta relación esencial. Si una relación profunda entre hombre y mujer no termina en niños, es incompleta.

La verdad de las cosas es que actualmente la decisión de tener hijos se ha ido separando cada vez más de la decisión de casarse, al igual que el sexo no requiere ya de una institución como el matrimonio para ser llevado a cabo en santa paz.

El problema es muy complejo e incluye varios aspectos entre los cuales el económico tiene el papel número uno, después tenemos el religioso, el ético, el social, el político y el cultural.

De cualquier forma la incógnita se encuentra a nivel de cuestionarse si el tener un hijo va a influir o no en la cadena secuencial que un individuo lleva en su ciclo vital, tanto familiar como personal.

Hay quienes sostienen el punto de vista de que no es necesaria la descendencia para completarse biológica y psicológicamente. Otros toman el polo opuesto y afirman que si la ausencia de hijos se debe a un problema físico, entonces el cuerpo está mal; que si se debe al alto costo de la vida, el alto costo de la vida está mal y equivocado; que si se debe a la exigencia cada vez más grande del matrimonio en sus demandas económicas y emocionales, entonces dichas demandas están mal; que si se debe a una cierta filosofía del individualismo, entonces dicha filosofía está equivocada y que si la ausencia de hijos se debe a la conformación del sistema social por completo, entonces éste está mal.

El problema, como vemos, es muy complejo y delicado, lo cual indica cuán importante es la etapa de los hijos dentro de un sistema familiar que empieza, y todas las vicisitudes que esto acarrea.

Para empezar vemos que la llegada de un niño requiere de espacio físico y emocional. Esto plantea la necesidad de reestructurar el contrato matrimonial y las reglas que hasta ese entonces han venido rigiendo a este matrimonio. Vayamos a nuestras áreas:

Área de identidad

Es necesario que la pareja adquiera un nuevo anclaje de relación emocional con el niño, y que aparezca la capacidad de ayudar al compañero para que lo haga.

Se requerirá del apoyo mutuo para no perder el anclaje emocional entre ambos a pesar de la aparición de un nuevo miembro. De no ser así la tendencia a la regresión es muy

necesitan para ejercer la función de padre, que se extiende no sólo al cuidado del niño, sino de la madre. Sabemos que ésta, desde el momento mismo de su embarazo, comienza espontáneamente a formar un nido emocional para su niño, por lo cual gradualmente se va sustrayendo del intenso mundo exterior y forma internamente imágenes, pensamientos, deseos y planes para el futuro desarrollo de su hijo. Cuando esto sucede queda en cierta forma desactivado su aparato defensivo que la adapta al medio ambiente. En consecuencia, requiere de alguien que la apoye, la ayude y en cierta forma la proteja, con objeto de que dicho nido emocional continúe progresando hasta el nacimiento y aún varios meses después.

Por eso es que la función del padre es de suma importancia en esos momentos, ya que, podría decirse, debe cumplir con ciertas funciones maternas para su propia esposa, antes de que tenga que actuar directamente con su hijo.

Resulta muy importante también considerar los aspectos físicos y emocionales para saber a cuántas personas puede alojar ese "sistema familiar"; cuántos realmente van a caber en esa familia determinada.

El no tomar esto en cuenta sería ir a ciegas tratando inocentemente de ver si las piezas van a acomodarse por sí mismas, ver si logran adaptarse simplemente porque sí y formar lo que se imagina uno que debe ser la familia ideal, guiada y gobernada por el gran arquitecto del universo, según sea su santa voluntad. Estos pensamientos y creencias suelen resultar muy caros y peligrosos algunas veces.

En ocasiones tener un niño favorece la intimidad de la pareja, estimulando la diferenciación y elaboración de diversas facetas de la personalidad de cada uno. Puede producir realizar además un sentimiento de continuidad; convertirse

frecuente; por ejemplo, cuando uno de los cónyuges de nuevo busca los anclajes previos con los padres.

Deberá contarse con la seguridad de que existan consideración y cuidados, en especial para la nueva madre y su bebé. Así como la posibilidad abierta para que las áreas de interés común que conciernen a la crianza y educación del niño, se vayan ampliando.

Área de sexualidad

Es necesario en este punto afirmar la importante experiencia de realizarse a través de la reproducción. Obviamente que con el embarazo y las primeras semanas de lactancia se alterarán las relaciones sexuales, se echarán a andar nuevas funciones como las del amamantamiento o la simbiótica con el nuevo habitante y en gran escala se excluirá el sexo parental (de los cónyuges).

Un poco más adelante la situación planteará un problema de la mayor importancia: ¿A cuántos niños podremos educar?

La educación sexual y la planificación familiar juegan aquí un papel primordial.

La capacidad maternal no es inagotable; existen mujeres que tienen el equipo y la energía para ser madres de dos o de tres o de un solo niño, y hay mujeres que simplemente no poseen esa energía para ser madres.

Igualmente el ser padre representa un punto conflictivo, fenómeno muy poco estudiado y por lo tanto poco comprendido. Lo que es peor: se le confunde generalmente con un aspecto de identificación masculina personal, que nada tiene que ver con las posibilidades y cualidades emocionales que

en la energía que mueve al humano a través del tiempo. El niño, en última instancia, puede hacernos pertenecer a los ancestros y unirnos a las generaciones futuras.

Además el niño facilita que penetre al sistema familiar el impacto social y cultural del ambiente a través de la escuela, de los amigos del niño, de las otras familias y de los otros grupos.

La madre, mucho más unida a su papel por la biología, se adapta más pronto a sus funciones, aun cuando hay que tener en cuenta que existe una imagen idealizada de madre que puede rigidizarse y empobrecer su espontaneidad en un momento dado, si no se reconoce tal problemática.

El padre establece el vínculo con el mundo externo, con la sociedad y sus constantes cambios. En principio es quien da el sentido y la pauta del "otro", sirve de conexión con el mundo social y con los otros seres. También aquí existe un patrón idealizado de lo que debe ser un padre en nuestro medio. Es necesario identificarlo para no caer en él y obtener así la flexibilidad suficiente para lograr una movilización tal que permita intercambiar roles con la esposa cuando esto sea necesario. Es decir, así como ella actúa como madre del niño, el padre puede actuar como madre de su esposa; al final de cuentas, todos en un tiempo o en otro necesitamos de cuidados maternos. El padre puede y debe desarrollar lo que se acepta como conducta maternal, sin temor al concepto.

No obstante, es muy frecuente que otras gentes y familias se acerquen a compartir con el grupo familiar a través de los niños; situación que representa un reto y una fuerte demanda de tipo social, que requiere de una gran movilización emocional y de una buena capacidad de adaptación si es que la familia va a continuar su crecimiento saludable.

El concepto de "anclaje emocional" resulta muy útil, puesto que en este paso del ciclo vital nos muestra cómo puede

desplazarse de la pareja madre-bebé a cualquier otra situación que cumpla con las condiciones necesarias. Por ejemplo, se puede volver a buscar este anclaje emocional en los propios padres, en los amigos o en pasados amoríos. Éste es precisamente uno de los momentos del ciclo vital que da pie para que se presente la primera aventura extramatrimonial, puesto que ahora tanto los negocios como los deportes, los eventos sociales y las aventuras pueden convertirse en nuevos "anclajes".

Área de la economía

Se sabe que actualmente un alto porcentaje de las separaciones y divorcios se debe a factores económicos.

Resulta cada vez más difícil acomodarse a las demandas que la sociedad impone a una familia: casa, vestido, transporte, educación, amistades, recreaciones y diferentes eventos resultan ser como jinetes del Apocalipsis que exterminan a los jóvenes esposos, especialmente en el momento de tener hijos. Educarlos y formar alguna especie de pequeño patrimonio no resulta tarea fácil y muchas veces es más sencillo vivir cada quien su vida. Las estadísticas muestran que la presión económica produce trastornos tan serios que las fricciones, pelcas y agresiones destructivas no se hacen esperar; se rompe el matrimonio y muchas veces se acaba la esperanza de formar una nueva familia.

Resulta de gran importancia clínica identificar adecuadamente el área económica afectada para poder definir cuáles son las labores tanto del trabajo como del hogar y ayudarle cada quien a cumplir con lo suyo, y no confundir la

problemática real con falta de cariño, desinterés o con la pérdida del deseo y el propósito de formar una familia.

Esto es necesario para no culpar a los hijos consciente o inconscientemente por los fracasos de los padres, y para seguir adelante sin temor al rechazo o a la devaluación de uno mismo.

Área de fortalecimiento del yo

Es creencia popular que el papel de padre o madre se da simplemente porque sí, porque ahí enfrente aparece un bebé. Tal vez esto resulte cierto en los animales pero el hombre, precisamente por su cualidad de tal, tiene que pagar un cierto precio por ello pues no posee la espontaneidad de la respuesta instintiva del animal. En su lugar, debe aprender una gran variedad de comportamientos.

Por eso, es necesario la mayor parte de las veces aprender el rol de madre al igual que el de padre y para esto es indispensable la ayuda y el apoyo del compañero, al grado de que inclusive sea posible intercambiar roles cuando esto sea preciso.

Convendrá que cada quien pueda mantener la capacidad de expresar su individualidad y su identidad, protegiéndose mutuamente de no caer en el problema de utilizar al niño como un medio para gratificar las propias fantasías infantiles de paternidad ni como un complemento patológico de la propia identidad.

Será conveniente además continuar reforzando las defensas sociales adaptativas, o sea, el manejo adecuado del medio ambiente para evitar ser diluido a través de su acción demandante.

00

PRIMERA VIÑETA CLÍNICA

Para ilustrar el impacto que desde el embarazo mismo hasta la aparición del nuevo ser se produce en el "sistema pareja", describiré el caso de dos jóvenes esposos: él de 24 años y ella de 18. Ambos acudieron a buscar ayuda profesional después de un año y medio de casados, cuando prácticamente acababa de nacer su primer hijo.

Los síntomas aparecieron en forma de un estado depresivo que se inició en el esposo casi tan pronto como se enteró de que su esposa estaba embarazada, a pesar de que hacía poco acababa de expresar sus deseos de convertirse en un padre feliz y orgulloso. Conforme avanzó el embarazo y cuando se presentó el parto, se hizo más fuerte y aparente un sentimiento de soledad en el esposo, en contraposición con el gran entusiasmo que mostraba su esposa por el recién nacido. A tal grado llegó la intensidad con que ella acogió a su hijo, que él, sintiéndose solo y abandonado, tuvo el deseo intenso de regresar a casa de sus padres, cosa inaceptable para sus sentimientos de orgullo y valentía.

Decidió por ello buscar otro tipo de consuelo y acudió a su novia anterior para restablecer con ella un "anclaje emocional" que pensaba había perdido con la llegada de su hijo.

Ella, por su parte, estableció fuertemente un "anclaje simbiótico" con el niño dejando prácticamente fuera de lugar al esposo. Dicho anclaje simbiótico en ella se había establecido primero con su madre, después con sus amigas y finalmente con sus novios anteriores. Tenía la sensación de seguridad y felicidad al pensar que la actual relación con su hijo sería algo perdurable, que nadie podría entorpecer y —sobre todo— que siempre podría controlar. (Tener control sobre el otro es un elemento muy importante en la simbiosis.)

El resultado inevitable de esta situación no se hizo esperar mucho y fueron las peleas, las demandas agresivas y la desesperación que apareció en ambos, lo que les hizo percatarse de que ni la novia anterior ni el bebé satisfacían las necesidades reales y las expectativas que ambos habían decidido buscar y encontrar en el matrimonio y en la formación de una nueva familia.

Esta joven pareja, abrumada por sus problemas, había decidido que era el matrimonio realmente lo que no servía; llegaron a pensar que toda la idea de llegar a casarse había sido sólo una ilusión, una idea romántica basada en espejismos e ideas falsas y antiguadas. Además de que estaban fallando todas las áreas: el sexo, la economía y los intentos de encontrar y formar una nueva identidad.

La estrategia del tratamiento se basó en tres puntos esenciales, que se trabajaron en un buen número de sesiones.

1. Fue necesario encontrarle lugar y espacio tanto físico como emocional "al nuevo huésped" (de hecho, debido a la problemática tan seria, no habían ni siquiera pensado en el espacio físico, su cuarto, su cuna y sus cosas).

2. Se trabajó para orientarlos a encontrar un anclaje emocional mutuo con el hijo, sin que por esto perdiesen el de la pareja. Se evitó al mismo tiempo la búsqueda de anclajes previos o fuera del matrimonio.

3. Se buscó cómo desarrollar la capacidad del apoyo mutuo para aprender los nuevos roles de padre y madre, que implicaban por parte de ambos cierta separación entre sí y soledades momentáneas. Éstas podrían ser bien toleradas al llevar en mente la imagen de dar vida a un nuevo ser que iba a contribuir a que definieran mejor sus propias identidades y al mismo tiempo ofrecerles la oportunidad de perpetuarse y trascender en él a través de su amor y sus enseñanzas.

PRIMERA VIÑETA CLÍNICA

Para ilustrar el impacto que desde el embarazo mismo hasta la aparición del nuevo ser se produce en el "sistema pareja", describiré el caso de dos jóvenes esposos: él de 24 años y ella de 18. Ambos acudieron a buscar ayuda profesional después de un año y medio de casados, cuando prácticamente acababa de nacer su primer hijo.

Los síntomas aparecieron en forma de un estado depresivo que se inició en el esposo casi tan pronto como se enteró de que su esposa estaba embarazada, a pesar de que hacía poco acababa de expresar sus deseos de convertirse en un padre feliz y orgulloso. Conforme avanzó el embarazo y cuando se presentó el parto, se hizo más fuerte y aparente un sentimiento de soledad en el esposo, en contraposición con el gran entusiasmo que mostraba su esposa por el recién nacido. A tal grado llegó la intensidad con que ella acogió a su hijo, que él, sintiéndose solo y abandonado, tuvo el deseo intenso de regresar a casa de sus padres, cosa inaceptable para sus sentimientos de orgullo y valentía.

Decidió por ello buscar otro tipo de consuelo y acudió a su novia anterior para restablecer con ella un "anclaje emocional" que pensaba había perdido con la llegada de su hijo.

Ella, por su parte, estableció fuertemente un "anclaje simbiótico" con el niño dejando prácticamente fuera de lugar al esposo. Dicho anclaje simbiotizante en ella se había establecido primero con su madre, después con sus amigas y finalmente con sus novios anteriores. Tenía la sensación de seguridad y felicidad al pensar que la actual relación con su hijo sería algo perdurable, que nadie podría entorpecer y —sobre todo— que siempre podría controlar. (Tener control sobre el otro es un elemento muy importante en la simbiosis.)

Finalmente hacerles comprender que no era la "institución matrimonio" el motivo de las fallas, sino los falsos conceptos que de ella tenían, más su problemática personal lo que les impedía ver las ventajas de formar su nueva familia; lograron reconciliarse, amar a su hijo y proseguir su ciclo vital.

SEGUNDA VIÑETA CLÍNICA

Relato este segundo ejemplo para subrayar cómo los hijos pueden ser utilizados en diferentes formas para cubrir algunas fallas emocionales de los padres, deteniendo así el progreso del ciclo vital en esta fase.

Cuando esta familia acudió a la consulta, la madre tenía 32 años de edad y estaba embarazada de su séptimo hijo, el cual deseaban abortar.

El esposo, un exitoso arquitecto de 37 años de edad, había estado en contra de los embarazos desde que nació el tercer niño.

Llevaban ya cerca de 15 años de matrimonio, de los cuales los dos primeros habían sido buenos puesto que lograron establecer entre ambos un intenso anclaje emocional de tipo simbiotizante; igual al que ella había estado sujeta con su propia madre y al que él, mientras no hubo embarazo, fue capaz de responder positivamente a cambio de recibir por parte de ella grandes y meticulosos cuidados.

Los problemas se empezaron a presentar a partir de que apareció el primer niño, que en gran parte vino a desplazar

arquitecto de los grandes cuidados que su esposa le prodigaba; lo atendía, lo cuidaba y lo protegía como si fuera un niño. Al nacer el hijo, ella estableció de inmediato una relación simbiotizante con éste y el padre se sintió abando-

El resultado inevitable de esta situación no se hizo esperar mucho y fueron las peleas, las demandas agresivas y la desesperación que apareció en ambos, lo que les hizo percatarse de que ni la novia anterior ni el bebé satisfacían las necesidades reales y las expectativas que ambos habían decidido buscar y encontrar en el matrimonio y en la formación de una nueva familia.

Esta joven pareja, abrumada por sus problemas, había decidido que era el matrimonio realmente lo que no servía; llegaron a pensar que toda la idea de llegar a casarse había sido sólo una ilusión, una idea romántica basada en espejismos e ideas falsas y anticuadas. Además de que estaban fallando todas las áreas: el sexo, la economía y los intentos de encontrar y formar una nueva identidad.

La estrategia del tratamiento se basó en tres puntos esenciales, que se trabajaron en un buen número de sesiones.

1. Fue necesario encontrarle lugar y espacio tanto físico como emocional "al nuevo huésped" (de hecho, debido a la problemática tan seria, no habían ni siquiera pensado en el espacio físico, su cuarto, su cuna y sus cosas).

2. Se trabajó para orientarlos a encontrar un anclaje emocional mutuo con el hijo, sin que por esto perdiesen el de la pareja. Se evitó al mismo tiempo la búsqueda de anclajes previos o fuera del matrimonio.

3. Se buscó cómo desarrollar la capacidad del apoyo mutuo para aprender los nuevos roles de padre y madre, que implicaban por parte de ambos cierta separación entre sí y soledades momentáneas. Éstas podrían ser bien toleradas al llevar en mente la imagen de dar vida a un nuevo ser que iba a contribuir a que definieran mejor sus propias identidades y al mismo tiempo ofrecerles la oportunidad de perpetuarse y trascender en él a través de su amor y sus enseñanzas.

103

nado en el vacío y un tanto cuanto inútil en sus funciones hogareñas, solitario y como un verdadero estorbo.

Primero huyó hacia su trabajo en busca de anclaje emocional y refugio; después descubrió el alcohol como un mitigante temporal y finalmente buscó algunas aventuras amorosas que pronto perdieron su efecto anestésico.

Al continuar el crecimiento del hijo y sus demandas ya no resultó fácil para ella manejarlo a su gusto, como una "cosa" productora de placer, así que nuevamente buscó a su esposo. Al encontrarlo frío, distante y resentido, pronto se embarazó nuevamente y así consiguió continuar adelante con sus necesidades simbiotizantes.

Se repitió el mismo sistema varias veces, hasta que al cabo de seis niños, un nuevo embarazo y un esposo lejano y deprimido, la pareja decidió acudir a la consulta a punto ya de una ruptura familiar definitiva.

En esta ocasión la estrategia que se siguió en el tratamiento se basó en tres puntos esenciales.

Se trataba de un problema serio, crónico y ya muy deteriorado a estas alturas, que amenazaba seriamente con disolver las ligas emocionales que hasta entonces habían logrado sostener al "sistema familiar".

1. El primer punto fue rescatar al padre de su trabajo donde se había refugiado. Afortunadamente no había progresado su uso del alcohol ni se encontraba emocionalmente comprometido con otras mujeres.

Se le dirigió en la búsqueda de un anclaje dentro de su propia familia ayudándole a que la percibiera en forma total, como una unidad, para después acercarlo progresivamente hacia las funciones de la pareja, inclusive las sexuales, que estaban muy deterioradas. Este

105

hombre había olvidado, o tal vez nunca había aprendido a cultivar la sana ventaja y el provecho que da el rol de padre y no digamos ya el de esposo. Fue necesario mostrarle el camino escalón por escalón.

2. Como segundo punto, además del tratamiento familiar, ella fue enviada a un tratamiento individual para trabajar intensamente en las áreas deprivadas que le habían producido la incapacidad para desprenderse de sus hijos. De este modo lograría aceptar su individuación y ya en una forma madura establecer un "anclaje emocional" sano con su esposo primero y después con cada uno de sus hijos. Ella también había tenido una madre simbiotizante y por lo tanto rechazante a quien había tenido que compartir con siete hermanos.
3. El tercero y último paso consistió en motivar a la madre y soltar y a individuar a sus hijos permitiéndoles su independencia. Se le ayudó a que no acudiera a ellos como fuente de gratificación narcisista, así como a tolerar la ansiedad que le producía dejarlos ser libres sin que esto significara para ellos un abandono.

Se le apoyó continuamente en madurar su capacidad diferenciadora, para que lograra aceptar a su esposo como a un ser en sí mismo con necesidades propias, en quien podía confiar plenamente para establecer ese vínculo emocional tan necesario que en ella siempre había sido motivo de conflictos serios, de múltiples abandonos y una fuente constante de inseguridad.

Al final aceptaron tener al nuevo niño y la familia continúa aún trabajando intensamente en mejorar sus funciones.

Su ciclo sigue caminando. El sistema está vivo.

perder el anclaje emocional entre ambos, desechando el deseo de regresar a ser hijos nuevamente en lugar de aceptar su papel de padres. En el área del sexo se les apoyó en la importante experiencia de realizarse a través de formar una familia. Cabe mencionar aquí que el formar una familia debe incluir la conciencia plena de que la capacidad maternal no es inagotable, que la mujer no está hecha para tener hijos indiscriminadamente, sino que hay una cierta dotación para un cierto número de niños que raramente pueden pasar de tres a cuatro y que inclusive hay mujeres que no poseen energía suficiente para ser madres. Me refiero a ser madres verdaderas, capaces de educar adecuadamente a un ser humano. Independientemente de que existan aquellas mujeres que están dotadas por la naturaleza para ser madres profesionales de seis o siete o más niños en forma completa y satisfactoria. Igualmente la responsabilidad y capacidades de un padre deberán ser tomadas en cuenta, puesto que se requiere de una dotación y cualidades emocionales que logren no solamente sacar adelante a un niño, a un joven o a un adolescente, sino también capacidad de cuidar a la madre, en los momentos en que ésta se desprende un tanto del medio ambiente para volverse hacia sí misma para encontrar a su hijo y así formarle un "nido emocional". El padre deberá estar consciente de su capacidad de apoyo, ayuda y protección, así como de sus posibilidades para intercambiar papeles con su esposa y en ocasiones ser capaz de adoptar actitudes maternales para con sus hijos o para con su esposa.

En ocasiones tener un niño favorece la intimidad de la pareja, estimulando la diferenciación y elaboración de diversas facetas de la personalidad de cada uno. Puede producir y realizar además un sentimiento de continuidad; convertirse en la energía que mueve al humano a través del tiempo. El

Hace tres años aproximadamente atendía a una joven pareja que acudió a consulta por sentir que su vida matrimonial no tenía sentido, puesto que no podían tener hijos, debido a un problema complejo de infertilidad que habían tratado de superar mediante consultas, análisis e intervenciones quirúrgicas en diferentes lugares del mundo. Habían desarrollado una relación basada en ataques mutuos y reproches que intentaban culpar al otro por no tener el hijo deseado, pensando que esto era el corazón del problema. Después de mucho pelear decidieron adoptar un bebé con la esperanza de que esto terminaría con la infelicidad y la agresión entre ambos. Trajeron un varoncito y efectivamente los apaciguó durante algunos meses; luego que pasó la idealización del momento volvieron las peleas y los reclamos, sólo que en esta ocasión ella se dedicó intensamente a sus clases de cerámica y a visitar a sus familiares y él renovó una intensa relación con su madre viuda, a la cual había descuidado desde que se casó. En realidad ninguno de los dos había logrado independizarse de sus familias paternas, y cada quien buscaba en el otro la renovación de vínculos familiares tempranos que les ofrecieran lo que sus padres no fueron capaces de darles. Ella había sido rechazada por su madre quien siempre prefirió a su hermana mayor, y él había perdido a su padre a muy temprana edad. La venida del niño los obligó a tomar responsabilidades y a efectuar cambios a los que no estaban preparados por lo que optaron por regresar a sus anclajes previos, refugiándose en sus familias de origen.

La terapia los ayudó a enfrentar estas limitaciones haciéndoles conscientes de su nuevo rol y de lo importante que era hacerle un espacio físico y emocional al recién llegado, sin

niño, en última instancia, ancestros y unirnos a las generaciones futuras.

Es necesario mencionar que el área económica es de gran importancia en la fase de los hijos; se sabe que actualmente un alto porcentaje de separaciones y divorciados se debe a factores económicos. Resulta cada vez más difícil acomodarse a las demandas que la sociedad impone a una familia: casa, vestido, transporte, educación, amistades, recreaciones, impuestos, etc., son capaces de aniquilar a los jóvenes esposos, especialmente en el momento de tener hijos. Es de gran importancia poder identificar cuáles son las labores y cuáles los terrenos que a cada uno de los cónyuges corresponde para apoyarlos a cumplir con ello, sin dejar que esto trascienda el área práctica de lo económico e invada terrenos emocionales, como lo es el pensar que si alguien falla en su cometido es por desamor o desinterés en el otro. Ayuda también a excluir a los niños del problema.

Finalmente, en el área de fortalecimiento del yo, convenirá que cada quien pueda mantener la capacidad de expresar su individualidad y su identidad, protegiéndose mutuamente de no caer en el problema de utilizar al niño como medio para gratificar las propias fantasías infantiles de paternidad ni como un complemento patológico de la propia identidad.

Será conveniente además continuar reforzando las defensas sociales adaptativas, o sea, el manejo adecuado del medio ambiente para evitar ser diluido a través de su acción demandante.

Cuarta fase: la adolescencia

A pesar de que en materia de adolescentes es muy difícil asegurar algo, no creo estar muy lejos de la verdad si afirmo que de todos los eventos que en forma natural afectan a la familia, el advenimiento de la adolescencia es tal vez el que más pone a prueba la flexibilidad del sistema.

En esta encrucijada se combinan varios factores:

- a) En esta edad se presentan con mayor frecuencia los problemas emocionales serios.
- b) Los padres, aun cuando muchas veces ya se encuentran en la madurez, muy a su pesar se ven obligados nuevamente a revivir su propia adolescencia.
- c) La edad de los abuelos por lo general es crítica; se acercan a no poder mantenerse por sí mismos, y la soledad y la muerte se avecinan; esto es motivo de otra preocupación.

Para que el sistema familia logre manejar adecuadamente esta etapa y pase a la siguiente, es necesario tomar en cuenta varios factores; nuevamente es de mucha importancia que el

111

adolescente logre madurez en su desarrollo y que sus padres igualmente lo logren para que se pueda llegar al momento del desprendimiento y los jóvenes puedan separarse y formar nuevas parejas. Erikson, 1956, y Kernberg, 1971, dicen que un prerrequisito general para que el adolescente normal se enamore es el logro de la identidad del yo, que refleja la capacidad de relaciones de objetos completas. Erikson describe la adquisición de la intimidad en la primera etapa de adultez, y hace hincapié en que esto depende de que se haya adquirido un sentido de identidad en la adolescencia. Lo cual incluye el desarrollo de la ternura, gratificación genital completa y profundidad o encuentro consigo mismo. Esto sucede cuando se reestructura la organización primitiva del Yo, en la cual los procesos de escisión son preponderantes. El adolescente normal presenta crisis de identidad, pero no difusión de identidad. Las crisis obedecen a que el sentimiento interno de identidad, de pronto y con los cambios físicos del adolescente, no corresponde a la confirmación del medio ambiente, que ya lo empieza a tratar como joven adulto. En cambio, la difusión de identidad habla de síndromes psicopatológicos severos que se caracterizan por estados disociativos. Las siguientes características ayudan a diferenciar lo anterior:

1. La capacidad de sentir culpa y preocupación y el desco- genuino de reparar el comportamiento agresivo, el cual se reconoce después de una crisis.
2. La capacidad de establecer relaciones duraderas, no abu- sivas, con los amigos, los maestros y otros adultos, así como tener una percepción profunda de lo que son los otros.
3. Expandir y profundizar constantemente en una serie de valores y conceptos, ya sea que vayan o no de acuerdo con la cultura del entorno.

La falta de ello estará hablando de una difusión de identidad. Si el adolescente es normal, sus relaciones amorosas perso- nales le producirán un sentimiento de trascendencia, adqui- rirá nuevas percepciones y conciencia de sí mismo, de su cultura y del entorno.

Isaías López, en su libro *La encrucijada de la adolescencia*, dice que la relación total de pareja se realiza en adultos jóvenes cuyas relaciones objetales alcanzaron una diferencia- ción propicia a través del prolongado e intincado desarrollo, que tiene lugar durante el proceso adolescente. También la relación de pareja implica un ordenamiento de todas las moti- vaciones emocionales, que en el curso del desarrollo, se super- pusieron al núcleo, motivacional inicial con que el individuo nace. La relación de pareja requiere de una firmeza que tolere el golpeteo de las motivaciones instintivas que fueron surgiendo en cada etapa del desarrollo. Sin la realización de la relación de pareja, no se alcanzará el establecimiento de las funciones antes descritas, ni se alcanzará la posición adulta.

No será posible tampoco entregarse libremente al amor, sin temor a la regresión y a la fusión con el objeto, como cuando se ha logrado la liberación de la amenaza del incesto y se ha logrado una representación mental nítida que corres- ponda a la figura amada, real y actual (Vives y Tubert, 1980).

Revisemos lo que ocurre en las diferentes áreas de la familia:

Todo esto se conjuga en un solo momento para poner a prueba el sistema familia en varias formas.

Una de ellas está en la tendencia de los padres a regresar a etapas anteriores del desarrollo, donde aún no se recibían los impactos de estos múltiples problemas. Mediante meca- nismos de sobreprotección, por ejemplo, es posible mante- ner a un adolescente sin crecer indefinidamente, muchas

veces es un afán inútil de los padres por no abandonar su propia adolescencia. Esto se debe a algún problema que les impide pasar a las etapas subsecuentes de madurez y adultez.

Las consecuencias pueden ser, según el área, las siguientes:

Área de identidad

En este terreno vemos que pueden aparecer fuertes dificultades, por ejemplo, la rivalidad que un padre siente hacia su hijo cuando éste crece más fuerte o más inteligente que él o bien los sentimientos de inferioridad y minusvalía si el hijo no logra alcanzar las expectativas de los padres.

Es éste, sin duda, un punto crucial con innumerables facetas, como lo muestra la demanda que, por otra parte, el muchacho hace a sus padres cuando los compara con sus maestros, amigos, líderes, ídolos y demás modelos de identificación. La mayor parte de las veces el padre se ve confrontado en sus propias áreas de identidad, por ejemplo, en su capacidad de trabajo, su fortaleza física y moral, su inteligencia, su capacidad de tolerar el cambio hacia la madurez, a más de su "status social" que a veces no es tan bueno como el de los padres de algunos amigos de sus hijos.

No resulta fácil para los padres pasar con gracia y ecuanimidad estas pruebas; y como resultado vemos que se antoja pensar que es más fácil conservar el estado anterior donde el trono indiscutible pertenece al padre o a la madre, sin necesidad de compartirlo con nadie, y menos con los hijos.

En otro nivel, las madres en esta etapa encuentran de pronto que existen otras mujeres que tal vez ofrecen mayor atractivo y más estímulo para sus hijos que ellas mismas. Su hija adolescente ya no la encuentra tan hermosa e inigualable; ni su

si bien cambian nunca desaparecen y es necesario estar conscientes de su presencia. La madurez en la experiencia sexual es el premio moral de aquellos que lograron cuidarla adecuadamente.

También es muy importante saber que existe atracción física y sexual hacia los hijos, lo cual tampoco se pierde. Puede ocultarse, dispersarse o mitigarse, pero no perderse. Tanto es así, que gran parte del rechazo y la rebelión en los adolescentes se debe precisamente a esto: a la necesidad de negar y de cambiar el curso de estos impulsos con objeto de lanzarlos fuera de la familia en búsqueda de nuevos compañeros con quienes se pueden formar otros sistemas familiares que perpetúen el ciclo vital del individuo.

A algunos padres les cuesta trabajo soltar a sus hijos adolescentes. En ocasiones se echan a andar mecanismos de seducción entre madre y adolescente varón que en mucho recuerda el romance de los amantes, e igual sucede entre hija y padre. No es fácil separarse después de tantos años y experiencias compartidas; ni resulta sencillo ceder la propia creación que ahora se manifiesta en forma de un hermoso joven que va en búsqueda de una persona extraña. Sin embargo, la presencia de esta persona extraña es la única promesa de una etapa nueva que no detenga el ciclo vital y que no destruya el ritmo de la vida.

El mecanismo, indispensable y difícil, de saber soltar a tiempo a los hijos debe ser una función de la familia; no es posible que lo logre uno solo de los padres, es necesario contar con la ayuda y el apoyo del compañero. Es necesario que alguien le muestre al otro cuándo flaquea en el camino, y le ayude a remediarlo. Se tiene que restablecer el "anclaje emocional" de la pareja con objeto de tolerar las regresiones temporales del compañero, a etapas de comportamiento anterior.

hijo la ve tan bella e inteligente... señales todas que preludian una despedida, un paso más del crecimiento de la familia.

Los hijos se van y con ellos la propia juventud. Primero se van desde el punto de vista emocional: se separan y cambian y esto requiere que todo el sistema familiar inicie un drástico movimiento en la distribución de las corrientes emocionales que hasta ese entonces habían cumplido su misión satisfactoriamente.

Se vuelve necesario renovar el contrato matrimonial y se requiere de un fuerte apoyo mutuo en este momento en que se inicia el climaterio de los padres.

Se necesita una gran capacidad para expresar los sentimientos de pérdida y de tristeza, además de la seguridad absoluta de poder seguir compartiendo un espectro amplio de intereses en la pareja, como compensación por la ausencia de los niños que se empiezan a transformar en adultos.

Por ello se hace necesario que los padres en esta etapa aseguren de recibir las consideraciones, el respeto y el cuidado de los otros miembros de la familia, mediante el comportamiento maduro y la aceptación del cambio.

En este momento resulta muy importante renovar el contrato matrimonial, se requiere de un apoyo mutuo entre ambos padres, que tendrán que renovar sus votos de marido y mujer que les permita elaborar el duelo por el hijo que se va y les estimule a seguir compartiendo un espectro amplio de interés en la pareja. Serán de gran ayuda, el comportamiento maduro y la aceptación del cambio de los otros miembros de la familia.

Área de sexualidad

El organismo de los padres sufre cambios, entre los cuales está el cambio en las funciones sexuales. Estos fenómenos,

115

Muchas veces a estas alturas se han olvidado ya de esposo, puesto que se han transferido exclusivamente al de ser padres. En muchas ocasiones los hijos no permiten a los padres tomar sus papeles de esposos; es tal la carga y la demanda que vierten sobre ellos, que les impiden obtener nuevamente su libertad e independencia.

Área de la economía

De todas, en muchos casos es el área menos comprendida por los padres. La mayor parte del tiempo les ofrece grandes ventajas y sin embargo si no se aprovecha se puede volver como un *boomerang* en contra de ellos mismos.

Puesto que a estas alturas casi siempre existe ya una seguridad económica con la que no se contaba en un principio ya sea porque se logró reunir algo, o bien porque ya no se tienen las demandas tremendas de la crianza, es posible estructurar mejor la división de labores. En esta etapa se cuenta con más tiempo y es posible lograr aquello que en un principio fue sólo ilusión: continuar los pasatiempos que se interrumpieron, las aficiones que se dejaron, los viajes que no se hicieron, las conversaciones que no se tuvieron, son ahora posibles realidades. Es en verdad el momento de recoger la cosecha.

Desgraciadamente en un gran número de casos el hombre se siente desamparado frente a una situación desconocida y así, cuando de nuevo es libre, encuentra difícil aceptarlo, es más dueño de sí mismo y no puede explorar nuevas formas de vivir. La tendencia a repetir lo pasado y añorar lo perdido, idealizarlo y recordarlo como la única forma de encontrar seguridad y felicidad está siempre presente. Lograr una reorientación en esta área, puede ofrecer muchas ventajas.

117

Por lo anteriormente expuesto, vemos que resulta necesario obtener ayuda y apoyo en el compañero si es que se quiere lograr el cambio de roles. La abdicación al trono, y con ello a las funciones de rey y reina de los padres frente a sus hijos adolescentes, llega a ser tan seria que puede amenazar la identidad de la pareja. La abdicación para muchos significa una importante y dolorosa derrota, un grave fracaso que inclusive en algunos siembra los primeros deseos de llegar a la muerte.

Cuando los hijos se van la pareja adquiere otra dimensión en el área social y es necesario, por lo tanto, continuar apoyando las defensas sociales adaptativas, con objeto de seguir funcionando en el seno de la exigente sociedad, siempre en transformación.

Veamos dos ejemplos para enfocar ahora estos conceptos desde un punto de vista más práctico.

PRIMERA VIÑETA CLÍNICA

La familia de esta madre de 40 años de edad nos puede mostrar cómo, dentro de la constelación familiar, los fenómenos emocionales y aun los fisiológicos encuentran una repercusión en los diferentes eslabones que interconectan un sistema familiar con otro.

En este caso, la descripción debe empezar por una abuela de más de 60 años de edad, sin duda alguna neurótica, pero al mismo tiempo tremendamente inteligente que a través de "mensajes emocionales" logró movilizar a toda la familia según sus propósitos y necesidades.

impidió acercarse a su devaluado padre, dejando como consecuencia en su proceso de identificación, grandes fallas que después se manifestarían en su relación de pareja y luego con sus hijos, como veremos más adelante.

Encontró por compañero a un hombre proveniente de un bajo estrato social que, de acuerdo con la abuela-reina, era prieto, vulgar y feo; aunque inteligente y audaz en su negocio. Este hombre, por su parte, fue abandonado por el padre desde muy temprana edad; su madre fue una mujer solitaria y rara, que en la actualidad dependía de él en casi todos los aspectos a pesar de tener varios hijos. Logró, sin embargo, (puesto que es muy listo) hacer un buen negocio y desde joven se superó en la escuela y en los deportes. La relación con su esposa había fracasado principalmente en el área sexual y se encontraba basada necesariamente (por ambas características de los cónyuges) en un modelo simbiotizante (o sobreprotector). Solamente se lograba un ambiente de paz y estabilidad en esta familia cuando él se prestaba a ser como uno más de sus cuatro hijos o cuando reforzaba y apoyaba el rol de madre-reina que ella había tratado de implantar en su casa, emulando a su propia madre.

Naturalmente que para su esposa él representaba un objeto devaluado sin méritos y sin autoridad que era aceptado con base en sus grandes necesidades de dependencia, las cuales le venían a ella simplemente como anillo al dedo.

Claro está que se le reconocía el mérito de ser un buen proveedor, inteligente y leal, por lo que se le toleraban sin refunfuñar sus ocasionales parrandas y el que de vez en cuando hablara mal de la abuela-reina.

Los cuatro hijos que tienen han representado cuatro episodios de fuerte angustia durante los embarazos de la madre, por la preocupación de que lucieran blancos, rubios y bonitos para

Desde luego los mensajes nunca fueron directos y comprensibles sino encubiertos y subrepticios, razón por la cual resultaron más dañinos y efectivos. Si su mensaje se pudiera traducir en palabras diría algo así como lo siguiente: "He sido una mujer muy desdichada porque de joven desprecié a mi primer novio al que amaba con locura, para casarme por error e ignorancia con el pobre hombre que ahora es mi esposo y el padre de ustedes". Todo esto además, acompañado de un ritual histriónico que consistía en acudir todos los años a la iglesia donde vio por última vez a su primer novio con la idea de volver alguna vez a encontrarlo. (Se puede deducir la angustia y la amenaza que con esto producía en su esposo e hijos.)

La madre, primera hija de esta abuela, en la actualidad tiene 40 años de edad, nació en un ambiente donde fue rechazada desde pequeña principalmente por su madre. (Tuvo dos hermanas con quienes estableció desde un principio una gran competencia por ganar las atenciones de la madre.) Nació además con un defecto congénito que empeoraba su situación. Al mismo tiempo las tres hermanas habían pasado su vida haciendo esfuerzos inútiles por reparar y compensar a la madre por la infelicidad, según clamaba, de haber aguantado durante 40 años a su padre, a sus ojos, un pobre diablo.

Este hombre, efectivamente, nunca había pasado de ser un burócrata mediocre, cuyos méritos más grandes habían sido el nunca haber faltado ni haber llegado tarde a su casa.

Sin embargo, para esta abuela-reina el motivo principal de su vergüenza e infelicidad había sido su hija, ahora madre de 40 años, quien además de no haber sido bonita de niña (requisito indispensable para ser querida), se había manifestado más en ella el citado defecto genético.

Con todo esto, esta mujer estableció una relación con su madre que la llenaba inmensamente de culpa. Lo que le

lograr la aprobación de la abuela-reina, además del miedo a la posible transmisión congénita del defecto ocular hereditario. Todas estas situaciones sirvieron para acelerar los mecanismos de control y sobreprotección en esta familia, que al llegar la pubertad y adolescencia de los hijos produjeron las crisis que amenazaron seriamente con exterminar este sistema familiar.

En forma muy curiosa, pero obedeciendo a un dictamen común, se estableció en todos ellos desde un principio, la idea fija de que ser sano y fuerte era el factor más importante para ser bien aceptado por los demás. Por tanto era necesario comer bien, en el amplio sentido de la palabra, sobresalir en el deporte y respirar aire suficiente y puro. Desde luego la idea era que todo esto producía gente más bonita.

Primero nacieron los tres hijos varones y luego una mujer, prácticamente seguidos uno del otro y en medio de una gran angustia de la madre, que sufría enormemente pensando que el susodicho defecto se podría presentar en cualquier momento en uno de sus hijos.

El primero de ellos nació feo y con el defecto congénito bastante ostensible, de modo que de inmediato se estableció el fuerte mecanismo sobreprotector de la madre.

Haremos un breve paréntesis para aclarar que si analizamos a fondo este mecanismo de sobreprotección, encontraremos que no es otra cosa, en última instancia, que un reflejo psicológico de la madre para impedir que el nuevo ser crezca y se reproduzca. A este respecto he observado cuidadosamente dicho mecanismo en niños que nacen con defectos de ambigüedad en sus genitales (hermafroditismo), lo cual es una señal tan poderosa que la sobreprotección se despierta no sólo en la madre, sino en todos los familiares y llega a tal grado, que absolutamente nadie fuera de la familia (ni aun los médicos) se enteran jamás de tal situación.

En el caso que nos ocupa, el defecto congénito no revestía gravedad alguna, en realidad era más su significado emocional. El gran temor que esta madre sentía por el rechazo de la abuela-reina hacía que el mecanismo operara intensamente, por lo que estableció con el primogénito una fuerte relación sobreprotectora y simbiotizante. Esto impedía que el padre se acercara al hijo lo suficiente, como para ofrecerle un buen modelo de identificación. Además de que tampoco podía acercarse a su esposa, puesto que el —ya entonces— adolescente reaccionaba inmediatamente con celos y se producía una pelea entre padre e hijo. La madre protestaba ante esta situación y criticaba fuertemente a su esposo, a quien calificaba de ser un macho, bruto e insensible.

Obviamente, el padre fue desarrollando resentimiento y enojo contra su esposa a la vez que rechazo hacia su hijo.

En la actualidad este muchacho es un adolescente frustrado, enojado, irritable, inseguro y con grandes problemas de adaptación a su ambiente escolar tomando ya el rol del vago de la familia.

El segundo niño nació rubio, bonito y sin ningún defecto. Representó el orgullo de la madre-reina, y también se llevó de inmediato bastante bien con el padre a pesar de que no gustaba mucho de los deportes. Aun cuando actualmente va bien en la escuela, su personalidad muestra algunos rasgos de pasividad y dependencia.

El tercer niño, como era de suponerse, se esperaba que fuera una niña por lo que desde un principio su debut en este mundo produjo un tanto de decepción en sus padres; a pesar de que también era blanco, rubio y bonito, sin señal alguna del temido defecto congénito que tanto angustiaba a la madre y que era la preocupación de todos ellos.

122

ambiente familiar. Así pues, el tercero se convertía en el epicentro de la familia por unos días. No pasó largo tiempo para que esas gripas se convirtieran en bronquitis, sumamente apreciadas por él, puesto que lo hacían pasar a un primer plano. Pronto apareció el primer ataque de asma, a renglón seguido de que sus padres tuvieron una fuerte discusión debido a alguna escapada del padre que duró más de dos días. Para controlar este ataque de asma hubo que hospitalizarlo durante un tiempo, lo cual requirió de la presencia de ambos padres y logró suspender la agresión entre ellos, mientras acompañaban al hijo en su curación.

Para ese entonces ya se había asentado el siguiente mecanismo, que funcionaba de maravilla.

- Aparecía el problema familiar. Peleas entre los padres casi siempre motivadas por el mayor de los hijos. Insatisfacción de la madre. Enojo y culpabilidad del padre. Depresión y ansiedad de todos.
- Ataque de asma.
- Concentración de angustia y atención en el asma del tercero.
- Calma, temporal y pasajera.
- Aparición nuevamente del problema familiar. Golpes entre padre e hijo mayor. Histeria de la madre. Agresión y rechazo al padre. Depresión.
- Asma.
- Calma temporal... y así sucesivamente.

Naturalmente los espacios de calma se acortaban progresivamente y los ataques de asma se hacían más intensos y peligrosos.

124

A este niño la madre le prodigó todo tipo de cuidados y atenciones. En verdad fue extremadamente solícita, pero en su mente lo había programado para que fuese la niña hermosa, la niña de mamá, siempre buena y siempre obediente.

El padre logró percibir desde un principio que algo no marchaba bien en esta relación y tradujo su protesta y desesperación en una actitud dura y severa para el hijo, con el fin de volverlo "hombrecito", como debería de ser.

Esta situación estimuló que se produjese una fuerte ambivalencia por parte de este niño hacia sus padres. La sintomatología pronto apareció en forma de bajo rendimiento escolar, ineptitud para los deportes, aislamiento emocional y además algunos síntomas fisiológicos como frecuentes gripas que le obligaban a guardar cama faltando así a sus labores en la escuela.

Finalmente, después de él vino al mundo la tan esperada niña que de inmediato acaparó la atención de todos. ¡Claro! En forma distinta cada quien mostraba su interés; la madre la adoraba, el padre se sentía inadecuado para relacionarse sanamente con ella, los dos mayores la odiaban y al tercero le era indiferente, al menos en apariencia.

Sin embargo, el tiempo transcurría y por alguna parte era necesario que reventara este problema que se venía gestando en la familia.

Las cosas sucedieron de la siguiente manera:

Cuando apareció la adolescencia, el tercero de los hijos se percató claramente de la angustia que se acentuaba en la madre cuando él enfermaba de gripa. También percibió que el padre se preocupaba y molestaba, puesto que faltaba a la escuela. Y sucedía que en estos momentos clave, la pequeña hermanita pasaba momentáneamente a un segundo término así como los problemas con los que el más grande sacudía el

123

Estrategia del tratamiento

En este caso en especial, sólo la madre logró asistir al tratamiento por un tiempo limitado, puesto que el padre no aceptaba que la psicología pudiera ayudarle con sus problemas.

Mediante sesiones con la madre se trabajaron los siguientes puntos:

- Hacerla consciente de su tremenda necesidad de ser como la abuela-reina, admirada, única, poderosa, indispensable. También se percató de su constante sensación de haber fracasado, puesto que nunca había logrado ser aceptada; primero por su falla física congénita y luego por haber elegido un esposo no aceptable para su madre... después, porque los hijos que con él tuvo nunca fueron del agrado de la abuela-reina.
- Ayudarle a comprender la tremenda sobreprotección que había desarrollado hacia sus hijos, precisamente por sus necesidades de ser imprescindible y la amenaza que la adolescencia de sus hijos representaba para ella en términos de ser abandonada.

Resultados

La paciente se percató de su dificultad para abdicar al trono de reina-madre y el daño que eso producía.

Entendió la imagen devaluada que tenía de su esposo, y la proyección de sí misma que sobre él hacía, por sentirlo culpable de la poca atracción y satisfacción que sus hijos

125

brindaban a la abuela, situación que la hacía sentirse inútil, ineficaz y frustrada.

Se logró un gran adelanto en la resolución de la conflictiva edípica de la paciente con sus padres, que contribuyó a que pudiese liberar a sus hijos adolescentes, en quienes también ya la conflictiva empezaba a ser importante.

Entendió el rechazo inconsciente que sentía hacia su esposo e inició el acercamiento hacia la siguiente etapa del reencuentro.

Finalmente logró hacerles comprender a sus familiares el papel tan importante que para todos ellos tenía la enfermedad asmática del tercer hijo, con objeto de no seguirla reforzando.

SEGUNDA VIÑETA CLÍNICA

Se trata de un matrimonio que ha durado 15 años. Cada uno de los esposos está iniciando la cuarta década de la vida.

Tienen dos hijos. Una niña de 10 años con la cual aparentemente todo marcha bien; y un muchacho de trece años y medio, entrando a la adolescencia, que es quien manifiesta la sintomatología de esta familia.

Los síntomas se pueden sintetizar en dos categorías; el adolescente presentó 1) una rápida y sorpresiva falla en su rendimiento escolar y 2) aparecieron manierismos que día a día se hacían más fuertes y marcados.

La madre es una mujer de buena presencia e inteligente, muy apegada a su propia madre, aunque con fuertes sentimientos de ambivalencia hacia ella y con un fuerte y claro sentimiento de odio hacia su padre. Este sentimiento se proyecta en cierta medida hacia todos los otros hombres de

su vida (principalmente esposo e hijo), sobre los cuales ha ejercido un tremendo control y dominio con matices agresivos, disfrazados de bondad y sacrificio personal.

El padre, un exitoso ingeniero, presenta a su vez una seria conflictiva con sus propios padres de la cual resulta un fuerte resentimiento y desapego hacia su padre, quien ha sido sumamente agresivo con él. Esta situación le ha producido una seria conflictiva con su identidad sexual y ha desarrollado tendencias pasivas e importantes áreas de inseguridad. Su esposa ha sido para él, su padre y madre idealizados; esto junto con un gran éxito en la construcción enmascararon por algún tiempo su problemática. La llegada a la adolescencia del muchacho, con sus múltiples demandas, puso a prueba la estabilidad del sistema familiar que amenazó con derrumbarse.

Los síntomas del adolescente principiaron por alarmar a la madre que, hasta ese entonces, había sido la encargada de velar por sus progresos tanto en la escuela como en todas las demás áreas de su crecimiento. Al ver que su hijo reprobaba las materias y ella tenía que acudir a la escuela a enfrentarse a los profesores pensó en pedir ayuda del papá quien al sentir amenazada su artificial seguridad, decidió tratar de reprimir a su hijo valiéndose de maniobras desesperadas como golpes y castigos encaminados a recuperar la anterior homeostasis que tanta tranquilidad le había ofrecido hasta entonces.

Naturalmente, la problemática arreció y el adolescente se las arregló para hacer sentir a la madre impotente e incapaz de seguir utilizando su mismo sistema de control pasivo-agresivo. Ella entró en una fuerte reacción depresiva que le impedía continuar ofreciendo a su esposo el rol de madre y padre idealizados, que hasta entonces le había sido posible desempeñar.

Esto contribuyó enormemente a que el padre a su vez presentara también sintomatología depresiva; se sentía solo y abandonado por su esposa, quien para él era su seguridad y apoyo. Así pues, descargó toda su ira y odio contra el adolescente, quien al final de cuentas se atrevió a retar toda autoridad paterna a todos los niveles, y además, se fue de la casa.

Al quedarse esta madre sin su hijo y este padre con una esposa deprimida, obviamente el matrimonio se vio seriamente afectado y la familia entera se encontró al borde del derrumbe.

Estrategia del tratamiento

- Se envió al adolescente a un tratamiento personal intenso, puesto que presentaba ya una problemática homosexual profunda.
- Se inició al mismo tiempo un intento fuerte de reorientación de roles en ambos padres. De reyes absolutos que habían sido se les ayudó a aceptar el crecimiento y las necesidades progresivas de sus dos adolescentes.
- Se les impulsó en la necesidad de abdicar al trono.
- Se apoyaron las defensas de la madre para reprimir sus fallas edípicas con el hijo varón, al cual mediante maniobras sentimentales le impedía crecer, por temor a perderlo y con ello perder también su posición de reina: lo seducía inconscientemente para que no abandonara el hogar.
- Fue necesario apartar un poco al padre de su trabajo, donde ya había encontrado su refugio y una enorme

fuerza de gratificación. Esto fue necesario para que el padre enfrentara su propia depresión, y su incapacidad de ser buen padre y esposo, y para que se diera cuenta de que ya no le correspondía el lugar de hijo. Se le apoyó para que venciera sus temores de viajar y disfrutar así, en compañía de su esposa, de su economía cada vez más boyante.

- Se trabajó en la elaboración de los duelos generados por la pérdida de roles, de la juventud y de los tronos.
- Se les hizo un lugar a los jóvenes y se trabajó intensamente en la restructuración de un nuevo contrato matrimonial para los padres. Esto les dio la pauta a ambos para enfrentar la nueva etapa: la del reencuentro.

TERCERA VIÑETA CLÍNICA

Referiré un caso en el cual la llegada de la adolescencia hace que los padres, en vez de unirse y abdicar de sus papeles de rey y reina y dejar a sus hijos la libertad suficiente para crecer, madurar e irse desprendiendo, optan por pretender que sus adolescentes los sigan viendo con la misma idealización con que un niño necesita verlos.

En este caso, la madre de 45 años de edad necesita ser vista como víctima de las circunstancias y en cierta medida pasar como una mártir que da todo por sus hijos y esposo.

El padre de 51 años de edad es un ingeniero obsesivo y puntilloso que ha adoptado el papel del bueno, cumplido y pundonoroso que a todos fastidia con su crítica, supervisión y control, puesto que de acuerdo con él, no falla casi en nada.

La hija mayor, de 23 años de edad, aparentemente tiene éxito en todo, buenas calificaciones, un novio como debe ser,

buena figura y popularidad aceptable entre su grupo. Sin embargo, se encuentra sumamente preocupada y angustiada por su status social; piensa y de hecho teme que todos en su familia vayan hacia abajo dentro de su escala social y esto la tensiona y le produce dolores de cabeza frecuentes y tensiones menstruales agudas.

El segundo es un muchacho fuerte y robusto, casi lindando en lo obeso, de 21 años de edad. Bonachón y simpático que cuando uno habla con él acerca de su familia, se le llenan los ojos de lágrimas sin que él entienda exactamente el porqué.

La más chica, de 18 años de edad, es en este caso el chivo expiatorio de la familia; en un principio, sus padres pretendieron que fuese la más lista, inteligente y capaz. De hecho, ella estuvo a la altura de las expectativas paternales, lograba los primeros lugares de sus clases, era obediente, buena y servicial. Sin embargo, llegando a la adolescencia, no pudo iniciar su etapa de separación de los padres debido a la sobreprotección de éstos. Aparecieron los primeros vómitos y desapareció su menstruación; en otras palabras, le invadió el miedo a crecer. Estos síntomas preocuparon grandemente a todos y se estableció un sistema de angustia y vigilancia en la familia, donde ella era la protagonista central puesto que perdía peso, y podía ser peligroso para su salud. Los padres habían basado en gran medida su felicidad en que sus hijos fueran buenos, obedientes y aplicados y les hicieron sentir con esto ser buenos padres. El papel de esposos lo tenían olvidado y prefirieron afianzar nuevamente el papel de padres vigilantes y protectores frente a los alarmantes síntomas de su hija.

En una de las sesiones pude observar lo siguiente: Mamá se ofrece como víctima: "Yo soy la culpable de todo". Todos reaccionan para defenderla y acusar como responsable a la más chica.

130

Nadie puede moverse de sus puestos, los hijos no crecen y papá y mamá jamás llegan a encontrarse como pareja para reorientar sus problemas y necesidades.

En sesiones posteriores encontré cómo existía entre ambos esposos una gran desilusión y una gran rabia, por no haber renovado sus convenios entre hombre y mujer, por no haberse atrevido a explorar nuevos caminos en el ciclo de una pareja, por no haber abdicado al trono de padres-reyes absolutos y por no haber fortalecido sus defensas para reprimir las fallas edípicas con sus hijos. En la actualidad, la aparición de la adolescencia los empuja fuertemente a la confrontación.

132

89

La más chica acepta su papel de culpable (*scapegoat*).

Todos se sienten más tranquilos. Al mismo tiempo, el *scapegoat* se manifiesta como poseedor de poder y control sobre el grupo familiar. De pronto la grande dice que se siente nerviosa pensando que a la mejor lo que pasa es que la economía anda mal y se ven amenazados de bajar su status social.

El muchacho rápidamente dice que la culpable es la chica porque come mucho, luego vomita y él tiene angustia de que un día les falte de comer, que por el desperdicio del alimento no le pueden comprar a él un Volkswagen.

El padre confiesa sentirse muy angustiado porque la construcción, que es su negocio, ha descendido mucho. Dice que lamenta no poder darle más a su familia y que eso lo deprime, pero que trata de compensarlo dándoles atención y cuidado a sus hijos (sobreprotección).

En este momento mamá se enoja con papá y le empieza a reclamar que por sus preocupaciones tontas, ellos no pueden tener tranquilidad. Que es por eso que todos se sienten angustiados y que ella ya no sabe qué hacer para proteger y tranquilizar a sus hijos.

En este momento la hija chica agrede al padre diciéndole que no los deja en paz; e inmediatamente todos se confabulan para contraatacar a la chica, haciéndole ver que ella es la causa de todos los problemas.

Ella lo acepta y solamente arguye que lo hace porque no es feliz.

En este momento vemos cómo el *scapegoat* salva nuevamente la situación ofreciéndose como culpable e impidiendo así que surja una pelea entre los padres.

En esta forma queda el sistema familiar inmóvil, puesto que lo anterior se repite una y otra vez incesantemente.

Quinta fase: el reencuentro

Esta fase es generalmente conocida como la del "nido vacío". Fue Mc Iver (1937) quien popularizó este término. Se debe a que para estas fechas casi siempre los hijos ya se han ido a formar otras familias, lo cual propone algunos cambios. En primer lugar, los padres se encuentran ya cercanos a los 50 años de edad o más. Si las cosas han marchado bien en las etapas precedentes, les será más fácil aceptar los cambios de una biología que tiende a declinar; igualmente, como pareja podrán enfrentar los cambios familiares y sociales que se presentan: por ejemplo, el hacer un espacio emocional y a veces físico para aquellos que van formando las nuevas familias de los hijos. La aceptación de los nietos, que no resulta tan fácil como se pudiera pensar puesto que aquí nuevamente se remueven conflictos con matices edípicos, no resueltos, y hay quienes sienten fuertes rechazos hacia alguno de los nietos.

Igualmente la aceptación del rol de abuelo el cual requiere haber madurado adecuadamente algunos puntos conflictivos narcisistas, concernientes a la vejez que está en puerta, a la muerte de las generaciones anteriores, a los problemas de

133

la jubilación. Es de tomarse en cuenta que aquí abre fuertemente el conflicto con las nuevas generaciones (la brecha generacional), y que en ocasiones aparecen problemas económicos debido a los hijos que inician una carrera, un oficio y otra familia. Es necesario explorar nuevos caminos y horizontes y a la vez, aunque resulte paradójico, independizarse de hijos y nietos con objeto de nuevamente formar una pareja. Recordemos que el padre o madre requieren de un gran esfuerzo, constancia y fortaleza para lograr solucionar todas las tareas de la crianza, la adolescencia y el desprendimiento, por lo tanto los roles de padres frecuentemente hacen que se olviden o por lo menos que pasen a un segundo término los de esposos, y es de suponer que éstos simplemente por omisión, hagan que el reencuentro sea una etapa difícil.

Podríamos continuar enumerando las situaciones importantes que confrontan al individuo en esta encrucijada existencial donde se tiene que encarar el pasaje de la edad madura hacia la vejez. Por lo general, aquí aparece clara la percepción del lugar que se ha ocupado en la vida y las limitaciones inherentes a uno mismo, que anteriormente había sido posible postergar o negar. Otra vez aquí la naturaleza exige que se haya logrado una individuación definida o de otro modo se tendrá que pagar un precio, como es cerrar la posibilidad de continuar renovándose o de disminuir la posibilidad creativa de la propia vida con las consecuencias de vacío y depresión que esto frecuentemente trae consigo.

En esta fase del reencuentro, cuando ya se han ido los hijos, ya sea porque se casan o porque se da el cambio emocional que produce su independencia, no queda otra salida que enfrentarse nuevamente con uno mismo y con el compañero.

misma. Tendrán que encontrarse o inventarse los caminos para sentir y compartir la satisfacción de haber producido y ayudado a salir adelante a otra generación, tal vez mejor que la de uno mismo.

- c) En el área de la economía, será necesario contar con el apoyo y la comprensión en los arduos cambios de la jubilación, con la capacidad de aceptar un manejo de menores responsabilidades, tanto en el trabajo como en el hogar.

Deberá existir la capacidad de afrontar las deudas y el temor por la economía, o bien el saber aprovechar las mejorías obtenidas durante la vida de intenso trabajo y producción. También será necesario aprovechar mejor el tiempo que ahora estará más disponible.

- d) En el área del fortalecimiento del yo, es de la mayor importancia la ayuda mutua para tolerar los duelos debidos a las pérdidas que se han sufrido en el transcurso de la vida y las que se avizoran en el futuro. Inclusive para prepararse a la soledad y aceptar el envejecimiento.

Se requiere de un apoyo importante para sostener con fuerza y dignidad el rol de viejo que la sociedad aún no ha logrado visualizar, comprender y apoyar, tal vez por estar demasiado ocupada en resolver los problemas que conciernen a la juventud.

Es necesario estar preparado para manejar adecuadamente los sentimientos de culpa que aparecen con frecuencia como fantasmas del pasado por los errores cometidos con los demás, especialmente con los hijos y por los deseos de la propia muerte, que a esta altura empiezan a filtrar la barrera de la represión. Todo esto hace de la etapa del reencuentro

Se reeditan los viejos problemas y aparecen también las viejas artimañas para controlarlos. Para este entonces el rol de esposo, si no ha desaparecido en su mayor parte, sí ha pasado a un segundo término debido a que las demandas que exige el rol de padre por lo general han sido fuertes. Es necesario volver a recordar lo olvidado; a ser esposo y compañero del otro, como en el principio, como cuando se empezó a formar la familia.

Nosotros, como clínicos, también debemos recordar que la pareja es el corazón de la familia y como tal nunca pierde esa posición.

Recordemos nuestras cuatro áreas de reorientación en este peldaño del ciclo vital.

- a) En el área de la identidad: es ahora más necesario que nunca el apoyo mutuo entre los esposos, para continuar en la búsqueda de nuevos estímulos y nuevas metas para el matrimonio. Debería existir, más que antes, la capacidad de permitirle al compañero que exprese su ser tal como es, sin la existencia limitante que tal vez en un principio se estableció en los primeros contratos matrimoniales. Cada quien deberá poder ejercer su derecho de ser más libre en todas las áreas sin que esto sea sentido por el compañero como una injuria o como un rechazo. Cada quien deberá irse preparando para ser fuerte en la etapa final, y sacarla adelante.

Deberá existir en esos momentos la seguridad de seguir recibiendo cariño y cuidados del otro, aun cuando cada quien tenga intereses diferentes.

- b) En el área de la sexualidad, deberá buscarse un apoyo incondicional a las dificultades que produce la edad

una de las más demandantes para el "sistema familiar". El fracaso que las parejas sufren precisamente a este nivel del ciclo vital es mucho más grande de lo que comúnmente se piensa. De hecho, uno de los casos más impactantes que han llegado a mi consulta es el que se describe a continuación; en él vemos con claridad lo que ocurre con tanta frecuencia.

PRIMERA VIÑETA CLÍNICA

Una mañana recibí una llamada telefónica de una mujer de 55 años angustiada, quien me pedía con urgencia aunque fuesen unos breves minutos de entrevista. Tenía una carta muy importante que quería que yo viera, que por sí misma explicaba todo su grave problema... ya después yo le ayudaría a hacer algo al respecto.

En realidad hablé con ella sólo unas frases, pues estaba sumamente agitada, triste y confundida. Me entregó la carta y no volví a verla nunca más; después me enteré que se había ido a vivir a otro país.

La carta había sido escrita por su esposo y, efectivamente, la misiva no podía ser más transparente y ejemplar.

La transcribo tal cual es:

Ximena:

Son las 6 de la mañana y ya no podía seguir durmiendo, como me ha estado pasando estos últimos días, inclusive tú has observado cómo en mi sueño he hablado y en general he estado sumamente inquieto, intranquilo, preocupado, etcétera.

Ayer en la obra de teatro, he descubierto la verdadera forma de plantear nuestra situación, mi situación ante ti, quizá se

revuelva un poco la forma de plantearlo, pero de cualquier manera ahí te va.

Esto no es sólo cuestión de cariño, atracción, etc., es probable que en el fondo de todo no sea cuestión de amor como tú afirmas que estás segura que yo te quiero pero a mi modo, aquí todo es cuestión de adaptación, anoche confirmé una vez más que el meollo del asunto, es cuestión de adaptación, definitivamente hemos llegado a la etapa de adaptación en que vivimos mundos diferentes tenemos una distancia tan, pero tan grande de ver las cosas que ahí es donde viene mi rechazo. El de pensar y concebir la vida en forma distinta ha hecho que mi amor se enfríe, se congele y no sienta nada, el atractivo se ha perdido, el rechazo ha surgido desde hace años y, repito, se ha perdido todo interés.

No es posible vivir sin alicientes, sin tener una mente libre sin prejuicios, sin temores a enfrentarse a la vida, ver ésta con el optimismo necesario de saber que tras la pared de lo establecido hay mil cosas, no es posible quedarse a vivir en el pequeño pueblo, hay que ir a vivir a la gran ciudad donde no todo es lo mismo, hay siempre algo nuevo, pero hay que decidirse a romper, la vida es para los que se deciden (no creas que estoy filosofando a lo loco) yo he sido tocado desde hace años por la varita mágica del hada que quiere hacer de mí algo diferente; el miedo a ti me ha hecho esperar, pero ahora ya no es lo mismo, debo proyectar todo lo que tengo adentro, no es posible retenerlo más, siento que me ahogo, no puedo seguir viviendo en el "status" establecido, así lo único que hago es daño a todos los que me rodean.

Debes comprender que mi verdadera personalidad, mi forma de ser y pensar han sido coartadas durante mucho tiempo y esto no es posible permitirlo más, me siento mal, nervioso, muy intranquilo, debo ser yo con mis verdaderos defectos y mis verdaderas cualidades, considero ya haberme encontrado, con

la seguridad suficiente para no fracasar. No deseo seguir haciéndote daño, es tiempo de quitarse la careta y de ser verdaderamente quien soy. Lo peor en la vida es vivirla con engaños, quiero desenvolver mi verdadera personalidad, propia, mía sin ese temor de quedar bien contigo para tenerte contenta, todo lo he hecho para tenerte lo más contenta posible, te pido nada más que me devuelvas mi forma de ser, que me devuelvas y dejes encontrar mi propia personalidad que durante tantos años ha estado muerta. No se puede vivir coartado, perdí la paz, la seguridad y la libertad; a un individuo, puedes no darle de comer, de beber, golpearlo, pisotearlo, pero no puedes quitarle la libertad, no puedes forzarlo a que piense de manera distinta a su verdadera forma de ser.

En este momento siento un desahogo, siento que por fin he dicho gran parte de mi problema, nuestro problema, quiero que lo entiendas así de claro, tranquilo y sencillo como yo lo he expuesto.

Entre más tiempo pase, sólo encontraremos rencores y odios, no permitamos caer en ello. Quiero que leas esto con mucha calma, lo analices bien, con la profundidad y la sinceridad que lo he expuesto.

Siento la necesidad de tener esta noche libre, no vendré a dormir hoy a la casa pero no te espantes, no voy a andar de vago, simplemente lo hago con el fin de pensar un poco más y de que tú también pienses. No me pasará nada, mañana te hablaré desde la oficina. Al hijo puedes decirle entre otras cosas que me voy a la cena de generación y llegaré muy tarde. Tú ya sabrás.

Te suplico no ponerte mal después de leer esto.

Pepe

Este hombre, que tenía más o menos 55 años de edad, se fue y no regresó más.

139

138

Ella, más o menos de la misma edad, me lo comunicó más tarde por teléfono y decidió hacer un largo viaje antes de cambiarse para siempre de ciudad.

En la breve plática que habíamos sostenido me relató que habían tenido cuatro hijos, y que todo marchaba bien, hasta que el último hijo contrajo matrimonio y pudo irse a estudiar a otro país. Entonces repentinamente y sin previo aviso, simplemente apareció la carta y se acabó la familia. Podemos resumir lo siguiente: Cómo al irse los hijos:

- a) Volvieron los viejos problemas y temores con el reencontro.
- b) Nunca hubo la posibilidad de lograr una libertad individual.
- c) No se reeditaron las nuevas reglas del contrato.
- d) No se abdicaron los derechos al trono. Los padres nunca bajaron de su pedestal para establecer una verdadera amistad con sus hijos adolescentes.
- e) No se orientó ni el sexo ni la economía de los cónyuges para buscar juntos el descanso.
- f) Entre ambos no existió una permisibilidad, dentro de la cual cada quien pudiera desplegar su personalidad.

No hubo una preparación para el cambio de vida y la soledad.

Ella se detuvo en su papel de madre-reina narcisista y él continuó siendo un hijo-adolescente.

SEGUNDA VIÑETA CLÍNICA

Se trata de una familia de cuatro miembros, papá de 47 años de edad, exitoso en sus negocios y muy apegado a su familia

paterna, los cuales son muy conservadores; él es obsesivo, pesimista y poco sociable. Siempre ha estado preocupado por sus dos hijos adolescentes, de 21 y 19 años, y constantemente en pugna con su mujer, de 45 años de edad, a quien le gustan mucho los eventos sociales. A él le gusta el alpinismo y acampar en las montañas, a ella los buenos restaurantes y el teatro. Difícilmente coinciden en sus gustos y actividades, excepto por la gran atención y cuidado que han puesto en sus hijos. Ella proviene de una familia problemática, sus padres están separados, él es solitario y gruñón y ella histriónica y alcohólica por rachas. Ambos han estado en tratamiento psicoanalítico y han acudido en diferentes temporadas a tratamiento familiar donde hemos visto cómo les ha sido difícil apoyarse como esposos, cómo uno no tolera lo que el otro hace y menos sus gustos y caprichos como el otro quiere, y si no lo logra aparece el castigo en forma de silencio e indiferencia. Sólo el cuidado a sus hijos para que éstos hagan un buen papel en la vida y lo necesario que es para todos proyectar una buena imagen social es compartido como meta común para todos.

Desde luego el área sexual se había deteriorado, ella no sentía deseos hacia él y tenía un gran enojo porque nunca era objeto de ternura y mimos. Él resentía mucho el desapego de su mujer y atacaba y recriminaba en el área económica, donde sentía que ella era despilfarradora y poco organizada.

Hasta aquí el tratamiento había logrado ayudarles a permanecer juntos y cumplir satisfactoriamente con algunas de sus tareas maritales y familiares. Sin embargo, llegó el día en que los muchachos tuvieron que salir a estudiar a universidades del extranjero. Sus padres se encontraban próximos a celebrar 27 años de matrimonio. Apareció un primer choque fuerte entre ambos cuando ella se negó a seguir acudiendo

140

141

a las juntas sociales de sus negocios y él a su vez no quiso saber más de teatros ni restaurantes. La ausencia de los hijos había sin duda agravado la situación. Sin embargo, no fue esto lo más serio, sino la enfermedad grave del hijo de 21 años, quien debido a una neoplasia maligna falleció en unos cuantos meses.

Los padres, amargados y confundidos, no pudieron ponerse de acuerdo para atender adecuadamente, como pareja, al moribundo; al contrario, arremetieron los ataques, las demandas y las quejas de uno al otro, de tal suerte que al morir el joven no pudieran apoyarse mutuamente para resolver el duelo. El otro hijo decidió no regresar al hogar paterno y ellos decidieron separarse días antes de llegar a su vigésimo sexto aniversario.

Podemos resumir lo siguiente:

Cómo al irse los hijos se propicia sin remedio un reencuentro sumamente difícil porque nunca hubo la posibilidad de lograr una relación sin demandas agresivas y en ocasiones absurdas (por ejemplo en la economía). Nunca existió la posibilidad de estructurar un buen contrato matrimonial. Los padres, aunque trataron de abdicar al trono de reyes-súperos sobre sus hijos, no lo lograron del todo puesto que la pareja sin consumarse no permitía una individuación adecuada de todos. Nunca orientaron el área del sexo y la economía para haber conciliado algunos intereses y disfrutado su tiempo y su capital; y nunca existió la suficiente flexibilidad y permisividad para que cada uno hubiese desplegado y madurado su personalidad. Nunca previeron que la salida de los hijos, en esta ocasión trágica, los llevaría a un reencuentro que acabó con la familia.

lo general, tomar un rol crítico o de consejero para con el viejo resulta menos difícil que aceptarlo como parte de uno mismo, una parte desconocida pero cierta. Una familia sin viejos es una familia sin complemento histórico, una familia mutilada.

En todos nosotros, en mayor o menor grado, existe el temor de llegar a viejos, casi tan fuerte como el temor de no vivir lo suficiente para llegar a serlo.

Pocos son en realidad quienes aprecian las arduas batallas de los viejos para adaptarse a la pérdida y retos que la edad presenta; la búsqueda de una nueva identidad, de una compañía que produzca placer, así como de una experiencia significativa y genuina.

Uno de los problemas que frecuentemente se encuentra es aquél de dos esposos ya viejos, cuando él es jubilado y regresa a su casa, esta vez regresa para siempre, e invade los terrenos que antes sólo fueron el dominio de su esposa. Parece imposible, para el que desconoce esta etapa, que este simple hecho represente una situación amenazante a la individualidad y diferenciación de ambos. Esta situación sólo puede ser aliviada mediante el límite claro de los espacios en donde cada quien pueda funcionar independientemente. De lo contrario, existe el peligro de que se lleguen a perder la estima y el respeto y aparezcan la ansiedad, la tensión y los estados depresivos.

Otra problemática que se presenta en las parejas de viejos es aquella en que los mismos hijos no les permiten tener una intimidad adecuada. Frecuentemente se establece una sobreprotección de hijos a padres en donde no se les permite vivir en libertad.

Bajo pretexto de cuidarlos, se cuelgan de ellos imponiéndoles cargas emocionales muy fuertes. El viejo así muchas

Sexta fase: la vejez

La vejez es una de las etapas menos conocidas, menos aún que las que a simple vista se antojan casi imposibles de ser estudiadas y que sin embargo se han llegado a comprender mejor. Por ejemplo, la etapa fetal. La vejez, con sus grandes complejidades llenas de misterio y amenaza, no es todavía asequible a la mirada de frente del investigador; la muerte, el más grande de los imponderables, se encuentra a sólo unos pasos de ella. Además, los viejos por lo general no buscan tratamiento psiquiátrico ni mucho menos desean ser estudiados. La fuerza vital centrífuga se invierte para ese entonces y en su impulso contrario, se vuelca hacia el viejo mismo y se traduce en un ensimismamiento y un despegamiento del mundo exterior.

Las nuevas generaciones no pueden entender ni percibir el fenómeno y sus problemas. Se tiende a ignorar a los viejos, a sentir impaciencia con ellos o a negarlos. Por consecuencia, no resulta fácil enfrentar la etapa decisiva y su inevitable fin, el misterio de la nada, de la eterna quietud.

Sin embargo, el viejo está tan vivo como cualquiera y siente y se entristece por el acerbo rechazo del que es víctima. Por

veces se siente aprisionado y puede desarrollar estados depresivos.

Es necesario para el clínico tomar en cuenta esta eventualidad.

El ser abuelo, dice Margaret Mead, nos involucra a distancia con el nacimiento de un descendiente biológico... dando lugar al extraordinario sentimiento de haber sufrido una transformación, no por un acto propio, sino por el acto de un hijo. Ser abuelo ofrece un nuevo horizonte en la vida.

- Enciende el deseo de sobrevivir, al aceptarse la propia mortalidad.
- En presencia del nieto y el abuelo, pasado y futuro se funden en el presente (Mead, 1972).
- Se da la oportunidad de experimentar una nueva relación, diferente a la de padre, con los nietos.

Resulta ser a final de cuentas un papel sumamente importante para lograr redefinir y reintegrar no sólo los propios roles emocionales sino también para ayudar a apoyar los de los otros familiares.

Se necesita, en esta etapa, tener la habilidad suficiente para aceptar realísticamente las propias capacidades así como las limitaciones. Igualmente es importante poder cambiar de rol y aceptar la dependencia cuando esto sea necesario (aceptar el rol de hijo nuevamente).

Por lo general, los problemas funcionales de una familia que están relacionados con la vejez permanecen ocultos o negados. El clínico está acostumbrado a ver sólo las dos primeras partes del espectro vital. Es pues de la mayor importancia tener conciencia de lo que en esta etapa sucede, con objeto de investigarla cuidadosamente.

Es importante igualmente retirar los marbetes de senilidad, inutilidad, estorbo, carga, etc., para lograr entender y ayudar a las parejas de viejos.

De hecho, intervenir terapéuticamente con los viejos resulta muchas veces más fácil y responden mejor que muchos de los jóvenes.

El clínico deberá estar siempre en guardia hacia su propio miedo a la vejez.

Lin Yutang, el sabio poeta, dice en uno de los capítulos de su libro *La importancia de vivir*:

Aunque parezca extraño los viejos son aún más dependientes que los niños puesto que sus miedos son más definidos y sus deseos mucho más delineados y limitados.

¿Por qué, pues, la tendencia a negar la vejez y a no hacer caso de ella? Ningún problema se ha solucionado negándola o ignorándola. Yutang menciona un viejo proverbio chino que dice "el agua flota siempre hacia abajo, nunca hacia arriba"; y deduce por lo tanto que el afecto por los padres y los abuelos necesita ser enseñado y reforzado por las instituciones y la sociedad.

¡Un hombre en forma natural ama a sus hijos, pero un hombre culto ama a sus padres! Para un caballero chino la pena más grande es no tener la oportunidad de ofrecer a sus padres sopa caliente y medicinas en su lecho mortuario o no estar presente a la hora de su muerte; y este penar está expresado en un pequeño pensamiento que dice:

El árbol desea reposar, pero el viento nunca para.

El hijo desea servir, pero sus padres se han ido.

146

ces sin remedio alguno se tendrá que establecer una insensata batalla en contra de lo irremediable, del paso del tiempo. Se instalará un gran temor hacia el futuro y desde un principio se presentarán el fracaso, la depresión y la desesperanza.

Nadie puede dejar de envejecer; solamente se puede pretender burlar a la naturaleza en un vano y doloroso intento de torpe omnipotencia, que dura lo que el humo.

Es mejor y más útil saber crecer, madurar y envejecer "graciosamente"; casi se podría decir, con arte; el arte natural que da la vida al que no la intenta detener.

Lin Yutang nos dice:

La gran sinfonía de la vida deberá terminar en un gran final de paz y serenidad, de seguridad material y emocional así como atención espiritual; y no con el golpe estridente de un tambor que se rompe o unos címbalos que se estrellan.

Al hombre se le mata no sólo en su infancia desde los primeros rechazos maternos, ni en las guerras ni en las hambres, ni en el aborto; sino en el hecho importante y cada vez más frecuente de negar esta última etapa con todas sus consecuencias inexorables.

En un artículo periodístico, leía recientemente: "La gente no envejece, mejora. Nadie debería avergonzarse de sus años, sino enorgullecerse de ellos". La juventud es un don de la naturaleza, la edad es una obra de arte, la edad en sí no trae consigo sabiduría pero sí aporta experiencia. La edad avanzada es una grata aceptación de las lecciones de la vida, de lo bueno y lo amargo, de la felicidad y de las lágrimas.

La edad podría dar ciertas prerrogativas si ésta no estuviese en algunas culturas tan fuertemente negada.

148

Por lo cual se asume que si el hombre viviese su vida tal cual se expresa en este pensamiento, tendría en el ocaso de su vida el periodo más afortunado, y nunca trataría de negar o detener la llegada de los años.

Describe Lin Yutang una actitud diferente hacia los viejos en la cultura oriental. Nos dice que en Oriente existe entusiasmo y veneración por alcanzar una mayor edad. Dejarse crecer la barba es, por ejemplo, una prerrogativa especial de aquellos que han llegado a ser abuelos, y si algún hombre lo hace sin haber alcanzado las calificaciones necesarias, se encontrará en peligro de ser objeto de burla.

El resultado en general es que, en China, el joven trata de imitar la pose y dignidad que le son propias al viejo. El deseo de ser viejo se entiende en relación con la recompensa que esto merece. En primer lugar, se tiene el privilegio de hablar mientras los demás escuchan. Un joven en China tiene oídos pero no boca para hablar.

No podemos desde luego dejarnos llevar por esta idealización. Simone de Beauvoir ha hecho estudios interesantes de casos en que no todos los viejos llegan a ser sabios, tranquilos y sensatos, ni mucho menos a disfrutar de sus últimos años.

Hacemos notar lo diferente que esta etapa puede ser manejada en otras culturas y las importantes implicaciones que esto puede tener.

No es lo mismo sentir la seguridad de que al llegar a viejo se va a ser respetado y atendido como afortunadamente todavía sucede en algunas partes de este extraordinario país, en vez de tener que esconder los años vergonzosa y temerosamente puesto que se va a ser descalificado del juego tremendo de la vida tan pronto aparezcan los primeros signos. Por otra parte, si no se logra visualizar que la edad de oro se encuentra siempre muy adelante en la vida, entonces

147

Tal vez se niega porque en esta fase aparece la soledad, sobre todo la soledad interna producida por las pérdidas irremediables que se han sufrido.

De acuerdo con la experiencia, se comprueba que es mejor haber compartido con alguien la vida, puesto que a la larga puede llegar a ser favorable el efecto que uno ejerce sobre el otro. Es mejor que la alternativa terrible y desoladora de nunca haber compartido nada.

Erik Erikson nos hace notar sagazmente que aquel que ha pasado por triunfos y fracasos inherentes al ser, el que ha originado a otros seres y dado vida a otras ideas, gradualmente va integrando y madurando las etapas de su ciclo; adquiere un orden del mundo y un orden espiritual; acepta su ciclo vital completo y el de su compañero y defiende la dignidad de su vida.

Sabe que su ciclo es sólo un segmento de la historia, que el estilo de su cultura y de su sociedad son el patrimonio de su alma.

Calderón el poeta nos dice: "El honor es el patrimonio del alma".

El que así se organiza reconoce la madurez en cualquier individuo ya sea en el príncipe, el indígena o el campesino y llega a participar y a aceptar el liderazgo que en su propio campo le corresponde... y sobre todo... no termina, no desemboca en la nada. Sabe que la integridad del adulto se relaciona con la confianza básica del niño y que en él se continúa su ciclo vital.

"Los niños sanos no temen a la vida, si sus abuelos han tenido la integridad suficiente para no temer a la muerte", dice Erikson (1963).

Tener un compañero, un esposo, hasta el final, tal vez sea una de las formas en que el trágico y complejo asunto del vivir encuentre, si no la razón y la lógica, por lo menos la esperanza.

149

Sería necesario en otra ocasión tratar temas tan interesantes como el de la familia sin hijos o sin abuelos, sin hombres o sin mujeres, dentro de las diferentes capas y estratos sociales, en las distintas culturas y a través de la historia...

VIÑETA CLÍNICA

Se puede tener todo en la vida; salud, éxito, riqueza, compañía, reconocimiento y demás y, sin embargo, sentirse solo, con esa soledad que destruye el alma, sobre todo si ya no queda mucho tiempo por delante. No hace mucho consulté a una pareja donde él, un hombre fuerte y varonil de 75 años de edad había pasado más de 50 años casado con una mujer que aún conservaba su belleza y lozanía, tenía cerca de 70 años de edad y aparecía vital y activa, en realidad eran una hermosa pareja, todo lo tenían, salud, riqueza, hijos, educación y cultura y, sin embargo, sus vidas eran miserables de acuerdo con su descripción.

Él era un individuo muy conservador, ortodoxo y religioso, con un fuerte apego a sus hermanos, a quienes procuraba constantemente y dedicaba a ello la mayor parte de su tiempo.

Ella se había dedicado a viajar por el mundo y a seguir cuidando a sus hijos. En realidad la relación con su esposo se limitaba a unos simples hechos sencillos del diario vivir, como darle los buenos días y en ocasiones desayunar a la misma hora. Por cierto que los hijos, cuatro casados y uno todavía con ellos, no se despegaban de su madre, pensando que se encontraba sola y en cierta medida descuidada por su padre; de hecho los vigilaban a ambos y no les permitían una intimidad.

A él le molestaba que ella fumara porque contaminaba el ambiente, al igual que tomara clases de historia, pintura y meditación trascendental.

A ella le molestaba que él fuera meticuloso con sus horarios y alimentos y sólo estuviese pendiente de los dineros.

Él se enojaba porque la consideraba dispendiosa y desorganizada y porque, de acuerdo con su percepción, no respetaba su espacio.

Vivían en cuartos separados y efectivamente trazaron una línea entre lo que era su terreno y el de ella.

Decidieron así, partir en dos sus vidas a medida que fueron envejeciendo, y vivir como si no se conocieran, a pesar de que habían tenido cinco hijos y compartido la vida por más de 50 años.

Transcurría el tiempo en medio de la indiferencia o de constantes argumentos triviales; se habían perdido la estima y el respeto y habían aparecido la ansiedad, el nerviosismo y la depresión. La intervención vehemente de los hijos hacía más difícil la resurrección. Todo esto hacía que ambos hubiesen adelantado el final de la pareja, prácticamente habían muerto antes de tiempo y antes de acudir a la consulta deseaban intensamente separarse. Se encontraban prisioneros de las circunstancias y no lograban crear un espacio donde ambos, sin resentimiento ni agresiones, se permitirían arribar con calma a la vejez y al eterno descanso. Los nietos eran percibidos como una interferencia más y no lograban amarlos y aceptarlos. En realidad no lograban aceptar la realidad de la etapa final que transcurría.

Puntos de análisis

Para terminar, diremos solamente junto con Pollak (1965) que el profesionalista necesita llevar en mente los siguientes puntos:

- Identificar la dimensión, el área afectada y la fase en que se presenta la problemática en la relación marital.
- Identificar el obstáculo que impide el proceso natural de crecimiento, por ejemplo los puntos de detención entre los viejos ideales y la realidad actual que demanda el papel social.
- Trabajar siempre en asociación con la edad y fase apropiadas por la que se atraviesa en el ciclo vital, sin desconocer la problemática que presenta la fuerza de la ambivalencia, que invita constantemente a detenerse o a regresar ofreciendo soluciones ilusorias.
- Llevar en mente la idea de que, hasta donde sea posible, será necesario para el profesionalista idear nuevos diseños y modelos que permitan el manejo adecuado y la asimilación de los nuevos ideales que van presentando los cambios incesantes de la cultura a las diferentes generaciones.

Epílogo

Hemos hecho una división artificial del ciclo vital de la familia con fines didácticos. Es necesario nuevamente ensamblar sus partes, observando serenamente la totalidad del fenómeno: el continuo movimiento de la vida compartida. Sólo así podremos apreciar cómo cada uno de nosotros representa una mínima partícula interactuando constantemente dentro de una constelación familiar, la cual, a su vez, gira en los múltiples elipses de la gran galaxia universal. Esta metáfora puede ayudarnos a la reflexión.

El humano necesita terminar sus tareas fundamentales de adaptación y supervivencia para luego entregarse a meditaciones de tipo psicológico, filosófico o existencial. De igual manera, el adolescente debe convertirse en un hombre maduro para terminar de cristalizar su sistema individual y familiar. Entonces, aumenta su capacidad de observación de percepción, permitiéndole visualizar aquellas leyes universales que gobiernan al ser humano.

No ha sido posible, sino hasta este momento histórico en que se ha trascendido el enfoque exclusivo del individuo que se puede comprender mejor la complejidad de las fuerzas que producen no sólo la enfermedad, sino la salud en el hombre.

No podemos dejar de insistir en la necesidad de seguir reevaluando constantemente los principios de la higiene mental: la historia nos ha llevado a examinar con especial cuidado los rasgos patógenos de la estructura social adulta, el fenómeno de tensión en el grupo, el papel del conflicto y de la ansiedad en las relaciones interpersonales y la psicopatología social de la vida familiar. El principio antropológico de la relatividad de la conducta nos obliga a una revisión constante de estos postulados.

Actualmente sabemos más de las pulsiones que se depositan en la compleja interacción con los demás seres. Recibimos con mayor fuerza las luchas y esfuerzos por conservar un espacio vital. Comprendemos lo difícil y complicado que resulta aceptar que otros compartan dicho espacio y lo comprobamos cuando aparece un nuevo hijo o cuando un ser pretende unirse con otro.

Hemos aprendido que la esencia de un buen matrimonio estriba en la combinación de ambas personalidades, incluyendo la intimidad profunda, tanto física como mental y espiritual, para que se convierta en un amor serio entre hombre y mujer, que ofrezca lo mejor de las experiencias humanas. Tal amor, como cualquiera de las cosas grandes del hombre, demanda esfuerzo y sacrificio, los cuales deberán ser voluntarios y deseados para no destruir la naturaleza misma de la fibra que les da sostén. Así, el individuo podrá encontrar su desarrollo completo dentro del contexto de una relación vital.

En conjunción con esto, resulta importante saber que existen los métodos y los medios para diagnosticar —y si no en todos los casos obtener la curación—, por lo menos recibir ayuda y guía que la constelación familiar pueda requerir en su camino.

Propuesto lo anterior, nuestras reflexiones pueden dirigirse hacia resaltar la necesidad de pedir y obtener la intervención experta y oportuna con la idea de preservar el equilibrio emocional saludable para recorrer, sin tropiezos, el intrincado camino del ciclo vital.

Bibliografía

- Ackerman and Behrens, M.L., *Child and Family Psychopathy; Problems of Correlation Psychopathology of childhood*, ed. Paul H. Hoch and Joseph Zubin, Grune and Stratton, New York, 1955.
- Ackerman, Nathan A., "Adolescent Problems: a Symptom of Family Disorder". *Family Process* (2), 1962 *The Psychodynamics of Family Life*, Basic Books, Inc., New York, 1961.
- Ackerman, Norman J., *The Canon of Family Systems*, Gardner Press, New York.
- Bateson, G., Jackson, D.D.; Haley, J.; Weakland, J.: "Towards a Theory of Schizophrenia", en *Behav. Sc.* I, 1956, pp. 251-264.
- Belanger, Robert; Chagoya, Leopoldo: *Techniques de Thérapie familia LE*. Montreal Les Presses de l'Université de Montreal, 1973, 158 pp.
- Belleville Titus P., Rath, Otto; N. Belleville, Carol J.: "Conjoint Marriage Therapy with a Husband and Wife Team" en *Amer. J. of Orthopsychiatry*, abril 1969, vol. 39, núm. 3, pp. 473-483.
- Bion, W.R., *Experiencias en Grupos. Human Relations*, 1: núms. 3, 4, 1948, 2: núms. 1, 4, 1949, 3: núms. 1, 4, 1950: 4: núm. 3, 1951.

Bion, W.R., *Attention and Interpretation*, Tavistock Publication. Londres, 1970. Trad. franc., París, Payot, 1974, 217 pp.

Boszormenyi-Nagy, Ivan, ed.: *Intensive Family Therapy. Theoretical and Practical Aspects*, New York, Harper and Row, 1965, XIX, 507 pp.

Boszormenyi-Nagy, I., and Spartk, G., *Invisible Loyalties*, Harper and Row, Hagerston, Md., 1973.

Bowen, Murray, *Family Therapy in Clinical Practice*, Jason Aronson, New York, 1978.

Bowlby, John, *Maternal Care and Mental Health*, World Health Organization Monograph Series No. 2. Geneva: WHO, 1952.

Carter, A. y Mc Goldrick, M., *The Family Life Cycle*, Gardner Press, Inc., New York, 1980.

Cotinud, Olivier: *Groupe et analyse institutionnelle. L'intervention psychosociologique et ses dérivés*, París, Centurión, 1976, 235 pp.

—, *Les couples* (obra colectiva), París, Jules Taillandier, 1972. La Nef, 46, 47, febrero-mayo 1972, 247 pp.

Chiland, Collette: "Question sur l'orgasme", en Rev. franc. psychanal., 1977, núm. 4, t. XLI, pp. 553-562.

Erenwald, Jan, *Neurosis en la Familia*. Siglo XXI Editores, 1967.

Erikson, Erik, *Childhood and Society*, Rev. ed. Norton, New York, 1963.

Freud, Sigmund, *Primeras Aportaciones a la Psicología de la Vida Erótica*, Tomo 13, Edic. Santiago Rueda.

—, *El Análisis Profano*, Tomo 12, Ediciones Santiago Rueda.

—, *F2 El Final del Complejo de Edipo*, Tomo 14, Ediciones Santiago Rueda.

Glick C., Paul, *The Life Cycle of the Family*, American Sociological Review No. 12, 1947.

Glick, Ira D.; Kessley, David R.: *Marital and Family Therapy*, New York, San Francisco, Londres, Grune and Stratton, 1974, 181 pp.

Haley, Jay, *Estrategias en Psicoterapia*, Ediciones Tiray, Barcelona, 1971.

Hornay, Karen, *The Flight from Womanhood*. Internat. J. Psycho-Anal., 1926.

Huxley, Julian. *Man in the Modern World*, New American Library, New York, 1952.

Jackson, D.D.: "The Question of Family Homeostasis", en Psychiatr. 1957. Supl. 31, 1, pp. 79-90.

Kernberg, Otto F., *Mature Love: Prerequisites and Characteristics*, Journal of the American Psychoanalytic Association, Volume 22, núm. 4, 1974, New York.

Kernberg, Otto F., *Boundaries and structure in Love Relations*, Journal of the American Psychoanalytic Association, volumen 25, núm. 1.

Kernberg, Otto F., *Love, the Couple, and the Group: A Psychoanalytic Frame*, Psychoanalytic Quarterly, XLIX, 1980.

Klein, Melanin: *Envy and Gratitude*, 1937. Trad. Franc. *Envie et gratitude et autres essais*. París NRF, Gallimard, 1968, 231 pp.

Laing, Ronald D.: *The Divided Self*, Londres, Tavistock Publications, 1960. Trad. Franc. *Le moi divisé*, París, Stock, 1970, 187 pp. Hay edición FCE.

Lemaire-Arnaud, Evelynne, Lemaire, Jean-G.: *Les conflits conjugaux*, París, Editions sociales francaises, 1966, 207 pp.

Lemaire, Jean-G.: *Les thérapies du couple*, París, Payot, 1971 268 p. 2a. edición con advertencia final, 1978.

Lidz, Théodore: Cordelison, A.: Terry, D.: Fleck S.: "Intrafamilial Environment of the Schizophrenic Patient". VI. "The Transmission of Irrationality", en Arch of neuro, and Psychiatr. 1958, 79, pp. 305-316.

159

ópez Isaías, Manuel, "La encrucijada de la adolescencia", Ediciones y Distribuciones Hispánicas, 1988.

Mahler, M.S., "On Childhood Psychosis and Schizophrenia: Autistic and Symbiotic Infantile Psychosis". *The Psycho-analytic Study of the Child*, Vol. II, International University Press, New York, 1952.

Mahler, Margaret: *On Human Symbiosis and the Vicissitudes of Individuation*. Vol. I. Infantile psychosis. Nueva York. International Universities Press. 1968. Trad. franc. *Psychose infantile*. París Payot, 1973, 252 p.

Marcuse, Herbert: *Eros and Civilization, a Philosophical Inquiry into Freud*. Trad. franc. *Eros et civilisation. Contribution a Freud*. París Editions de Minuit, 1963, 239 pp.

Masters, William H.: Johnson, Virginia E.: *Human Sexual Inadequacy*, 1970. Trad. franc. *Les mésententes sexuales*. París. Robert Laffont, 1971, 413 pp.

Mead, Margaret, *Culture and Commitment*, Columbia University Press, New York, 1978.

Minuchin, Salvador: *Families and Family Therapy*, Londres, Tavistock Publications, 1974, 268 pp.

Pollak, Otto, *Sociological and Psychoanalytic Concepts in Family Diagnosis*. The Free Press, New York, 1965.

Rappoport, R.: "Normal Crisis in Family Structure and Mental Health", en Family Process, 1963, 21, pp. 58-80.

Riviere, Joan, Klein, Melanie: *Love, hate and reparation*, Londres, Hogarth Press. Trad. franc. *L'amour et la Haine*. París, Payot, 1968, 152 pp.

Sager J. Clifford, J.: "The Marriage Contract", Family Process, Vol. 10, núm. 3, septiembre 1971.

Sager, Clifford J.: *Marriage Contracts and Couple Therapy, Hidden Forces in Intimate Relationships*, Nueva York. Brunner/Mazel 1976, XIII, 335 pp.

Satir, Virginia: *Conjoint Family Therapy*, Science and Behavior Books, 1964-1967. Trad. franc. *Thérapie du couple et de la famille*, París, L'Epi, 1971, 253 pp.

Searles, Harold. *Diversos textos traducidos al francés: L'effort pour rendre l'autre fou*, París, Gallimard, 1977, 441 p.

Selvini Palazzoli, Mara: "Le barrage du conditionnement linguistique dans la thérapie de la famille du schizophrène", en L'Evolución psychiatr., 1975, Tomo XL, Fasc. II, pp. 423-430.

Stoller, Robert J.: "L'excitation sexuelle et les secrets", en Nouv. Rev. Psychanal, 1976, núm. 14, pp. 159-182.

Stream, S. Herber, *The Extramarital Affair*, The Free Press, New York, 1980.

Toman, W., *Family Constellation*, Springer, New York, 1978.

Watzlawick, Paul; Beavin, Herlmick, Janet; Don. D. Jackson: *Pragmatics of Human Communication A Study of International Patterns, Pathologies and Paradoxes*, New York, N.W. Norton, 1967, Trad. Franc. *Une Logique de la Communication*, París, Le Seuil, 1972, 286 pp.

Westley, A. William y Eptein B. Nathan, *The silent Majority*, Jossey Bass, Inc. Publishers, 1969.

Wyne, L.C., "Pseudomutuality in the Family Relations of Schizophrenics" en Psychiatry, 21: 205-20, 1958.

Yutang, Lin, *The Importance of Living*, Heinemann, London, 1970.

3. El contrato de interacción

El sistema marital

Cuando dos individuos se casan, pasan a integrar una nueva unidad social, un «sistema marital»; este sistema no es la simple suma de dos personalidades, con sus respectivas necesidades y esperanzas, sino una entidad nueva y cualitativamente distinta: el todo difiere de las partes. Hasta hace poco tiempo, la psiquiatría no había conceptualizado al individuo como un sistema que funciona como subsistema dentro de numerosos sistemas pluripersonales, cada uno de los cuales afecta su conducta y contribuye a determinarla, en tanto funcione como parte de él, e incluso cuando salga de él para pasar a operar dentro de otro sistema. En la vida diaria, acostumbamos definir a una persona según cómo actúa en diferentes sistemas: «Es una madre maravillosa y una maestra excelente, pero no es buena como amiga», «Es un marido afectuoso y considerado, y un estupendo jugador de tenis, pero no es muy bueno como padre». Se estudia cada vez más al individuo en relación con los sistemas mayores de los que es parte integrante. Aun antes de que Von Bertalanffy planteara el concepto de la teoría general de los sistemas, y la aplicara en seres vivos, los psiquiatras clínicos y teóricos ya se habían orientado, instintivamente, hacia un enfoque del matrimonio y la familia basado en el sistema. «La teoría general de los sistemas es una nueva disciplina centrada en la formulación y derivación de aquellos principios que son válidos para los sistemas en general», dijo Von Bertalanffy (1952), y definió

El nuevo sistema diádico pasa a ser una «tercera persona» autónoma, cuyos propósitos pueden complementar o contrariar los objetivos maritales (parámetros contractuales) de uno u otro cónyuge. Además, existe la posibilidad de que sus efectos sobre cualquiera de ellos afecten profundamente su funcionamiento dentro de otros sistemas: el marido que se siente presionado para que proporcione a su familia un mejor nivel de vida adquirirá, quizás, una mayor autoafirmación o eficiencia en el trabajo; tal vez se intensifique su espíritu competitivo, relativamente nulo hasta entonces. Si no es ambivalente respecto de sus dotes competitivas en materia de negocios, es posible que obtenga mucho éxito en el mundo comercial, pero si lo es corre el riesgo de salir perdido en los dos sistemas, el familiar y el comercial. Es preciso redefinir y aclarar continuamente los objetivos y funciones del matrimonio, ya que pueden modificar sobremanera el sistema. Las tareas que deben llevarse a cabo para alcanzar una meta —en el ejemplo anterior, ganar dinero— alteran el sistema. Este concepto de que la *tarea cambia el sistema* tiene gran importancia en terapia (véase el capítulo 9).

El sistema marital en evolución existe dentro de un medio que lo afecta de diversos modos. Es posible que cada esposo obre por sí solo buena parte del tiempo pero que, aun así, el sistema marital influya en la mayoría de sus actos aun cuando no esté en presencia de su compañero. El grado en que esto ocurre varía de un sistema a otro, y hasta entre individuos pertenecientes a un mismo sistema. A decir verdad, la influencia del sistema marital sobre una misma persona puede diferir mucho de un momento a otro. En estos últimos años, el «estilo de vida» del sistema marital ha ido cambiando, ya no lo integran dos personas estrechamente ligadas, con roles precisos determinados por el sexo, sino dos seres «libres» e independientes, cada uno de los cuales mantiene en alto grado su propia personalidad. Este cambio es una tendencia, no una realidad concreta. En tanto ocurre, el matrimonio tiende a transformarse en un sistema al que ambos cónyuges dedican sólo una parte de su tiempo, como lo hacen con el sistema laboral, el escolar, el de su club más frecuentado o el de su familia de origen. Este concepto del matrimonio como un sistema entre varios, aplicable a ambos cónyuges, permite comprender mejor muchas de las modificaciones actuales de la relación entre marido y mujer. Por lo común, los hombres han tenido otros cauces para realizarse y definir su personalidad, en tanto que un buen número de mujeres recién ahora comienzan a desa-

rollar esas posibilidades extramaritales y extrafamiliares. El

rollar esas posibilidades extramaritales y extrafamiliares. El

rollar esas posibilidades extramaritales y extrafamiliares. El

rollar esas posibilidades extramaritales y extrafamiliares. El

rollar esas posibilidades extramaritales y extrafamiliares. El

rollar esas posibilidades extramaritales y extrafamiliares. El

rollar esas posibilidades extramaritales y extrafamiliares. El

rollar esas posibilidades extramaritales y extrafamiliares. El

rollar esas posibilidades extramaritales y extrafamiliares. El

quiere decir que se excluya el placer del misterio y los descubrimientos inesperados que dos personas comparten a medida que se conocen mutuamente.

Una vez aclarado, el enfoque sistémico le brinda al terapeuta varias alternativas para el tratamiento de la disfunción conyugal. El problema «individuo *versus* enfoque sistémico» es falso, si bien está enraizado en nosotros y continuamos marcándolo al preguntarnos, por ejemplo, cómo puede una persona casarse y mantener su propia personalidad. Es cierto que el individuo cambia al entrar en una relación (sistema), sea cual fuere la fuerza del vínculo; la cuestión reside en que esta puede constituir una experiencia restrictiva o una apertura hacia nuevas perspectivas de crecimiento.

A continuación me extenderé sobre algunos de los factores que determinan la esencia del sistema marital en funcionamiento.

El contrato de interacción

Si bien los contratos matrimoniales individuales forman la base del modo de interactuar propio de cada pareja, no son los únicos determinantes de la unicidad de sus interacciones y la calidad de su relación.

Además de estos contratos individuales, cada pareja posee un *contrato de interacción* común, único y en buena medida tácito. Este tercer contrato no equivale en absoluto al contrato único desarrollado en terapia a medida que van solucionándose las disparidades de los contratos individuales, y que se refiere a los deseos de cada persona, lo que está dispuesta a dar, y los objetivos y fines que entraña la relación para cada cónyuge y para el sistema marital en sí; en cambio, el contrato de interacción constituye el convenio operativo mediante el cual ambos esposos procuran satisfacer las necesidades expresadas en sus contratos individuales. Es el conjunto de convenciones y reglas de conducta, de maniobras, tácticas y estrategias elaboradas en su trato mutuo, y puede contener elementos positivos y negativos.

En este contrato de interacción, los dos cónyuges colaboran para establecer y mantener un método que les permita satisfacer suficientemente sus necesidades biológicas, sus deseos adultos y sus deseos infantiles remanentes. Para que el sistema marital permanezca viable, deberá cumplir estos fines sin generar un grado tal de angustia defensiva o agre-

fensa empleados, estamos en condiciones de usar una expresión abreviada, un perfil conductual especificativo, para describir la actitud significativa adoptada por cada esposo en el sistema de interacción (véase el capítulo 6). Dichos perfiles resumen la calidad, matiz y metodología básicas de la interacción de cada cónyuge con el otro; no son absolutos, y es dable modificarlos a medida que continúa la relación. Si bien cada integrante de la pareja posee muchas otras características conductuales, para determinar su perfil prefiero elegir el contenido principal de su actual modo de interactuar con su compañero. Durante una interacción, los esposos pueden intercambiar sus roles o tomar otros, a medida que avanza el ciclo o secuencia interaccional.

Buena parte de la terapia consiste en hacer que los cónyuges sean más conscientes del contrato de interacción y de su propia conducta dentro de él, y en emplear esta toma de conciencia para alcanzar un nuevo contrato único que sirva de base a interacciones más saludables, esto es, que cumplan objetivos razonables y proporcionen, tanto al individuo como a la pareja, la mayor gama posible de metas adultas. Como son los esposos quienes determinan los objetivos del matrimonio, las cláusulas de cada contrato individual del matrimonio, es preciso tratarlas. Yo procuro aclarar a primer plano y es preciso tratarlas. Yo procuro aclarar los principales aspectos positivos y negativos de los contratos individuales, para que cada cónyuge pueda ajustar más los suyos a las exigencias reales resolviendo sus cláusulas conflictivas y ambivalentes. La toma de conciencia no es un prerrequisito necesario para el cambio, pero sí es preciso estar dispuesto a esforzarse por cambiar.

Para completar este epítome sobre la dinámica interaccional de la pareja, debemos describir sucintamente las dos clases de vínculo, expresar nuestra ignorancia con respecto al fenómeno del amor y tratar algunos factores implícitos en la elección de pareja. También dilucidaremos algunas de las amenazas al sistema marital y las reacciones que provocan en este: su autoafirmación hacia el cumplimiento de sus fines, sus reacciones defensivas ante amenazas internas y externas.

El vínculo

Tiger y Fox (1971) sostienen que las fuerzas ligadoras de las sociedades humanas son las mismas que rigen en otras sociedades de primates: el control del macho sobre la hembra con fines sexuales y de dominio (el cual conduce a lo

sión que destruya el matrimonio en cuanto unidad capaz de alcanzar sus objetivos. El contrato de interacción se ocupa de establecer de qué modo una pareja procurará satisfacer conjuntamente sus objetivos individuales; se refiere al *cómo*, no al *qué*.

Aunque cada esposo ve su contrato individual como algo muy real, lo común es que no sea la representación exacta de todas las expectativas o factores que determinan su conducta, puesto que no es una entidad estática; sufre modificaciones debido a la interacción con el otro cónyuge y, a menudo, se le añaden nuevas cláusulas para «corregir» el comportamiento de este o hallar el modo de adaptarse a la relación. Los contratos individuales ayudan al terapeuta a comprender los ingredientes personales que entran en el sistema de interacción de los cónyuges. Luego, uno y otros podrán visualizar el contrato de interacción vigente. Generalmente, ambos esposos interactúan sin tener conciencia de las sugerencias no verbales y expresiones verbales que contribuyen a la calidad de su interacción. *El contrato de interacción proporciona el campo operativo en que cada cónyuge lucha con el otro para cumplir su propio contrato individual en su totalidad, esto es, en todas sus cláusulas realistas, irrealistas y ambivalentes.* Es el terreno en que cada esposo procura alcanzar sus objetivos propios y obligar al compañero a conducirse de acuerdo con su propia concepción del matrimonio.

La interacción de la pareja y sus pautas interaccionales son la estructura de su relación.

El contrato de interacción tiene características únicas para cada pareja, porque se desarrolla a partir de los deseos y esfuerzos más básicos de cada cónyuge, así como de sus maniobras defensivas. Cada miembro de la pareja estimula en el otro maniobras defensivas, que pueden ser o no típicas de él en otra relación.

Las observaciones que haga el clínico sobre los parámetros de las tres categorías de cláusulas de los contratos matrimoniales permiten evaluar la modalidad de conducta de cada cónyuge dentro de la relación. Todos estos parámetros pueden juzgarse en función del papel que esa área en particular desempeña *actualmente* en la relación. Entre las áreas que determinan el comportamiento en las relaciones íntimas, las más importantes son las correspondientes a los trece parámetros biológicos e intrapsíquicos de la categoría 2 (véase el capítulo anterior). Una vez que evaluamos la carga emocional de cada una de estas áreas, y la conducta generada por sus fuerzas motivadoras y por los mecanismos de de-

que denomino «vínculo de corto plazo» o pasajero), y el uso del macho por parte de la hembra para su propia fecundación y protección. El rol masculino de padre y protector de la familia, *tal como lo ha estructurado la sociedad*, crea la necesidad de un «vínculo de largo plazo» o duradero, al que Tiger y Fox no le atribuyen necesariamente una determinación biológica. Sugieren, en cambio, que nosotros mismos nos persuadimos de que debemos aceptar el vínculo a largo plazo (matrimonio) porque la sociedad se lo impone al varón y que, para hacerlo agradable, la pareja se esfuerza por recapturar la excitación y esa aura especial de los primeros días de su amor... por lo común infructuosamente. Los autores citados establecen una separación neta para los hombres, entre el vínculo de pareja y el vínculo parental: el primero es biológico, el segundo es de origen cultural.

Sean cuales fueren sus causas determinantes —biológicas y/o culturales—, lo cierto es que casi todos los hombres y mujeres adultos, o en los últimos años de la adolescencia, experimentan la necesidad de este vínculo. Aunque bajo el frecuente influjo de anhelos infantiles remanentes y de factores trasferenciales en la elección de pareja, se presenta también como una necesidad madura. Ello involucra sentimientos de amor, deseos sexuales, ansias de permanecer largo tiempo junto al compañero, y el propósito de formar con él una unidad para todo lo atinente a los proyectos futuros, la economía cotidiana y la procreación y crianza de los hijos. Significa compartir esperanzas, expectativas y el devenir de la vida diaria, e implica una considerable comunidad de intereses. Para la mayoría de la gente de hoy, también significa que ambos cónyuges tendrán un margen de libertad para participar en diversas actividades y relaciones con otras personas.

Al parecer, hay dos tipos de vínculo: pasajero y duradero. El primero se caracteriza casi siempre por la intensidad de los sentimientos sexuales y amorosos, y por la angustia que provoca la separación; según mis observaciones, suele durar entre una semana y tres años. El vínculo pasajero, o de corto plazo, puede convertirse en duradero, pero este también puede establecerse sin pasar por la etapa de intensidad de aquel. El vínculo de largo plazo, en su mejor forma, se caracteriza por una profunda aceptación del compañero y de uno mismo, y de las respectivas limitaciones. Ambos cónyuges suponen que atravesarán juntos las diversas fases de su propio ciclo vital y del ciclo matrimonial; entre ellos hay fidelidad, dedicación mutua y comunión íntima.

Algunos mantienen durante décadas la intensidad pasional del vínculo de corto plazo, en tanto que otros establecen una relación menos apasionada pero no por ello menos significativa. Las luchas y conflictos, y la solución más o menos buena de importantes discrepancias contractuales, pueden integrar este cuadro. Algunas relaciones de largo plazo son hermosas; otras son desagradables... pero algo sigue manteniéndolas; el miedo a la soledad, la hostilidad, la ira, la inercia, el temor a trabar una nueva relación, o razones de seguridad (económica y de otras clases).

Elección de pareja

Trataremos sólo unos pocos de los factores involucrados en la elección de pareja y relacionados con la calidad de la interacción conyugal. Dicks (1963, 1967) ha descrito las complejas relaciones de objeto implícitas en el matrimonio, indicando que cierta conducta regresiva es normal en él y necesaria para el diálogo humano. Además, valiéndose de los conceptos de Fairbairn sobre las relaciones de objeto, aplicados a parejas, ha planteado la hipótesis de que aquellas partes del progenitor que fueron introyectadas en la infancia son luego proyectadas sobre el objeto elegido. Según Dicks, tendemos a elegir una pareja que se avenga a aceptar la introyección (así lo esperamos inconcientemente) o, dicho de otro modo, buscamos en forma inconciente un compañero que concuerde con nuestras necesidades de transferencia, y que responda con una adecuada conducta de contratransferencia. Estudiando los contratos matrimoniales individuales, vemos cómo las personas se preparan a sí mismas y a sus cónyuges para esto. Por otra parte, aun suponiendo que el elegido actúe según lo exija la transferencia o proyección, habrá dificultades, puesto que son frecuentes las ambivalencias y conflictos entre lo introyectado y su proyección. Estas clases de datos se aclaran a medida que examinamos los contratos individuales junto con el de interacción. Numerosos trabajos sociológicos sobre elección de pareja tienden a respaldar la hipótesis de que las personas con antecedentes raciales, culturales, geográficos, religiosos y socioeconómicos similares tienen mayores probabilidades de lograr continuidad en sus matrimonios. Empero, es posible que esto haya perdido vigencia en una sociedad tan cambiante y relativamente desarraigada como la nuestra. El amor es un factor primordial en la elección de la pareja y para determinar la índole de sus relaciones. Sin em-

bargo, permanecemos perplejos ante ese fenómeno común, aunque esotérico, que llamamos «amor» y su papel en las relaciones humanas. Podemos describir la conducta del «enamorado», el hecho de que una persona pueda «enamorarse» o «desamorarse», pero nos es imposible explicar *por qué* ama o deja de amar. Conocemos el amor por las manifestaciones de su presencia, pero no sabemos qué es; es un síndrome polimorfo, pero ignoramos cuál es el agente etiológico. Aunque abundan las hipótesis, aún no hemos logrado aislar las variables que nos permitirían pronosticarlo. ¿Es una enfermedad, un fenómeno regresivo o transferencial, un producto de nuestra imaginación y deseos, como cuando decimos que «la belleza está en los ojos del que mira»? ¿Es una necesidad instintiva que debemos satisfacer para alcanzar las mayores gratificaciones y/o sufrimientos en la vida? ¿Por qué algunas personas pueden morir de amor, o por falta de él, en tanto que otras no se conmueven mucho ante él, ni ante su propia incapacidad de conquistar el amor del ser deseado? ¿Se debe, acaso, a que algunos individuos tienen «buenas defensas» contra sus sentimientos, en tanto que otros son «hiperreactivos» frente a ellos? Tal vez el amor esté estrechamente ligado a la reproducción, y la posibilidad de procrear constituye, por fuerza, un requisito previo, pero esto no regiría para las parejas de homosexuales que se aman mutuamente, o de individuos que han pasado la edad fértil. Algunos animales son tan monógamos como nosotros, o más. El amor no es sinónimo de monogamia; habrá muchos que aman y son monógamos, pero también hay quienes no lo son.

Las diversas hipótesis sólo parecen revelar nuestra ignorancia. Quizá sólo podemos decir que el amor existe realmente, que es una fuerza muy poderosa e importante cuya presencia o ausencia contribuye en mucho a determinar la naturaleza de las relaciones diádicas. Cuando un cónyuge deja de amar al otro, rara vez puede revertirse el proceso y reinstaurarse el amor, aun queriéndolo ambos. Es comprensible que todavía haya demanda de hechizos y filtros de amor...

No obstante nuestra ignorancia acerca del amor, nos vemos obligados a apreciar la fuerza plena de su poder. Es imposible negar o ignorar su existencia, como lo sería negar la del viento porque no podemos verlo. El amor es parte importantísima en la ecuación de la interacción de una pareja, si bien continúa siendo una incógnita en dicha ecuación.

Los sentimientos y los hechos, los determinantes conscientes e inconscientes, desempeñan un papel parejo en la elec-

ción del compañero. Ambos participantes saben que desean la clase de apoyo y satisfacción que sólo podrán obtener uniéndose a otra persona durante un tiempo. Sin embargo, a medida que el sistema marital elabora sus propias reglas, costumbres y modalidad de interacción, que *constituyen* su relación, muchas parejas descubren que la felicidad y goces anhelados no llegan, o son meramente marginales. Con frecuencia, los esposos parecen causarse más desdicha y frustración que felicidad y contento.

En este aspecto, los determinantes inconscientes no son más infalibles que los conscientes. Aunque los objetivos primarios expresos del matrimonio son aumentar el placer, la realización personal y de determinadas metas biológicas, psicológicas y culturales, lo más probable es que no los cumpla en grado suficiente. Como clínicos y científicos de la conducta, debemos descubrir —y, de ser posible, cambiar— los factores que producen las interacciones negativas, o cuestionar la validez de esos objetivos y la posibilidad de su cumplimiento.

Muchas personas eligen por compañero a alguien a quien consideran inferior porque los angustia la posibilidad de ceder al ser «superior» que en verdad preferirían, pero al que no se atreven a aspirar; esta es una elección de compromiso, y el matrimonio peligra a menos que el individuo se acepte a sí mismo y a su cónyuge. Otros elegirán, quizás, a alguien que les parezca dotado de cualidades complementarias. Por ejemplo, una persona sexualmente tímida e introversa elige a alguien que disfruta del sexo en forma abierta y sin inhibiciones, o se deja elegir por él. Según sea su interacción, el esposo tímido puede florecer sexualmente y aproximarse a su compañero, o bien angustiarse más acerca del goce erótico —impulsado por sus propias defensas o del modo de ser del otro— y retraerse o criticar la franqueza sexual de su cónyuge (franqueza que él deseaba y quizá todavía desea, pero cuyo disfrute no le está permitiendo); al criticarlo por sus experiencias sexuales anteriores, puede hacerle sentirse bestial. Por su parte, el otro tratará por un tiempo de vencer la angustia de su compañero y por un tiempo de ganar su confianza, pero luego es posible que se sienta amenazado o irritado y reaccione con una agresión defensiva, o retrayéndose ofendido. Entonces se establece entre ambos una interacción de defensa que continuará, cuesta abajo o con altibajos, para mantener el grado de sexualidad «justo con altibajos, para mantener el grado de sexualidad «justo» que conserve la angustia del uno a un nivel y correcto» que conserve la angustia del uno a un nivel aceptable (para él) que le permita funcionar moderadamente bien, y que retenga al otro apenas por debajo del nivel

que lo impulsaría a buscar una relación extraconyugal. Por lo común, este compromiso es inestable, existiendo la posibilidad de que ambos esposos reaccionen con gran angustia ante estímulos externos relativamente leves.

Pautas conyugales de autoafirmación y de defensa

Las maniobras defensivas y de autoafirmación (o lucha por la realización personal) son funciones de los deseos individuales y colaborativos de la pareja, tal como se expresan en los tres contratos matrimoniales, así como de las defensas levantadas para hacer frente a la angustia que genera la proximidad de la satisfacción o frustración. Las defensas también responden a ataques exteriores y a interferencias en el logro de los objetivos y fines del sistema. El individuo puede reaccionar ante los estímulos en forma individual y como parte del sistema marital.

Las reacciones de autoafirmación y defensa facilitan el cumplimiento de todas las cláusulas de todos los contratos matrimoniales, esto es, los objetivos maritales comunes a ambos esposos y sus metas individuales. En otras palabras, ayudan a alcanzar los objetivos y propósitos mutuamente aceptados, los antagónicos y aquellos pertenecientes a los contratos individuales que generan conflictos internos o ambivalencias. Cuando los objetivos de los esposos se excluyen entre sí y no están abiertos a una discusión verbal, entran a funcionar las pautas de autoafirmación y defensa para tratar de llegar a una solución dentro del sistema marital. En tales circunstancias, suelen motivar una interacción negativa. Supongamos que cada cónyuge tiene objetivos que produzcan felicidad, satisfacción, crecimiento o cualquier otro resultado que se considere positivo, y que simultáneamente, en otros niveles de conciencia, coexistan objetivos negativos, inhibitorios o destructivos en relación con los primeros. Esta actividad inhibitoria dirigida contra los objetivos positivos es la que origina buena parte de la ambivalencia y conflicto maritales. Los objetivos negativos no siempre son inconscientes. Las reacciones de autoafirmación y defensa pueden ser motivadas por los deseos, necesidades y angustias conscientes e inconscientes de ambos individuos, y actuar con idéntica fuerza en defensa o cumplimiento de objetivos positivos o negativos. Quienes han tratado de alterar la conducta masoquista de un esposo, han percibido la fuerte resistencia al cambio que presenta la adaptación masoquista

del individuo. Muchas veces, las reacciones mutuas de los cónyuges establecen un sistema de reflejos y escaladas que pueden ser positivas o negativas con respecto a los objetivos y fines del sistema marital.

Los aspectos de autoafirmación son esfuerzos por alcanzar un objetivo positivo o negativo. El término «autoafirmación» resume las fuerzas relacionadas con la independencia, actividad, iniciativa, uso del poder o de la autoridad, dominio, y postergación razonable de las gratificaciones presentes en aras de una meta más distante; o sea, cualquier medida activa tendiente al logro de objetivos. Estos pueden ser adultos, infantiles o «neuróticos», no aplicándoseles juicios de valor en cuanto a los factores que provocan las reacciones de autoafirmación y defensa. El conflicto surge cuando los deseos de los esposos de alcanzar un objetivo determinado no concuerdan o se complementan, o cuando no se ha establecido un *quid pro quo* satisfactorio en ningún nivel de conciencia.

Los aspectos de defensa de esta red son actividades destinadas a defender y proteger la autoafirmación de cualquier amenaza de interferencia, así como de la angustia. Pueden ser positivas o negativas con respecto al cumplimiento del objetivo marital y a sus efectos sobre los individuos: lo que es positivo para el matrimonio, no siempre es juzgado como personalmente positivo por uno o ambos cónyuges, y viceversa. Existe la posibilidad de que muchos de los mecanismos de defensa comunes ejerzan un efecto positivo o negativo sobre el cumplimiento, por parte del sistema marital, de sus propios objetivos y fines, y lo mismo cabe decir de los individuos. Cuando un esposo se siente amenazado por una creciente intimidad con su compañero, se activa con frecuencia una defensa que es útil al individuo, pero que perjudica al sistema marital. Veamos un ejemplo: un hombre, angustiado por el miedo a que «descubran» en él alguna insuficiencia en su relación íntima con su esposa, empieza a intelectualizar y a invalidar sus sentimientos afectuosos e íntimos; ofendida por su retracción emocional, la esposa procura inútilmente mantener la intimidad. Si no logra revertir las maniobras de distanciamiento del marido, la mujer se inquieta y reacciona con manifestaciones de ira, las cuales son desplazadas hacia cuestiones triviales. Por su parte, el esposo interpreta este enojo aparentemente injustificado como una confirmación de que él obró bien al apartarse antes de que «esa mujer imposible» pudiera rechazarlo. En este caso, él se defendió de la angustia aislándose y distanciándose de su esposa, para que no descubrieran su insuficiencia, en tanto

que ella se defendió de su consiguiente angustia absteniéndose de enfrentar las causas del retraimiento de su esposo (o sea, la amenaza de abandono) y expresando, en cambio, ira e irritación por nimiedades de la vida diaria. Ambos temieron básicamente ser abandonados, y ninguno fue capaz de encarar ese temor. Empero, por una paradoja, él los impulsó a poner en serio peligro un objetivo cardinal de su matrimonio: la seguridad de que ninguno sería abandonado jamás. Sus defensas individuales habían producido interacciones contrarias a la finalidad del sistema marital.

La parte defensiva de la red de autoafirmación y defensa puede responder a amenazas provenientes de tres fuentes principales: 1) las operaciones intrapsíquicas de uno u otro cónyuge; 2) el sistema (excluida la dinámica intrapsíquica de uno u otro cónyuge): su interacción, los objetivos y fines del sistema o los métodos elegidos para alcanzarlos, etc.; 3) las amenazas objetivas de la realidad, ajenas al sistema marital. Sea cual fuere la causa de las maniobras defensivas, la reacción de cualquier miembro de la pareja afecta a todo el sistema marital.

La rama defensiva de las reacciones de autoafirmación y defensa puede emplear los mecanismos defensivos de cualquiera de los subsistemas, o los del sistema marital propiamente dicho. Cuando los subsistemas actúan de consuno, se considera que la defensa es un ejemplo de buena unión conyugal y trabajo de equipo si se adapta a la realidad exterior; caso contrario, podrá verse en ella una *folie à deux*. El sistema marital, o cualquiera de los esposos, también puede reaccionar autoafirmándose o desmoralizándose; en matrimonios o circunstancias diferentes, es posible que el sistema responda cambiando el foco de sus actividades para salvarse (p. ej., «tomémonos unas vacaciones» o «tengamos otro hijo»), o sea, desviando sus energías del tratamiento de las causas hacia otras tentativas de solución menos angustiantes. Una *folie à deux* puede ser vista como una maniobra defensiva del sistema, en la cual ambos cónyuges actúan o perciben al unísono; aunque no concuerde con la realidad y aleje más a la pareja de los otros, tiende a preservar la integridad del sistema y su propia «realidad» interior.

Mecanismos de defensa

A menudo, los mecanismos que aquí tratamos defienden al sistema marital, más allá de las maniobras defensivas del yo

y/o del ello de cada individuo, aunque también sirven para la defensa del yo individual en la relación marital, y para controlar los impulsos * y sus afectos conexos. Como cabría suponer, los mecanismos de defensa individuales son fácilmente activados dentro de la relación marital, debido a la interdependencia y la conducta trasfereencial y regresiva que reflejan los contratos y, también, al potencial real de satisfacción y frustración de los deseos adultos e infantiles existentes en la relación de pareja. Este potencial convierte al vínculo en una intensa relación afectiva, y explica la probable facilidad con que se activarán los mecanismos defensivos de cada esposo.

Las manifestaciones de los mecanismos de defensa constituyen una parte importante de lo que los cónyuges se muestran mutuamente en sus transacciones y, por consiguiente, son a menudo aquello contra lo que reacciona cada esposo dentro de la relación. De ahí que figuren entre los determinantes principales de la interacción del sistema marital.

En síntesis, los mecanismos de defensa manifestados por uno o ambos cónyuges en su interacción son los mismos que es dable observar en los sistemas defensivos que establece el yo del individuo contra los impulsos y sus afectos conexos. Las fuerzas que activan estos mecanismos de defensa pueden radicar en el individuo (intrapsíquicas), en el sistema marital o en la realidad objetiva ajena a dicho sistema. Además y por encima de esto, tales mecanismos pueden influir positivamente favoreciendo el logro de los objetivos comunes y/o individuales de los esposos, o negativamente obstaculizándolo. Influyen en buena parte de las transacciones de los cónyuges y contribuyen a determinar la naturaleza, modalidad y reglas expresas de su sistema marital. Con frecuencia, en el uso de estos mecanismos los esposos entran en una connivencia. Un tipo de connivencia es la que desemboca, por ejemplo, en una especie de *folie à deux* en la que ambos individuos se defienden a sí mismos contra el desenmascaramiento de la falacia de un mito marital (verbigramiento de la falacia de un mito marital) (verbigramiento de la falacia de un mito marital) (verbigramiento de la falacia de un mito marital), o contra la admisión de dificultades conyugales, transfiriendo la culpa de sus problemas a otras personas o hechos.

Los siguientes mecanismos de defensa son especialmente importantes en el tratamiento de parejas. No incluyo sus

definiciones (véase Fenichel, 1945; Anna Freud, 1966) a menos que las use de un modo particular.

1. **Sublimación.** A menudo, esta defensa va acompañada de la aceptación, por parte de uno o ambos cónyuges, de una limitación real propia de la relación. Puede haber una sublimación conjunta o del «sistema»; tal el caso de unos esposos que deseaban tener hijos pero, siendo ambos estériles, fundaron un campamento infantil de verano donde noventa niños se dirigían a ellos llamándolos «Mamá Connie» y «Papá Chick».
2. **Sacrificio altruista** de las propias aspiraciones y deseos. El ejemplo más común y evidente es el de la esposa que apoya al marido en su carrera, abandonando la propia o relegándola a un segundo plano. En el pasado, se educaba a las mujeres para esto desde la cuna.
3. **Regresión.** Es uno de los mecanismos más populares dentro del matrimonio; casi invariablemente, en la primera sesión el terapeuta detecta una conducta regresiva en uno o ambos cónyuges. Los componentes trasfereenciales de la elección de pareja y del matrimonio convierten a esta defensa en una opción inevitable para muchos esposos. Puede haber una regresión «permanente» de un cónyuge frente al otro, o bien una regresión conjunta; esto no impide que ambos actúen de un modo perfectamente adecuado y maduro en sus relaciones con terceros.
4. **Represión.** Se la utiliza mucho como defensa contra impulsos y afectos angustiantes generados dentro del sistema marital.
5. **Formación reactiva.** Es muy común en el sistema marital, especialmente para evitar sentimientos hostiles y agresivos; por ejemplo, una mujer que ya había resuelto (en su inconciente) abandonar a su esposo, sintiéndose de pronto compulsa a hacerle costosos regalos. La formación reactiva también puede usarse como defensa contra sentimientos cariñosos, amorosos y/o sexuales. En el adulto, la causa de esta angustia tiene que ver, por lo común, con el miedo a hacerse vulnerable al rechazo, o a ser dominado por el temor de perder a un ser querido; esto hace, quizá, que el adulto se prohíba a sí mismo captar toda la importancia que tiene para él la persona amada. Los casos en que esta defensa surge de una angustia infantil provocada por el miedo a los sentimientos libidinosos no son tan frecuentes como cabría esperar.
6. **Desmentida** de aquellas manifestaciones de sentimientos o conducta, propias o del compañero, que alterarían los supuestos básicos del sistema marital, así como su *modus vi-*

* «Impulses», a diferencia de «drives», término empleado en la bibliografía psicoanalítica en inglés para designar las «pulsiones». [N. de la T.]

vendi y modus operandi. Es una defensa muy común. Uno de los tipos más importantes de desmentida en las relaciones maritales es la *defensa perceptiva*, proceso activo e inconsciente por el cual se evita la percepción del verdadero significado de lo que captan los sentidos, pues ella provocaría demasiada angustia o exigiría una respuesta demasiado cargada de angustia. Una esposa puede no permitirse percibir los frecuentes comentarios denigrantes que le hace el marido; los toma como críticas correctas y procura ajustar su conducta a ellas sin ver la hostilidad de su compañero, porque si lo hiciese tendría que cuestionarla, y eso le causaría demasiada angustia.

7. *Inhibición de impulsos*, no sólo de los «instintivos» (p. ej., los sexuales), sino de todo impulso de sentir, pensar, hacer o decir algo que podría generar angustia, o bien provocar la desaprobación o menosprecio del compañero. Una mujer inhibió su gusto por los platos típicos de su país natal y su deseo de prepararlos, y hasta hablaba mal de ellos cuando tocaban el tema en reuniones sociales, porque su esposo, criado en París, una vez los había calificado irreflexivamente de «comida de campesinos». La inhibición de los sentimientos sexuales es común en el matrimonio, constituyendo una queja frecuente en terapia. Al hacer el diagnóstico, es difícil distinguir la inhibición de las respuestas sexuales ante alguien deseable, de la falta de deseos hacia alguien por no creerlo sexualmente atractivo.

8. *Introyección, incorporación e identificación* relacionadas con el cónyuge. Estas defensas ejercen un efecto negativo o, a veces, positivo, sobre la unidad del sistema marital. Pueden ser sumamente destructivas cuando se emplean como un medio para someterse al cónyuge y perder la propia individualidad. La introyección (el interiorizar a alguien «tragándolos») es un intento de recobrar la omnipotencia previamente proyectada en los adultos. La incorporación, aun siendo una expresión de «amor», destruye objetivamente al objeto como persona independiente en el mundo externo; también puede expresar hostilidad, e incluso ser una manera de identificar a un objeto hostil y hacerle frente.

9. *Reversión*, o vuelta contra la persona propia. Es muy común en las parejas; muchas veces se manifiesta en la depresión (transitoria o crónica) que causa en un cónyuge el miedo a actuar para remediar una tendencia perturbadora existente en la relación marital; la ira así generada es vuelta contra uno mismo.

10. *Desplazamiento* de sentimientos intensos de la causa real a otra cuestión con menor carga emocional. Es una de-

fensa casi universal, tan comprendida por la gente, que a menudo se la emplea como recurso de comedia en los espectáculos familiares de televisión. En la vida real puede ser humorística o intrascendente, pero también extremadamente destructiva.

11. *Proyección*. Es un mecanismo común, mediante el cual se adjudican al cónyuge los sentimientos o impulsos propios.

12. *Intelectualización*. Puede ser muy molesta e irritante para el esposo que busque una mayor intimidad con su compañero intelectualizador. Muchas personas se casan creyendo que el amor ablandará a poco esta defensa, si bien hay casos en que la necesidad de intelectualizar e invalidar las respuestas afectivas no emerge hasta después del matrimonio, cuando la pareja actúa en una mayor intimidad. A veces, el amor y el trato íntimo vencen a la intelectualización, pero es más frecuente que la provoquen en el individuo propenso, como una defensa contra la exposición y la intimidad.

13. *Anulación (mágica)*. Este mecanismo primitivo no es una defensa interaccional eficaz, porque la compulsión a repetir el mismo acto es tan irritante que genera intolerancia y hostilidad. Los síntomas que representan expiación pertenecen a esta categoría, ya que la idea de expiación expresa creencia en la posibilidad de una anulación mágica.

14. *Fantasías*. Pueden utilizarse como defensa o como medio de gratificación. En el primer caso, invierten la situación real en forma tal que se mantiene la desmentida y se bloquea (o, al menos, se difiere) una amenaza al sistema escondiendo adrede los sentimientos que despierta el elemento perturbador.

Las defensas son determinantes importantes del contrato de interacción de la pareja. Pueden ser positivas, si facilitan el logro de objetivos normales y alivian la tensión dentro del sistema marital, pero también pueden conducir a disensiones y roces conyugales. Si las maniobras de defensa angustian al cónyuge, causan distanciamientos, representan una amenaza o, como ocurre a menudo, provocan reacciones negativas, la posterior conducta de los esposos —por lo general previsible dentro de las reglas del sistema marital— agravará el conflicto. El terapeuta necesita identificar los mecanismos de defensa que emplea cada esposo y encararlos como mejor le parezca, conforme a su enfoque terapéutico.

Cuando la angustia disminuye, gracias a la acción recíproca de las maniobras de autoafirmación y defensa, es posible que la pareja haya cumplido un ciclo o vaivén de intercambio o

reversión mutua de sus perfiles conductuales, lo cual constituye su típica «danza de adaptación». Si el proceso se ha desarrollado sin inconvenientes, ambos retornarán a su tranquila vida en común, serenos y listos para el próximo ciclo. (Para un ejemplo de este ciclo, véase el caso Smith, en el capítulo 5.)

Algunos procesos dinámicos especiales del sistema marital

Hay unos pocos aspectos de la dinámica conyugal que no han sido tratados con suficiente profundidad en las obras sobre terapia de pareja y de familia, y que requieren mayor examen por el importante papel que desempeñan en muchos sistemas maritales. Me referiré a ellos en particular, como un ejemplo de los múltiples materiales valiosos que pronto se descubren dentro de la actividad de la vida marital, y de un modo de encarar la interacción conyugal. Es fácil llegar a comprender la dinámica del sistema marital: es como un mineral a flor de tierra y ni siquiera es preciso cavar mucho para llegar a una veta productiva.

Describiré aquí los siguientes procesos dinámicos: doble vínculo, tal como se manifiesta en el matrimonio; doble transferencia parental; susceptibilidad del compañero hacia causas de angustia similares, aunque sus mecanismos de defensa sean muy distintos; concepto del desarrollo desigual de los diferentes parámetros del sistema marital.

Doble vínculo

Don y Jane Washington llevan cuatro años de casados; ambos trabajan. Don no logra disipar la ira, resentimiento, decepción o miedo que experimenta hacia Jane, a causa de su conflicto intrapsíquico; de ahí que buena parte de sus actos relacionados con Jane desemboquen en altercados. Por ejemplo, quiere que ella comparta el poder de decisión, pero también teme que su esposa llegue a dominar la relación conyugal. Por eso ofrece cederle parte del poder de decisión y luego lucha contra la dominación que, según cree, habrá de sufrir porque Jane tendrá entonces en sus manos el control del matrimonio. Muchas personas creen que sólo existe una determinada «cantidad» de poder dentro de un sistema ma-

rital, y a menudo suponen que si un cónyuge posee algún poder, debe haberlo obtenido a costa del otro. Por consiguiente, Jane está atrapada en un doble vínculo: le han dicho que sería grato que compartiera el poder con Don, y se lo han conferido, pero cuando lo ejerce percibe el desagrado y tensión de su esposo; haga lo que haga, no logra complacerlo.

Aunque en un principio se lo describió en función de las relaciones entre padres e hijos (Bateson y otros, 1956), el mecanismo del doble vínculo es igualmente importante en el sistema marital. En el caso que nos ocupa no hay problemas de comunicación, porque el mensaje recibido refleja con exactitud el conflicto y ambivalencia del emisor (Don); la receptora (Jane) está en lo cierto cuando interpreta que, en esta transacción, ninguna de sus respuestas podrá agradar a Don. Y como debe tratar forzosamente con él, le es imposible evadirse del terreno transaccional. Al sentirse impotente, reacciona cayendo en la depresión (reversión, como mecanismo defensivo) y sus reacciones de autoafirmación y defensa realimentan el sistema marital. Su mensaje, transmitido por su depresión, activa las reacciones potencialmente negativas de Don, quien, incapaz de tolerar su afecto, responde a él con una ira manifiesta. Su enojo libera el de Jane, y así siguen los dos hasta que llegan a un *crescendo*, se distancian, y luego van aquietándose poco a poco... pero sin haber resuelto el verdadero problema. Era inevitable que la transacción causara dificultades, dado el conflicto en que se hallaba Don con respecto a sus propios impulsos ambivalentes y excluyentes entre sí.

Este ejemplo de doble vínculo marital subraya la necesidad de conocer los factores intrapsíquicos y los interaccionales propios del sistema. Para tratar bien este tipo de situaciones, es preciso atenderse a la interacción del momento y a los sentimientos involucrados en ella, teniendo siempre presentes las fuerzas intrapsíquicas. Asimismo, el terapeuta debe desarrollar métodos que permitan sortear o resolver (esto es, neutralizar) el conflicto en el cónyuge que envía el doble mensaje. Puede lograrlo de diversos modos, entre otros confrontar a Don con el reconocimiento forzoso de que está enviando mensajes de doble vínculo, o hacer que capte el conflicto que imprime al mensaje su doble carácter negativo. Aunque no llegue a resolverse por completo la ambivalencia, muchas veces es posible quitarle su potencial negativo si ambos cónyuges son concientes de ella. (Digamos de paso que la descripción del matrimonio Washington también ejemplifica un aspecto importante de su contrato interaccio-

nal: su connivencia en permanecer distantes uno del otro. La distancia se mantiene cuando la ira de Don libera la de Jane, desatando una escalada de altercados y anulando la intimidad que se estaba gestando cuando Don envió su mensaje de doble vínculo.)

Doble transferencia parental

Los determinantes transferenciales que cumplen un papel tan importante en la elección de pareja para convertirse, después, en motivo de tantos sistemas maritales defectuosos, son bien conocidos, no así la transferencia *simultánea* de los progenitores al cónyuge. Estamos acostumbrados a considerar la transferencia usual, originada en la adaptación del individuo al progenitor del sexo opuesto, y también vemos reacciones transferenciales basadas en sentimientos experimentados a edad temprana hacia el progenitor del mismo sexo. Al examinar los aspectos sutiles del contrato matrimonial, descubriremos, quizá, que los pacientes presentan importantes transferencias simultáneas de sus dos progenitores, las cuales determinan la proyección de sus deseos o expectativas en el compañero, a quien le atribuyen características, ideales o comportamientos ficticios. Esta doble transferencia puede convertirse en determinante importante de mensajes de doble vínculo que expresan el conflicto en que se debate el emisor, y también en fuente de perturbaciones de la relación; se la detecta con frecuencia en terapia marital, y resulta evidente en muchos contratos. En el capítulo 5 (caso Smith) doy un ejemplo detallado de ella.

Similitud de angustias y diversidad de defensas

Uno de los determinantes decisivos de la calidad de un matrimonio es el modo en que los esposos encaran mutuamente sus angustias y mecanismos defensivos. En teoría, los cónyuges pueden prestarse uno al otro un servicio importante si reaccionan de manera positiva para calmar la angustia del compañero, pero en la práctica es común (e incluso inevitable en la interacción de muchas parejas) que la aumenten reaccionando con la angustia propia. Por ejemplo, un hombre necesitaba mantener la imagen que tenía de su esposa como un ser fuerte, capaz de enfrentar todas las adversida-

des, y se afligía cuando ella, a veces, se mostraba angustiada y pedía que la ayudaran o tranquilizaran. La necesidad que experimentaba el marido de no percibirla como persona «débil» lo movía a emplear una defensa perceptiva, no «oyendo» su pedido de socorro, apartándose cuando ella más lo necesitaba o impacientándose y enojándose con ella por cualquier nimiedad. Ante esto, la esposa sentía que no tenía a quién recurrir. Una y otra vez vio frustrarse sus expectativas de que su marido estuviese a su lado cuando lo necesitara, y esta falta de respuesta hizo que perdiera todo amor y respeto hacia él.

Buena parte del comportamiento que impide la comunicación e intimidad, aumentando el distanciamiento y la ira, es obra de los mecanismos de defensa. Aunque no siempre se utilizan con intención de dañar al cónyuge o la relación, eso es precisamente lo que hacen con demasiada frecuencia... Es común que ambos cónyuges sean sensibles a la misma causa subyacente de angustia. En el ejemplo siguiente, se trata de una causa muy difundida: el miedo a ser abandonado, temor profundo y generalmente ignorado por los esposos, quienes sólo ven las defensas del otro y no el motivo de la angustia. Veamos ahora el caso de Carol y Walter. Carol reacciona frente a su miedo a ser abandonada exigiendo que la tranquilicen; para ella, el amor se expresa cuidando del ser amado en un sentido material, así que cuando está angustiada pide obsequios y atención, no obstante ser capaz de brindar amor. Por su parte, Walter reacciona en forma contrafóbica frente a su propio miedo al abandono, rodeándose constantemente de amigos y aduladores. Debido a los efectos recíprocos de sus defensas, estos esposos se sentían a menudo ofendidos, deprimidos o irritados. Las exigencias de Carol alejaban cada vez más a Walter, que la juzgaba celosa y explotadora; si en vez de eso la hubiese comprendido, si hubiese actuado de un modo que la tranquilizara, la pareja no habría tenido que pasar por muchas de sus transacciones negativas. A la inversa, Walter, con su necesidad de compañía constante, era como el neurótico que por su fobia a la oscuridad ilumina exageradamente su casa; le infundía a Carol la sensación de que ella no lo contentaba, de que era incapaz de satisfacer su necesidad de amistad y amor sinceros, y el consiguiente miedo a ser abandonada, el cual acentuaba su necesidad de una reafirmación material de su amor. A partir de allí, los respectivos sentimientos iban en aumento, ya que cada intercambio parecía corroborar los peores temores de cada uno. Si Carol hubiese comprendido y asistido a Walter en su ansia de amistades,



en vez de sentirse amenazada, tal vez no habría habido desavenencia. (No quiero decir con esto que fuera la única solución, o la mejor.)

Con frecuencia, los esposos abrigan la esperanza ilusoria de que el compañero puede arreglarles las situaciones que los angustian, ya sean reales o imaginarias. Al examinar los contratos matrimoniales individuales, se percibe a menudo la similitud de sus respectivos factores activadores de angustia. De ahí que la persona tímida, temerosa de ser abandonada, suela casarse con un individuo extrovertido que, al parecer, se siente socialmente a sus anchas, pero que comparte el mismo temor. Uno y otro buscan una complementariedad negativa que parece existir, y existe, pero sólo en la superficie, y que es incapaz de proporcionar el apoyo deseado. La primera admisión de su similitud subyacente puede causar enojo, frustración, y hasta la sensación de haber sido engañados o burlados; pero, en general, una vez que ambos han comprendido que son sensibles a los mismos estímulos angustiantes, les es más fácil adquirir una nueva complementariedad positiva. Por lo común, la franqueza les permite encontrar medios satisfactorios para apoyarse uno al otro según sus respectivas necesidades.

Es importante que el terapeuta que busca las causas básicas del descontento conyugal esté al tanto de los mecanismos de defensa y de cómo las defensas de un cónyuge pueden irritar, deprimir o angustiar al otro. Muchas veces se echa mano de las manifestaciones negativas de las defensas del compañero para confirmar los peores temores con respecto a él (transferencia, proyección de introyecciones). Las defensas deben figurar en las cláusulas de los contratos, aun que sea tal como las desarrolla el terapeuta, si escapan al conocimiento de los cónyuges; por ejemplo: «Cuando te vea angustiado, lo negaré. Quiero que seas fuerte».

Desarrollo desigual

Así como los individuos y las naciones no desarrollan todos sus recursos potenciales en forma pareja y simultánea, del mismo modo, los parámetros del sistema marital experimentan un desarrollo irregular; esto queda aclarado en los contratos matrimoniales. Podemos decir que un parámetro es sano o funciona bien cuando cumple con sus fines para el individuo o el matrimonio. Algunos no funcionan bien, o están «subdesarrollados» o «hiperdesarrollados», pudiendo trabar o frustrar el cumplimiento de su objetivo o propósito.

En terapia, al trabajar con los parámetros conflictivos, «hiperdesarrollados» y «subdesarrollados», de ambos contratos, notamos con frecuencia que si damos un empujoncito aquí y una sacudida allá, el panorama cambia gradualmente (o, a veces, de golpe) y pasa a primer plano un área rezagada. El trabajo en vaivén entre parámetros o cláusulas contractuales es una estrategia común y necesaria en terapia. No todas las áreas requieren un manejo directo durante el tratamiento, ya que al cambiar una de ellas pueden modificarse otras. De esto surgen dos conceptos importantes para nosotros: 1) las relaciones, y los individuos involucrados, en ellas, tienen por lo común diferentes niveles de madurez o competencia, y sus diversos parámetros van madurando en forma desigual; 2) muchas veces, al cambiar algunos parámetros, se producen modificaciones que generan nuevos cambios en otros puntos del sistema y sus subsistemas. La terapia se asemeja un tanto a la afinación de un instrumento de cuerda: se tensa una cuerda, luego otra, y después se tocan unas pocas notas ascendentes o descendentes; cada tensión o aflojamiento cambia la tensión de todo el instrumento, incluida la pieza a que van sujetas las cuerdas. A este primer proceso de tensión y distensión deberá seguir un segundo, y aún más; poco a poco va lográndose una afinación perfecta, en la cual las cuerdas y la pieza a que van sujetas forman una entidad armónica, un sistema de funcionamiento correcto, listo para cumplir los fines para los que fue creado. Algunos instrumentos —como algunos matrimonios— son más propensos a desafinarse que otros.

Estos cuatro ejemplos de dinámica marital no agotan, ni con mucho, la lista de fenómenos que encontramos a medida que tratamos de comprender las complejidades del sistema interaccional de pareja. Son sólo unos pocos entre los múltiples ejemplos de la dinámica de la interacción. Eso sí, indican un modo de encarar los efectos del sistema marital sobre la conducta y poner de manifiesto los desafíos a la voluntad de ayuda del terapeuta, así como a la curiosidad y pericia de este.

lo desean, pero más bien como si ese deseo se hubiese convertido en pura formalidad, en un ritual desprovisto de significado o de expectativas de realización. Aunque este caso no fue mi éxito más espectacular, estoy satisfecho con los resultados obtenidos, sobre todo teniendo en cuenta en qué condiciones estaban Sue y Jon cuando iniciaron la terapia. Logramos dar marcha atrás en el proceso de deterioro individual y de los sistemas marital y familiar. Creo que ahora Sue, Jon y los niños tienen una buena oportunidad de convivir mejor. Por supuesto, deberán seguir moldeándose a sí mismos a medida que perfeccionen su contrato único.

En esta última sesión me ocupé, más que nada, de proporcionarles los medios para que siguieran tratando sus problemas valiéndose del contrato único; los equipé y motivé para que continuaran sus intentos de modificar sus áreas problemáticas. Volveré a verlos dentro de seis meses, o antes si así me lo piden.

«Hay mucho que decir sobre la perseverancia: si al séptimo año uno se da por vencido, se produce una muerte, pero basta que persevere para que sobrevenga una resurrección».

desean, buscan y necesitan mantener una relación amorosa íntima con otra persona; 2) que el amor puede ser, y es, una fuerza poderosa en la vida de los individuos de todas las edades, y que sólo no es deseado por aquellos que sufrieron agravios o daños a edad muy temprana (y, por lo tanto, nunca aprendieron a amar o les es muy difícil hacerlo), por quienes fueron heridos en sus sentimientos cuando amaron y temen volver a hacerlo, o por quienes han sido muy castigados por la vida de algún otro modo.

No existe ningún paradigma de cómo hombres y mujeres deben o pueden considerarse unos a otros, compartir las tareas y responsabilidades maritales o familiares, desarrollar actitudes y sentimientos con respecto al matrimonio monógamo o sexualmente abierto, etc. Cada pareja que hace vida en común debe hallar el camino que más le convenga al respecto. Por ejemplo, durante muchos siglos se ha sostenido el principio de la actividad masculina y pasividad femenina en materia de trato sexual y toma de decisiones, enseñándoseles a unos y otras que debían atenerse al rol asignado, pues de lo contrario serían tenidos por castrados o marimachos. Este y otros supuestos han causado mucha infelicidad y explotación en ambos sexos, a lo largo del tiempo. Hoy día, a medida que va cambiando el clima social, también se modifica la creencia de que la pasividad o actividad son atributos determinados genéticamente por el sexo. Lo mismo ocurre con muchos otros factores que afectan la conducta individual y las interacciones entre hombres y mujeres.

Para que dos personas lleguen a respetar sus respectivas individualidades, a admitir la necesidad de crear un ambiente apto para el crecimiento del compañero y el propio, pero manteniéndose mancomunados como unidad marital y familiar dotada de propósitos y objetivos comunes, es preciso asumir actitudes sutiles, difíciles de lograr y mantener. Cada vez son más los hombres y mujeres que lo desean, y a quienes se les ha enseñado que tienen derecho a esto; sin embargo, pocos son capaces de alcanzar y sostener una relación así durante largo tiempo. En este capítulo investigo más detenidamente los factores que determinan las interacciones cruciales de la pareja. Aunque todavía nos es imposible conocer todos los determinantes de una transacción dada, sí podemos comprenderla —y, por consiguiente, influir en ella— mejor de lo que lo hacíamos pocos años atrás. Dentro de las parejas que hacen vida marital, cada integran-

6. Perfiles de conducta

Antes de encarar el tema de los perfiles de conducta, es preciso hacer hincapié en algunas observaciones generales formuladas en capítulos anteriores. Hoy día, las fuerzas sociales en rápida mutación están afectando los valores de casi todos los individuos; estos cambios de valores se advierten, especialmente, en las relaciones entre el hombre y la mujer. Al trabajar con parejas, se hace evidente que casi todos nosotros somos más «avanzados» en nuestras ideas que en nuestra disposición emocional para tratar los efectos de nuestra formación, determinada por el sexo. Money y Ehrhardt (1972) descubrieron que a los 18 meses la criatura ya tiene establecida su identidad sexual y que es difícilísimo, si no imposible, modificar la elección y aceptación del sexo mucho más allá de esa edad. Todos llevamos la profunda impronta de lo que nos han inculcado con respecto a la conducta, expectativas y roles determinados por el sexo. Hasta cierto punto, todos somos hijos de nuestra época, pero también sus prisioneros; luchamos por cambiar, pero es difícil lograrlo.

Los perfiles de conducta descritos en este capítulo serán expuestos tal como yo los he observado, con la mayor imparcialidad y prescindencia posibles. Así y todo, sé que inevitablemente aflorarán ciertos prejuicios, incluyendo algunas actitudes machistas, porque fui criado como varón en una sociedad dominada por los hombres. Estoy aún menos autorizado para hablar en nombre de las mujeres que en nombre de los hombres. Además, cuanto diga no puede ser aceptado por todos, dadas las profundas y naturales diferencias de opinión existentes entre muchas personas bien predisuestas.

Así como hay objetivos diferentes para personas diferentes, también hay muchos caminos distintos para llegar a un mismo objetivo. Es importante que el terapeuta tenga presente que los valores, prioridades, propósitos y objetivos de los demás son tan válidos para estos como los propios lo son para él.

En este capítulo se reflejan varios supuestos que he esta-

manera característica de relacionarse con el otro, una modalidad principal que constituye su «impronta personal» durante cualquier período, si bien puede variar con cierta fluidez ante diversas situaciones. Al unirse a otra persona, aunque esta se parezca al compañero anterior, las leves variaciones existentes pueden generar pautas de conducta diferentes para cada miembro de la pareja. La calidad de su interacción marital dependerá de esta modalidad peculiar de la pareja; ella establece una relación única, determinada por su contrato interaccional tácito.

He descubierto siete modos principales de reaccionar ante el compañero, a los que denomino «perfiles de conducta». Cada uno de estos tipos de cónyuge representa una modalidad de relación con amplias características generales. No son categorías rígidas: la mayoría de las personas manifiestan rasgos correspondientes a diferentes perfiles, o pueden pasar de uno a otro en un mismo día. Al trabajar con parejas, procuro seleccionar aquel perfil que utilicen con mayor frecuencia en las interacciones decisivas, el que mejor refleje el estilo y calidad de la relación de cada individuo con su compañero, pero manteniéndome alerta para captar las variaciones inevitables en cada persona.

Ya hemos visto de qué modo cada cónyuge posee su propio contrato (del cual es parcialmente conciente), en tanto que la pareja también tiene otro contrato único, connivente e interaccional (quizá no expresado), algunos de cuyos elementos pueden estar presentes en sus contratos individuales. El contrato interaccional contiene, en esencia, toda su modalidad de tratamiento recíproco, hasta sus juegos en común.

Toda pareja en relación constituye un sistema dotado de sus propias reglas, convenciones, costumbres, prohibiciones, obligaciones y maneras de hacer o no hacer las cosas, las cuales pueden coincidir o no con las creencias individuales de uno o ambos esposos, o con su forma de actuar con otras personas. Conforman un sistema determinado, en parte, por la suma de la herencia y experiencias vitales de cada individuo, pero independiente y distinto de todas las otras dadas; porque su combinación varía tanto como las impresiones digitales de cada persona. Es posible clasificar las relaciones de acuerdo con categorías amplias, en el entendimiento de que las interacciones y pautas diádicas varían (aunque, a menudo, con gran resistencia) en vez de permanecer inmutables como las huellas dactilares.

Cuando se asigna a cada cónyuge un perfil diferente, la combinación resultante (p. ej., pareja romántico-infantil) ofrece una tipología sencilla y grosera del matrimonio, que puede

ser de gran utilidad en terapia. Veamos otro ejemplo: la unión de un cónyuge paralelo con un cónyuge igualitario daría como resultado una pareja paralelo-igualitaria. Los determinantes de estos perfiles de conducta obedecen a múltiples causas, pero a esta altura de nuestros conocimientos nos es imposible explicar dichas causas, del mismo modo que no podemos explicar por qué una persona es obsesiva, otra histérica y una tercera presenta un bajo umbral de angustia.

A cada tipo de pauta conductual de la pareja corresponde, en cierto modo y sin que sepamos aún por qué, una pauta peculiar de necesidades, tal como se reflejan en las doce áreas de parámetros biológicos e intrapsíquicos que buscamos en los dos contratos matrimoniales individuales; cada una de estas necesidades se valora en relación con cada área, en una escala que va del 1 al 9 (véase el Apéndice 2). En las descripciones siguientes, nos referiremos a estas doce áreas de necesidades y expectativas al resumir las características de cada perfil de conducta. Según parece, este enfoque, basado en la tipificación de la conducta de cada esposo y de las consiguientes transacciones con el compañero, tiene sus méritos y es clínicamente aplicable. Por supuesto, queda por elaborar una metodología más refinada a los efectos de probar estas hipótesis.

La observación clínica sugiere que, dentro de la relación marital, cada esposo actúa con su compañero como un tipo determinado, de acuerdo con uno de los siete perfiles de conducta. Al considerar estos perfiles, debemos tener presentes tres puntos importantes. Primero: que ellos no comprenden todos los tipos posibles, aunque otras cualidades identificables podrían incluirse, quizá, bajo una de las siete descripciones. Segundo: que el individuo puede elegir pareja guiándose por su percepción del elegido como perteneciente a un tipo determinado; empero, esta percepción no es indefectiblemente exacta: tal vez incidan en ella sus propias necesidades realistas o neuróticas, incluyendo la de negar los atributos positivos o negativos en función de su propio sistema de valores, así como de sus necesidades y miedos inconcientes. Muchas veces, el resultado difiere bastante de lo previsto por cada cónyuge, o de sus actuales percepciones concientes. Tercero: que uno y otro cónyuge pueden comportarse (repentina o gradualmente) como un tipo distinto al que manifestaban en otro momento de la relación, ya que las experiencias y circunstancias alteran la dinámica individual y la del sistema marital.

Los perfiles aquí descritos tipifican los casos normales y los psicopatológicos entre leves y moderados, los que podrían

rotularse —parafraseando a Freud— como la «patología diádica interaccional de la vida cotidiana». Aunque no me propongo describir las formas de interrelación diádica más patológicas o extravagantes, debo advertir que la extrapolación extremada de cualquiera de estos perfiles podría derivar en una relación sumamente patológica.

Cada perfil se define, en parte, de acuerdo con un tipo conyugal complementario, lo cual esclarece todas las dimensiones de interacción y la índole del tipo de esposo. Los siete perfiles, que expondremos en detalle, son: el cónyuge igualitario, romántico, parental, infantil, racional, camarada y paralelo.

Cónyuge igualitario

La posibilidad de ser un cónyuge igualitario constituye, al parecer, una meta óptima mayoritaria (aunque no unánime) entre los individuos de todas las clases de la sociedad actual. Refleja la emergente filosofía contemporánea con respecto al individualismo, la conservación de la propia personalidad dentro de una relación de coparticipación, y la igualdad entre los sexos. Esta filosofía, nacida años ha como un ideal «abstracto» de los intelectuales de clase media, comenzó a concretarse entre las mujeres de la clase obrera durante la Segunda Guerra Mundial, cuando su participación en el trabajo se convirtió en parte importante de la economía familiar y nacional.

La persona que interactúa como cónyuge igualitario busca una relación basada en la igualdad de ambos esposos, la desee o no su compañero. Espera que los dos tendrán los mismos derechos, privilegios y obligaciones, sin ninguna cláusula de doble norma, cubierta o encubierta. Espera que él y su compañero serán personas completas por derecho propio, bastante autónomas en sus trabajos y amistades, pero sensibles a las necesidades del compañero y emocionalmente interdependientes con relación a él. En consecuencia, cada cual respetará la individualidad del otro, incluyendo sus debilidades y falencias.

Frederick S. Perls intentó resumir esta relación, tenida por «ideal» en la década de 1960, en el siguiente poema, frecuentemente citado:

«Yo hago lo mío y tú lo tuyo.

No estoy en este mundo para vivir según tus expectativas,

ni tú lo estás para vivir según las mías.

Tú eres tú y yo soy yo.

Y si, por casualidad, nos encontramos el uno al otro, eso es hermoso».

En una primera lectura el poema me pareció correcto, pero poco a poco me di cuenta de que no había ninguna alusión a «lo nuestro», de que el texto no transmitía ninguna noción de compromiso o determinación de tratar de mantener vivo algo hermoso. Parecía una reacción frente a los aspectos negativos de ese matrimonio sin amor y sin divorcio que había regido durante siglos.

Unos conocidos míos, que hacían vida en común, tenían una lámina enmarcada en la que aparecía el poema y una hermosa escena con una pareja abrazándose sobre la hierba. Al principio estaba en el dormitorio. Un año después se mudaron a un departamento más grande y la colgaron en otra habitación, que servía de estudio y cuarto de huéspedes. Después se trasladaron a una casa, adquirieron un perro, compraron un bote entre los dos y al año decidieron casarse. La última vez que los visité encontré la lámina en un estante del pasillo que conducía al sótano, bien lejos de la escalera principal; cuando lo llevé arriba para copiar el poema, los dos me preguntaron si quería quedarme con él. Sonriendo, les respondí que no, y entonces conversamos sobre cómo cambiaban nuestras ideas y valores; ellos tenían la impresión de que ahora vivían como cónyuges igualitarios y ya no necesitaban hablar muy a menudo del tema. Pocos meses después me contaron que la hija de él, de trece años, había reparado en la lámina, preguntándole si podía colocarla en su dormitorio... ¡y se la dieron gustosos! Apartemente, el poema se iba alejando de ellos cada vez más a medida que aumentaba la intensidad de su relación. La muchacha lo salvó del olvido, iniciando otro ciclo. Quizá sus versos sean una hermosa expresión del ideal adecuado para un encuentro breve o un vínculo de corta duración, pero no para la relación a largo plazo que parecen buscar la mayoría de las personas. En este último caso, es preciso atemperar la idea de cónyuge igualitario comprometiéndose más entre sí y con la relación.

El cónyuge igualitario debe ser razonablemente capaz de aceptar y tolerar una relación de paridad madura, no rivalizar demasiado con el compañero, y comprender y respetar las diferencias sexuales para que no se utilicen en desmedro de uno u otro esposo. Debe carecer relativamente del ansia urgente de satisfacer sus necesidades infantiles, y ser con-

ciente de que su derecho a ser amado no puede depender de la eficacia con que satisfaga las del compañero. Pero al mismo tiempo debe ser capaz de convertirse, a veces, en un niño y dejarse cuidar, o de ser un padre o madre para el compañero en caso necesario.

A continuación enumero las características que tiende a poseer el cónyuge igualitario, dentro de las doce áreas de determinantes biológicos e intrapsíquicos del contrato matrimonial (la de dominio/sumisión queda incluida en la 4). Ellas revelan una tendencia y son las que más comúnmente se encuentran, pero no constituyen rasgos absolutos ni excluyentes.

1. **Independencia/dependencia.** Tiende a ser más bien independiente pero no de un modo defensivo; coopera con su compañero y es emocionalmente interdependiente.
2. **Actividad/pasividad.** Por lo general tiende a ser más activo que pasivo y a actuar por sí mismo; puede aceptar un rol pasivo cuando resulta apropiado que su esposo sea más activo.
3. **Intimidad/distanciamiento.** Tiende a ser capaz de mantener una intimidad estrecha y sostenida sin aferrarse al compañero. Una característica positiva de este tipo es su capacidad de mantener la intimidad adecuada sin «devorar» al cónyuge ni dejarse devorar por él. La necesidad de oponer defensas contra la intimidad es mínima.
4. **Poder.** Es capaz de compartirlo, de aceptar una mayor responsabilidad de decisión en ciertas áreas y permitir que el compañero haga lo mismo; oscila en un término medio: ni sumiso ni dominador. La rivalidad con el esposo, cuando existe, no es destructiva.
5. **Miedo al abandono.** Entre leve y moderado, a lo sumo; de lo contrario, un cónyuge igualitario no podría funcionar como tal. El abandono sería para él una sacudida dolorosa, pero no lo quebrantaría. No ejerce un influjo importante en su conducta.
6. **Posesión y dominio del compañero.** No quiere dominarlo ni ser dominado por él; eso sí, se compromete en la relación y espera que el otro también lo haga.
7. **Grado de angustia.** Entre muy bajo y moderado; rara vez se mantiene alto por un lapso prolongado.
8. **Mecanismos de defensa.** Puede utilizar cualquiera de los mecanismos de defensa contra la angustia; por lo común (aunque no de manera única) recurre a los siguientes: represión, proyección, intelectualización, sublimación, defensa perceptual e identificación.

9. **Identidad sexual.** Generalmente no constituye un problema importante.
10. **Respuesta sexual al compañero.** Puede variar desde una gran excitación hasta una respuesta moderada.
11. **Amor a sí mismo y al compañero.** Entre excelente y moderado.
12. **Estilo cognitivo.** a) Respeto el estilo de su esposo: es sumamente conciente de su propio estilo cognitivo y del de su compañero. b) Puede tener cualquier estilo cognitivo, por lo general bien desarrollado y definido.

Cónyuge romántico

Así como el cónyuge igualitario es la «nueva ola» actual, del mismo modo el romántico representa la «vieja ola» más reciente. Es un concepto que todavía prevalece ampliamente, incluso entre muchos de los que ahora aspiran a ser cónyuges igualitarios. El elemento excitante y multiforme del amor adquiere una importancia suprema para este tipo de individuo.

El cónyuge romántico interactúa como tal aunque no posea una ideología romántica. Se comporta como si quisiera y esperara que su compañero sea su «bienamado del alma» y que juntos formen una sola entidad; actúa como si fuera una persona incompleta que sólo pudiera adquirir plenitud con su compañero.

Como cree que sólo puede ser feliz y funcionar en forma óptima relacionándose con otro romántico, se vuelve vulnerable cuando su cónyuge se niega a desempeñar ese papel, e insiste en tratar de hacer de él un romántico. Con frecuencia, esto se transforma en su principal juego en común: el romántico empuja y prueba y el otro se resiste estimulándolo apenas lo suficiente como para que siga el juego.

Este juego se convierte, asimismo, en vehículo de sus quejas recíprocas: el romántico dice que su esposo «no es sensible, amante, etc.», y el otro protesta porque «vive aferrándose a mí y planteándome exigencias, siempre quiere estar conmigo, siempre quiere poner a prueba mi amor».

La seguridad que hallan algunas parejas al actuar como díada romántica parece liberar en uno o ambos esposos aptitudes imposibles de autoactivar sin el amor del compañero. El romántico busca satisfacer su aspiración infantil a ser el único objeto del amor, adoración y apoyo de su madre o padre, necesidad frecuentemente enraizada en la situación

edípica y en el deseo de tener derechos exclusivos a los servicios y el afecto del progenitor del sexo opuesto. De ahí que sea a menudo insaciable, que las pruebas de amor nunca le parezcan bastantes. Cuando se siente razonablemente seguro en una relación romántica, este individuo puede florecer y explotar su potencial con más plenitud. Como sobrevalora mucho a su compañero y se siente incompleto sin él, tiende a ser muy celoso y a proteger sobremanera su relación. Por lo común, el amor y la pasión sexual son muy importantes para él, empleando esta última como papel de tornasol para probar la calidad actual de la relación. La interdependencia está muy generalizada e interviene en muchos parámetros de funcionamiento.

La mayoría de estas personas se angustian cuando creen que el esposo puede descubrir algo en ellas que no encaja dentro de la imagen de cónyuge romántico; también temen descubrir en el compañero algún rasgo que no concuerde con su propia imagen del esposo ideal. ¡Quieren creer! Por eso racionalizarán las desviaciones que perciben en relación con su guesalt idealizada (contrato individual), o recurrirán a una defensa perceptual para acallar las voces interiores que le advierten sobre algún rasgo que resultaría incongruente con su percepción del compañero.

Su tendencia a emplear defensas perceptuales y desmentidas explica que se sientan profundamente traicionados cuando les es imposible seguir negando la conducta aparentemente distinta o engañosa de su compañero, aunque, en realidad, no haya habido ningún cambio importante en las acciones o estado afectivo de este último. Sin embargo, la imposibilidad de lograr que el compañero se conduzca, también, de un modo romántico, resulta evidente para cualquier extraño perceptivo capaz de advertir que aquel no le ha brindado, ni podría brindarle, lo que su esposo espera de él.

Los románticos tienden a dar gran importancia a los símbolos sentimentales, posiblemente como un método para materializar su exclusividad recíproca y aferrarse a la pasión de los primeros tiempos, o recuperarla. Por eso dan enorme trascendencia a los aniversarios (la fecha de su primer encuentro, su primer beso o su primera relación sexual), así como a compartir canciones que encierran un significado especial para ellos, etc. Es un caso similar al del pensamiento mágico del adulto que trata de recapturar recuerdos y símbolos de experiencias infantiles positivas, para revivir el pasado en el presente.

El cónyuge romántico tiende a poseer las siguientes características, en las doce áreas que nos interesan:

1. **Independencia/dependencia.** Depende de su compañero, si bien puede o no iniciar o establecer esta modalidad.
2. **Actividad/pasividad.** Puede ocupar cualquier posición entre la actividad extremada y la pasividad relativa.
3. **Intimidad/distanciamiento.** Gran intimidad emocional.
4. **Poder.** Puede ocupar cualquier posición entre la sumisión, la igualdad y la dominación, ya que espera y quiere que su cónyuge tenga los mismos deseos, sentimientos y experiencias que él. También pueden detectarse diversos grados de rivalidad con el esposo.
5. **Miedo al abandono.** Es un factor motivacional intenso e importante en la determinación de la conducta.
6. **Poseción y dominio del compañero.** Muy posesivo y dominante aunque parezca sumiso.
7. **Grado de angustia.** Suele ser alto. La necesidad de un compañero que complete el sentido de su propia personalidad indica, a menudo, una profunda sensación de ser incompleto y una gran incapacidad para hacer frente a un mundo hostil.
8. **Mecanismos de defensa.** Utilizará con mayor probabilidad los siguientes: represión, regresión, formación reactiva, proyección, introyección e identificación, desmentida, defensa perceptual, sublimación, fantasías, sacrificio altruista y reversión. Como es previsible, necesita recurrir a muchas defensas.
9. **Identidad sexual.** Puede tener algunos problemas leves, manifestados, quizás, en una aparente sobreidentificación con el compañero y con conceptos, sensibilidades, etc., contrarios al propio sexo y que él mismo no acepta en un nivel profundo.
10. **Respuesta sexual al compañero.** Por lo común, es muy intensa.
11. **Amor a sí mismo y al compañero.** Puede amarse mucho a sí mismo o bien sentirse vacío y necesitar desesperadamente al esposo. Muchas veces, amor y temor se confunden. Otras, el amor puede no ser tan auténtico y verdadero como aparenta; tal vez haya cierto narcisismo con una identificación tan notable del compañero como parte de uno mismo, que amarlo es amarse a sí mismo.
12. **Estilo cognitivo.** a) Generalmente desea respetar la modalidad del compañero, o se siente impelido a hacerlo, y es posible que utilice con mucha eficacia la complementariedad existente entre ambos. b) Su estilo cognitivo puede variar entre intuitivo y moderadamente bien organizado.

Cónyuge parental

Este cónyuge puede considerarse un amo (que es, esencialmente, un progenitor dominante y autoritario extrapolado al extremo); entre el progenitor y el amo están el cónyuge/maestro y el cónyuge/preceptor o profesor que se relacionan con el compañero como si este fuera un niño. En la línea que va del cónyuge «progenitor bueno» al cónyuge/amo hay numerosas variaciones y modificaciones posibles, que se adaptan a las necesidades individuales; entre ellas el cónyuge «salvador», que representa una forma particular, y a menudo pasajera, del cónyuge parental.

El prototipo del cónyuge parental o amo es Torvold, el marido de Nora en *Casa de muñecas*, de Ibsen. Domina al compañero gobernándolo y velando por él, y lo infantiliza. Puede actuar así por inclinación propia, porque el otro lo ha forzado a adoptar esa postura parental, o por una combinación de ambas causas; puede desempeñar un rol benévolo y cariñoso, fomentando la necesidad de crecimiento e independencia del «niño», pero dentro de ciertos límites, pues su papel requiere que el compañero siga sintiéndose lo bastante inseguro como para dejarse «comprar», seducir y dominar, o bien sea lo bastante masoquista como para renunciar a su individualidad o libertad. Por otro lado, en vez de asumir el rol de progenitor protector, el cónyuge parental puede mostrarse riguroso y autoritario, procurando que su esposo desempeñe el papel inverso de hijo obediente sometido a una servidumbre psicológica. Muchas veces, cuando el cónyuge infantil amenaza con perturbar el *statu quo*, el parental se vuelve más exigente, en un esfuerzo por no perder al «niño»; pero si es un individuo más maduro, menos patológico, que ama a su cónyuge infantil, reflexionará tal vez sobre qué es lo más conveniente para este y lo ayudará a prepararse para una nueva relación, o colaborará en la instauración de un nuevo modo de vida más equitativo para los dos.

La esencia de su dinámica consiste en que el cónyuge parental necesita apuntalar su sentido de adultez actuando como progenitor de un esposo infantil y obediente. Su palabra es ley y constituye, además, una importante piedra angular de este tipo de díada; tal vez tolere las trasgresiones, pero sólo mientras representen las acciones de un niño tonto o apenas rebelde, cuyas flaquezas irresponsables pueden ser perdonadas por el progenitor comprensivo, benévolo y condescendiente. Para defenderse de su falta de autoestima subyacente, el cónyuge parental erige una estructura rígida

destinada a demostrar que él es un individuo adulto, competente, amable, justo y bondadoso. Puede haber intimidad, pero en las condiciones fijadas por él. Este cónyuge no tiene tiempo para escuchar a su compañero cuando le habla de crecer y tomar decisiones por sí mismo. Quizá lo aliente a abrir un pequeño negocio, a seguir un curso o aun a inscribirse en la universidad, pero para él todo esto equivale al quiosco de venta de gaseosas que un muchachito instala en un camino apartado para la temporada veraniega. Cuando el «niño» llega a trabajar o estudiar en serio, es posible que el cónyuge parental reaccione con un sabotaje sutil o con miedo y cólera manifiestos, al ver amenazado el actual estado de cosas. También puede necesitar un esposo infantil para expresar aquellos aspectos de su personalidad psicológicamente vedados al progenitor. Como es de prever, en la interacción conyugal surge como el miembro más autoafirmativo de la pareja, el más activo en la fijación de modalidades.

Subtipo del cónyuge salvador

Es un subtipo de cónyuge parental que asegura a su compañero una atención especial y, por lo común, forma una relación complementaria con un esposo «deseoso de que lo salven»; es una relación contractual a menudo pasajera e inestable. Una vez pasada la crisis, se establece un nuevo ordenamiento contractual, se disuelve la relación, o aparece una nueva crisis que exige una nueva operación de rescate. En algunos casos, el cónyuge salvador lucha por mantener su rol con ayuda de su compañero.

Este subtipo de cónyuge es manipulado o necesita serlo y acepta a su esposo como una persona a la que hay que salvar de una situación difícil; por su parte, él está dispuesto a responsabilizarse por el salvado. Los casos de salvación recíproca no son raros: dos románticos pueden iniciar su relación para salvarse uno al otro de sus respectivos esposos «no románticos». Empero, lo usual es que el cónyuge salvador deba sentirse superior a aquel a quien salva; entonces puede tratarlo condescendentemente por su debilidad, inmadurez, inexperiencia, etc.

Su contrato básico se funda en un esfuerzo por ocupar un nivel superior dentro de la relación: no se limitará a ayudar a una persona amada, sino que atará a sí a alguien «indefenso» salvándolo de una mala situación (el hogar de origen, un mal matrimonio, la pobreza, el alcohol, la drogadicción

una enfermedad), y seguirá protegiéndolo en tanto le sea fiel y acepte su posición de «persona deseosa de ser salvada». El cónyuge salvador que desempeña bien su rol puede convertirse poco a poco en cónyuge parental. Este subtipo de esposo no es maquinador ni malvado; es posible que actúe con bondad, impulsado por buenos motivos. Simplemente tiene necesidad de salvar a otros, una necesidad basada en su propia sensación de ineptitud o insuficiencia para ser amado. El cónyuge parental (incluyendo al salvador) tiende a presentar las siguientes características, dentro de las doce áreas:

1. *Independencia/dependencia.* Tiende a ser más bien independiente, aunque puede depender mucho de la permanencia de su esposo en el rol infantil y llegar a grandes extremos para mantenerlo en él, reflejando con esto su propia y profunda dependencia.
2. *Actividad/pasividad.* Tiende a ser más activo.
3. *Intimidad/distanciamiento.* Puede ocupar cualquier punto entre la intimidad y un gran distanciamiento.
4. *Poder.* Necesita sentirlo y emplearlo, dominar a su compañero; es competitivo y debe demostrar constantemente sus aptitudes superiores.
5. *Miedo al abandono.* Es un factor determinante de su conducta; no puede perder a su esposo.
6. *Posesión y dominio del compañero.* Experimenta una gran necesidad de poseerlo y dominarlo aunque a menudo, y en última instancia, es el esposo infantil quien domina.
7. *Grado de angustia.* Varía entre casi nula e intensísima.
8. *Mecanismos de defensa.* Los utilizados más comúnmente son: represión, formación reactiva, intelectualización, desplazamiento, defensa perceptual, fantasías para sostener la desmentida.
9. *Identidad sexual.* Por lo general no hay problemas pronunciados, si bien en el caso del marido parental su posición puede ser una defensa contra una profunda inseguridad sexual.
10. *Respuesta sexual al compañero.* La escala de posibilidades va desde una gran capacidad de respuesta hasta su virtual carencia; comúnmente, tiende más bien a responder.
11. *Amor a sí mismo y al compañero.* Varía entre la falta de amor y una actitud extremadamente positiva.
12. *Estilo cognitivo.* a) Tiende a desaprobador o juzgar con condescendencia el estilo cognitivo del compañero. b) El suyo tiende a ser bien organizado, permitiendo la pronta resolución de los problemas.



Cónyuge infantil

Es la contrapartida del anterior; en su forma extrema y más patológica, el «niño» se convertirá en el «esclavo» del «cónyuge amor». Manifiesta predisposición a interactuar como un niño y reacciona con hostilidad si su compañero desea hacerlo; también es posible que lo manipule colocándolo en el rol parental. En materia de interacción, busca que lo cuiden, protejan, corrijan y guíen; a cambio de esto, le ofrece al cónyuge parental el derecho a sentirse más adulto y necesario, a que apunten su sistema de defensa. Además, el «niño» puede alegrar y complacer a su «progenitor» de muchas maneras.

Como ocurre a veces en la realidad entre padres e hijos, el cónyuge infantil se transforma a menudo en el verdadero dueño del poder. Este deriva de la abrumadora necesidad que tiene el progenitor de mantener al niño en un rol infantil, para poder definir así su propio sentido de la personalidad como ser adulto; la mayoría de los cónyuges insonalidad como ser adulto; la mayoría de los cónyuges infantiles perciben su poder, y son capaces de explotar la situación amenazando con marcharse. Aunque este poder aparece con frecuencia en las relaciones heterosexuales, se lo percibe con máxima claridad en las dñadas homosexuales, donde el individuo parental suele vivir temeroso de perder al compañero infantil que lo domina.

La mayoría de las personas conservan rastros de dependencia infantil, sea cual fuere el grado de aptitud realista que hayan alcanzado. Muchos esposos son más encantadores por su capacidad de sacar a luz al niño creador y juguetero que llevamos dentro, pero no debemos confundir a este niño creador y juguetero con la persona que se vale de la dependencia infantil y la pseudo-inocencia como principales medios para adaptarse a su compañero. El niño exigente o indefenso puede causar tensión en cualquier clase de relación.

Subtipo del cónyuge deseoso de que lo salven

Es el complemento del cónyuge salvador. Este tipo de cónyuge se siente amenazado y abrumado por un mundo hostil que es incapaz de enfrentar por sí solo, motivo por el cual necesita de un progenitor bueno o un salvador que se haga cargo de él protegiéndolo, actuando en su nombre, resolviéndole conflictos y dirimiendo las ambivalencias que retardan la acción. A cambio de esto, le

ofrece fidelidad y amor (gratitud). Generalmente, este subtipo de cónyuge es una persona muy compleja que experimenta miedos infantiles y se aferra a las cualidades salientes de su infancia, pero que, al mismo tiempo, es muy competente y madura en muchos parámetros.

Puede ser un manipulador conciente o inconciente que se vale del cónyuge salvador para evadirse de una situación difícil, y luego lo abandona, precipita una nueva crisis o procura establecer una nueva relación con él. De todos modos, es probable que la relación cambie drásticamente después de la operación de «salvamento», al gravitar en el sistema necesidades externas diferentes. Una vez eliminada la tensión exterior, los esposos descubren, quizá, que carecen de las cualidades esenciales para una convivencia feliz, aun habiendo sido perfectos el uno para el otro durante el «rescate».

El cónyuge infantil tiende a manifestar las siguientes características, dentro de las doce áreas:

1. *Independencia/dependencia.* Es más bien dependiente.
2. *Actividad/pasividad.* Tiende a ocupar el extremo más pasivo de la escala.
3. *Intimidad/distanciamiento.* Puede ocupar cualquier punto de la escala.
4. *Poder.* Tiende a no ejercer mucho poder, procurando someterse a su esposo. Sin embargo, en algunos casos puede controlarlo y utilizar el poder para dominar, cuando sabe que el compañero está en una situación de dependencia emocional con respecto a él. La competitividad puede variar entre mínima y muy grande.
5. *Miedo al abandono.* Intenso; motiva buena parte de su conducta.
6. *Posesión y dominio del compañero.* Por lo común se somete a la posesión y dominio del esposo, pero véase el punto 4 para la inversión de esta pauta.
7. *Grado de angustia.* Suele ser más bien alta.
8. *Mecanismos de defensa.* Los de uso más común son los siguientes: represión, regresión, formación reactiva, anulación mágica, proyección, desplazamiento, identificación, defensa perceptual, fantasías para mantener la desmentida, sacrificio altruista y reversión. Por supuesto, necesita recurrir a múltiples defensas, en especial a las más primitivas.
9. *Identidad sexual.* Puede haber problemas, pero son raros. Con frecuencia los hay con respecto a la identificación niño-adulto, pero no deben confundirse con los problemas de identidad sexual.

10. *Respuesta sexual al compañero.* Habitualmente, entre positiva y entusiasta.
11. *Amor a sí mismo y al compañero.* Puede ocupar cualquier punto de la escala. Con bastante frecuencia se observa una incapacidad narcisista de amarse verdaderamente a sí mismo o a los demás.
12. *Estilo cognitivo.* a) A menudo espurio, con ridiculización de la modalidad más organizada del compañero, aunque aprecie profundamente los frutos de las aptitudes cognitivas de este. b) Su propia modalidad tiende a ser más bien caótica e intuitiva.

Cónyuge racional

Como su nombre lo indica, este tipo de cónyuge se niega a admitir que las emociones puedan influir en su conducta, y trata de establecer una relación marital razonada, lógica y bien ordenada, delineando con claridad las obligaciones y responsabilidades mutuas. El cumple las suyas y no logra comprender por qué su compañero no hace lo mismo. Si este falla en la ejecución de una tarea o la asunción de una responsabilidad, es posible que reaccione dándole explicaciones lógicas y pacientes. Si el otro no se corrige puede llegar a la exasperación. Su lógica implacable suele confundir al compañero, provocándole reacciones violentas. No es habitual que el cónyuge racional manifieste afecto o pasión de manera muy abierta, aunque es capaz de amar profundamente y experimentar una sensación de doloroso vacío si pierde al ser amado. Tiende a ser «parco» al encarar cuestiones relacionadas con su vida conyugal. Es pragmático, realista, comprende las reglas del sistema y tiene una tendencia inherente a vivir de acuerdo con ellas; rara vez crea reglas nuevas o cambia las existentes. En cuestiones fácticas, supone que su opinión es correcta; en las referentes a gustos, estilos y cultura, se aviene a menudo a lo que decida el compañero.

Evidentemente, un cónyuge racional generará la hostilidad de ciertos tipos de compañero, aun cuando actúe respondiendo a su propio pedido de que le fije límites; el otro le echará en cara que sea «tan racional», que no obre con más soltura, al tiempo que lo manipulará (con su beneplácito) para que se haga cargo de las cosas y sea extremadamente responsable. Con frecuencia, el cónyuge racional es bondadoso, considerado y cortés en el trato social, y sue-

le acudir cuando su esposo lo necesita, aunque no parezca sensible a todos los matices de sus sentimientos. No debe confundirse con el narcisista, que es esencialmente incapaz de amar a otro. Si la dinámica conyugal es correcta, el cónyuge racional puede convertirse en cónyuge parental (p. ej., cuando el compañero juega el rol de cónyuge infantil indefenso, incapaz de habérselas con todas las complejidades de la vida porque su conducta está altamente determinada por su dependencia y sentimientos infantiles). El cónyuge racional tiende a serle fiel a su esposo y a procurar con diligencia el buen funcionamiento de la pareja. Únicamente, su aparente insensibilidad hacia los sentimientos y necesidades emocionales del compañero contribuye muchas veces a romper la armonía.

Este tipo de cónyuge no debe confundirse con el paralelo, que vive sin mantener un contacto emocional íntimo con su esposo; este contacto se da a menudo en aquel. Por otra parte, la esencia de su conducta no está allí, sino en la fría lógica que parece regir sus decisiones, en la actualización constante y automática de su «balance». A menos que pierda al compañero, ni él ni sus allegados alcanzarán, quizás, a darse plena cuenta de los roles verdaderamente interdependientes que desempeña con su cónyuge. Dentro de las áreas biológicas e intrapsíquicas del contrato matrimonial, el cónyuge racional tiende a presentar las siguientes características:

1. *Independencia/dependencia.* Con frecuencia es más dependiente de lo que parecería a primera vista. Establece relaciones conyugales íntimas muy dependientes, en las cuales sus propias necesidades emocionales quedan ocultas tras su papel de «administrador» de la relación marital.
2. *Actividad/pasividad.* Muy activo en las cuestiones prácticas, deja a cargo del compañero aquellos aspectos de su vida en común que tienen mayor contenido emocional: de este modo, reparte las responsabilidades entre él y su esposo basándose en un *quid pro quo* que puede ser o no satisfactorio para este.
3. *Intimidad/distanciamiento.* Puede mantener bastante intimidad, aunque tiende a evitar la expresión intensa y continuada de las motivaciones y el análisis de los sentimientos; de hecho puede haber distanciamiento y apartamiento.
4. *Poder.* Tiende a asumirlo y emplearlo, a parecer dominante, pero es común que, en muchas circunstancias, sólo tenga la apariencia de «cónyuge fuerte», siendo su esposo quien decide en última instancia. El grado de poder varía

notablemente, desde la sumisión al dominio total. No suele competir con el compañero.

5. *Miedo al abandono.* Puede oscilar entre un temor profundo y penetrante, y su ausencia casi total. Tiene buenas defensas en esta área.

6. *Posesión y dominio del compañero.* Igual que en el punto 4. Parece dominar al otro y a menudo lo hace en muchos aspectos.

7. *Grado de angustia.* Generalmente entre mediana y baja.

8. *Mecanismos de defensa.* Los más probablemente utilizados son: represión, formación reactiva, intelectualización, defensas perceptuales, desmentida, desplazamiento, inhibición de impulsos y afectos.

9. *Identidad sexual.* No hay ninguna tendencia especial a que surjan problemas.

10. *Respuesta sexual al compañero.* Puede variar entre necesitar un esposo para cumplir con las apariencias y con determinadas normas aceptables de conducta sexual, y no darle importancia al asunto. Si existe alguna tendencia, está orientada hacia la adhesión a los conceptos convencionales. No es raro que desee un compañero que exprese la franqueza e impulsividad que él teme en sí mismo.

11. *Amor a sí mismo y al compañero.* Generalmente siente un amor profundo y duradero.

12. *Estilo cognitivo.* a) No es probable que acepte uno distinto del suyo, a menos que lo haga con desdén o condescendencia. b) Tiende a ser organizado, a recoger toda la información y llegar a una conclusión lógica y «correcta». Como cree que sus conclusiones son obviamente correctas, espera que los demás se avengan a ellas.

Cónyuge camarada

Este tipo de cónyuge actúa, más que nada, para evitar la soledad; por lo común, es capaz de aceptar el trato íntimo. No espera recibir amor, pero sí busca bondad y cuidado creyéndose dispuesto a retribuirlos, quizá con el agregado de una seguridad económica. Esencialmente busca un camarada con quien compartir la vida diaria; no aspira a un amor romántico (aunque puede desearlo profundamente) y acepta de buena gana las transacciones exigidas por la vida conyugal. Algunos pueden clasificarse como «románticos apagados». El matrimonio de cónyuges camaradas puede ser muy gra-

tificante cuando satisface las necesidades principales de personas que han abandonado toda intransigencia con respecto a sus ideales, y abunda cada vez más entre la gente mayor, ya se trate de matrimonios legales o de hecho. (A veces optan por este último porque el otro implicaría la pérdida del subsidio social, o por divorcio, pensión por viudez o rentas fiduciarias.) Ven su relación como un acuerdo realista entre personas que ya no tienen ilusiones, que saben cuáles son sus necesidades y cuánto están dispuestas a dar a cambio de la satisfacción de estas últimas. La modalidad de interrelación del cónyuge camarada se basa en necesidades genuinas y profundas, sumadas a compromisos reales aceptables para él en todos los niveles de conciencia. No debe confundirse con los perfiles de conducta de las personas que pueden entablar una relación marital por temor a la soledad o a no ser amadas, pues estas aún desean un amor romántico, más que una compañía. El cónyuge camarada tiende a presentar las siguientes características, en las doce áreas:

1. *Independencia/dependencia.* Con frecuencia es una mezcla de ambas, sin inclinarse hacia uno u otro extremo.
2. *Actividad/pasividad.* Suele ser más activo que pasivo, aunque su conducta puede variar mucho en este aspecto.
3. *Intimidad/distanciamiento.* Tiende a evitar ambos extremos.
4. *Poder.* Lo ejerce, pero comúnmente no es necesario que llegue a extremos de sumisión o dominio. Por lo general no es competitivo.
5. *Miedo al abandono.* No constituye una gran fuerza motivacional. Prefiere vivir en pareja, pero no a cualquier precio.
6. *Posesión y dominio del compañero.* Igual que en el punto 4. No necesita poseer ni ser poseído.
7. *Grado de angustia.* Generalmente entre moderada y baja.
8. *Mecanismos de defensa.* Lo más común es que recurra a la sublimación, represión, formación reactiva, intelectualización, fantasías y defensa perceptual.
9. *Identidad sexual.* No suele ser un factor importante.
10. *Respuesta sexual al compañero.* Puede variar desde muy positiva y constante hasta no muy significativa.
11. *Amor a sí mismo y al compañero.* Si cambiamos «amor» por «aceptación», es un factor importante. No es necesario que haya amor en el sentido usual de la palabra, que incluye la pasión, pero sí hay aceptación, necesidad, compromiso y bondad.

12. *Estilo cognitivo.* a) Puede aceptar el del esposo, si se mantiene más o menos igual a como él lo percibió originalmente. b) Tiende a ser ordenado y racional.

Cónyuge paralelo

Es el tipo de cónyuge que interactúa evitando una relación íntimamente compartida. Por más que asegure lo contrario, quiere que el compañero respete su distanciamiento emocional y su independencia. Dentro de la relación diádica, puede obrar así por tres motivos: a) respondiendo a los intentos inconscientes del esposo de provocarle una reacción distanciada, si existe una predisposición en tal sentido; b) por su propia necesidad imperiosa de mantenerse emocionalmente apartado; c) por una combinación de las dos causas anteriores. Desea todos los accesorios convencionales del matrimonio, incluyendo la casa, los hijos, el perro, las pantuflas y el lavavajillas, pero no quiere mantener un trato íntimo. Prefiere dormir en camas o dormitorios separados, y hasta vivir en lugares distintos. En una palabra, prefiere rozarse con la punta de los dedos antes que estrecharse en un abrazo. «Compartirá» los hijos, las reuniones familiares y comunitarias, etc.; él y su compañero aparecerán unidos a ojos de los demás, pero íntimamente no lo estarán.

Para él es fundamental manipular al esposo de manera tal que ambos mantengan la distancia, sin acortar el perigo que le conviene a él. Su contrato matrimonial está basado en el miedo a perder su integridad como individuo, a ser dominado, y se resiste a cualquier clase de fusión. Manifiesta enfáticamente su sistema defensivo mediante su distanciamiento emocional; parece frío y precavido, aunque puede ser una persona sumamente agradable.

A menudo, su necesidad de distanciamiento no es más que una formación reactiva frente a una gran necesidad de dependencia, cuyo reconocimiento conciente le resulta inadmisibles; muchas veces es ultra independiente por pura reacción. Si se penetra su coraza, es posible que se transforme en un romántico deseoso de hallar un compañero que le permita alcanzar la plenitud; tal vez sea por esto que mantiene tan bien sus defensas, pues dicho cambio lo colocaría en una posición muy vulnerable frente a su esposo. El cónyuge paralelo lucha para no interesarse nunca demasiado por su compañero, pues entonces tomaría conciencia de su propia vulnerabilidad.

Este tipo de cónyuge tiende a manifestar las siguientes características, dentro de las doce áreas:

1. *Independencia/dependencia.* Es más bien independiente, pero no desea la dependencia de su esposo; en realidad, prefiere que no dependa de él. Sea cual fuere la actitud del otro, lo esencial es que respete su regla básica de distanciamiento emocional.
2. *Actividad/pasividad.* Por lo general, tiende a ser más bien activo y a autoactivarse.
3. *Intimidad/distanciamiento.* Manifiesta terminantemente un distanciamiento extremado.
4. *Poder.* Tiende a ser dueño de sí y a fijar la modalidad básica de la relación. Fuera de esto, prefiere que el compañero posea poder en las áreas de funcionamiento que él mismo designe, y que tenga actividades propias. No suele haber gran rivalidad entre los dos.
5. *Miedo al abandono.* Está bien pertrechado contra él, gracias a sus defensas básicas. La fuerza de su defensa revela su grado de angustia al respecto.
6. *Poseción y dominio del compañero.* Por un lado, no desea poseer ni ser poseído; por el otro, necesita ejercer un gran dominio para hacer que su esposo adhiera a las reglas básicas.
7. *Grado de angustia.* Tiende a ser baja; está bien defendido contra ella (véase el punto 5).
8. *Mecanismos de defensa.* Actúan con fuerza. Los más comunes son: represión, formación reactiva, intelectualización, sublimación, inhibición de impulsos y desplazamiento.
9. *Identidad sexual.* Habitualmente no es importante, pero en ciertos casos (muy raros) puede haber problemas o una profunda incertidumbre.
10. *Respuesta sexual al compañero.* Puede tener cualquier grado de intensidad. Cuando es intensa, lo usual es que se mantenga a un nivel puramente físico, con pocos componentes emocionales (o que se admitan como tales). Esto puede convertirlo en un cónyuge técnicamente apto, pero emocionalmente frío.
11. *Amor a sí mismo y al compañero.* Escaso, puesto que el amor debe inhibirse. El narcisismo es común entre estas personas.
12. *Estilo cognitivo.* a) Puede respetar o no el del compañero; rara vez es capaz de aprovechar sus aspectos positivos para complementar su propia modalidad, ya que esto exigiría intimidad. b) El suyo es rígido, con frecuente tendencia a un proceder muy bien organizado.

La sexualidad en los perfiles de conducta

Al comienzo de mis especulaciones en torno a los perfiles conductuales establecí una séptima categoría, el «cónyuge sexual», con dos subtipos, pero posteriores observaciones y estudios me hicieron comprender que no constituía un perfil por derecho propio, puesto que sus características podían incluirse dentro de todos los demás perfiles. Sin embargo, los dos subtipos sexuales resaltan lo suficiente como para merecer una mención especial. (Las consideraciones más generales con respecto al papel del sexo en el matrimonio y las cláusulas contractuales referentes a él se tratarán en el capítulo 10.)

El primer subtipo abarca a quienes parecen confundir una fuerte necesidad sexual con amor, sobrevalorando el rol del sexo dentro del contexto de la relación total. El segundo comprende a los que buscan el goce sexual con la misma pasión desesperada y arrolladora con que un drogadicto busca su dosis de droga. Estos dos subtipos conforman una ca su continuidad sin ninguna división pronunciada. Aunque son cuantitativamente diferentes, en algún punto de esa continuidad sobreviene un cambio cualitativo que convierte al apetito sexual en el principal determinante de los actos del individuo.

Algunos de los elementos de estos dos subtipos pueden estar presentes en la conducta de cónyuges que comparten una relación más compleja, sin ubicarse necesariamente en el extremo patológico de la escala.

Quiénes integran el primer subgrupo —o sea, aquellos que parecen dar excesiva importancia al sexo dentro de su relación— pueden usar su acuciante necesidad sexual como medio de autoafirmación. Como a menudo confunden sexo con amor, aquel puede convertirse en el determinante principal de su concepto del yo y de su elección de pareja. Frecuentemente constituye una aventura estimulante que refuerza su ego y es capaz de producir una sensación de alegría, una experiencia en el aquí y ahora cuyos resplandores colorean cálidamente las percepciones del compañero y desmenten los aspectos negativos de la interacción. La parte sexual de la relación acaba siéndolo todo para ellos. Muchas personas jóvenes con un fuerte impulso sexual pueden buscar pareja para «tener a mano» el goce erótico sin los rigores y angustias de los galanteos y rechazos reiterados. En esta elección, el factor predominante es la necesidad de placer sexual, dándose escasa importancia a los demás. La dinámica de este tipo de cónyuge sexual no necesita ser muy

compleja. Generalmente se trata de un hombre muy joven (o de una mujer, pues los casos femeninos son cada vez más frecuentes) deseoso de tener una fuente asidua y segura de placer sexual. Quizás es demasiado tímido para experimentar con varias personas, o bien ha dado con un compañero sexualmente adecuado y ha confundido este importante parámetro con el amor, estableciendo una relación prematura y pseudo-romántica. Antes, este tipo de relación desembocaba en el matrimonio, pero este desenlace es menos corriente hoy día, porque son más las personas capaces de vivir libremente en concubinato. Haciendo vida en común, evitan la necesidad de concretar un casamiento prematuro y tienen oportunidad de conocer lo que es un vínculo total, así como también el papel que desempeña el sexo dentro de una relación más inclusiva.

El gran número de relaciones entre personas con notables diferencias de edad se debe a que, como es previsible, cuando el sexo es el principal factor determinante de la elección de objeto, el contexto interaccional básico puede ser el de una pareja parental-infantil.* Por otra parte, aunque la esposa más joven trate de obligar al marido mayor a asumir un rol parental, lo más probable es que él entre en la relación marital por motivos derivados principalmente del deseo sexual que ella siente hacia él. En estos casos, la actitud receptiva de la compañera refuerza su sensación de masculinidad y deseabilidad. Lo mismo sucede, muchas veces, cuando un hombre joven se une a una mujer mayor, combinación que parece ser cada vez más frecuente. En estas parejas con gran diferencia de edad, el cónyuge más joven suele incluir entre sus expectativas contractuales la de que su compañero sea fuerte y cuide de él, a pesar de sus propios logros y aptitudes reales.

El segundo tipo de cónyuge sexual vive dominado por una necesidad sexual más imperativa: su vida gira en torno a sus experiencias sexuales y, en casos extremos, llega a anteponerlas a todo lo demás, llámese trabajo, hijos o reputación. Su apetito sexual es tan intenso que busca su satisfacción como el drogadicto busca la droga. El goce erótico no sólo le infunde una sensación de bienestar, sino que también resuelve todos sus problemas y lo nutre espiritual e interpersonalmente. Para este tipo de «adictos» el sexo no es un viaje de placer del yo, ni ese impulso intenso normal entre los adolescentes: es una cuestión de vida o muerte,

* O sea, una pareja en la que uno de los cónyuges tiene un perfil parental y el otro un perfil infantil. [N. de la T.]

una fuerza mitigadora de angustias. Por lo común, la sociedad ha condenado este tipo de conducta, fuertemente determinada por la sexualidad.

Es probable que la etiología de este tipo de cónyuge sexual varíe y obedezca a múltiples causas; los determinantes hormonales, ambientales e intrapsíquicos pueden desempeñar un rol importante. Dada nuestra actual falta de conocimientos, sólo podemos suponer que quien tiene deseos sexuales tan fuertes, tan plenamente gratificantes, busca en realidad la satisfacción de necesidades y fantasías infantiles de tipo amoroso. Con frecuencia, los actos y fantasías sexuales más excitantes y persistentes de la persona adulta han sido establecidos en la infancia o proceden de predisposiciones [*Anlagen*] infantiles. Algunas necesidades pueden tener que ver con sentimientos vinculados a la aceptación y rechazo parentales, y con las angustias correspondientes. La rápida recurrencia de la angustia, con su inseguridad subyacente, hace que estos individuos pronto necesiten una nueva «dosis» de sexo.

Los hombres «respetables» pueden satisfacer estos impulsos en costosas casas de citas o recurriendo a las no menos costosas *call-girls*, pero las mujeres han sido menos afortunadas en la pronta satisfacción de sus fantasías y deseos. La mayor libertad sexual de que gozamos en la actualidad, el reconocimiento de que hombres y mujeres pueden experimentar necesidades y fantasías eróticas que aumentan la excitación sexual (y a menudo le añaden un matiz especial), nos han hecho más conscientes de la intensidad y frecuencia de esos deseos, del grado de represión y sofocación a que los someten muchos adultos.

Si el «adicto» puede satisfacer sus necesidades sexuales en su hogar, integrándolas a una relación total, el sexo puede otorgar estabilidad a la diada. Es más probable que esto suceda cuando la «adicción» no se emplea para humillar o dominar al otro cónyuge. Hoy día, muchos esposos no dudan en manifestar abiertamente sus respectivos deseos y fantasías, y los dramatizan juntos dentro de la seguridad que les brinda el hogar.

Este subtipo de cónyuge sexual necesita un compañero que lo acepte en todos los niveles y que sea capaz de responderle del modo adecuado. Si hay involucrados importantes elementos sadomasoquistas, ambos deben complementarse mutuamente para que uno no sea explotado por el otro. El terapeuta no debe interponer su propio sistema de valores, a menos que la situación sea destructiva para alguno de los cónyuges. Como cada vez se acepta más que el sexo

no es intrínsecamente malo,¹ a las personas con fuertes impulsos sexuales les es hoy menos difícil hallar compañeros con quienes pueden satisfacer sin peligro sus necesidades eróticas, así como desarrollar y ejercitar sus otras cualidades emocionales.

Nuestro concepto de «normalidad» sexual ha ido cambiando rápidamente. Por ejemplo, hace apenas una generación, muchos esposos con deseos sexuales orales se veían obligados a satisfacerlos fuera del matrimonio, con personas a quienes se consideraba degradadas, porque tanto ellos como sus cónyuges creían que el *fellatio* y el *cunnilingus* eran prácticas malas y repugnantes. Del mismo modo, ahora podemos satisfacer muchos otros deseos sexuales dentro del matrimonio, aunque, por supuesto, no todas las parejas adoptarán los mismos valores en su exploración de estas nuevas libertades.

Existe una diferenciación definida, aunque un tanto elástica, entre los dos tipos de cónyuge sexual que acabamos de describir. Ambos coinciden en que cada individuo ve en su compañero un objeto sexual y él mismo se le ofrece como tal; en su relación, lo principal es el sexo. El primer subtipo no excede los límites de la «normalidad», pero tampoco presta la atención adecuada a otros aspectos importantes de la relación marital. El segundo puede caer dentro de lo patológico, aunque algunas de sus características no son necesariamente incompatibles con una relación total satisfactoria.

¹ Por supuesto, el modo en que se emplea el sexo puede ser malo: cuando se lo utiliza para dañar u ofender es tan maligno como cualquier otra manifestación de la inhumanidad del hombre hacia sus semejantes.

En el primer caso tenemos una forma de patología complementaria entre padres e hijos; en el segundo caso, una forma de patología simétrica. Esto significa, como ya pusieron de manifiesto Bateson y Watzlawick, que en la comunicación en el seno de una familia se pueden estructurar dos formas antagonistas de relación: la complementaria y la simétrica, o bien una basada en el acuerdo y otra en el contraste. Ninguna de las dos es, por definición, sana o enferma. Ambas pueden ser patológicas o sanas basándose en el nivel de rigidez que se establezca. Cada una de ellas se convierte en patógena cuando se vuelve rígida sin posibilidad de cambio.

Como escribía Nietzsche: «todo lo que es absoluto pertenece a la patología».

Capítulo 3

Los modelos actuales de la interacción familiar

Las ideas para ser exactas son incompletas.

ABAD DE CONDILLAC, *La lógica*

En este punto de nuestra exposición, después de haber puntualizado los temas y, sobre todo, los criterios metodológicos que han guiado nuestro trabajo de investigación-intervención sobre la adolescencia y la familia, es oportuno presentar el fruto de nuestras reflexiones. Para hacer esto más claro hemos recurrido a la formulación de una serie de modelos recurrentes de organización de las relaciones entre padres e hijos adolescentes que aparecen como responsables de la constitución de problemas.

Hiperprotector: ponerse en lugar de los hijos considerándolos frágiles, o la profecía que se autorrealiza.

Democrático-permisivo: padres e hijos son amigos, o la falta de autoridad.

Sacrificante: los padres se sacrifican constantemente por dar el máximo a los hijos y viceversa, o el sacrificio te hace bueno.

Intermitente: los miembros de la familia oscilan de un modelo al otro, o de todas formas estás equivocado.

Delegante: los padres delegan a los demás su papel de guía, o no cuentas conmigo.

Autoritario: los padres ejercen el poder de forma decidida y rígida, o el más fuerte es el que manda.

Para describir con claridad los modelos de organización familiar citados es necesaria una descripción de sus reglas (sintaxis), de los significados que surgen de su aplicación (semántica) y de las acciones y comportamientos que éstos originan (pragmática).

- 53 -

De cada modelo, por tanto, además de ofrecer la definición que lo distingue, presentaremos:

- Las modalidades de comunicación usuales.
- Los tipos de relación.
- Las reglas.
- Los significados que surgen.
- Las consecuencias en las acciones de las personas.

Después de la exposición de cada modelo se relatan ejemplos de casos sobre los que se ha intervenido, desbloqueando la situación problemática.

La secuencia expositiva de los modelos no es casual ya que ha sido organizada basándose en su mayor frecuencia. El primer modelo es el que aparece de forma más reiterada en nuestras observaciones, seguido en la clasificación por los demás.

MODELO HIPERPROTECTOR

Con esta definición hacemos referencia a lo que aparece como la tendencia dominante de la familia italiana de los últimos años. Una familia cada vez más pequeña, cerrada y protectora, en la cual los adultos sustituyen continuamente a los jóvenes, hacen su vida más fácil, intentan eliminar todas las dificultades, hasta intervenir directamente haciendo las cosas en su lugar.

En la práctica de nuestro trabajo, así como en nuestras discusiones durante los encuentros mensuales en el C.T.S. de Arezzo, en los que se ha confrontado la experiencia de los numerosos centros afiliados esparcidos por toda Italia, se ha observado que, detrás de los adolescentes y de los jóvenes adultos presentados como «problemáticos», ya sea por los padres o por el colegio, aparece muy a menudo un clima familiar y social hiperprotector, que nos

ha llevado a reflexionar mucho sobre este fenómeno, hasta la formulación de una clase de modelo de las tipologías de interacción entre padres e hijos que lo definen.

Modalidades comunicativas

En la familia donde la modalidad de relación que prevalece es la hiperprotección se notan las siguientes redundancias comunicativas.

Las palabras y los gestos de los padres enfatizan la dulzura, el cariño, el calor, la protección, el amor. La modalidad no verbal más significativa es «la asistencia rápida», es decir, la intervención inmediata del adulto a cada mínima dificultad del hijo.

Los objetivos de la comunicación son la preocupación por la salud física, la alimentación, el aspecto estético, el éxito y el fracaso escolar, la socialización y el deporte.

Los padres hacen muchas preguntas al hijo en relación con dónde van y qué hacen, buscando continuamente posibles dificultades para anticipar y prevenir.

Si el hijo intenta rehuir el control de los padres explicando cada vez menos, con secretos, será objeto de suaves reproches y conductas no verbales que lo descalifican: silencios y «malas caras» que llevan a un sentido de culpa.

Relaciones

La relación es constantemente de tipo complementario, con los padres situados *one-up* (posición de superioridad) y el hijo *one-down* (posición de inferioridad).

Los intentos del hijo en tomar iniciativas son, la mayoría de las veces, desalentados de forma mórbida, como: «dinos lo que te falta y nosotros te lo daremos».

- 55 -

1.ª regla: la madre aún es la «responsable designada culturalmente» (preocupada constantemente por no ser una madre lo «suficientemente buena») de la educación y de los comportamientos del hijo.

2.ª regla: el padre es, a menudo, como la madre, por lo que ambos están perfectamente de acuerdo sobre su misión de padres y olvidan que antes que nada son una pareja. O bien el padre ya no representa las reglas sino que es un observador externo que nadie escucha, frecuentemente descalificado por la mujer por su escasa intervención.

3.ª regla: hacer todo lo posible para que el hijo esté a la altura del *status symbol* que prevalece (ir vestido a la moda, hacer actividades extraescolares, tener una moto, por supuesto un móvil: ser no sólo como los otros, sino tener más).

4.ª regla: los padres raramente son capaces de intervenir con correctivos autoritarios. En otras palabras, no son capaces de castigar.

5.ª regla: por lo que respecta a las reglas, cada regla puede cambiar, sobre todo cuando resulta muy punitiva o frustrante para el hijo.

6.ª regla: la solicitud principal que recibe el hijo es la de aceptar los privilegios que la situación ofrece con el único vínculo de no ofrecer resistencia.

7.ª regla: quien se opone no pierde ningún privilegio ni el amor de los padres, se arriesga solamente a hacerlos sufrir.

¿Qué significados emergen?

- 1) No se afrontan consecuencias temibles.
- 2) Los padres o los abuelos pueden intervenir y resolverlo todo.
- 3) Los premios y los regalos no dependen de lo que hago o de

- 56 -

se ocupa de la salud de los hijos llevándolos al médico, al dentista, hace de taxista en sus actividades extraescolares.

El padre, la mayoría de las veces, o se conforma con la intervención materna, o se esfuma, o se vuelve permisivo para evitar ser menos querido o a veces se comporta como amigo del hijo.

El hijo está cada vez menos obligado a pasar cuentas de sus acciones. Pide muy a menudo la ayuda de sus padres en las tareas escolares y en los conflictos con sus compañeros. Se desanima a la más mínima dificultad. No acepta las frustraciones y reacciona con agresividad si sus necesidades y sus deseos no son satisfechos por el solo hecho de haber sido expresados. Cada vez tiene menos responsabilidad y se pretende menos de él.

No es raro que esto conduzca a una sensación de estúpida omnipotencia.

Hay que subrayar, como veremos con detalle en el capítulo siguiente, que durante la adolescencia existe disparidad en la evolución y en la madurez, sobre todo en el sentido de la responsabilidad, entre hombres y mujeres. Éstas, debido a su naturaleza y a estructuras socioculturales, se encuentran antes e inevitablemente expuestas a la dificultad y a la responsabilidad (basta pensar en la menstruación y en la maternidad) y son educadas con menos privilegios en relación con los hombres, quienes acaban por crecer más frágiles. Lo que caracteriza a los jóvenes entre 20 y 30 años es que un buen número de varones pertenece a la categoría que nos gusta definir como «varones patosos», que no saben tomar responsabilidades porque no están habituados, y un buen número de féminas a la categoría de las «mujeres desilusionadas», a la búsqueda de un hombre que sepa protegerlas (que, ¡ay de mí!, parece una raza en peligro de extinción).

Aquellos hijos, no muchos en verdad, que se rebelan a esta superimplicación, también afectiva, de los padres, intentarán eludir el control con comportamientos como ser evasivos sobre dónde van, con quién salen y lo que hacen, contar mentiras, tener apagado el móvil o no contestar las llamadas de casa cuando están

los resultados que obtengo, puesto que existo y soy extraordinario, las cosas me corresponden por derecho y no me he de cansar para conseguirlas.

Se observa una posición exagerada del hijo, elevado a símbolo del valor positivo o negativo del núcleo familiar entero; su éxito o su fracaso o una anomalía suya (dientes «torcidos», demasiado gordo, etc.) califica o descalifica a los padres. Las personas individuales no valen por sí mismas, sino como parte de un todo que le trasciende: la familia.

La sobreabundancia de cuidados y sobre todo aquello que hemos definido como «asistencia rápida» se manda como mensaje de amor: «lo hago todo por ti, porque te quiero», pero contiene una sutil e inconsciente descalificación: «yo lo hago todo por ti porque quizás tú solo no podrías», que puede transmitir al hijo la sensación o la sospecha de que es un incapaz. Frecuentemente, esta duda (profecía) se convierte en realidad y puede acarrear graves problemas al adolescente.

En una situación de comodidad como ésta, en la gran mayoría de estas familias, los hijos acaban por rendirse sin lucha, renunciando al pleno control de su vida y confiándola cada vez más a los padres.

Su vida se desarrolla en la jaula dorada del privilegio de la que es difícil salir, ya sea por deuda de reconocimiento ya sea por incapacidad.

¿Cuáles son las consecuencias en las acciones de las personas?

La madre, habitualmente, alimenta, viste, le hace sus compras, se interesa por sus estudios y va a hablar con los profesores, participa en las reuniones para padres, lee libros sobre educación,

- 57 -

dando una vuelta, hablar muy poco, cortar por lo sano en familia para evitar el riesgo de soportar un alud de preguntas, asumir actitudes y conductas que contrastan con el modelo familiar.

Este comportamiento de los hijos hará que aumente el comportamiento de control y protección por parte de los padres, ya sea a través de informaciones obtenidas por amigos de los hijos, ya sea a través de vigilancia, la mayor parte de las veces llevada a cabo por el padre (por insistencia de la madre) para verificar si lo que ha dicho corresponde a la verdad o no. Cuanto más quieran saber los padres, menos explicarán los hijos. Cuanto más intenten los padres limitar la libertad, más intentarán los hijos escapar; cuanto menor sea la libertad de acción que la familia concede al joven, más tenderá éste a tomársela, con rebeldías a veces realmente violentas que pueden conducir a comportamientos problemáticos.

Con todo el amor, la disponibilidad, la paciencia, la dedicación posible e imaginable, estas familias forman personas en las que el talento y la capacidad tienden a atrofiarse porque no son puestos a prueba ni se ejercitan.

Se observa en la adolescencia la aparición de toda una serie de problemas o trastornos psíquicos y de comportamiento sobre la base de la incertidumbre, inseguridad y menosprecio, porque estos jóvenes, conscientes o inconscientes, no creen en sus capacidades y, por consiguiente, no logran asumir riesgos ni, aún menos, responsabilidades.

Los padres, a menudo, se dirigen a especialistas justamente para lamentarse o para pedir ayuda: los hijos (especialmente los varones), frente a un obstáculo, la mayoría de las veces, o se rinden o intentan evitarlo, y los padres no comprenden por qué sucede, visto todo el afecto, el amor, los cuidados tan profusos en educarlo. La reacción será, sin embargo, ayudarlo aún más.

Los problemas que llevan a la familia o a los mismos hijos a pedir la ayuda del experto van desde los problemas escolares (aban-

dono o dificultad general, ya sea en el aprovechamiento ya sea en el comportamiento en el colegio), a la neurosis de ansiedad, de las depresiones a los problemas en la esfera afectiva (desilusiones amorosas que no logran superar o relaciones amorosas interrumpidas constantemente), trastornos de la sexualidad y de la alimentación.

Como a menudo los autores hemos constatado en conferencias o en cursos de reciclaje a padres y a profesores, es muy difícil hacer entender que la semilla de la patología puede anidar en el amor excesivo. La bondad imperante, como la filosofía de Hegel, se muestra resistente a los asaltos de la evidencia. Para muchas personas no es asumible pensar que el amor pueda corromper. Y «si los hechos no concuerdan con la teoría, tanto peor para los hechos» (Hegel).

A este propósito es representativa la afirmación de una madre durante una entrevista: «cómo puedo dañar a mi hijo con demasiado amor, el amor nunca ha hecho daño, es su falta lo que hace daño».

Desgraciadamente, en cambio, por todo lo que hemos observado, el amor excesivo que acepta sin condiciones cualquier comportamiento, y sobre todo aquellos que nos dan fe de alguna debilidad, se transforma en compasión que refuerza el trastorno en vez de combatirlo eficazmente.¹

La consecuencia más dañina es que el hijo, en esta fase crucial de su autoconstrucción, puede ser obstaculizado, con su misma complicidad, en la construcción de la autonomía y el sentido de independencia que debería ser el cimiento de su integridad psicológica. Todo esto tiende a producir personas cada vez menos responsables y capaces de asumir en primera persona el peso de sus vidas. En otras palabras, disminuye lo que los filósofos defi-

1. Si esta madre se pone en lugar del hijo y hace lo que éste debería hacer, en efecto, le impide activarse, buscar y encontrar en sí mismo recursos útiles para superar sus límites, volviéndolo cada vez más dependiente y débil.

nen como «el libre albedrío», o la capacidad de escoger, asumiendo la responsabilidad de las propias acciones. Y a la responsabilidad de escoger nadie puede sustraerse en el transcurso de su propia vida.

Como escribe José Ortega y Gasset, «el hombre no tiene una naturaleza, sino una historia. El hombre no es otra cosa que un drama. Su vida es algo que escoger, construir, mientras avanza. El ser humano consiste en aquella elección y en aquella inventiva. Cada ser humano es el novelista de sí mismo y si bien puede escoger entre ser un escritor original o uno que copia, no puede evitarse escoger. Está condenado a ser libre».²

La reflexión sobre estas palabras invita a una atenta consideración de cuán llena de consecuencias puede estar una condición familiar en la que parece que la elección es la de no dejar elegir a las nuevas generaciones. Aunque todo esto se persigue con las mejores intenciones de ayudar a los hijos a crecer mejor y sin problemas. Todo esto, si se realiza como se ha descrito anteriormente, también gracias a la nefasta complicidad de una pedagogía retrasada, moralista e ideológica que lleva a los padres a sentirse culpables cada vez que asumen una posición que pueda crear dificultades a los hijos.

Relatos

Se dirigió a nuestro centro de Arezzo una familia, compuesta por la madre, médico, el padre, ingeniero, y la hija de 14 años, derivada por un psiquiatra que al haber encontrado marcadas dificultades al tratar el trastorno anoréxico de la niña, decidió solicitar nuestra intervención.

2. Extraído de Heinz Von Foerster en *Ética y cibernética de 2º orden*, compilado por Watzlawick, P., y Nardone, G., 1997, pág. 49.

La familia se mostró desde los inicios de nuestra interacción como la llamada familia «modélica», es decir, una bella pareja de padres, en armonía entre ellos, y una hija que conservaba una notable belleza aunque por debajo de los 40 kilos. Los padres, al describir la situación que les había llevado hasta nosotros, destacaron que todo lo que hasta aquel momento habían intentado hacer, basándose en los conocimientos médicos de la madre, y mediante la ayuda de un colega suyo nutricionista y de un psiquiatra, no había producido ningún efecto; al contrario, seguía perdiendo peso, reducía su alimentación y se aislaba completamente. La madre, vista la situación, había solicitado la baja temporal y ahora pasaba todo el día con la hija, la cual le pedía una atención continuada y la seguridad de que la poca comida que conseguía comer no la hiciese engordar. La madre médico había entrado en una verdadera condición de complementariedad patológica con el trastorno de la hija, ya que sus atenciones cada vez mayores correspondían a las cada vez mayores exigencias de la hija, hasta el punto de que el marido había sido expulsado de su lugar en la cama al lado de la madre, porque la hija le había pedido a ésta tenerla a su lado por la noche para protegerla de las pesadillas que no la dejaban dormir.

El padre había aceptado esta condición porque la creía de ayuda para su hija. Pero, como sucede a menudo en estos casos, los intentos de solución agravan el problema en lugar de resolverlo. La actitud cálida, acogedora y protectora de los padres estaba alimentando, en realidad, la patología de la hija.

Era indispensable romper la condición de complementariedad patológica. Decidimos hacer salir a la hija para hablar sólo con los padres, pero lo hicimos anunciando que estábamos observando algo extraño en su madre que queríamos descubrir. Ésta, como el lector enseguida comprenderá, fue una maniobra para crear en la hija una expectativa de preocupación en su relación con la madre. Una vez solos con los padres, que eran personas francamente colaboradoras, explicamos lo que habíamos observado y que con las mejores intenciones se estaban produciendo los peores efectos.

Después les prescribimos que pusieran en acción una estrategia aparentemente extraña: le pedimos a la madre que declarara a la hija su estado de profundo malestar, que los médicos habían diagnosticado como un estado depresivo agudo. Subrayamos que estábamos convencidos de que esto no le iba a ser difícil ya que ella efectivamente se hallaba en un estado de fuerte malestar emocional. Dijo que por supuesto que lo iba a hacer porque era lo que realmente experimentaba; a esto le siguió la indicación de representar al menos una vez al día una escena de agresión verbal en su relación con la hija, en la que debería echarle una sermón en su contra, seguido de una posición de indiferencia hacia ella. La madre, otra vez de acuerdo, afirmó que en realidad estaba experimentando también mucha rabia con su hija, que la había puesto contra las cuerdas como madre, a pesar de todo lo que hacían por ella. Al padre, en cambio, le sugerimos que cogiera aparte a la hija y le dijera: «Me preocupa decirte que, por desgracia, mamá ha entrado en un estado real de patología, por lo que debo advertirte que muy probablemente podrá tener reacciones de fuerte rechazo y agresividad, porque te hace responsable de su estado».

Después de haber dado estas indicaciones, hicimos entrar de nuevo a la niña, que manifestó enseguida su preocupación porque la madre, que durante la entrevista había llorado, al salir del estudio la había evitado friamente. Explicamos a la hija, de acuerdo con la estrategia adoptada, que por desgracia para ella su madre estaba atravesando un periodo de crisis depresiva porque le obsesionaba el hecho de que su propia hija pudiese convertirse en anoréxica. Para ayudar a su madre necesitábamos su ayuda, que tenía que consistir en tranquilizarla con respecto a sus «paranoias» y aceptar el hecho de que en los días siguientes la rechazase y quizás la agrediese de palabra. La niña, con los ojos llenos de lágrimas, dijo que estaba dispuesta a hacer lo que fuera para ayudar a su madre con tal que no se alejara definitivamente de ella.

Al cabo de quince días vimos de nuevo a la familia. Hicimos entrar primero a los padres, que con una gran sonrisa expresie-

ron toda su satisfacción: la hija había aumentado dos kilos, había vuelto a comer con regularidad, sin pedir que la tranquilizaran ni hacer cuento. Además, había vuelto a ver a los amigos anteriores que había abandonado y, finalmente, había ido a la fiesta de cumpleaños de una amiga. El padre, divertido, dijo que su mujer había sido realmente buena en representar su papel de «depresiva desenfrenada» y que cuando, cada día, había puesto en acción su escena de agresión verbal con la hija no parecía que lo estuviese representando. La madre, por su parte, comentó que todo aquello le había venido muy bien y que, es más, le había servido para descargar su tensión. Los padres continuaron con la descripción de otros cambios, diciendo que la hija en aquellas dos semanas había acudido mucho a su padre solicitando noticias respecto al problema de la madre; además, ella misma había pedido a su padre que volviera a la cama con la madre porque era ella ahora la que más lo necesitaba.

Después de los padres, nos entrevistamos nuevamente con la hija a la que felicitamos por haber sido capaz de afrontar las agresiones maternas y, sobre todo, por habernos echado una mano para ayudar a su madre, a la que habíamos encontrado mejor. Por tanto, le aconsejamos continuar por ese mismo camino; ella dijo sonriente que estaba muy contenta y que sin dudar lo seguiría en la misma dirección. En el transcurso de dos meses, la muchacha recuperó completamente su peso y su vida interpersonal fuera de la familia, estableciendo paralelamente una nueva relación con sus padres, basado, esta vez, no en una complementariedad patológica sino en una complementariedad que hacía funcionar la relación.

La intervención estratégica efectuada por nosotros fue la de derribar un modelo de interacción patógeno transformándolo en terapéutico. De una situación de morbosa hiperprotección de la madre en sus relaciones con la hija, se pasó, gracias a la intervención, a una condición de protección de la hija en su relación con la madre. Se trastocó completamente el sistema anterior de interacción, hasta conseguir al final de la intervención, una dimen-

sión relacional de la familia basada en una sana complicidad, dentro de la cual llegaron a distinguirse claramente los roles, el de la pareja y el de la hija.

Se dirigió a nosotros una pareja de padres que solicitaban ayuda para gestionar la relación con dos hijos con los que, a pesar de su esfuerzo, las cosas no iban justamente por el camino correcto. La suya, nos dijeron, era una familia donde nunca había habido problemas graves, ni de tipo económico ni de tipo relacional, hasta que ambos hijos, uno de veinticinco y otro de veintiocho años, habían comenzado a manifestar actitudes de rechazo y desinterés en sus relaciones, lo que obviamente les había sumido en una crisis profunda. La situación que nos presentaron era la siguiente: el mayor de los hijos, a pesar de las presiones paternas y la ayuda constante, había abandonado los estudios, interrumpiendo la universidad para dedicarse a un empleo que los padres consideraban de bajo nivel: trabajar en una comunidad para la recuperación de toxicómanos. El padre, profesor universitario, lo desaprobaba profundamente, también porque dijo que había hecho de todo por ayudar a su hijo en los estudios, hasta el punto de pedir a sus colegas que lo ayudaran. Pero todo esto sólo había conseguido irritar muchísimo al hijo y acelerar el abandono de sus estudios. Además, describieron a este hijo como un joven muy dulce y refinado, manifestaba agresividad únicamente en sus relaciones con ellos, mientras que con el mundo exterior se mostraba como una persona delicada. Añadieron que, según ellos, los problemas del hijo se debían a una extraña relación que éste había establecido con un amigo suyo, más joven, al que parecía completamente sometido psicológicamente y al que seguía en todo y por todo, sometándose a todas sus demandas y llenándolo de atenciones y frecuentes regalos. Finalmente, dijeron que este hijo, desde hacía unos años, se había ido a vivir a un apartamento, no lejos de su casa, pero, como sus ganancias eran muy exiguas, la madre le proveía de todo, desde los gastos diarios a

136

sus ropas, y le pasaba semanalmente una cierta cantidad de dinero. Como el lector podrá comprender, nos hallábamos frente a una situación de hiperprotección extrema, ya que la familia continuaba manteniendo económicamente al hijo fuera de su casa y, a pesar de su rechazo, ayudándolo hasta el extremo de dirigirse a un especialista para poderlo hacer mejor. El otro hijo, en cambio, continuaba sus estudios, estaba fuera de casa muchas semanas, había escogido una universidad lejos de la ciudad de la familia —aunque allí podía cursar sus estudios— y se había presentado a muy pocos exámenes. En la práctica, se daba una buena vida a expensas de sus padres, estudiando poco y divirtiéndose mucho, a decir de la madre, puesto que tenía a su disposición toda una casa para él, un coche, una moto y todo el dinero que quería. Está claro que en esta situación sólo una persona muy motivada para el éxito hubiera podido resistir la tentación de dejarse llevar por el placer desenfrenado. Los padres contaron que, a veces, habían asumido una actitud ligeramente más dura con los hijos, pero habían observado en el primer hijo una reacción de sufrimiento, tan insostenible para ellos, que habían puesto en marcha de nuevo su comportamiento hiperprotector. El segundo hijo había comenzado a manifestar reacciones de rebeldía violenta a las restricciones. Los padres entonces se habían asustado mucho y, temiendo que pudiera meterse en problemas y buscar el dinero de otra manera, habían reactivado sus indiscriminados donativos.

Las indicaciones para estos padres tenían que seguir los pasos de su propia lógica protectora como vehículo de cambio; de nada hubiera servido someterlos a un proceso con la acusación de ser culpables de haber producido, con su exceso de atenciones y protecciones, dos situaciones que luego se habían vuelto contra ellos. Así que les sugerimos que comenzaran a pensar que toda su anterior capacidad en ayudar a los hijos, en esta situación, no bastaba; sería necesario un ulterior esfuerzo por su parte para ayudarlos a salir de aquella situación inacabable.

Es muy importante subrayar que si se quiere hacer cambiar de actitud a alguien, para cambiar su resistencia, hay que utilizar su misma lógica, sus mismos argumentos y su mismo lenguaje (Nardone, 1991, Nardone, Marzotti, Milanese, Fiorenza, 2000).

En esta línea, afirmamos que se trataba de esforzarse en conseguir que estos dos hijos fueran capaces de afrontar las dificultades de su vida, que confiaran en sus propios recursos personales y no tan sólo en la ayuda de la familia. Para obtener esto, los padres tenían que poner en acción un último sacrificio, representado por la antigua estrategia china «lanzar el ladrillo para obtener el jade». En otras palabras, tenían que iniciar unos pequeños boicots voluntarios en sus acciones protectoras con relación a los hijos. Por ejemplo, en relación con el «pequeño príncipe» universitario, ingresar en su cuenta bancaria, como si fuese un error, una cifra mucho más baja de la que él solicitaba, disculpándose por el error, pero continuar cometiendo el mismo «error sistemático».

En relación con el otro hijo, equivocarse de forma voluntaria en cualquiera de los recados que la madre hacía por él, olvidarse de dejarle el dinero, etc.

Los padres objetaron que, de este modo, los hijos les tomarían por tontos. Les explicamos que ésta era una manera suave para que asumieran responsabilidades de forma gradual, pensando justamente que ya no podrían contar con ellos como antes. Puesto que nos parecía improbable una posición de deliberada reducción de ayuda por su parte, esta estrategia resultaba ser la más indicada. A esta indicación le añadimos la prescripción de la «conjura del silencio» en relación con su preocupación por los hijos. En otras palabras, invitábamos a los padres a que interrumpieran cualquier tentativa de exhortación puesta en acción en los últimos años para hacer cambiar a sus hijos. O sea, observar sin intervenir, cualquiera que fuese la reacción de los hijos, disculpándose de todas formas por los errores cometidos en el caso de que hubieran reclamado.

Utilizando una comunicación suavemente persuasiva habíamos pedido a los padres que cambiaran radicalmente su actitud en relación con los hijos, es decir, que pasaran de un comportamiento hiperprotector a otro de desinterés y ligero boicot, que pudiera transformar su relación de patológicamente complementaria a benévolamente simétrica.

En la siguiente entrevista, después de un mes, la madre comenzó afirmando que aquel había sido el mes más intenso de su vida, ya que le había costado mucho evitar el contacto con sus dos hijos y resistir la tentación de intervenir inmediatamente a sus demandas. Sin embargo, lo extraño era que, por primera vez, habían sido ellos quienes la habían buscado y no sólo para reclamarle algunos errores cometidos por ella y por su marido, sino sobre todo para manifestarle su preocupación o para charlar un poco. Después de las primeras reacciones de sorpresa, ambos hijos habían asumido una nueva actitud hacia sus padres, basada en la búsqueda de contacto en lugar del rechazo.

La otra cosa curiosa destacada por el padre era que, por primera vez, los hijos habían empezado a hacer ellos solos algunas cosas para las que antes pedían su ayuda. Además, el padre expuso una realidad que, por lo visto, antes habían rehusado ver o de la que por lo menos no habían hablado: durante este mes, en el que él y su mujer habían estado más tiempo juntos como pareja y habían observado el comportamiento de los hijos sin intervenir, había surgido la duda de que el hijo mayor no hubiese sido sometido psicológicamente por su amigo, como habían declarado antes, sino que fuese homosexual. La duda se había reforzado por el hecho de que en los últimos días el hijo había solicitado a su madre permiso para celebrar una fiesta con sus amigos en casa de los padres, pidiendo, además, a la madre que preparara las cosas e hiciera la comida. A esta sorprendente petición, pues era la primera vez que el hijo pedía llevar a sus amigos a casa de los padres, éste había añadido: «No os sorprendáis si mis amigos son un poco extraños y sobre todo sin son todos varones».

liar anterior había evolucionado hacia una espiral virtuosa. Esto significaba que cada uno de los hijos había comenzado a asumir cada vez más responsabilidad personal y a disminuir las peticiones, y a aumentar las atenciones y los cuidados en la relación con sus padres.

Lo que hizo posible el cambio fue guiar a los padres a originar pequeños cambios que condujeron a una reacción en cadena hasta el completo giro de la situación relacional entre ellos y los hijos. Su hiperprotección fue reorientada sin ningún conflicto hacia una forma colaboradora de relación. Las intervenciones estratégicas realmente eficaces son aquellas que se basan en pequeñas intervenciones que producen grandes efectos.

Por lo demás, como la teoría de las «catástrofes» (Thom, 1990) nos enseña, todo esto es realmente natural.

Tanto en la naturaleza como en las relaciones humanas se observan a menudo fenómenos basados en el «efecto mariposa», por el que el batido de las alas de una mariposa ocurrido en un determinado espacio y tiempo origina una reacción en cadena de acontecimientos hasta producir un tornado a muchas millas de distancia.

MODELO DEMOCRÁTICO-PERMISSIVO

La característica que mejor distingue este modelo es la ausencia de jerarquías. Ya en el momento en que se forma la pareja, habitualmente, el contrato prevé un amplio margen de libertad para los cónyuges, a menudo diplomados o licenciados, y ambos insertos en el mundo del trabajo. La mayoría de las veces se observa una situación paritaria desde un punto de vista económico y la tendencia a una distribución de las competencias en la gestión de la vida cotidiana.

La madre, muy impresionada, dijo que, quizás, ella y el marido habían rehusado siempre mirar de frente la realidad por ser muy turbadora para ellos. A esta afirmación le siguió la descripción de muchos pequeños detalles de la vida del hijo que ahora parecían claros, mientras que antes, a sus ojos, parecían solamente intentos de huida. La madre añadió que estaba dispuesta a hacer todo lo que el hijo le pedía ya que observaba un primer e importante acercamiento entre ambos.

Felicitemos a los padres por su gran capacidad en conseguir poner en acción un guión de comportamiento completamente distinto al que hasta el momento habían seguido y, obviamente, lo hicimos de forma que se sintieran los auténticos responsables de los cambios observados. Concluimos la sesión prescribiendo a los padres que continuaran con la estrategia de observar sin intervenir y de cometer pequeños errores voluntarios, para después pasar a pequeñas demandas de favores expuestas en forma de solicitud de ayuda.

Al mes siguiente los padres nos describieron una situación radicalmente distinta a la presentada en el primer encuentro: explicaron que el hijo universitario había pasado con éxito un examen sin haber pedido ayuda a su padre. Ambos hijos no sólo habían aceptado de buen grado las demandas de ayuda de los padres, sino que telefoneaban a menudo e iban tranquilamente a comer o a cenar con sus padres. Obviamente, esta nueva atmósfera familiar hacía a los padres muy felices.

Por lo que respecta al hijo mayor, la madre explicó que al silencioso conflicto anterior lo estaba sustituyendo una especie de complicidad. Ella interpretó este cambio como el efecto de haber visto y aceptado, por primera vez, las características del hijo. Nos contó lo bien que había ido la fiesta y lo afectuoso que había estado el hijo con ella en aquella ocasión, presentándola a todos sus amigos como una madre extraordinaria.

Nos entrevistamos algunas veces más con esta pareja y continuaron refiriéndonos que la espiral viciosa de la interacción fami-

A menudo este modelo es el fruto de premisas ideológicas que puede madurar en el seno de la familia de origen en la que ya estaba en vigor un estilo educativo democrático; o bien en contextos juveniles de compromiso social, cultural o político; o aun como rebelión al modelo de la propia familia de origen.

Los presupuestos que hemos notado con mayor frecuencia son los siguientes:

- Las cosas se hacen por convencimiento y consenso, y no por imposición.
- El consenso se obtiene a través del diálogo fundado en argumentos válidos y razonables.
- Las reglas se pactan.
- El contrato es el único enemigo de la prevaricación.
- La finalidad principal que se debe perseguir es la armonía y la ausencia de conflictos.
- Todos los componentes de la familia tienen los mismos derechos.

La relación de pareja tiende a una alternancia flexible de interacciones complementarias según los ámbitos de competencia y las situaciones. Cuando se prefigura una escalada simétrica, un conflicto, un litigio, el acuerdo se busca a cualquier precio en nombre de la armonía y es justamente en ese momento cuando la flexibilidad puede transformarse en sumisión.

Se entrega, habitualmente, el que posee una menor habilidad de comunicación y de argumentación, pero también quien menos tiende a la autoafirmación y quien más teme la aparición de la agresividad. Apenas se perfila un conflicto no combate, cede, se desliza de una manera inconsciente a una *down-position* (posición de inferioridad), rápida pero no estratégicamente escogida en nombre de la salvaguardia de la «paz familiar». En el momento en el que las relaciones de vuelven más complejas por el nacimiento de un niño, los hijos se convierten en dominantes y los padres sufren sus deseos y caprichos.

Pero, ¿cómo es posible que padres tan preparados y atentos en no convertirse en dictadores se conviertan en rehenes de los hijos y que éstos se transformen en «pequeños tiranos»?

Es uno de estos casos clarísimos en los que la «mejor intención», en este caso la salvaguardia de la democracia, produce una consecuencia opuesta.

Con la llegada de los hijos aumentan las «insidias» al equilibrio familiar. El desafío de la complejidad requiere nuevas estrategias, tácticas e instrumentos, y por el contrario, la pareja recurre a la situación del sometimiento, sobre todo si ha funcionado en la relación a dos.

El estilo de comunicación democrática de la pareja nace de una situación paritaria, ya sea en relación con la fuerza contractual, ya sea por el hecho de compartir las premisas, y no puede traspasarse sin ser adaptado y reelaborado en el contexto ampliado de la familia con hijos, ya que perdería su connotación democrática para convertirse simplemente en estilo permisivo.

Por utilizar una analogía con el gobierno de un país, estas familias admiten a los hijos en el parlamento como si ya fuesen adultos maduros y responsables.

LOS HIJOS EN EL PARLAMENTO En la democracia, las reglas se discuten entre iguales. El hijo, al ser admitido en la discusión o en la elección autónoma en edad precoz, queda cargado por una responsabilidad demasiado grande para él, ya que no posee ni mapas conceptuales, ni competencias adaptadas para orientar sus propios comportamientos hacia su bienestar fisiológico (nutrición, ritmos de sueño y vigilia, movimiento y paro, o uso de los medios de comunicación) ni psicológico (valoración seguridad o peligro, calibración de las experiencias emocionales y afectivas, cariño o desinterés).

LOS TRIBUNALES NO EXISTEN En la democracia, una vez establecidas las leyes, su falta de respeto prevé sanciones y penas. Por

el contrario, las premisas de la familia democrático-permisiva no prevén que las reglas sean impuestas con firmeza y decisión, y tampoco prevén sanciones: las reglas sólo se enuncian, se explican y argumentan con suavidad y con palabras. Una regla sin consecuencias pragmáticas puede definirse como un consejo o advertencia, pero no como una regla o norma, ya que su trasgresión no prevé ningún efecto práctico sobre el comportamiento. Conclusiones: la familia democrático-permisiva vive en una constante fluctuación y transformación de las reglas.

LA MINORÍA SIEMPRE GANA La tolerancia al conflicto y a la discusión es muy baja, así como está poco desarrollada la capacidad de contener las emociones y superar la ansiedad; en el momento en que el deber educativo provoca tensiones y resistencia por parte de los hijos, aparece la solución del sometimiento que, en aquel momento, reporta la «paz familiar».

Pero nosotros invitamos a reflexionar sobre el mensaje que este tipo de interacción sobrentiende. ¿Qué consecuencias extraerá un adolescente de un comportamiento de continua rendición por parte de los padres?: «Cuanto más prepotente soy, más consigo».

Y el padre que frente a pequeñas muestras de prepotencia no ha sabido hacer otra cosa que rendirse, ¿qué hará frente a grandes muestras de prepotencia?

Llegan los momentos difíciles, los padres notan malas costumbres, el hijo empieza a tomarse demasiadas libertades: en las salidas nocturnas, al faltar a clase, o al frecuentar compañías poco conocidas. En este punto puede construirse o una simetría o una complementariedad patógenas. Se puede establecer una complementariedad patógena cuando los padres comienzan a disuadir al hijo con razonamientos, ejemplos y presuposiciones de graves consecuencias, sin darse cuenta de que al hijo le llega un mensaje de incapacidad de pasar a la acción. En particular, el padre no consigue convertirse en un héroe, más que sin man-

cha sobre todo sin miedo, que lo pueda salvar de los peligros en los que se va a meter. Mientras más insistan los padres con los mítines, más harán probable los comportamientos de riesgo. En este momento, los hijos podrán buscar fuera de los muros domésticos, entre compañeros ya metidos en contextos de transgresión, aquellos héroes fuertes y sin miedo que sean ejemplo y guía para ellos, ya que en los padres dóciles no se puede confiar en el momento de la necesidad.

La docilidad no es una solución, sino un intento de solución, que no elimina el problema sino que lo aplaza y crea las condiciones para hacerlo resurgir ampliado. De esta forma, el estilo de comunicación democrático-permisivo, que puede tener una validez funcional y positiva en la vida de pareja, traspasado al contexto amplio de la familia se transforma en un estilo que crea el clima ideal para que crezcan los jóvenes tiranos.

Relaciones

Habitualmente, no existen jerarquías preestablecidas porque la tendencia se dirige hacia el diálogo y la estipulación de acuerdos. En los momentos en que surge la necesidad de una intervención educativa, se instaura la siguiente dinámica: escalada simétrica hasta el punto en que los padres pierden la calma pero evitan el conflicto cediendo.

Los padres conquistan el poder un poco como ocurre entre coetáneos, se vuelven confidentes y cómplices cuando es posible; en definitiva, se comportan más como amigos de los hijos que como guías con autoridad.

En la organización de la vida familiar se tiende a crear una situación de equilibrio con una distribución de tareas entre todos los miembros, pero se tolera con mucha facilidad que los hijos no lleven a término los trabajos que les competen.

Estos padres son tan tolerantes en relación con el comporta-

miento de su núcleo familiar como hipercríticos respecto a los comportamientos de otros núcleos familiares, sobre todo aquellos que destacan por actitudes y conductas en contraste con sus valores democráticos.

Las reglas

1.ª regla: El bien supremo que se debe perseguir es la «paz familiar», la armonía, la amistad.

2.ª regla: Todos los miembros de la familia forman parte, con los mismos derechos, del consejo familiar, desde el nacimiento.

3.ª regla: Toda decisión debe originarse del deliberado y unánime consenso de todos.

4.ª regla: Hacer de padre no es solamente un hecho instintivo y natural, sino que comporta un proceso de información-formación.

¿Qué significados emergen?

- El desacuerdo de uno puede bloquear cualquier decisión.
- Todos pueden modificar una regla a su propia conveniencia.
- Si no se respetan las reglas no sucede nada grave.
- Lo que quieren los hijos y lo que quieren los padres está en el mismo plano.
- Si uno juega la carta del obstruccionismo y de la amenaza al equilibrio, tiene muchas posibilidades de salirse con la suya.
- Los comportamientos no son instintivos, sino que provienen de la elaboración personal de teorías científicas, pedagógicas, filosóficas e ideológicas.

Los padres, en general, asumen y ejercitan conscientemente su papel: se informan con lecturas de textos divulgativos sobre los problemas de la edad evolutiva, proporcionan a los hijos oportunidades de socialización con visitas, comidas, cenas con parientes y amigos, invitan a fiestas a sus amigos, frecuentan círculos culturales y asociaciones de voluntariado con el fin de implicar a los hijos en experiencias análogas, mantienen contactos frecuentes con las instituciones escolares incluso como representantes en los órganos colegiales.

El fenómeno más interesante que se pone de manifiesto es el comportamiento de los padres que se destacan por su colaboración activa con la madre, ya sea en el periodo neonatal (se levantan por la noche, organizan turnos de trabajo para garantizar su presencia),³ ya sea a continuación, pasando parte de su tiempo libre con los hijos.

Sin querer infravalorar esta importante ruptura de esquemas arcaicos, puesta de manifiesto por la reciente bibliografía psicológica sobre los nuevos padres,⁴ es obligado señalar que las tareas inherentes a la satisfacción de necesidades materiales competen todavía en gran parte a la mujer.⁵

No obstante la repetida afirmación teórica de que «la ley es igual para todos», a los hijos no se les impone ninguna prestación que se relacione con el desarrollo de tareas domésticas. Y es real-

3. Aún no es muy elevado, pero sí apreciable el número de padres que se benefician del artículo 7 de la ley 903/1977 que extiende al padre el derecho a la baja por paternidad y a otros permisos especiales para el cuidado al hijo pequeño.

4. Ejemplos significativos son los textos de Scaparro (1996) y Pietropolli Charmet (1999).

5. Gianni Galino (2000) pone de manifiesto, en una publicación reciente, que muchos jóvenes adolescentes todavía perciben y representan preferentemente a la madre dedicada a desarrollar tareas domésticas, con independencia de su nivel cultural y de su esfuerzo en el mundo del trabajo.

hijo no encuentra en los padres aquel sostén estable y tranquilizador y se inician las discusiones, las incomprensiones y los primeros enfrentamientos. Habitualmente, el joven manifiesta comportamientos de rechazo y rebeldía, pero no consigue llegar a ser autónomo. Parece que haga pagar a sus propios familiares parte de sus dificultades y no es raro que se conviertan en auténticas patologías psicológicas (obsesiones, fobias, trastornos alimentarios, etc.).

Relatos

Llegaron a nuestro centro un padre y su hijo de diecinueve años. El padre, que tendría unos cincuenta años, vestía de manera muy juvenil, parecida a la del hijo. Eran muy amables y educados en su trato y daban una idea de relación ideal entre padre e hijo. El padre expuso el problema del hijo: una irrefrenable enuresis nocturna, es decir, que se orinaba en la cama. Cada noche tenía más episodios de enuresis. La situación se producía desde hacía algunos años y todas las soluciones intentadas hasta la fecha (tratamiento farmacológico, psicoterapias diversas, etc.) no habían surtido ningún efecto. El último diagnóstico que les habían dado era uno que describía al hijo como una persona con un sueño tan profundo que le impedía sentir el estímulo para orinar que le hubiera permitido despertarse e ir al baño. Pero, por lo que parecía, nada funcionaba para aligerar el sueño del joven o reducir su tendencia a la enuresis. Finalmente habían intentado una drástica reducción del aporte diario de líquidos, pero tampoco en este caso había cambiado algo, en el sentido en que, aunque reducía el volumen de orina expulsada por la noche, el fenómeno permanecía del todo invariable.

La curiosa dinámica relacional observada en este coloquio era la típica de un padre y su hijo en una especie de relación de amistad con actitudes de total y recíproca aceptación. En efecto, la

mente improbable que los niños acepten por convencimiento o por consenso actividades tan poco divertidas como poner y quitar la mesa, limpiar la casa o su habitación, sobre todo si alguien lo hace poniéndose en su lugar. Parece todavía útil e importante repetir una vez más que, en la práctica, la falta de asunción de deberes y responsabilidades no sólo es posible, sino que está incentivada por la impunidad.

Los padres intentan poner en vigor normas de comportamiento y a este respecto es claramente visible la escalada simétrica entre hijos y padres: las reglas no se respetan, los padres proponen otras más blandas, en teoría aceptadas pero puntualmente desmentidas en la práctica y seguidas por otra regla nueva.

Como en el modelo hiperprotector, es como si las reglas no existieran, porque carecen de toda sanción y de sentido de responsabilidad para el adolescente.

Para parecer modernos, con el paso del tiempo, puede suceder que los padres imiten a los hijos en su modo de vestir, en sus gustos musicales o en la práctica deportiva. Sólo muy rara vez se dan cuenta de que con estas acciones, sobre todo, se llega a un aplastamiento de las jerarquías y a una confusión en la distinción de roles. Algunas veces el padre o la madre se dejan implicar en comportamientos que comunican vitalidad, proyectos, esperanzas: parece que persigan ocasiones perdidas, a la búsqueda de aquellos espacios nuevos que se han creado con el alargamiento de la expectativa de vida. Esta ansia de juventud les puede hacer poco creíbles ya sea como amigos ya sea como apoyo y brújula en las dificultades.

El adolescente dentro de este sistema acostumbra a adherirse al modelo y afirma estar en óptima relación con sus padres. Todo esto hasta que surgen dificultades o problemas en su vida personal, por ejemplo en la relación con el otro sexo o en el rendimiento escolar, o cuando el joven muestra problemáticas psicológicas relacionadas a su escasa autoestima. En este momento surgen las dificultades también en las relaciones familiares, porque a menudo el

problema se había desarrollado con una alternancia democrática de declaraciones por parte de ambos, connotadas por expresiones de completo respeto a las diferentes interpretaciones del fenómeno.

Si no hubiese existido el problema de la enuresis, habría parecido una ideal interacción entre padre e hijo. Por desgracia, este problema había trastornado esta idílica situación convirtiéndose en el motivo principal del diálogo familiar.

Cuando preguntamos si existía alguna excepción al problema, es decir, cualquier situación en la cual éste no se presentase, la respuesta fue afirmativa; cada vez que el hijo, por diferentes motivos, se ausentaba de su casa (salidas escolares, fines de semana en casa de sus amigos, etc.) nunca se presentaba el problema, aunque él siempre llevaba consigo su ropa de cama (hule y sábanas de recambio).

Esto nos llevó a una hipótesis de intervención, la de transformar la condición de total aceptación del problema por parte de los padres en una situación en la que el problema se volviese insostenible, como en realidad quizás lo era, por la eventual vergüenza cada vez que el hijo dormía fuera de casa. Para ello, teníamos que transformar la situación en una pequeña tortura para todos los miembros de la familia. Prescribimos al padre y al hijo una indicación realmente pesada en cuanto a cansancio y esfuerzo, presentada, sin embargo, con una forma de investigación diagnóstica sobre el problema. Al padre le asignamos la tarea, que debía compartir con la madre, de efectuar una observación sistemática de los momentos sintomáticos. «Durante las próximas dos semanas, queremos que todas las noches despierte a su hijo cada hora para observar si ha sucedido el episodio de enuresis, de tal modo que pueda traernos la próxima vez una especie de análisis preciso de los acontecimientos.» El padre, casi incrédulo, replicó: «¿Pero esto significa que tendremos que despertarnos al menos ocho veces cada noche?» «¡Exacto! —le contesté—, pero no sólo usted, ha de despertarlo también a él, por si acaso tuviese necesidad, que pueda ir al baño.»

Los dos salieron asombrados de nuestra consulta, pero resignados a seguir aquella fastidiosa tarea.

Después de dos semanas, el padre y el hijo volvieron explicando que había sido verdaderamente una tortura para todos. Padre y madre se habían alternado cada noche en despertar al hijo, que a menudo se había resistido, pero los diligentes padres habían insistido. Me presentaron una especie de diagrama preciso del flujo de los episodios de enuresis, del que destacaba claramente que éstos se habían concentrado en el horario que iba desde las doce y media a las tres y media de la madrugada.

Después de felicitarles por el pesado trabajo efectuado, les dijimos que esto nos permitía focalizar las intervenciones al espacio real del tiempo de riesgo. «Sin embargo—añadimos—, para ser más rigurosos, tendréis que despertar a vuestro hijo cada media hora, desde las doce y media hasta las tres y media.» «¡Pero así tendremos que estar despiertos durante tres horas, porque no podremos volvernos a dormir!», rebatió el padre. «Pero tenéis que hacerlo por el objetivo que nos hemos propuesto y, por otro lado, se trata de solo dos semanas», fue nuestra respuesta.

Salieron los dos de nuestra consulta otra vez con cara de resignación.

En la entrevista siguiente, que se desarrolló tres semanas después por problemas de organización, participó también la madre, que nos dijo que habían ocurrido cosas extrañas. Primero, el hijo se enfadaba cada vez más cuando le despertaban por la noche, pero ellos habían seguido insistiendo en seguir fielmente la prescripción, también porque después de unos diez días habían observado que los episodios sintomáticos se habían reducido a sólo uno por noche; el hijo, rebelándose, había pedido que le despertasen sólo una vez porque se lo merecía. Los padres, sin embargo, habían continuado despertándolo más veces, como estaba prescrito. La cosa curiosa para ellos era el hecho de que en la última semana ya no se había presentado ningún episodio de enuresis y no eran capaces de explicarse el motivo. El hijo manifestaba cada vez

más fastidio y rebeldía por el comportamiento de los padres, hasta decirles que quería hacerlo él solo con un despertador bajo la almohada, pero éstos, no fiándose de que se despertara, habían insistido manteniendo su atribución con el hijo.

En este punto fue necesario explicar a toda la familia que la intervención que habíamos seguido se basaba justamente en hacer emerger en el hijo una reacción de rebeldía en relación con la «tortura terapéutica», de modo que hiciera salir sus recursos hasta ahora calmados por una atmósfera familiar complaciente y permisiva. Los tres miembros de la familia se miraron y echaron a reír, y cerramos la sesión prescribiendo a los padres que aceptaran la petición del hijo de arreglárselas él solo con el despertador bajo la almohada. Pero si reapareciera tan solo un episodio sintomático tendrían que volver a reactivar la «tortura terapéutica».

Después de un mes, el hijo se presentó solo a la entrevista siguiente diciendo que todo iba ya mejor porque la mayoría de las veces se había despertado, había notado la necesidad de ir a hacer pipí, había ido y luego se había vuelto a dormir. Otras veces se había despertado sin la necesidad por lo que se había vuelto a dormir tras apagar el despertador. En la última semana, además, había querido verificar qué pasaba sin el despertador y lo que le había encantado realmente era que todas las veces que había notado el estímulo del pipí se había despertado y había ido al baño. En consecuencia, daba el problema por resuelto.

Sin embargo, el joven afirmó que había venido solo porque quería afrontar, con nuestra ayuda, las dificultades que tenía con las personas de su misma edad, en especial con las del sexo opuesto. Quería estar solo en este nuevo proyecto porque se había dado cuenta de que sus padres, a pesar de ser buenas personas y dispuestas, no eran capaces de ayudarlo, al estar demasiado comprometidos por el vínculo afectivo que existía con él.

Obviamente aceptamos su demanda y a los pocos meses el joven afrontó con éxito sus dificultades hasta tener su primera relación amorosa.

Este es un ejemplo de que también dentro de la más envidiable relación padres-hijos puede estar presente la insidia de la patología, cuando el esquema de relación se vuelve rígido y se repite en el tiempo. Nuestra intervención no hizo más que transformar una anterior complementariedad patógena (la interacción familiar aquiescente y protectora) en una provisional simetría terapéutica, que empujó también al joven hacia la autonomía personal.

Eran un padre y dos hijos, casi de la misma edad, venidos de una ciudad del norte de Italia.

La madre había fallecido hacía algunos años, después de una agotadora agonía personal y familiar debida a una forma de tumor particularmente devastadora. Después del trágico evento, la familia se había reorganizado con el reparto de roles para gestionar las actividades diarias. El padre, propietario de una empresa, dedicaba mucho tiempo a los hijos, y en particular al chico, estudiaba universitario, que requería a menudo su participación para preparar los exámenes y ocuparse del coche, de la moto y de sus relaciones con las chicas, con las que parecía más bien poco hábil.

La hija, en cambio, había terminado sus estudios licenciándose en derecho y trabajaba de pasante en un despacho notarial.

Además de esto, había asumido todas las competencias familiares típicas del papel de la mujer, aunque el padre la ayudaba a llevar la casa. La joven, a pesar de estar prometida desde hacía algunos años, había retrasado voluntariamente su matrimonio para estar cerca de su padre y de su hermano. Por esto, su padre le había comprado una casa junto a la de la familia, que estaban reformando con vistas a su matrimonio.

El problema por el cual habían venido a pedir ayuda había surgido en los últimos meses, en los que el hijo había manifestado un notorio y preocupante cambio. Había comenzado a usar sustancias estupefacientes junto con algunos amigos en la discoteca. Siempre con este grupo, había empezado a hacer bravuconadas, como disparatadas carreras automovilísticas nocturnas, malgastar

dinero y actos de microviolencia urbana, entre los cuales un intento de estupro por suerte fallido.

El padre y la hermana, que habían notado los cambios en el joven pero infravalorado la situación, como ocurre a menudo en las familias, fueron avisados por las fuerzas del orden locales, justamente a causa de la denuncia efectuada por la joven que el grupo había intentado forzar.

Como el lector puede imaginar, el padre y la hermana se quedaron muy preocupados. Con su estilo mórbido, intentaron hablar con el joven haciendo hincapié en el afecto y en la razón, pero éste asumía una actitud de rechazo en sus relaciones tratándoles de pusilánimes, de personas «sin pelotas». Mientras más intentaban tener con él un diálogo razonable, más les agredía el chico violentamente cubriéndoles de injurias y amenazas.

En su casa había tomado posesión efectiva de algunas habitaciones, que cerraba con llave, diciendo que quería tener sus cosas sin ninguna intromisión familiar. Había dejado de ir a la universidad y pasaba el día vagabundeando, frecuentando discotecas, en correrías con los amigos, cambiando a menudo la noche por el día.

Durante nuestra entrevista, el hijo se había sentado entre el padre y la hermana, sonriendo maliciosamente, casi complacido, con la descripción que ambos hacían de la situación.

Ya que nos parecía extraño, preguntamos cómo había sido posible convencerlo a que viniese hasta nosotros, considerados todos sus anteriores rechazos y amenazas relativas a los intentos por hacerlo razonar. La hermana respondió que había acudido porque su padre le había prometido una recompensa en metálico.

Estaba claro que entre el hijo y la familia se había establecido una dinámica en que los intentos de solución, en lugar de reducir los comportamientos indeseados del hijo, habían acabado por alimentarlos. En particular, como es normal en estas situaciones, observamos una complementariedad entre la actitud mórbida y racional de unos y la posición dura y rígida del otro. Estas situa-

ciones pueden degenerar en la violencia de un hijo sobre el resto de la familia y llegar, a veces, como las crónicas de sucesos nos informan, a extremos trágicos.

Nuestra intervención tenía que enfocarse, antes que nada, en constituir una dinámica de signo contrario a la observada. En otras palabras, teníamos que interrumpir el círculo vicioso de la complementariedad patógena entre las acciones del joven y las de sus familiares. Para obtener este resultado, sin embargo, era indispensable provocar un cambio concreto en la comunicación y en la relación entre los tres.

En este sentido comenzamos a hacer una serie de preguntas provocativas al joven rebelde, que primero se negó a responder, pero después comenzó a responder de forma maleducada y amenazadora. El padre, que era una persona amable y de buenas maneras, intervino instándole a ser más educado y respetuoso con nosotros, a lo que el joven reaccionó bruscamente ofendiéndolo y, sacándose de la boca el chicle que masticaba, lo aplastó provocativamente en el brazo del sillón en que estaba sentado. En aquel momento el padre tuvo una reacción hasta ahora imprevista por todos ellos. Se levantó y le soltó una bofetada obligándole a recoger el chicle y a pedirnos disculpas por su comportamiento descortés. El joven, con la mirada atónita y la cara enrojecida, se disculpó inmediatamente, desenganchó el chicle del brazo del sillón y lo tiró a la papelería. Después se quedó sentado correctamente. El padre, por su parte, se disculpó por su irracional reacción.

Apenas restablecida la calma, hicimos notar al padre que su gesto «irracional» había conseguido, por primera vez en los últimos meses, una reacción racional en el hijo. El hombre nos miró asombrado diciendo: «¿Quiere decir que he hecho bien en pegarle y que quizás debería haberlo hecho antes?».

No pretendíamos, le explicamos, que hubiera debido ser o convertirse en un padre violento que llena de golpes al hijo para corregirlo de sus comportamientos indeseados. Sin embargo, en su situación, nos parecía necesario reestablecer una sana jerarquía familiar

y, sobre todo, impedir que el hijo fuera un déspota y el verdugo de la familia. Por eso nos había parecido un hecho positivo que, gracias a una indeseada pérdida de control, hubiese hecho notar a su hijo que ya no tenía en cuenta sus amenazas, que ya no estaba dispuesto a soportar sus abusos y que era capaz de proteger a la familia de su eventual violencia.

«Pero, ¿cómo?, ¿yo he hecho todo esto con una simple bofetada?», dijo sorprendido el padre.

«Usted hoy ha puesto la primera e importante piedra miliar de este nuevo camino para la relación con su hijo», explicamos. «Pero tendrá que hacer mucho más y podrá hacerlo sin violencia, aunque con firmeza y determinación. Apenas llegue a casa esta tarde, haga que su hijo reabra las habitaciones de las que ha tomado posesión y, juntos, límpienlas de todo aquello que representa lo que él ha montado estos meses. Haga que le devuelva las llaves del coche y de la moto, ya que, de ahora en adelante, deberá ganarse estos privilegios, volviendo a comportarse bien y asistiendo de nuevo a la universidad o bien empezando a trabajar.»

Lo que puede parecer curioso al lector, pero no sorprende en absoluto al que está acostumbrado a tratar con jóvenes de este tipo, fue que, durante el intercambio de opiniones con el padre, él permaneció atónito, completamente trastocado del repentino cambio de la situación.

La familia volvió a visitarnos después de un mes explicando que la situación se había restablecido por completo. En aquella ocasión preguntamos al hijo qué pensaba en función de todo lo que había pasado. El joven explicó que ahora se había reencontrado después de perderse y que estaba impresionado de verdad de lo que había ocurrido durante nuestra entrevista anterior. Dijo que nunca habría imaginado, antes, que su padre pudiese ser una persona tan decidida y capaz de hacerse respetar y que aquello había cambiado de golpe su manera de ver las cosas. Los amigos con los que había compartido correrías y «alucinaciones», ya no le parecían «héroes» a los que les gustan las cosas escalofriantes,

sino personas frágiles a la búsqueda de sí mismas, naufragos en una realidad juvenil confusa. Estaba agradecido a su padre y a su hermana, considerando que, después de la pérdida de su madre, lo habían hecho todo por él y no le habían permitido perderse en alocadas situaciones en las que había ido a caer.

Esta historia, con su aspecto dramático y su desarrollo casi teatral, representa para nosotros un extraordinario ejemplo de que, a veces, para cambiar una situación patógena es necesaria una «experiencia emocional correctiva», la cual, casi como por magia, trastoca el anterior equilibrio disfuncional de un modelo de relación, abriendo la puerta al cambio terapéutico. Cuando se trabaja con la familia y los adolescentes, a menudo los rituales de paso, habitualmente menos espectaculares que el descrito, desempeñan un papel fundamental.

Por otro lado, maestros de la terapia familiar como Don Jackson, Virginia Satir, Salvador Minuchin y Cloé Madanes, por citar los mejores, han demostrado desde hace años que intervenciones terapéuticas tendientes a provocar situaciones de fuerte carga emocional son eficaces para desbloquear situaciones patológicas en el interior de las dinámicas familiares.

Nos parece importante puntualizar que, en este caso, para resolver la situación, fue fundamental, en primer lugar, derribar la interacción entre el padre y el hijo. Es decir, hacer evolucionar una complementariedad malsana hacia una sana simetría basada en la autoridad del líder de la familia.

La antigua sabiduría define todo esto como «sacudir la hierba para hacer huir a las serpientes».

MODELO SACRIFICANTE

Cómo se forma

En este tipo de parejas, habitualmente uno de los puntos clave de su visión del mundo es el sacrificio, considerado como el comportamiento más idóneo para hacerse aceptar por el otro y para mantener estable una relación. El resultado es la falta de satisfacción de los deseos personales y la continuada condescendencia con las necesidades y con los deseos de los demás. Desde los inicios de la pareja se configuran tres salidas posibles:

- La pareja se ajusta en una relación complementaria con una aparente posición de inferioridad del componente que se sacrifica, el «altruista», y una aparente superioridad del otro, el «egoísta», que disfruta de los beneficios derivados del sacrificio del otro. Decimos aparente porque la carta del sacrificio puede jugarse también para dominar la relación.
- Se inicia una competición para ver quién se sacrifica más con vistas a objetivos externos (casarse, comprarse una casa); cada ocasión es un motivo de renuncia a vivir un placer presente con la coartada de aumentar un disfrute futuro.
- La parte objeto de sacrificio no se siente cómoda, evitando la resistencia del «mártir» que crea para él ocasiones de satisfacción, poco a poco lo habitúa a recibir, inicia así una alterancia funcional recíproca de dones y regalos que tiene su feliz resultado en el bienestar.

En los dos primeros casos empieza a consolidarse un modelo de relaciones familiares cuya estabilidad se debe a la constante repetición del comportamiento sacrificante, puesto en acción de forma indiscriminada en cada situación en la que se presenta un problema o es necesario superar una dificultad, ya sea en la relación de pareja o en relación con los hijos.

En las familias en las que la modalidad de relación que prevalece es el sacrificio, se notan usualmente las siguientes redundancias comunicativas.

El contenido de los discursos gira siempre en torno a la idea central de que el deber de los padres es el de sacrificarse. El placer mayor es el placer de los hijos, del cónyuge, de los padres propios, de los parientes, amigos y no el propio. Parece que el asunto sea «ya se sabe que la vida es principalmente una cadena continua de obligaciones».

Las palabras «sacrificio» y «deber» son los términos más recurrentes, aquellos que confieren la impronta determinante de la filosofía de vida.

Sin embargo, muchos discursos hacen referencia también a la desilusión experimentada por el inexistente aprecio de las privaciones y renunciaciones soportadas a favor del bien común.

Pero a menudo el incomprendido persevera en su comportamiento, con declaraciones explícitas del tipo «tú no entiendes mi sacrificio, si no me sacrificase yo...», etc., o bien asume silenciosamente actitudes de víctima.

Otros mensajes acaban de construir la visión del mundo sacrificante (que presenta aspectos depresivos). Se critican los comportamientos de aquellos padres que buscan el placer y que «descuidan a los hijos». Además, puede estar presente la idea de que el dejarse guiar hacia el placer traerá, muy probablemente, la desgracia. A veces, surge también una concepción de origen religioso del placer como transgresión que prevé un castigo.

Argumentos frecuentes de la comunicación tratan sobre la satisfacción ajena, sobre los propios dolores físicos y morales, sobre la ingratitud, la enfermedad, los sepelios, los muertos, las separaciones y, cuando la visión se extiende, aparecen incidentes, problemas ecológicos, guerras y epidemias.

Normalmente, los hijos intentan que los padres acepten su

diferente visión del mundo y de la vida, y les exhortan a divertirse más, a salir, a viajar, pero los padres responden que si los hijos quieren seguir vestidos a la moda, continuar sus estudios, tener su propio coche, etc., ellos tienen que continuar sacrificándose y dejar de hacer muchas cosas.

Relaciones

En las relaciones se presentan unos comportamientos que en otro lugar uno de los autores (Nardone, 1998) ha definido como «egoísmo insano» y «altruismo insano». «El comportamiento altruista, de hecho —como Elster (1979) resalta—, conduce a la construcción de interacciones sociales que se basan en la realidad de algunos que dan y otros que cogen, pero el altruista necesita egoístas insanos que cojan lo que él les da.»

Las relaciones son a menudo asimétricas y el que se sacrifica, aunque en apariencia humilde y sometido, está en una posición de hierro, porque a través de sus renunciaciones obtiene una posición de superioridad, haciendo que los demás se sientan siempre culpables o en deuda. Esto crea un juego familiar que se fundamenta en un sistema de débitos y créditos con deslizamientos hacia el lado del chantaje moral.

La relación con los hijos se basa a menudo en el altruismo insano por el que los padres dan sin que se les pida; si su sacrificio no es apreciado se lamentan, se enfadan y tachan a los hijos de desagradecidos, o bien imponen inquietantes silencios; se quedan asombrados si alguien les dice que aprendan a recibir, que no se dejen ver y que den solamente cuando se les pida de forma expresa haciendo de este modo que su sacrificio sea reconocido y apreciado, porque esta posición va en contra de sus vivencias. A veces, estas personas pueden entender racionalmente lo que sería justo y razonable, pero emocionalmente permanecen clavadas en su repertorio usual de comportamiento.

Las reglas

En este caso hay que distinguir obligatoriamente las reglas que gobiernan el comportamiento de los padres y las de los hijos, porque son especulares.

LAS REGLAS DE LOS PADRES

1.ª regla: En la vida hay que sacrificarse por los demás y hacer lo que les gusta a los demás, para disfrutar de su placer o, sencillamente, para sentirse amados y aceptados.

2.ª regla: El placer es una experiencia que no hay que buscar, solamente el placer de dar a los demás es legítimo.

3.ª regla: Los padres, o uno solo de los dos, son la columna en la que descansa la familia y asumen sobre sí todo lo que incumbe a la vida diaria de la familia.

4.ª regla: Aquel padre que es exonerado de cualquier incumbencia familiar orienta todas sus energías en el trabajo. Sólo en algunos casos extremos puede no comprometerse en todos los frentes y convertirse en una especie de príncipe consorte.

5.ª regla: Los padres tienen la expectativa de que los hijos les recompensarán por todo lo que han estado haciendo por ellos, sea teniendo éxito en la vida u obteniendo todo aquello que ellos no han podido tener.

LAS REGLAS DE LOS HIJOS

1.ª regla: Es un deber de los padres dar a los hijos lo que necesitan o, por el contrario, es un deber del hijo satisfacer a los padres.

2.ª regla: Los padres tienen la obligación de mantenerlos sin límite de tiempo o, por el contrario, es un deber del hijo trabajar además de estudiar y contribuir al presupuesto familiar.

3.ª regla: En la vida hay quien se sacrifica y quien de esto saca beneficios.

¿Qué significados emergen?

- Si eres altruista los demás te aceptan pero te explotan.
- Cada sacrificio merece reconocimiento, aprobación y recompensa.
- El sacrificio no reconocido genera desilusión, resentimiento, descontento y la idea de que no se ha hecho suficiente.
- El placer es una experiencia que a menudo no puede permitirse.
- Cada uno es libre de elegir los espacios, formas y momentos del sacrificio.
- Los hijos, tanto varones como mujeres, son empujados a sacrificarse para conseguir el éxito.
- Todos los recursos de la familia están a disposición de los hijos, a fin de que tengan la posibilidad de destacarse.

¿Cuáles son las consecuencias en las acciones de las personas?

Los hijos, sobre todo los varones, son exonerados de cualquier tarea doméstica, son satisfechos en todas sus exigencias y difícilmente se les niega la moto, el móvil, el ordenador, la ropa de marca, las vacaciones en Inglaterra, etc., aunque esto cueste auténticos sacrificios. Los hijos han de sentirse iguales a los demás o tener, incluso, mayores oportunidades.

Los hijos se muestran poco entusiastas, descontentos, parecen apreciar poco todo este bienestar y más bien suelen detestar el modelo que proponen sus padres. A veces, incluso, desarrollan actitudes y comportamientos de rechazo o de violencia en la relación con sus padres. Este boicot no sólo reduce la tendencia, sino que la amplifica.

En efecto, el sacrificio no aprobado genera un esfuerzo mayor para sostener el sacrificio mismo.

En un sistema sacrificante los padres se lamentan de su vida

pero no toman ninguna iniciativa práctica para mejorarla. Emplean casi todas las energías en satisfacer las necesidades de la familia. Los comportamientos de renuncia son numerosos: no van al cine, al teatro, al gimnasio o de vacaciones. Es muy rara su participación en eventos de vida social, amistades, grupos culturales y políticos; la única excepción es el frecuentar grupos religiosos.

El marido puede estar poco implicado en lo que sucede en la familia, porque se sacrifica en el ámbito laboral o porque para huir del clima familiar poco alegre se busca distracciones e implicaciones en otros contextos. En algunos casos (especialmente si la mujer desarrolla síntomas físicos o formas de hipocondría) llega a parecerse mucho a la mujer.

Se observan también hijos que aceptan el modelo sacrificante y prefieren dedicar su propio tiempo más a los estudios que a la diversión. Éstos habitualmente ayudan a sus padres en todo y por todo, sacrificando su propio tiempo libre para hacer algo útil para la familia.

Algunos autores opinan que este sistema familiar «ya no está de moda», en contraste con todos los mensajes de la sociedad actual que empujan al hedonismo, al consumismo y al placer. Sin embargo, estos autores no consideran que esta organización familiar tiende, de todas formas, a garantizar a los adolescentes la adecuación a los estándares medios de sus coetáneos porque los padres quieren que el hijo tenga todo aquello que los demás tienen: vestidos, distracciones y *status symbol*.

La atmósfera que se respira en estas familias no es ciertamente alegre, está cargada de ansiedad y de preocupaciones, por lo que el adolescente tiende a rehuirla y a buscar refugio en las amistades, en el colegio o en el deporte; por desgracia, a veces en otras cosas. En nuestro trabajo hemos observado tres tendencias usuales en los hijos de estas familias:

1.º caso: La inserción en el mundo exterior presenta dificultades y obstáculos, porque el joven hiperprotegido no está acos-

tumbrado a las frustraciones y a los rechazos, que dan lugar a un regreso a la familia; el consecuente rechazo de los contactos con el exterior y el completo recogimiento sobre sí mismo puede llevar al trastorno de evitación social o a formas de patología psíquica más agudas, como las crisis psicóticas, trastornos de la alimentación y fobias.

2.º caso: Se encuentran dificultades de inserción pero se está dispuesto a todo con tal de no volver a respirar la sofocante atmósfera familiar. Se podrán buscar, entonces, contextos cuya inserción no se debe a capacidades propias sino por adhesión a comportamientos de grupo (ultras, nazis, *skins*, salas de juegos, bandas) donde será fácil encontrar ocasiones para desviarse. En este caso, el adolescente se vuelve a menudo violento, sobre todo en familia. Los padres son las víctimas designadas. Por desgracia, a veces, esto llega a ser un auténtico equilibrio familiar, hasta que ocurre algo grave.

3.º caso: El modelo de vida que se basa en el sacrificio es adoptado plenamente por el hijo. Esto puede llevar al adolescente a alcanzar objetivos importantes en su trabajo. Sin embargo, cuando el éxito profesional no llega, esta adhesión es el fundamento de crisis depresivas o trastornos anoréxicos. Los trastornos anoréxicos golpean sobre todo a las chicas, mientras que los depresivos son más frecuentes entre los varones.

Relatos

Acudieron a nosotros unos padres muy humildes, que entraron en nuestro estudio como si se estuviesen presentando a un proceso abierto contra ellos por un inquisidor. Se sentaron y nos expusieron su caso: tenían una hija de veintidós años que les agredía constantemente, verbal y físicamente, acusándoles de ser los culpables de todos sus problemas. Desde hacía algunos años, la hija había desarrollado un miedo irrefrenable a relacionarse con

la gente de su edad, porque se sentía siempre juzgada y, como se sentía desagradable, prefería evitar el contacto con los demás. De esto les culpaba a ellos, agrediendoles diariamente. En particular, la tomaba con la madre, que intentaba consolarla pero que, a cambio, sólo recibía continuas acusaciones, injurias y golpes. Se habían decidido a venir a pedirnos ayuda porque, después de varios intentos terapéuticos sin éxito, estaban realmente desesperados.

Al pedirles que nos describieran mejor el problema, nos explicaron que esta hija, que había llegado tras otras dos, era la persona sobre quien toda la familia había invertido más, ya que era la que tenía más facilidad para los estudios, mientras que sus dos hermanas mayores, ya fuera de casa, trabajaban una como dependienta y la otra como obrera, y estaban felizmente casadas. La hija había tenido siempre problemas con los de su edad; salía a menudo con alguien pero enseguida rompía repentinamente con auténticas crisis que se alargaban mucho tiempo. Durante estas crisis agredía constantemente a sus padres acusándoles de ser incapaces de ayudarla, pero sobre todo de haberla traído al mundo.

Preguntamos qué habían hecho ellos, como padres, para intentar ayudarla; por respuesta nos esbozaron un cuadro casi total de sacrificio familiar. Ambos trabajaban como operarios en una fábrica de cemento. La suma de los dos salarios era igual a la de un salario medio y, no obstante, permitían a su hija un estándar de vida francamente elevado, igual al de los hijos de profesionales destacados.

La hija tenía un coche propio, vestidos de marca, una habitación alquilada para ir a la universidad y dinero en abundancia. Los padres, además de trabajar en la fábrica de cemento, hacían otros trabajos para redondear el sueldo y poder garantizar a su hija un estándar de vida igual al de sus amigos. A pesar de esto, la hija les acusaba continuamente de ser unos pobres muertos de hambre sin estilo. Cuando les preguntamos cuál sería el objetivo que una vez alcanzado pudieran decir «gracias, hemos resuelto el proble-

ma», nos contestaron sencillamente «que ella nos manifieste el afecto que nunca nos ha mostrado». En este punto preguntamos a los padres si estarían dispuestos a hacer cualquier cosa por resolver la situación. Respondieron que seguirían cualquier indicación nuestra.

Les prescribimos que asumieran lo que nosotros llamamos la posición de quien dice «lo siento, pero no puedo», interrumpir inmediatamente cualquier tipo de sacrificio. O aún mejor, utilizando su lenguaje y su lógica, les dijimos que se sacrificaran otra vez evitando sacrificarse para ayudarla, porque de otro modo empeoraría: usamos su sentido del sacrificio colocándolo en contra su sentido de sacrificio. De este modo los padres aceptaron la indicación. Les explicamos que tendrían que excusarse con su hija por su debilidad. Después de dos semanas, los padres nos dijeron que habían seguido las indicaciones al pie de la letra, declarando a su hija su incapacidad de seguir sacrificándose para poder garantizarle su estándar de vida, igual al del grupo de amigos que frecuentaba. Al principio la hija les agredió enfurecida, incluso golpeó a su madre, que, como de costumbre, evitó contárselo al padre; pero después de aquel incidente, comenzó a ser más respetuosa en sus relaciones. Incluso unos pocos días antes les había dicho «si me necesitáis, contad conmigo», lo que parecía una especie de milagro. A la pregunta de si todavía les agredía, respondieron que no había vuelto a suceder, pero que temían que volviera a pasar; sin embargo, veían a su hija menos tensa y nerviosa de lo habitual. Les pedimos que llevaran a cabo el siguiente paso de nuestro protocolo terapéutico. «Todos los días, de aquí a la próxima sesión, preguntense los dos “¿qué podemos hacer que sea diferente de lo que normalmente hacemos, como si el problema con nuestra hija ya no existiese?”». Replicaron que esto no iba a ser una tarea fácil, ya que el problema persistía, aunque había mejorado. Les dijimos

6. Técnica del «como si» (Watzlawick, Nardone, 1997).

que tenían que ser diligentes y tener paciencia. Después de tres semanas el matrimonio volvió explicando que, de forma extraña, la muchacha había empezado a preocuparse: había ayudado a su madre en las tareas domésticas, se había quejado menos en casa y, sobre todo, les había agredido mucho menos.

Sobre este pequeño paso propusimos a la madre, de acuerdo con la hermana mayor —manteniendo, sin embargo, el equilibrio anterior—, que empezara, cada día, a hacer pequeñas descalificaciones en relación con su hija menor. Estas descalificaciones tenían que ser afirmaciones del tipo «discúlpalos, hemos intentado hacerlo todo por ti, pero nos hemos dado cuenta de que ahora no somos capaces de hacerlo». Después de algunas semanas, los diligentes y obedientes padres explicaron que había sucedido algo muy extraño: la hija había comenzado a ayudarles en las tareas de casa, estudiaba y, sobre todo, había abandonado toda forma de agresión en sus relaciones. Los padres, profundamente sorprendidos, pensaban que habían sido objeto de un encantamiento; pero les explicamos que aquello era sencillamente el resultado de su cambio de actitud y comportamiento, ya que hasta ahora habían secundado cada petición de la hija, para después ser puntualmente agredidos. En el momento en el que habían empezado a declarar su impotencia, la hija ya no podía agredirles, sino tan sólo preocuparse por permanecer en el estándar de sus amigos.

Les dijimos que todo lo que había sucedido hasta aquí había sido mérito de su capacidad de seguir al pie de la letra la pesada y difícil tarea que les habíamos asignado y que, sobre la base de este óptimo resultado, estábamos seguros de que podían dar unos pasos hacia delante. Así que les pedimos que continuaran con una especie de declaraciones de impotencia en las relaciones con su hija; decirle: «Tienes que perdonarnos, pero por desgracia ya somos viejos y tememos que de un momento a otro uno de los dos se derrumbe. Te pedimos que nos permitas renunciar a algunas de nuestras tareas porque ya no podemos más. No podemos aguantar más trabajos después de nuestro trabajo; por tanto, te pedimos

mente, la responsabilidad de realizar su presente y su futuro, liberándola del peso de su sacrificio. Esto hizo que la hija se diera cuenta de las dificultades propias y, no por ellos sino por sí misma, pidiera ayuda, con el resultado después de conseguir satisfacer las expectativas de sus padres sin hacerlo directamente por ellos, sino por sí misma.

Esta historia representa una situación ejemplar de cómo una actitud familiar sacrificante puede no sólo desfavorecer la realización personal del hijo, sino también inhibir completamente su capacidad. Y esto también ocurre en el caso de que sea el hijo mismo el que pide tales sacrificios.

Un psiquiatra se dirigió a nuestro centro para ser admitido en el curso de formación de Terapia Breve Estratégica: durante la entrevista de admisión surgieron algunos problemas personales importantes, por lo que no fue admitido en el Escuela. Después de este rechazo, volvió para afrontar y resolver sus dificultades.

En la sesión terapéutica el psiquiatra presentó de forma clara y concreta cuál era el problema de fondo que lo llevaba a ser inestable psicológicamente: se creía víctima de una relación morbosa con su madre que le tiranizaba a través de un particular «chantaje moral».

Siempre que pasaba unas pocas horas sin tener noticias de su hijo, la madre se emborrachaba, diciendo que lo hacía para calmar la ansiedad y la preocupación. Si, por el contrario, podía oír y ver a su hijo, su comportamiento era equilibrado. Esta relación patógena de la madre se daba también cada vez que el psiquiatra le decía que tenía novia. Cuando se encontraba en compañía de una mujer, su madre le telefonaba llorando y con unas crisis depresivas que acababan en unas buenas borracheras. Sin embargo, el médico no conseguía tener el móvil desconectado, porque temía la reacción virulenta de su madre; así, ella podía localizarle más veces al día durante cualquier actividad. La situación había alcanzado niveles casi increíbles, considerada la edad, ya no joven, de

disculpas por no poder garantizarte todo aquello que te hemos dado hasta ahora».

Los padres, con su habitual humildad, aceptaron de buen grado. Después de algunas semanas volvieron y, con una expresión de felicidad, nos explicaron que su hija había reaccionado así: «No tenéis que preocuparos porque puedo encontrar un trabajo de media jornada, ya habéis hecho demasiado por mí». Nos explicaron, además, que su hija estaba estudiando con regularidad, salía con sus amigos y que no les agredía por sus incapacidades. Les felicitamos una vez más por haber logrado seguir nuestras indicaciones, que únicamente tenían que continuar, para evitar volver sobre sus pasos.

Después de cerca de un mes los padres se presentaron, esta vez con su hija, que había pedido expresamente una ayuda psicológica para superar algunos problemas que tenía en sus relaciones con los demás. Obviamente aceptamos la solicitud y empezamos a tratar el problema de la hija, que era lo que hoy está de moda en llamar «fobia social», o sea, una especie de fijación a ser rechazada por todos los demás, a pesar de ser una chica realmente atractiva e inteligente.

El tratamiento se llevó a cabo con éxito, según el protocolo usual puesto a punto por nosotros para este tipo de patología.

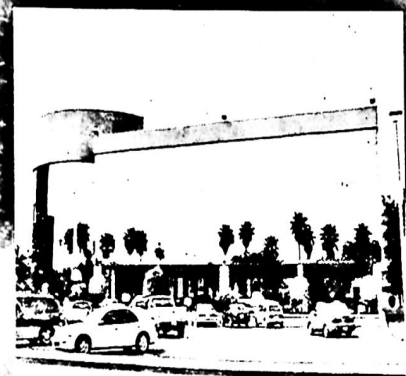
Lo que nos importa destacar es que, desde entonces, los padres no sólo ya no recibieron ningún tipo de agresión por parte de su hija, sino que incluso ella reconoció sus méritos y les dispensó atenciones que nunca habían soñado poder recibir.

Creemos que la contribución más importante a la curación de la hija fue justamente el abandono, por parte de sus padres, de aquella actitud sacrificante que siempre habían adoptado con ella, colocándola con las mejores intenciones en las peores condiciones. O sea, en el papel de tener que responder obligatoriamente a aquellos sacrificios con resultados en la vida capaces de justificar el esfuerzo de sus padres. En el momento en que los padres abandonaron el guión del sacrificio, dieron a su hija, final-

la persona y su profesión. Aún vivía con sus padres y, por miedo a la reacción de la madre, nunca había pasado una noche fuera de su casa, ni había salido de vacaciones, ni llevado una mujer a su casa. Tenía una relación amorosa que mantenía en secreto. De esta narración se deducía que el psiquiatra estaba implicado en una relación clásica «víctima-verdugo», dentro de la cual lo que mantiene la situación es un vínculo que se basa en una complicidad que se sostiene por las tentativas disfuncionales de no hacer empeorar las cosas. De este modo, él confirmaba a su madre la eficacia de sus acciones de control mediante el «chantaje moral» de las crisis depresivas y alcohólicas. Después de haber negociado las reglas terapéuticas, que el psiquiatra interesado en el aprendizaje de nuestro modelo terapéutico ya conocía bien, le prescribimos una maniobra tendente a dar la vuelta al mecanismo de comunicación patógeno entre madre e hijo:

«De aquí a la semana próxima, cada día deberás anticiparte a tu madre en las llamadas telefónicas, es decir, tendrás que llamarla tú a ella. Para ser exactos, tendrás que hacerlo 10 veces al día, más o menos cada hora, y tendrás que decirle: 'Mamá, ¿estás bien? Sabes, estaba muy preocupado por ti'. Después, una vez recibida la respuesta, te despides y haces lo mismo una hora más tarde.»

El psiquiatra, sorprendido y divertido por la idea, aceptó la invitación. En la semana siguiente nos explicó que su madre, primeramente, le había tranquilizado diciendo que estaba bien y después, gradualmente, había empezado a decirle que la dejara, hasta enfadarse por sus llamadas demasiado frecuentes. Durante aquellos días la madre no había manifestado crisis de ningún tipo, sino que más bien había procurado decirle al hijo que no se preocupara por ella y que se ocupara más de sí mismo y de su trabajo, ya que lo veía algo estresado. La terapia continuó con un juego al alza de las llamadas, no 10 sino 15 al día, con la misma fórmula. El efecto fue que la madre comenzó a insistir en que el hijo se cuidase de sí mismo y dejase de preocuparse por ella, incluso que se tomase unas vacaciones para relajarse. Pero él recibió instrucciones de



El edificio que se ve en la fotografía es el
 MATOS DE LOS LIBEROS DE LOS ESTADOS UNIDOS
 DE AMERICA DEL SUR, en la ciudad de...

El edificio que se ve en la fotografía es el
 MATOS DE LOS LIBEROS DE LOS ESTADOS UNIDOS
 DE AMERICA DEL SUR, en la ciudad de...

El edificio que se ve en la fotografía es el
 MATOS DE LOS LIBEROS DE LOS ESTADOS UNIDOS
 DE AMERICA DEL SUR, en la ciudad de...

El edificio que se ve en la fotografía es el
 MATOS DE LOS LIBEROS DE LOS ESTADOS UNIDOS
 DE AMERICA DEL SUR, en la ciudad de...